



BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS

6
CC

m

PQ2286

.M5

S6

1901

V.3

H 065 m



1020016684



Núm. Clas _____

Núm. A. _____

Núm. _____

Procesos _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo _____

N
48953
30371
1
SR

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS

MISERABLES

U A N L

TOMO TERCERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



843
H.



VICTOR HUGO

LOS

MISERABLES

TRADUCCION DE

D. JOSÉ SEGUNDO FLOREZ

SÉPTIMA EDICIÓN

TERCERA PARTE

MARIUS

ACERVO DE LITERATURA



UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1904

30371

5097cA

PQ 2280

M 5

56

1901

3



TERCERA PARTE

UANL
MARIUS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LIBRO PRIMERO

PARIS ESTUDIADO

EN SU ATOMO

U A N L
I

PARVULUS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y PUBLICACIONES

Paris tiene un hijo y la selva tiene un pájaro; el pájaro del bosque se llama el gorrion; el hijo de Paris se apellida el gamín (*el pilluelo*).

Asociad estas dos ideas que contienen, la una toda la hornaza, la otra toda la aurcra, producid el choque de estas dos chispas, Paris, la infancia; y veréis brotar una criaturita. *Homuncio*, que diría Plauto.

Este pequeño sér, esta criatura, es alegre. No todos los dias come, pero va al teatro todas las noches si tiene

gusto en ello. No lleva camisa sobre su cuerpo, ni zapatos en los piés, ni tampoco tiene techo sobre su cabeza: semejante á las moscas del cielo, carece él de todo esto. Tiene de siete á trece años; vive en cuadrilla, va rodando por las calles, se alberga al aire libre, lleva un pantalon desechado por su padre que le llega más abajo de los talones, un sombrero viejo de algun otro padre que le descende hasta por bajo de las orejas, y un solo tirante de orillo amarillento; corre, acecha, venta, callejea, mata el tiempo, curte las pipas, echa más votos que un condenado, frecuenta la taberna, conoce á los ladrones, tutea á las mujerzuelas, habla en su propia jerga ó caló, canta canciones obscenas, y nada malo abriga en su corazón. Es que conserva él en el alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el cieno. Mientras que el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si preguntaran á la gran ciudad, ¿qué viene á ser eso? ella respondería: Es mi chico.

II

ALGUNAS DE SUS SEÑAS PARTICULARES

El gamin de París es el enano de la giganta.

No exageremos: ese querubin del empedrado suele tener á veces camisa, pero en tal hipótesis, nunca posee más que una; también algunas veces lleva zapatos, pero en este caso, carecen ordinariamente de suelas; otras veces sucede que tiene un albergue, que él suele querer mucho, porque encuentra allí á su madre; pero prefiere las calles, porque en ellas encuentra la libertad. Tiene él sus juegos peculiares, sus malicias que también le son propias y que de ordinario toman ocasion y fundamento del odio á los ricos; sus metáforas particulares; estar muerto, se llama en su lenguaje *comer achicorias por la raíz*: sus oficios, son ir en busca de un coche, bajar el estribo de los carruajes, improvisar pasadizos ó peajes de uno á otro lado de la calle

en tiempo de las grandes lluvias, lo que él llama construir *puentes de las artes*, gritar los discursos pronunciados por la autoridad en favor del pueblo frances, escarbar el espacio intermedio de los adoquines; tiene su moneda especial, que se compone de todos los pedacitos de cobre labrado que pueden hallarse en la calle. Esta curiosa moneda, á la cual dan el nombre de *loques* (pingajos), tiene un curso invariable y muy bien arreglado en el círculo de toda esa bohemia de muchachos.

Por último, también tiene su fauna especial que él observa estudiosamente en los rincones, el grillo, el pulgon cabeza-de-muerto, la zancuda, « el diablo, » insecto negro que amenaza forciendo su cola armada de dos acicates. Posee su monstruo fabuloso, que tiene escamas bajo el vientre y no es un lagarto, que tiene pústulas sobre el dorso y no es un sapo, que habita en los agujeros de los hornos de cal abandonados y en los sumideros secos, negro, velludo, viscoso, rastrero, ora lento, ora rápido en su marcha, que no grita, pero que mira, y que es tan terrible, que nadie le ha visto jamás; á este monstruo le da él el nombre de « el sordo ». Buscar sordos entre las piedras, es un placer del género formidable. Otro placer consiste en levantar bruscamente un adoquin del empedrado y ver cucarachas. Cada region de París goza su particular celebridad por los hallazgos interesantes que en ella pueden hacerse. Hay tijeretas en los corrales de las Ursulinas, hay cientopíes en el Panteon, hay renacuajos en los hoyos del Campo de Marte.

Por lo que hace á las palabras, este muchacho las tiene como Talleyrand. No es ménos cínico, pero es más decoroso. Hállase dotado de cierta jovialidad imprevista; deja pasmados y aturdidos á los tenderos con sus risotadas sin concierto. Su escala va atrevidamente desde la alta comedia hasta la farsa.

Pasa un entierro. Entre los que acompañan el muerto, va un médico. — Toma, exclama un *gamin*, ¿ desde cuándo llevan los médicos su obra ?

Otro se halla entre la muchedumbre. Un hombre grave, adornado con sus antiparras y cogaljos de plata en reloj. se vuelve indignado y dice: — ¡ Tanante, acabas de agarrar por la cintura á mi mujer. — ¡ Yo, señor! regístreme usted.



Por la noche, merced á algunos sueldos que él halla siempre medio de procurarse, el *homuncio* entra en un teatro. Al atravesar aquel umbral mágico, se transfigura; era el *gamin*, y ahora se convierte en el *titi*. Los teatros son unas especies de navios vueltos boca abajo, y cuya cala se halla por consiguiente en la parte superior. En esta cala es donde se instala el *titi*. El *titi* es al *gamin* lo que la falena es á la larva, el mismo ser que vuela y se cierra. Basta que él se encuentre allí, con su irradiación de dicha, con su vigor de entusiasmo y de gozo, con su alegre palmito, que parece más bien un aleteo, para que aquella cala, estrecha, fétida, oscura, sórdida, malsana, horrible, abominable, se llame el Paraíso.

Proveed á un ser de lo inútil, y quitadle lo necesario, y tendréis el *gamin*.

El *gamin* no carece por lo general de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con toda la suma de pesar que conviene, no suele ser por el gusto clásico. Él es, por naturaleza, poco académico. Así, para valernos de un ejemplo, la popularidad de la señorita Mars en ese pequeño público de muchachos bulliciosos iba sazonada con sus rasgos de ironía. El *gamin* la llamaba la señorita *Maza*.

Este ser charla, bromea, se burla, disputa, lucha, tiene trapos como un niño y harapos como un filósofo, pesca en las alcantarillas, caza en las cloacas, extrae la alegría de la inmundicia, zurra las plazas y las esquinas con su imaginativa, fisga y muerde, canta y silba, aclama y abruma, modera á Aleluya por Matanturlurette, salmodia todos los ritmos, desde el *De Profundis* hasta la Jota aragonesa, encuentra sin buscar, sabe todo lo que ignora, es Espartano hasta la bellaquería, loco hasta la cordura, lírico hasta el libertinaje; se acurrucaría él sobre el Olimpo, se revuelca en el estiércol y sale cubierto de estrellas. El *gamin* de París es Rabelais en pequeña escala.

No está contento de sus calzones, si les falta el bolsillo del reloj.

Admira pocas veces, se asusta aún mucho ménos, coplea las supersticiones, deshincha y reduce las exageraciones, comenta los misterios con mil embustes, saca la lengua á las apariciones y á las almas en pena, despoja da la poesía á las hipérboles, introduce la caricatura en las más elevadas concepciones del estilo épico. No que sea él prosaico; nada de eso; sino que reemplaza la visión solemne por la fantasmagoría de farsa. Si Adamastor se le apareciese, el *gamin* se echaría á reír diciendo: ¡Ay! el Cocol

Opresion, Iniquidad, Despotismo, Injusticia, Fautalismo, Tiranía, cuidado con el *gamin* que os parece un páparo sorprendido con la boca abierta!

Ese chicuelo se hará grande.

¿ De qué barro está hecho ? del primer fango que ha habido á la mano. Un puñado de lodo, un soplo, y allá va Adan. Basta con que un Dios pase ; y un Dios ha pasado siempre sobre el *gamin*. La fortuna trabaja en esa débil criatura. Por esta palabra, la fortuna, entendemos nosotros un poco la aventura. Ese pigmeo amasado con la misma tierra comun, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿ será un jónico, ó un beocio ? Esperad, *currit rota*, el númen de París, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.



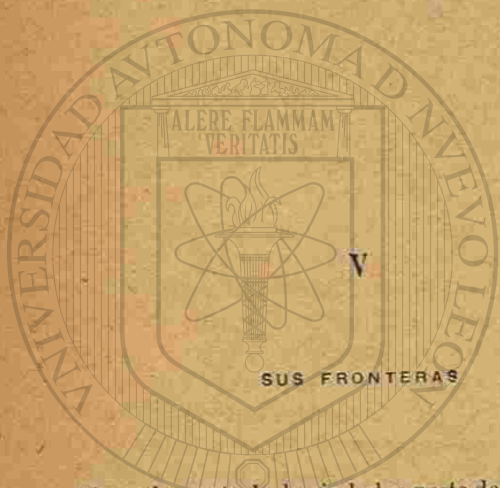
París principia en el bobo (*badaud*) y acaba en el *gamin*, dos seres que no se encuentran en ninguna otra ciudad; la aceptación pasiva que se satisface con mirar, y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouillou. Solo París cuenta esto en su historia natural. Toda la monarquía se encierra en el *badaud*. Toda la anarquía se encierra en el *gamin*.

Ese hijo pálido de los arrabales de París vive y se desarrolla, se encanija y se desencanija, se enlaza y « se desenlaza » en el sufrimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, testigo pensativo de las escenas que le rodean. Él mismo se cree indolente y abandonado; y sin embargo no lo es. Mira, dispuesto á reir, dispuesto también á otra cosa. Cualquiera que seáis, ora os llaméis Preocupacion, Abuso, Ignominia,

De aquí, en esos sitios poco atractivos, y marcados para siempre por el pasajero con el epíteto de *tristes*, los paseos, en apariencia sin objeto, del hombre pensativo.

El que escribe estas líneas ha vagado durante mucho tiempo por las barreras y arrabales exteriores de París, y esta circunstancia es para él un manantial de profundos recuerdos. Aquel césped raído, aquellas sendas pedregosas, aquellas gredas, aquellas margas, aquellos yesos, aquellas ásperas monotonías de terrenos eriales y de barbechos, los planteles de las primicias frutales y leguminosas de los hortelanos que de improviso se distinguen en una hondonada, esa mezcla de lo salvaje y de lo civilizado, esas vastas rinconadas desiertas donde los tambores de la guarnición tienen su estrepitosa escuela, haciendo una especie de remedo de la batalla, esas tebaidas de día y madrigueras de noche, el molino desvencijado que gira á merced del viento, las poleas de extracción de las canteras, los ventorrillos en las esquinas de los cementerios, el misterioso encanto de las grandes paredes sombrías cortando en ángulos rectos inmensos terrenos vagos inundados de sol y poblados de mariposas; todo esto le atraía.

Casi nadie en el mundo conoce estos sitios singulares, la Glacière, la Cunette, la horrible pared de Grenelle atigrada de balas, el Mont-Parnasse, la Fosse-aux-Loups, los Aubiers, á orillas del Marne, Mont-Souris, la Tombe-Issoire, la Pierre-Plate de Châtillon, donde existe una antigua cantera agotada que sólo sirve ya para criar setas, y que se cierra á flor de tierra con una trampa de tablas podridas. La campiña de Roma es una idea, la *banlieue* de París es otra; no ver en lo que nos ofrece un horizonte nada más que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie; todos los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura toca á una ciudad lleva siempre el sello de cierta especie de melancolía pe-



El gamin gusta de la ciudad, y gusta de la soledad también; hay en él algo de sabio. *Urbis amator*, como *Fuscus*; *ruris amator*, como *Flaccus*.

Vagar desvariando, es decir callejear, es un buen empleo del tiempo para el filósofo; particularmente en esa especie de campiña algo bastarda, bastante fea, pero rara y caprichosa, compuesta de dos naturalezas, que circunda algunas grandes ciudades, principalmente París. Observar sus afueras (*la banlieue*), es observar el anfibio. Fin de las arboledas y principio de los tejados; fin de la yerba y principio del empedrado; fin de los sembrados y principio de las tiendas; fin de los pantanos y principio de las pasiones; fin del acento divino y principio del murmullo humano; de aquí un interés extraordinario.

netrante. La naturaleza y la humanidad hablan allí á la vez ; apareciendo todos los caracteres y todas las originalidades locales.

El que ha crecido como nosotros, en calidad de observador errante, esas soledades contiguas que podrian llamarse los limbos de Paris, ha entrevisto acá y acullá, en el lugar más abandonado, en el momento más inesperado, tras de un frágil vallado ó en la esquina de una pared lúgubre, varios muchachos, agrupados tumultuosamente, fetidos, lodientos, empolvados, andrajosos, ariscos, jugando á la rayuela coronados de amapolas. Todos estos son los chicuelos escapados de las familias pobres. El boulevard exterior es su aire respirable ; las afueras de la ciudad les pertenecen de derecho. Allí hacen novillos eternamente. Cantan ingenuamente su repertorio de canciones nada limpias. Allí están, ó, por mejor decir, allí existen ellos, léjos de toda mirada, en la dulce claridad de Mayo ó de Junio, arrodillados al rededor de un agujero hecho en la tierra, echando bolitas con el dedo pulgar, disputándose los ochavos, irresponsables, sueltos, libres, dichosos ; desde el momento en que os ven, se acuerdan de que tienen una industria, que necesitan ganar su vida, y os ofrecen en venta una média vieja de lana llena de saltones ó un ramo de lilas. Estos encuentros de muchachos extraños son una de las cosas más tristes y al mismo tiempo más graciosas de las cercanías de Paris.

Á veces, en esos grupos de muchachos, hay también muchachas, — ¿ son sus hermanas ? — casi mozitas ya, flacas, extenuadas, calenturientas, curtidas por el aire, tostadas por el sol, pecosas, cubiertas las cabezas de espigas de centeno y de amapolas, alegres, hurañas, descalzas. Algunas hay que se esconden en los trigos para comer cerezas. Al anochecer, se las oye reír. Estos grupos, ardientemente alumbrados por el sol de mediodía, ó

entrevistos á la luz crepuscular, ocupan por largo tiempo al pensador, que mezcla esas visiones con sus ensueños.

Paris centro, las afueras circunferencia : hé aqui, para esos niños, toda la tierra. Jamas se aventuran ellos á traspasar estos limites. No pueden salir nunca de la atmósfera parisiense, á la manera que los peces no pueden abandonar el agua. Para ellos, á dos leguas de las barreras, ya no hay nada : Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Ménilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sèvres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombes, Romainville, Chatou, Asnières, Bougival, Nanterre, Enghien, Noisy-le Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse ; aqui concluye para ellos el universo.

JANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

Exceptuemos sin embargo á París. En una proporción relativa, y no obstante el recuerdo que acabamos de citar, la excepción es justa. Mientras que en todas las demas grandes ciudades un niño vagabundo es un hombre perdido; mientras que, casi en todas partes, el niño entregado á sí mismo está en cierto modo consagrado y abandonado á una especie de inmersión fatal en los vicios públicos que devora en él la honradez y la conciencia, insistiremos en decir que el *gamin* de París, tan frusto y tan encantado, en la superficie, está interiormente casi intacto. Cosa magnífica, muy digna de consignar aquí, y que brilla en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares: cierta incorruptibilidad resulta de la idea que se cierne en la atmósfera de París, como de la sal que está en el agua del Océano. Respirar á París, es una cosa que conserva el alma.

Lo que acabamos de decir en nada disminuye sin embargo la opresión de que sentimos abrumado el corazón cada vez que encontramos á uno de esos niños en derredor de los cuales parece como que se ven flotar rotos los hilos de la familia quebrantada y disuelta. En la civilización actual, tan incompleta aún, no es una cosa muy anormal el ver esas fracturas de familias consumándose en la sombra, ignorando lo que ha venido á ser de sus hijos, y dejando caer despedazadas sus entrañas en medio de la vía pública. De aquí provienen ciertos destinos oscuros. Esto se llama, pues esa triste cosa ha llegado ya á crearse una locucion, «ser arrojado en medio del empedrado de París.»

Digámoslo de paso, estos abandonos de niños no hallaban grande oposición por parte de la antigua monarquía. Un poco de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones acomodaba á las altas esferas, no dejando de convenir bastante á los poderosos. El odio á la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. Y ¿para qué esa «médi



En la época, por lo demas casi contemporánea, en que pasa la acción de este libro, no había, como hay ahora, un agente municipal en cada esquina (beneficio que no es esta la ocasión de discutir); y los pilluelos errantes abundaban en París que era una bendición de Dios. Las estadísticas daban, por término medio, unos doscientos sesenta niños sin asilo recogidos entónces anualmente por las rondas de policía en los terrenos no cercados, en las casas que están en vía de construcción y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, que se ha hecho célebre, produjo las «golondrinas del puente de Arcole.» Por lo demas, este es uno de los síntomas sociales más desastrosos. Todos los crímenes del hombre comienzan en el abandono y la vagancia del niño.

instruccion? » Tal era la consigna. Ahora bien, el niño errante es el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenía á veces necesidad de muchachos, y entonces espumaba las calles.

En tiempo de Luis XIV, para no remontarnos más lejos, el rey quería, y con razon, crear una flota. La idea era buena. Pero examinemos los medios empleados para llevarla á cabo. No hay flota posible, si, al lado del buque de velas, juguete del viento, y para remolcarlo, en caso necesario, no se tiene otro buque que vaya adonde se quisiera llevarle, bien sea por medio del remo, ó por medio del vapor; las galeras eran entonces á la marina lo que hoy son los steamers. Por consiguiente, se necesitaban galeras; pero la galera no se mueve sino por el galeote; era pues indispensable que hubiera galeotes para hacerlos remar. Colbert hacía que los intendentes de provincia y los parlamentos le procura sen el mayor número de presidiarios que les fuese posible. La magistratura se mostraba en ello muy complaciente. Un hombre tenía el sombrero puesto al pasar delante de él una procesion; actitud de hugo-ote, se le enviaba á galeras. Hallaban un muchacho en la calle; con tal que tuviera quince años, y que no supiera dónde acostarse, le enviaban á galeras. Gran reinado, gran siglo.

En la época de Luis XV, los muchachos desaparecían en París; la policía los arrebatava, ignorase para qué destino misterioso. Cuchicheábase con espanto en monstruosas conjeturas sobre los baños purpúreos del rey. Barbier habla sencillamente de estas cosas. Á veces sucedía que los exentos (oficiales municipales), faltos de muchachos huérfanos para tales empleos, los tomaban donde los encontraban, aunque tuvieran padres. Los padres desesperados la emprendían contra los exentos del rey; en cuyo caso el parlamento intervenía, y hacía ahorcar, ¿ á quién? ¿ á los exentos? No, á los padres.

VII

EL GAMIN TENDRIA SU PUESTO EN LAS CLASIFICACIONES DE LA INDIA

La *gamineria* parisiense casi es una casta. Podria decirse: no todo el que quiere pertenece á ella.

Esta palabra, *gamin*, fué impresa por primera vez y llegó de la lengua popular á la lengua literaria en 1834. En un opúsculo intitulado *Claude Gueux* fué donde ella hizo su primera aparicion. El escándalo fué muy grande, pero la palabra pasó al fin. Ya ha tomado carta de naturaleza en el idioma frances.

Los elementos que constituyen la consideracion de los *gamins* entre sí son muy variados. Nosotros hemos conocido y tratado á uno que era muy respetado y admirado entre ellos, porque habia visto caer á un hombre de lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro, por haber logrado penetrar en el patio interior donde se hallaban momentáneamente depositadas las estatuas de la cúpula

de los Inválidos y haberlas « birlado » un poco de plomo; un tercero, por haber visto volcar una diligencia: otro aún, porque « conocía » á un soldado á quien faltó poco para que sacara un ojo á un paisano.

Este es lo que explica aquella exclamacion de un gamin parisiense, profunda epifonema de la cual se rie el vulgo sin comprenderla: — ¡*Irá de Dios! si tengo yo desgracia! decir que todavía no he visto á nadie caer de un quinto piso!*

Ciertamente que éste es un bonito dicho de campesino: — Tío fulano, su mujer de usted ha muerto de su enfermedad; ¿por qué no llamó usted á un médico? — ¿Qué quiere usted, señor? los pobres *nos morimos nosotros solos*. Pero si toda la pasividad del aldeano se halla resumida en esa palabra, toda la anarquía libre-pensadora del pilluelo de París está, de seguro, compendiada en esta otra. Un condenado á muerte va en la carreta escuchando á su confesor. El hijo de París exclama: — ¡*Pues no va hablando con su clerizonte! ¡Oh! ¡qué collon!*

Cierta audacia en materia religiosa realza al gamin. Ser espíritu fuerte es importante.

Asistir á las ejecuciones capitales constituye entre ellos un deber. Se muestran unos á otros la guillotina y se rien. La prodigan toda especie de nombres: — Fin de la sopa, — Soplamócos, — la Tia delo Azul (del cielo), — el Último Bocado, — etc., etc. Á fin de no perder nada de la escena, escalan las paredes, se encaraman hasta los balcones, trepan á los árboles, se suspenden de las verjas, se abrazan de las chimeneas. El gamin nace albañil y trastejador como nace marino. Un tejado no le causa á él más miedo que un mástil. No hay para él fiesta como la de la Grève¹. Samson²

¹ La plaza de la Grève, á orillas del Sena, donde se hacían todas las ejecuciones hasta el año de 1830.

² El verdugo de París.

y el abate Montès¹ son los verdaderos nombres populares. Se da grita al paciente para envalentonarle. Á veces se le admira. Lacenaire, siendo gamin, como viese el atroz Dautun morir valerosamente, dijo esta palabra que encierra todo un porvenir: *Le tenía yo envidia*. En la *gaminería* no se conoce á Voltaire, pero se conoce á Papavoine. Mézclase en la misma leyenda á los « políticos » con los asesinos. Consérvanselas tradiciones del último traje de todos ellos. Se sabe que Tollerón llevaba un gorro de fogonero, Avril una gorra de nutria, Louvel un sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo é iba con la cabeza descubierta, que Castaing era todo el color de rosa y de gallarda figura, que Bories tenía una perilla romántica, que Juan Martín conservó sus tirantes, que Lecouffe y su madre se iban querellando é insultando. — *No os echéis en cara el cesto*, les gritó un gamin. Otro, para ver pasar á Debacker, demasiado pequeño en la muchedumbre, repara en un farol del muelle y se encarama á él. Un gendarme, que allí estacionaba, frunce el entrecejo. — Déjeme usted subir, señó gendarme, dice el gamin. Y para ablandar á la autoridad, añade: No me caeré. — Yo me importa bien poco que caigas ó no, responde en su lengua el gendarme.

En la gaminería, un accidente memorable se tiene en muy alta cuenta. Se llega á la cima de la consideracion si sucede que se corta uno muy profundamente, « hasta el hueso. »

Los puños son tambien un poderoso elemento de respeto. Una de las cosas que de más buena gana suele decir el gamin es: ¡*No son fuerzas las que me faltan!* — Ser zurdo, es cosa muy envidiada entre ellos. Ser bizzo, es cualidad que se estima mucho tambien.

¹ El capellan de la cárcel que presta asistencia espiritual á los ajusticiados.



En verano, se metamorfosea en rana; por la tarde, al anochecer, se dirige al río, junto á los puentes de Austerlitz y de Iena, y desde lo alto de los trenes de carbon y de los barcos de las lavanderas, se precipita de cabeza en el Sena y en todas las infracciones posibles á las leyes del pudor y de la policia. Sin embargo, los guardas municipales vigilan, resultando de aquí una situación altamente dramática que ha dado lugar en cierta ocasión á un grito fraternal y memorable; este grito, que adquirió celebridad allá por los años de 1830, es un aviso estratégico de gamin á gamin; se escande como un verso de Homero, con una anotación casi tan inexplicable como la melopea eleusiaca de las Panaténeas, hallándose aquí reproducida la antigua Evohé. Dice así: ¡*Hel* ¡*Titi*, *hééé!* cuidao que te han guipao; ... que hay moros en la

costa... recoge tus trapos y echa á correr, pasa por el albañal¹.

Á veces este mosquito — así se califica él mismo — sabe leer; á veces también sabe escribir, siempre sabe emborronar y embadurnar. No vacila un instante en procurarse, ignórase por qué especie de enseñanza mutua, todos los talentos que pueden ser útiles á la cosa pública: desde 1815 á 1830, imitaba el grito del pavo; desde 1830 á 1848, garabateaba una pera en las paredes. En una tarde de verano, se retiraba Luis Felipe á pie á la ciudad, cuando hé aquí que halló á uno muy pequeño que estaba afanado, sudando y estirándose á fin de poder pintarrapear con carbon una pera gigantesca sobre uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con aquella bondad natural que habia él heredado de Enrique IV, ayudó al gamin, acabó de dibujar la pera, y despues dió al muchacho un luis diciéndole: *También está ahí la pera*. Al gamin le gusta mucho el jaleo y la trapisonda. Cierta estado violento se acomoda bien con sus instintos. No puede ver á los « curas. » En la calle de la Universidad, se hallaba un día uno de esos muchachos traviosos, á la puerta cochera del número 69, mirando hácia aquella casa, con gesto burlon y señalándola un palmo de narices. — ¿Por qué haces eso en esta puerta? le preguntó un transeunte. — Porque aquí vive un cura, contestó el muchacho. Y, en efecto, allí es donde habita el nuncio del papa. Sin embargo, por más grande que sea el volterianismo del gamin, si se le presenta la ocasión de ser monaguillo, es posible que acepte, y en tal caso, ayuda él á misa con la mayor devoción. Dos cosas hay para las cuales es una

¹ El grito del gamin, imposible de traducir sino libremente, es como sigue: — *Ohé, Titi, ohééé!* y a de la grippe, y a de la coigne, prends tes zardes et va-t'en, passe par l'égoût!

especie de Tántalo, porque siempre las desea vivamente, sin conseguir las jamas : derrocar al gobierno, y hacer que le remienden sus calzones.

El gamin consumado y en estado perfecto posee todos los guardas municipales de París, y sabe siempre, desde el instante en que se echa uno á la cara, echarle él á la suya su propio nombre. Los enumera á todos y los pasa en revista al dedillo. Estudia sus costumbres y tiene sobre cada uno de ellos notas especiales. Lee á libro abierto y á la ventura en las almas de la policia. Os dirá de corrido y sin tropiezo : — « Fulano es *traidor*; Zutano es un *malvado*; Mengano « es *alto*; el otro es ridículo » (es de advertir que todas estas palabras : traidor, malvado, alto, ridículo, tienen en su idioma una acepcion particular); « este se imagina que el Puente Nuevo es suyo, » é impide á la *gente* que se pasee sobre la cornisa, por » fuera de los parapetos; aquel tiene la mania de tirar de » las orejas á las *personas*; » — etc., etc.

IX

EL ALMA VIEJA DE LAS GALIAS

Algo de ese muchado habia en Poquelin, hijo de las Halles¹; algo habia tambien en Beaumarchais. La *gamine-ria* es una variedad del espíritu de los Galos. Mezclada con el buen sentido, le añade á veces fuerza, como el alcohol al vino. Otras veces un defecto. Homero machaca, en buen hora; lo mismo podría decirse que Voltaire *gaminea*. Camilo Desmoulins era un arrabalero. Championnet, que con tan ruda aspereza trataba á los milagros, salió tambien de los arroyos de París; siendo aún muy pequeño, habia inundado los pórticos de San Juan de Beauvais y de San Esteban del Monte; habia tufado bastante la urna de santa Genoveva para dar órdenes á la redoma de san Genaro.

¹ Los mercados centrales de Paris. (Sabido es que Poquelin es Molière.)

El gamin de París es respetuoso, irónico é insolente. Tiene muy malos dientes, porque está mal alimentado y su estómago sufre, y buenos ojos, porque es agudo é ingenioso. En presencia del mismo Jehovah, saltaría él á brincos las gradas del paraíso. Es diestro y fuerte para la lucha á garrotazos ó á zapatazos. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo de la calle y se pone erguido en presencia de un motin; su descaro no se inmuta ánte la metralla; era un pilluelo, y se transforma en un héroe; semejante al pequeño tebano, sacude la piel del leon; el tambor Barra era un gamin de París; grita: ¡Adelante! como el caballo de la Escritura dice: ¡Vahl! y en un minuto, pasa de rapazuelo á gigante.

Este hijo del cieno es también el hijo del ideal. Medid esa escala que va desde Molière hasta Barra.

En suma, y para condensarlo todo en una palabra, el gamin es un sér que se divierte, porque es desgraciado.

X

ECCE PARIS. ECCE HOMO

Para resumirlo todo otra vez, diremos que el gamin de París, hoy, como en otros tiempos el græculus de Roma, es el pueblo niño mostrando en la frente la arruga del mundo antiguo.

El gamin es una gracia para la nación, y al mismo tiempo una enfermedad; enfermedad que es preciso curar; ¿cómo? por medio de la luz. ®

La luz sana y vivifica.

La luz ilumina.

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de las artes, de la enseñanza. Formad hombres, formad hombres. Ilustradlos, para que os den calor. Tarde ó temprano, la espléndida cuestion de la instruccion universal se planteará con la irresistible autoridad de la verdad absoluta; y entónces, los que gover-

naren bajo el imperio de la idea francesa tendrán que optar entre estas dos cosas: los hijos de la Francia ó los gaminos de París; llamas en la luz, ó fuegos fatuos en las tinieblas.

El gamin es la expresion de París, y París es la expresion del mundo.

Porque París es un total. París es la techumbre del género humano. Toda esa prodigiosa ciudad es un compendio de costumbres muertas y de costumbres vivas. El que ve á París cree ver la parte terrenal de toda la historia, con cielo y constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio, el Hôtel-de-Ville, un Parthenon, Nuestra Señora, un Monte Aventino, el arrabal de San Antonio, un Asinarium, la Sorbona, un Panteon, el Panteon, una Via Sacra, el boulevard de los Italianos, una Torre de los Vientos, la opinion; y las Gemonias se hallan aquí reemplazadas por el ridiculo. Su majo se llama el faraute (*faraud*), su transtiverino se apellida el arraballero (*fau-bourien*), su hammal es el mozo de cordel de los mercados (*le fort de la halle*), su lazzarone se llama el *pègre*, su cockney es el gantino (*le Gardin*). En París se halla todo cuanto hay en otras partes. La verdulera de Dumarsais puede dar la réplica á la herbolaria de Eurípides, el discóbolo Vejanus revive en el volatin Forioso, Therapontigonus Miletomaria de brazo al granadero Vadeboncœur; el prendero Damasippo se hallaria muy contento en nuestros haratillos, Vincennes encerraria á Sócrates, ni más ni ménos que la Agora enjaularia á Diderot. Grimod de la Reynière ha descubierto el roastbeef con sebo como Curtillus había inventado el erizo asado, bajo el globo aerostático del Arco de la Estrella vemos reaparecer el trapecio que está en Plauto, el comedor de espadas del Pécilo que encontró Apuleyo no es otro que el tragador de sables del Puente Nuevo, el sobrino de Rameau y Cur-

culion el parásito hacen buena pareja, Ergasila se haria presentar en casa de Cambacérés por d'Aigrefeuille; los cuatro lechuguinos de Roma, Alcesimarchus, Phædromus, Diabolus y Argyrippus, descienden de la Courtille en la silla de postas de Labatut; Aulu-Gelle no detenia más tiempo delante de Congrio que Carlos Nodier delante de Polichinela; Marton no es una tigre como Pardalisca no era un dragon; Panlabus el bufon parodia en el café Inglés á Nomentanus vividor, Hermógenes es tenor en los Campos Eliseo, en derredor suyo, Thrasius el mendigo, vestido de Bobèche, hace la cuestacion; el importuno que os detiene en el paseo de Tullerías por el boton del frac os hace repetir al cabo de dos mil años el apóstrofe de Thespion: *¿Quis properantem me prendit pallio?* El vino de Suresne parodia al vino de Alba, el vaso colmado de tinto de Désaugiers forma equilibrio con la gran copa de Balatron, el Père-Lachaise exala bajo las lluvias nocturnas los mismos resplandores que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años equivale al fero de alquiler del esclavo.

Buscad algo que no se halle en París. La tina de Trophonio nada contiene que no se encuentre en la cuba de Mesmer; Ergaphilao resucita en Cagliostro; el brahmino Vasaphanta se encarna en el conde de San German; el cementerio de San Médard hace tan buenos milagros como la mezquita Oumoumié de Damasco.

París tiene un Esopo, que es Mayeux, y una Canidia, que es mademoiselle Lenormand. Azórase como Delfos ante las esplendentes realidades de la vision; hace girar las mesas como Dodona los tripodes. Coloca á la griseta en el trono, como Roma entronizaba á la cortesana; y en suma, si Luis XV es peor que Claudio, madama Dubarry vale más que Messalina. París combina, en un tipo inaudito, que ha vivido y con el cual nos hemos codeado, la

desnudez griega, la úlcera hebraica y el retruécano gascón. Él mezcla á Diógenes, á Job y á Paillasse, viste á un espectro con números viejos del *Constitutionnel*, crea á Chodruc Duclos.

Por más que diga Plutarco : *el tirano no envejece*, Roma, en tiempo de Sylla como en tiempo de Domiciano, se resignaba de buen grado y echaba agua en el vino. El Tiber era un Letheo, si hemos de dar crédito al elogio un tanto doctrinario que de él hacía Varus Vibiscus : *Contra Gracchos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est seditionem oblivisci*. París bebe un millón de litros de agua cada día, mas esto no le impide, cuando llega la ocasión, tocar la generala y también tocar á rebato.

Fuera de esto, París es un buen muchacho. Todo lo acepta de un modo regio; no es escrupuloso en materia de Venus; su Callipyga es Hottentota; con tal que él ria, todo lo perdona; la fealdad le divierte, la disformidad le desopila, el vicio le distrae; el que sea chistoso, bien puede ser un tunante; ni aun la hipocresía, ese cinismo supremo, le inmuta; es tan literario, que no setapa la nariz en presencia de Basile, ni se escandaliza el más del rezo de Tartufo, que Horacio del « tipo » de Priapo. Ningun rasgo ni facción del rostro universal falta en el perfil de París. El baile de Mabile no es precisamente la danza polynnia del Janículo, pero la revendedora de trajes cobija allí con sus ojos á la loreta, á la manera que la encubridora Staphyla acechaba á la virgen Planesium. La barrera del Combateno es un Coliseo, pero se ostenta allí tanta ferocidad como si César fuera espectador. La hostalera siria tiene más gracia que la tia Saguet, pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d'Angers, Balzac y Charlet se han sentado á la mesa en los bodegones parisienses. París reina. Los genios aquí resplandecen, los saltimbánquis prosperan. Adoná pasa por aquí en su carro

de doce ruedas de truenos y relámpagos; Sileno hace su entrada montado en su asno. En vez de Sileno, léase Ramponneau.

París es sinónimo de Cosmos. París es Atenas, Roma, Sybáris, Jerusalem, Pantin. Todas las civilizaciones como todas las barbaries se hallan en él compendiadas. París se disgustaría si no tuviera una guillotina.

Un poco de plaza de Grève es bueno. ¿Qué sería toda esa eterna fiesta sin tal condimento? Nuestras leyes han provisto sabiamente á esta necesidad, y gracias á ellas, la horrible cuchilla se halla suspendida y destilando sangre sobre ese mártir de carnaval.



Señalar un límite á París, imposible. Ninguna ciudad ha tenido esta dominación que á veces se burla de aquellos mismos á quienes subyuga. ¡Agradaros, ó Atenienses! exclamaba Alejandro. París hace más que la ley, hace la moda; París hace más que la moda, hace la rutina. París puede hacer el tonto, si así le conviene; á veces se suele dar este placer, este lujo; y entónces el universo entero es tonto con él; despues París despierta de este letargo, se estriega los ojos, y dice: ¡Qué majadero soy! y suelta la carcajada á la faz del género humano. ¡Qué maravilla es una ciudad de esta especie! ¡Cosa extraña de ver, que lo grandioso y lo burlesco vivan aquí en tan buena armonía, que toda esa majestad no sea empañada por toda esta parodia, y que la misma boca pueda soplar hoy en el clarín del juicio final y mañana en un pito de caña! París tiene una jo-

vialidad soberana. Su alegría es el rayo y su farsa tiene un cetro. Su huracán sale á veces de un simple gesto. Sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas, van hasta el fin del universo, y tambien van sus despropósitos. Su risa es el cráter de un volcan salpicando toda la tierra. Sus *lazzis* son chispas abrasadoras. Impone á los pueblos sus caricaturas, lo mismo que su ideal; los monumentos más hermosos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad á sus bellaquerías. Es magnífico: tiene un prodigioso 14 de Julio que liberta al globo; hace prestar el juramento del juego de pelota á todas las naciones; su noche del 4 de Agosto disuelve en tres horas mil años de feudalismo: hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; inunda con su esplendor á Washington, á Kosciusko, á Bolívar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á John Brown, á Garibaldi; hállase en todas partes donde se enciende la luz del porvenir, en Boston en 1779, en la isla de Leon en 1820, en Pesth en 1848, en Palermo en 1860; cuchichea la poderosa consigna: *Libertad*, al oído de los abolicionistas americanos agrupados en la nave de Harper's Ferry, y al oído de los patriotas de Ancona reunidos en la sombra de los Archi, ante la posada de Gozzi, á orillas del mar; crea á Canaris; crea á Quiroga; crea á Pisacane; él bosqueja y radia al grande sobre la tierra; yendo hácia donde su soplo los encamina, es como Byron muere en Missolonghi y Mazet muere en Barcelona; es tribuna bajo los piés de Mirabeau y cráter bajo los piés de Robespierre; sus libros, su teatro, su arte, su ciencia, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano; él tiene á Pascal, á Régnier, á Corneille, á Descartes, á Juan Jacobo; Voltaire para todos los minutos, Molière para todos los siglos; hace hablar su lengua á la boca universal, y esta lengua se convierte en verbo;

elabora en todos los espíritus la idea de progreso; los dogmas libertadores que él forja son para las generaciones espadas de buen temple; y con el alma de sus pensadores y de sus poetas se han formado, desde 1789, todos los héroes de todos los pueblos; pero todo esto no le impide *gaminar*; y ese enorme genio que se llama París, sin dejar de transfigurar al mundo con su luz, pintorrea con carbón la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo y escribe *Credeville voleur* sobre las pirámides.

París enseña siempre los dientes; cuando no regaña, ríe.

Tal es París. Las humaredas que salen de sus tejados son las ideas del universo. Montón de barro y de piedras, si se quiere, pero ante todo y sobre todo, ser moral. Es más que grande, es inmenso. ¿Por qué? porque tiene osadía.

Osar; á este precio se adquiere el progreso.

Todas las conquistas sublimes son, en más ó ménos grado, premios de osadía. Para que exista la Revolución, no basta que Montesquieu la presienta, que Diderot la predique, que Beaumarchais la anuncie, que Condorcet la calcule, que Aronét la prepare, que Rousseau la premedite; era preciso que Danton la osara.

El grito: ¡ *Audacia!* es un *Fiat lux*. Para la marcha progresiva del género humano, es preciso que haya sobre las cimas en permanente tremendo ejemplos de valor. Las temeridades deslumbran la historia y son una de las grandes antorchas que iluminan al hombre. La aurora manifiesta osadía cuando se eleva sobre el horizonte. Intentar, arriesgar, persistir, perseverar, ser fiel á sí mismo, tomar á brazo partido el destino, asombrar á la catástrofe por el poco temor que nos infunde, ora afrontando á la potestad injusta, ora insultando á la victoria ebria; mantenerse firme, y hacer frente, tal es el ejemplo que necesitan los pueblos, y la luz que los electriza. El mismo relámpago va desde la antorcha de Prometeo á la pipa corta de Cambroane

XII

EL PORVENIR LATENTE EN EL PUEBLO

Por lo que hace al pueblo parisiense, áun llegado á la edad de hombre, siempre es gamin; pintar al muchacho, es pintar la ciudad, y hé ahí la razón por que hemos estudiado esta águila en aquel gorrion libre.

Insistiremos en decir que dónde aparece la verdadera y legítima raza parisiense es en los arrabales; allí está la sangre castiza y la crema; allí está la verdadera fisonomía; allí es donde ese pueblo trabaja y sufre, y el sufrimiento y el trabajo son las dos figuras del hombre. Allí hay inmensas cantidades de seres desconocidos donde hormiguean los tipos más extraños, desde el descargador de la Rápée hasta el descuartizador de Montfaucon. *Fex urbis*, exclama Ciceron; *mob*, añade Burke indignado; turbas, muchedumbre, populacho. Estos nombres se pronuncian bien pronto. Sea en buen hora. ¿Qué importa? ¿qué le

hace que vayan descalzos? No saben leer; tanto peor. ¿Es esta una razon para abandonarlos? ¿haréis de su mismo desvalimiento, de su miseria, una maldicion? ¿no podrá la luz penetrar nunca en esas masas? Volvamos á este grito: ¡Luz! y obstinémonos en él: Luz! luz! -- ¿Quién sabe si esas opacidades no se harán al fin transparentes? ¿las revoluciones no son por ventura transfiguraciones? Marchad, filósofos, id y enseñad, ilustrad, iluminad, pensad en alta voz, hablad alto, acudid gozosos al gran sol, raternizad con las plazas públicas, anunciad la buena nueva; prodigad los alfabetos, los primeros rudimentos de vuestra enseñanza, proclamad los derechos, cantad las Marsellesas, sembrad los entusiasmos, arrancad ramas verdes á las encinas. Haced de la idea un torbellino. Esa muchedumbre puede ser sublimada. Sepamos servirnos de esa vasta combustion de los principios y de las virtudes que chispea, que estalla y que estremece á ciertas horas. Esos piés descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esas ignorancias, esas abyecciones, esas tinieblas, pueden ser empleadas en la conquista del ideal. Mirad á trasluz del pueblo, y distinguiréis la verdad. Que arrojen á la hornaza, que se funda allí y que hierva esa vil arena que holláis con vuestros piés, y ella se convertirá en cristal espléndido, y, gracias á ese cristal, Galileo y Newton descubrirán los astros.

XIII

EL NIÑO GAVROCHE

Como unos ocho ó nueve años despues de los acontecimientos referidos en la segunda parte de esta historia, notábase en el boulevard del Temple y hácia las regiones del Château-d'Eau, un muchachito de once á doce años que habria realizado bastante correctamente ese ideal del *gamin* que hemos ántes bosquejado, si, con la risa de su edad en los labios, no hubiera él tenido el corazon absolutamente vacío y sombrío. Hallábase este niño envuelto en un pantalon de hombre, pero que no provenia de su padre, y en una camiseta de mujer, pero que tampoco la habia él recibido de su madre. Unas gentes cualesquiera le habian vestido de trapos por caridad. Á pesar de esto, tenía un padre y una madre. Pero su padre no pensaba jamas en él, y su madre no le queria. Era uno de esos niños dignos de compasion entre todos los que, teniendo lacres son sin embargo huérfanos.

Este niño no se hallaba nunca bien sino en la calle. El empedrado era para él ménos duro que el corazón de su madre.

Su familia le había lanzado de un puntapié á la senda de la vida.

Y él había seguido buenamente el impulso dado por ese voleo paternal.

Era un muchachito descolorido, listo, bullicioso, sagaz, chocarrero, de aspecto vivaz y enfermizo. Iba y venía, cantaba, jugaba á la rayuela, escarhaba en los arroyos, robaba un poco, pero como los gatos y los gorriones, alegremente, reía cuando le llamaban truhan ó galopin, y se enojaba al oírse llamar *granuja*. No tenía albergue, niumbre, ni pan, ni amor; pero estaba alegre, porque era libre.

Cuando estas pobres criaturas llegan á ser hombres, casi siempre los encuentra á su paso y los aplasta la rueda del orden social; pero mientras que son niños, escapan fácilmente. Siendo tan pequeños, el menor hueco les basta para escapar á la rueda, y quedar á salvo.

No obstante, por más abandonado que estuviera este muchacho, sucedía á veces, cada dos ó tres meses, que decía: ¡Vaya, hoy voy á ver á madre! Entónces dejaba el boulevard, el Circo, la Puerta de San Martín, descendía á los muelles, pasaba los puentes, atravesaba los arrabales, llegaba á la Salpêtrière, y se dirigía ¿ adónde? precisamente á aquel noble número 50-52 que el lector conoce ya, á la casucha Gorbeau.

En aquella época, la casucha 50-52, habitualmente desierta y eternamente decorada con su cartel en el cual se leía la inscripción: « Cuartos de alquiler, » se hallaba, cosa rara en verdad, habitada por varios individuos que, por lo demás, como siempre acontece en París, no tenían el menor lazo ni relación entre ellos. Todos pertenecían á esa clase indigente que principia á partir del último propietario

ó poseedor de alguna cosa, pero que se ve en grandes apuros y escaseces, y se prolonga de miseria en miseria por las capas inferiores de la sociedad hasta esos dos seres en quienes vienen á parar todas las cosas materiales de la civilización, el pocero que barre y limpia las inmundicias, y el traperero que recoge los guñapos.

La « inquilina principal » del tiempo de Juan Valjean había muerto, habiéndola reemplazado otra enteramente parecida. No sé qué filósofo ha dicho: Nunca faltan viejas á propósito para ciertos oficios.

Llamábase esta otra vieja madama Burgon, y nada notable ofrecía en su vida sino es una dinastía de tres loros, los cuales habían reinado sucesivamente en su alma.

Entre todos los que habitaban la casucha, los más miserables eran una familia de cuatro personas, el padre, la madre, y dos hijas bastante grandes ya, embudidos todos cuatro en el mismo zaquizamí, una de aquellas celdas de que ya hemos hablado.

Á primera vista, nada de particular ofrecía esta familia sino su extrema desnudez. Al tomar el cuarto en alquiler, el padre había dicho que se llamaba Jondrette. Poco tiempo después de haberse él mudado con su familia á esta casa, mudanza que, con respecto al mueblaje, se parecía singularmente, valiéndonos del dicho memorable de la inquilina principal, á una entrada de nada, este Jondrette había dicho á aquella mujer que, como su antecesora, al mismo tiempo que era portera, barria también las escaleras de la casa: Tía falana, si álguien viniera casualmente á preguntar por un Polaco, ó un Italiano, ó tal vez un Español, sería por mí por quien preguntarian.

Esta familia era la de nuestro alegre mozuelo descalzo. Al entrar en aquella casa, es decir, en aquel pobre desván, no hallaba más que miseria, y, lo que es más triste aún, ni una sonrisa siquiera; frío en el hogar, frío en los corazones.

Cuando entraba, le preguntaban : — ¿ De dónde vienes ? Y él respondía : — De la calle. Cuando salía, le preguntaban : — ¿ Adónde vas ? Y él respondía : Á la calle. Su madre le decía : — ¿ Qué es lo que vienes tú á hacer aquí ?

En esta ausencia de toda afeccion vivia aquel niño como viven esas yerbas pálidas que brotan en los sótanos ó en el fondo de los sepulcros. No sufría de verse así tratado, ni tenía odio á nadie. Ignoraba él cómo debieran ser un padre y una madre.

Por lo demas, su madre amaba á sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el boulevard del Temple llamaban á este muchacho el niño Gavroche. ¿ Por qué se llamaba Gavroche ? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette.

Romper el hilo parece ser el instinto de ciertas familias miserables.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casucha Gorgeau era la última pieza, al fin del corredor. La celda de al lado la ocupaba un jóven muy pobre á quien llamaban el señor Marius.

Digamos ahora quién era este señor Marius.

LIBRO SEGUNDO

EL GRAN BOURGEOIS

I

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES

En las calles de Boucherat, de Normandie y de Saintonge, existen aún algunos antiguos habitantes que conservan la memoria de un buen hombre llamado el señor Gillenormand, y que se complacen en hablar de él. Este buen hombre era ya viejo cuando ellos eran todavía jóvenes. Para los que miran melancólicamente ese vago hormigueo de sombras que se llama el tiempo pasado, aquella figura no ha desaparecido aún enteramente en el laberinto de calles inmediatas al Temple que en tiempo

30371

Cuando entraba, le preguntaban : — ¿ De dónde vienes ? Y él respondía : — De la calle. Cuando salía, le preguntaban : — ¿ Adónde vas ? Y él respondía : Á la calle. Su madre le decía : — ¿ Qué es lo que vienes tú á hacer aquí ?

En esta ausencia de toda afeccion vivia aquel niño como viven esas yerbas pálidas que brotan en los sótanos ó en el fondo de los sepulcros. No sufría de verse así tratado, ni tenía odio á nadie. Ignoraba él cómo debieran ser un padre y una madre.

Por lo demas, su madre amaba á sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el boulevard del Temple llamaban á este muchacho el niño Gavroche. ¿ Por qué se llamaba Gavroche ? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette.

Romper el hilo parece ser el instinto de ciertas familias miserables.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casucha Gorgeau era la última pieza, al fin del corredor. La celda de al lado la ocupaba un jóven muy pobre á quien llamaban el señor Marius.

Digamos ahora quién era este señor Marius.

LIBRO SEGUNDO

EL GRAN BOURGEOIS

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES

En las calles de Boucherat, de Normandie y de Saintonge, existen aún algunos antiguos habitantes que conservan la memoria de un buen hombre llamado el señor Gillenormand, y que se complacen en hablar de él. Este buen hombre era ya viejo cuando ellos eran todavía jóvenes. Para los que miran melancólicamente ese vago hormigueo de sombras que se llama el tiempo pasado, aquella figura no ha desaparecido aún enteramente en el laberinto de calles inmediatas al Temple que en tiempo

30371

de Luis XIV recibieron los nombres de todas las provincias de Francia, á la manera que en nuestros dias se ha dado á las calles del nuevo barrio del Tivoli los nombres de todas las capitales de Europa, en cuya progresion, digámoslo de paso, está visible el progreso.

El señor Gillenormand, que existía por los años de 1831, era uno de esos hombres que se han convertido en una curiosidad digna de verse únicamente porque han vivido largo tiempo, y que son singulares, porque habiéndose parecido antaño á todo el mundo, ahora ya no se parecen á nadie. Era un viejo muy particular, y verdaderamente el hombre de otra época, el verdadero *bourgeois* completo, un tanto altivo y enhiesto, del siglo diez y ocho, que ostentaba su limpia y antigua *bourgeoisie* con el mismo porte, entonado y engreído, con que un marqués ostenta su marquesado. Pasaba ya de los noventa años, y andaba recto y erguido, hablaba alto, veía claro, bebía seco, comía, dormía y roncaba. Conservaba aún íntegros sus treinta y dos dientes. No usaba anteojos sino para leer. Era de índole enamorada, pero solía decir que hacía diez años que había renunciado enteramente y de una manera absoluta á las mujeres. — Ya no puedo agradar, — decía; y no añadía: Soy demasiado viejo; sino: Soy demasiado pobre. — Si no estuviera arruinado... ¡hééé! — En efecto, no le quedaba ya sino una renta como de quince mil libras. Su más bello ensueño era disfrutar de una herencia que le procurase cien mil francos de renta para sostener queridas. Según se ve, no pertenecía á esa variedad de octogenarios enfermizos que, como M. de Voltaire, han estado cuasi moribundos toda su vida; no era la suya una longevidad de jarro cascado; aquel viejo lozano y regocijado había gozado siempre buena salud. Era superficial, rápido, de una naturaleza irritable. Se encolerizaba á propósito de cualquier cosa, generalmente sin razón, declarándose en rebe-

lión contra la verdad. Cuando le contradecían, levantaba por alto su baston, y sacudía á las gentes, como se practicaba en el gran siglo. Tenía una hija de más de cincuenta años, que no se había casado, á quien daba sendas zurras, cuando se enfadaba, y á la cual había el azotado de muy buena gana. La trataba como á una niña de ocho años. Abofeteaba enérgicamente á sus criadas y las decía: ¡Ah! pelleja! Uno de sus tacos y juramentos más favoritos era: ¡*Por la pantuflocha de la pantuflochada!* Tenía rarezas y manías singulares; se hacía afeitarse diariamente por un barbero que había estado loco y que le aborrecía de muerte, porque estaba celoso del señor Gillenormand á causa de su mujer, que era una barbera guapa y coqueta. El señor Gillenormand admiraba su propio discernimiento en todo, y se declaraba muy sagaz; hé aquí uno de sus dichos: « En verdad, yo tengo alguna penetración; soy capaz de adivinar, cuando me pica una pulga, de qué mujer me ha venido. » Las palabras que solía él pronunciar con más frecuencia eran: *El hombre sensible*, y: *La naturaleza*. No daba á esta última palabra la grande acepción que en nuestra época se la atribuye; pero la hacía figurar siempre á su manera en las ligeras sátiras que solía improvisar sentado en el rincón de su chimenea: — Para que la civilización tenga un poco de todo, decía, la naturaleza la suministra hasta ciertos modelos ó muestras de barbarie divertida. La Europa tiene tipos del Asia y del África, en pequeña escala. El gato es un tigre de salón, el lagarto un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la Grande Ópera son salvajes vestidas de color de rosa. No se comen á los hombres, pero los mastican bien y los chupan; ó bien, con su arte mágico, los convierten en ostras, y se los tragan. Los Caribes no dejan, sino los huesos; ellas sólo dejan la concha. Tales son nuestras costumbres. Nosotros no devoramos, roemos; no exterminamos, pero arañamos, hincando bien la garra.



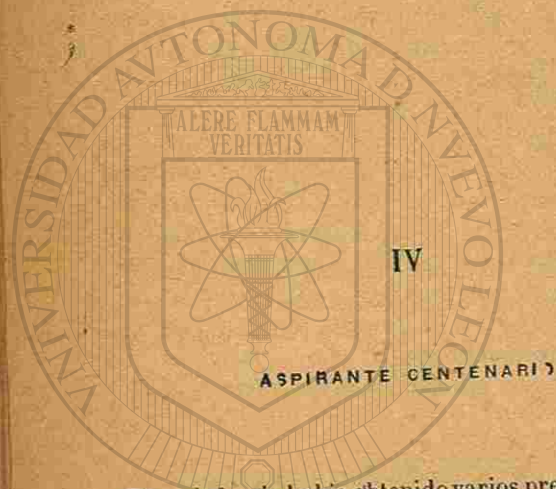
Vivia en el Marais, en la calle de las Filles-du-Calvaire, nº 6, cuya casa le pertenecía. Esta casa fué demolida después y reedificada, habiendo cambiado probablemente de número, en esas revoluciones numerales que de algun tiempo á esta parte sufren las calles de París. Ocupaba un cuarto principal, antiguo y vasto, entre la calle y los jardines, amueblado hasta los techos con grandes tapicerías de Gobelin y de Beauvais que representaban asuntos eróticos, escenas amorosas; los mismos asuntos de los techos y de los cuadros se hallaban repetidos en pequeños sillones. Su cama estaba rodeada con un enorme biombo de nueve hojas de laca de Coromandel. Largos y difusos cortinajes pendían de las ventanas, formando grandes pliegues alternados, muy viscosos y magníficos. El jardín, inmediatamente situado bajo sus ventanas, comuni-

caba con una de ellas, la que estaba en el rincón, por medio de una escalera de doce ó quince gradas, que aquel buen hombre subía y bajaba alegremente. Además de una biblioteca, contigua á su cuarto de dormir, tenía un gabinetito que afeccionaba él mucho, galante retrete tapizado de una magnífica colgadura de paja flordeada y sembrada de rosas, hecha en las galeras de Luis XIV, por encargo de M. de Vivonne que la hizo fabricar á sus galeotes, destinándola á su querida. El señor Gillenormand había heredado esto de una tía de su madre, vieja huraña que murió centenaria. Había él tenido dos mujeres. Sus modales eran un término medio entre el hombre de la corte, que jamás lo había él sido, y el hombre de toga, que lo habría podido ser. Cuando quería, era festivo y aún cariñoso. En su juventud, había sido uno de esos hombres que siempre son engañados por su mujer y jamás por su querida, porque son á la vez los maridos más locos y estúpidos, y los queridos más tiernos y galantes que es posible imaginar. Era conocedor en pintura. Tenía en su cuarto un maravilloso retrato de no sé quién, obra de Jordaens, hecha á grandes pinceladas, con millones de detalles, como esparcidos el azar y en visible confusión. El traje del señor Gillenormand no era la casaca de Luis XV, ni tampoco la casaca de Luis XVI; sino que era el traje de los increíbles del Directorio. Habíase juzgado enteramente joven hasta entonces y había seguido la moda. Su frac á cola de bacalao era de paño ligero, con espaciosas solapas, y anchos botones de acero. Añádase á esto su calzon corto y zapatos con hebillas. Llevaba siempre metidas las manos en los bolsillos; y solía decir con cierto aire de autoridad: *La Revolución francesa no es más que una caterva de forajidos.*



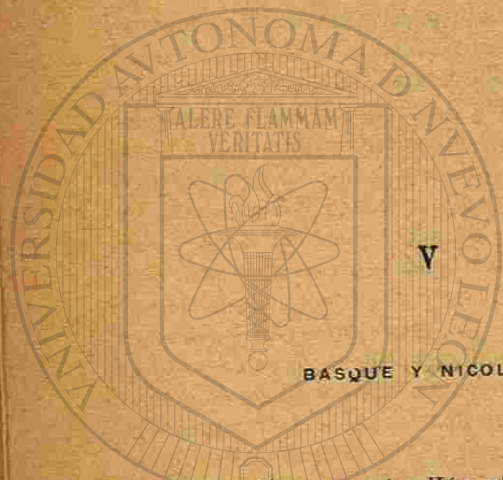
Hallándose una noche en la Ópera, á la edad de diez y seis años, tuvo el honor de que le asestaran los gemelos dos beldades á la vez, maduras y célebres entónces y cantadas por Voltaire, la Camargo y la Sallé. Cogido entre dos fuegos, hizo una retirada heroica hácia una bailarina jovencita llamada Nahenry, que tenía diez y seis años como él, desconocida como un gato, y de la cual estaba enamorado. Abundaba en recuerdos; y solía exclamar: ¡Qué bonita iba aquella Guimard-Guimardini-Guimardinette, la última vez que la vi en Longchamp, con el pelo rizado, sentimentalmente, con ven-á-verme de turquezas, su vestido color de gente recién llegadas y su manguito de agitación! — En su adolescencia había él llevado una chaqueta de Nain-Londrin, de la cual hablaba á menudo y con efusión. — Estaba yo vestido como un turco del Levante Levan-

tino, decia. Habiéndole visto por casualidad madama de Boufflers cuando él tenía veinte años, le calificó de un « loco divertido. » Se escandalizaba de todos los nombres que veía en la política y en el poder, hallándolos bajos y demasiado plebeyos. Leía los periódicos, *los papeles-noticias*, *las gacetitas* como él los llamaba, ahogando sus grandes risotadas. ¡ Oh ! solía decir, qué gen'es son estas ! ¡ Corbière ! Humann ! Casimiro Perier ! y decir que esto es un ministro ! Yo me figuro que estoy leyendo impre o en un periódico ; ¡ M. Gillenormand, ministro ! sería una farsa. ¡ Pues bien ! tan tontos son ellos, que así pasaría ! Llamaba él alegremente á todas las cosas por su nombre propio, ó impropio y malsonante, sin que reparase que hablaba delante de señoras. Decía sus groserías, obscenidades y suciedades repugnantes con cierta calma y serenidad como si dijera la cosa más sencilla del mundo, sin que debiera escandalizarse, en su sentir, ni á un extrañar lo nadie, lo que le hacia pasar por un decidior elegante. Por lo demás, tal era el uso de su época ; pues es de notar que el tiempo de la *verifrasis* en verso fué tambien el tiempo del más crudo y más verde lenguaje en prosa. Su padrino le había predicho que sería un hombre de genio, y le había dado estos dos nombres significativos : *Luc-Esprit*



En su infancia había obtenido varios premios en el colegio de Moulins, donde él nació, coronándole por su propia mano el señor duque de Nivernais, á quien él llamaba el duque de Nevers. Ni la Convencion, ni la muerte de Luis XVI ni Napoleon, ni la vuelta de los Borbones, nada había podido borrar la memoria de aquella coronacion. *El duque de Nevers* era para él la gran figura del siglo. ; Qué gran señor tan magnifico y de tanta valia, solia él decir, y qué bien le sentaba su hermoso cordon azul ! Á juicio del señor Gillenormand, Catalina II había reparado el crimen de la reparticion de la Polonia comprando por tres mil rublos el secreto del elixir de oro á Bestuchef. Hablando de esto, se animaba : — El elixir de oro, exclamaba, la tintura amarilla de Bestuchef, las gotas del general Lamotte, valian en el siglo diez y ocho, un luis el frasco de média onza, y eran el gran re-

medio para las catástrofes de amor, la panacea contra Venus. Luis XV envió doscientos frascos al papa. — Le habrían irritado mucho y sacádole de quicio, si le hubieran dicho que el elixir de oro no es otra cosa que el perchloruro de hierro. El señor Gillenormand adoraba á los Borbones y tenía un verdadero horror á 1789; referia á menudo la manera cómo logró él escapar al Terror, y cómo le fué menester desplegar mucha alegría y mucho chiste para que no le cortaran la cabeza. Si algun jóven cometia la imprudencia, ó más bien, tenia la audacia de hacer en su presencia el elogio de la República, al punto se ponía cárdeno y se irritaba hasta perder el sentido y desmayarse completamente. Á veces hacia alusion á su edad de noventa años, y decia : *Espero que no veré dos veces el noventa y tres*. En otras ocasiones hacia entender á las gentes que él contaba vivir cien años



BASQUE Y NICOLETTE

Tenía también sus teorías. Hé aquí una de ellas: « Cuando
 » un hombre ama apasionadamente á las mujeres y tiene
 » él una mujer propia de la cual se cuida poco, fea, de mal
 » genio, légitima, llena de derechos, muy asida al código
 » y celosa si es menester, no tiene más que una manera
 » de salir de apuros y vivir en paz: dejar á su mujer en
 » posesion de los cordones de la bolsa. Esta abdicacion es
 » lo único que puede devolverle su libertad. La mujer en-
 » tónces se ocupa, se aficiona al manejo del dinero, le gusta
 » mancharse los dedos con el verde-gris de las monedas,
 » emprende la creacion de granjas y la educacion de los
 » granjeros y arrendatarios, convoca á los procuradores,
 » preside á los notarios, arenga á los tabeliones ó fiel-de-
 » fechos, visita á las golillas, entabla pleitos, redacta las
 » escrituras de plazo para los arriendos, dicta los con-

» tratos, se cree soberana, vende, compra y arregla y desar-
 » regla, ordena y manda con suprema autoridad, promete
 » y revoca, liga y desliga, cede, concede y retrocede, va-
 » lida, invalida, y revalida, acuerda y desacuerda, ateso-
 » ra, prodiga; hace mil disparates, con una suprema y ma-
 » gistral felicidad que la consuela. Miétras que su ma-
 » rido le desdeña, ella tiene la satisfacion de arruinar á
 » su marido. » El señor Gillenormand había hecho perso-
 » nalmente la aplicacion de esta teoría; convertida y trans-
 » formada en su propia historia, la historia de su casa y de
 » su familia. Su segunda mujer había administrado su for-
 » tuna de tal manera, que cuando quedó el viudo, apenas
 » si contaba escasa y estrictamente lo necesario para vivir;
 » colocándolo casi todo en renta vitalicia, reunia unos quince
 » mil francos anuales, cuyas tres cuartas partes debían ex-
 » tinguirse con él. Poco preocupado de los cuidados de de-
 » jar una herencia á nadie, no había vacilado en adoptar
 » esa disposicion. Por otra parte, había el visto que los pa-
 » trimonios estaban sujetos á sufrir á veces ciertas contin-
 » gencias y aventuras, y que, por ejemplo, se conviertan
 » en *bienes nacionales*; había asistido á las conversiones
 » del tres consolidado, y tenía poca fe en el gran libro. —
 » ¡ Todo eso va á parar á la calle de Quincampoix! solía de-
 » cir. Su casa de la calle de las Filles-du-Calvaire, como he-
 » mos dicho ántes, le pertenecía en propiedad. Tenía dos
 » criados, « un macho y una hembra, » según él se expresaba.
 » Cuando recibía un criado nuevo, el señor Gillenormand le
 » rebautizaba. Á los varones les daba el nombre de su pro-
 » vincia: Nimois, Comtois, Poitevin, Picard. Su último ayu-
 » da de cámara era un hombre fatigado y asmático, de unos
 » cincuenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos;
 » pero como había nacido en Bayona, el señor Gillenormand
 » le llamaba Basque ¹. Por lo que hace á las criadas, en su

¹ Vasco.

casa todas llevaban el nombre de Nicolette (hasta la Magnon de quien hablaremos más adelante). Un día se le presentó una cocinera muy preciada, *cordón bleu* de la alta raza de los conserjes. — ¿Qué salario quiere usted ganar mensualmente? la preguntó el señor Gillenormand. — Treinta francos. — ¿Cómo se llama usted? — Olympia. — Ganarás cincuenta francos y te llamarás Nicolette.



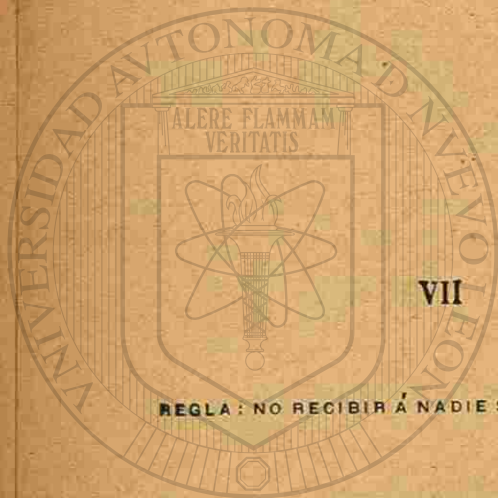
VI

DONDE SE ENTREVE A LA MAGNON Y A SUS DOS NIÑOS

En el señor Gillenormand, el dolor se transformaba en ira; se ponía furioso de verse desesperado. Tenía todas las preocupaciones imaginables y se tomaba todo género de licencias. Una de las cosas de las cuales componía él su relieve exterior y su satisfacción íntima, era, como lo hemos indicado hace poco, el haber permanecido siempre mozalbete, y pasar enérgicamente por tal. Á esto lo llamaba tener una « fama régia. » Su fama régia le procuraba á veces singulares é inesperadas fortunas. Un día le trajeron á casa en una banasta, semejante á los canastillos de ostras, un niño recién nacido, bastante abultado, gritando como siete y perfectamente envuelto en sus pañales, que una criada despedida seis meses ántes le atribuía á él. Es de advertir que el señor Gillenormand contaba entónces sus ochenta y cuatro años cumplidos. Indignacion y cla-

moreo entre los que le rodeaban : ¿ Y á quién queria hacer creer semejante cosa aquella bribona descarada ? ¿ Qué audacia ! ¿ qué abominable calumnia ! Por lo que hace al señor Gillenormand, no manifestó ningun enojo por aquel suceso ; ni siquiera se inmutó. Miró al muñeco con la amable sonrisa de un buen hombre que se siente lisonjeado por la calumnia, y dijo entre bastidores : — « ¿ Y bien, qué ? ¿ qué es eso ? ¿ qué es lo que hay ? ¿ qué tiene eso de particular ? Ustedes se admiran y se sorprenden, en verdad, de un modo maravilloso, como pudieran hacerlo las personas más ignorantes. El señor duque de Angulema, bastardo de Su Majestad Carlos IX, se casó á los ochenta y cinco años con una muchachita, muy bachillera, de quince años ; el señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo, á la edad de ochenta y tres años, de una camarista, como quien dice, de una *doncella* de la señora presidenta Jacquín, un hijo, un verdadero hijo de amor, que fué caballero de Malta y consejero de Estado con espada ; uno de los grandes hombres de este siglo, el abate Tabaraud, es hijo de un padre que le tuvo á los ochenta y siete años. Estas cosas nada tienen que no sea muy ordinario, ¿ Pues y la Biblia ! Á pesar de todo esto, yo declaro que ese señorito no me pertenece. Pero que le cuiden bien. La pobre criatura no tiene la culpa de verse así abandonada. » — Este proceder era bondadoso. La madre, que no era otra que la llamada Magnon, le hizo el año siguiente un segundo envío. Era también un chico. Esta vez ya el señor Gillenormand se vió precisado á capitular. Remitió á la madre los dos muñecos, comprometiéndose á pagar para su manutencion ochenta francos mensuales, con la condicion de que la madre no recomenzaria otra vez. Y añadió : — « Con el bien entendido que quiero que la madre los trate bien. Yo iré á verlos de vez en cuando. » Lo que hacia, en efecto. Habia tenido un hermano sacerdote,

el cual fué, por espacio de treinta y tres años, rector de la academia de Poitiers, y habia muerto á la edad de setenta y nueve años. *Le perdí jóven*, decia. Este hermano, de quien ha quedado muy poca memoria, era un avaro apacible y severo que, siendo como era sacerdote, se creia en el deber de dar limosna á los pobres que encontraba, pero jamas les daba sino pedacitos de metal sin valor alguno, monedas falsas ó sueldos enteramente desgastados y sin circulacion legal ; hallando así medio de irse al infierno por el camino del paraíso. Por lo que hace al señor Gillenormand el mayor, no solia regatear nunca la limosna, que él daba de buen grado, y noblemente. Era benévolo, brusco, caritativo, y si hubiera sido rico, su propension le habria inclinado á lo magnifico. Quería él que todo cuanto le concernia se hiciera en grande, hasta las bribonadas. Cierto dia, en una sucesion, como se viese desbalijado por un hombre de negocios de una manera grosera y visible, lanzó esta exclamacion solemne : — « ¡ Uf ! qué suciamente está hecho eso ! vergüenza me da de ver semejantes estafas, con tanta torpeza ejecutadas. Todo ha degenerado en este siglo, hasta los bribones. ¡ Voto á bríos ! no es así como se debe robar á un hombre de mi calidad. Soy aquí robado como en un bosque, pero robado de mala manera. ¡ *Silvæ sint consule dignæ* ! — Habia tenido, como hemos dicho ya, dos mujeres ; de la primera le nació una hija que se habia quedado soltera, y de la segunda otra hija, que murió á la edad de treinta años, la cual se habia casado, por amor ó por casualidad ó por otras causas, con un soldado de fortuna que sirvió en los ejércitos de la república y del imperio, ganando la cruz en Austerlitz y el grado de coronel en Waterloo. *Esa es la vergüenza de mi familia*, decia el viejo *bourgeois*. Tomaba mucho tabaco, y tenia una gracia particular para arrugar y chafar su pechera de encaje manoseándola con frecuencia. Creia muy poco en Dios.



VII

Tal era el señor Luc-Esprit Gillenormand, quien no había perdido su cabellera, la cual conservaba más bien gris que blanca, y llevaba siempre el pelo en la forma que suelen llamar orejas de perro. En suma, y á pesar de todo esto, tenía un aspecto venerable.

Participaba del carácter del siglo diez y ocho; frívolo y grande.

En 1814, y en los primeros años de la Restauración, M. Gillenormand, joven aún, — pues apenas tenía unos sesenta y cuatro años, — había habitado en el arrabal de San German, calle de Servandoni, junto á San Sulpicio. No se retiró al Marais sino al salir ya del gran mundo, mucho después de haber cumplido sus ochenta años.

Y al abandonar la alta sociedad, habíase encastillado en

sus usos y costumbres. La principal de estas, y en la cual era inexorable, consistía en tener la puerta de la calle absolutamente cerrada durante el día, y no recibir nunca á nadie, quienquiera que fuese, sino por la noche. Comía á las cinco, y después de la comida era cuando se abría su puerta. Tal era la moda de su siglo, y él no quería derogarla por ningún concepto. — El día es canalla, solía decir, y no merece sino darle con la puerta en los hocicos. Las personas de distinción iluminan su espíritu cuando el zenit alumbra sus estrellas. — Y se muraba y se atrincheraba para todo el mundo, aún cuando fuese el rey. En esto se hacía consistir también la vieja elegancia de su época.



Acabamos de hablar de las dos hijas del señor Gillenormand, las cuales habían nacido á diez años de intervalo. En su juventud, se parecían muy poco, y, tanto por el genial cuanto por las facciones, fueron siempre tan poco hermanas como es posible serlo. La pequeña era un alma bendita consagrada á todo cuanto es luz y gloria, ocupada siempre de flores, de versos y de música, cerniéndose en los espacios gloriosos, entusiasta, etérea, desposada desde la infancia, en el ideal, con una vaga figura heroica. La mayor tentaba también su quimera; vislumbraba, allá en la bóveda celeste de sus ensueños, un abastecedor bien provisto, algún fuerte provisionista muy rico, un marido espléndidamente bestia, un millon convertido en hombre, ó en figura de tal, ó bien un prefecto; las recepciones de la prefectura, un portero de antesala con su cadena al cuello,

los bailes oficiales, las arengas de la alcadía, ser « la señora prefecta, » todo esto la hacía á ella remolinos en su imaginación. Así se extraviaban las dos hermanas, cada una en su sueño, en la época en que eran jóvenes. Ambas tenían alas, la una como un ángel, la otra como un ganso.

Ninguna ambición se realiza enteramente, á lo ménos en este mundo caduco y perecedero. Ningun paraíso se convierte en terrenal en los tiempos que alcanzamos. La menor se había casado con el hombre de sus ensueños, pero había ella muerto. La mayor no había logrado casarse.

En el momento en que hace su entrada en la historia que estamos refiriendo, era una vieja virtud, una gazmoña incombustible, una de las narices más afiladas y de los entendimientos más romos y obtusos que es posible hallar. Detalle característico: fuera del estrecho círculo de la familia doméstica, nadie había sabido nunca su nombre de pila. Llamábanla *la señorita Gillenormand la mayor*.

Como recatada y púdica, la señorita Gillenormand la mayor habría dado muchos puntos á una miss. Era el pudor personificado y llevado á un extremo fabuloso. Un recuerdo horrible tenía ella en su vida; en cierta ocasión, un hombre había tenido la audacia de verle una liga.

Léjos de debilitarle, la edad no había hecho sino aumentar este implacable pudor. Su camisolín no era nunca bastante espeso, ni subía jamás bastante alto. Multiplicaba los broches, corchetes y alfileres allí adónde nadie pensaba dirigir sus miradas; pues es propio de la gazmoñería el colocar tanto mayor número de centinelas cuanto ménos amenazada se halla la fortaleza.

Y sin embargo, — explique quien pudiere estos misterios de vetusta inocencia, — se dejaba besar sin disgusto por un jóvea, oficial de lanceros, que era su sobrino en segundo grado, y se llamaba Theódulo.

Á pesar de este lancero favorecido, el calificativo de

Gazmoña, bajo el cual la hemos clasificado, la convenia enteramente. La señorita Gillenormand era una especie de alma crepuscular. La gazmonería es una semivirtud y un semivicio.

Á la gazmoñería añadía ella la santurronería. Era tambien mojigata, forro que cuadra muy bien á la gazmoña. En su calidad de miembro de la cofradía de la Virgen, llevaba un velo blanco en algunas solemnidades religiosas, refunfuñaba ciertas oraciones especiales, veneraba « la santa sangre, » adoraba « el sagrado corazón, » permanecía horas enteras en contemplacion ante un altar rancio-jesuitico que tenia en una capilla cerrada al comun de los fieles, donde dejaba ella libre vuelo á su alma entre nubes de mármol y al traves de unos grandes rayos de palo dorado.

Tenia una amiga de capilla, virgen vetusta como ella, llamada la señorita Vaubois, enteramente estúpida, y junto á la cual la señorita Gillenormand tenia el placer de ser un águila. Fuera de los *Agnus Dei* y de las *Ave Maria*, la señorita Vaubois no tenia otras luces que las que poseia acerca de los diversos modos de confitar ó almibarar las frutas. Perfecta en su género, la señorita Vaubois era el armíño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia.

Á decir verdad, la señorita Gillenormand, en vejeciendo, habia más bien ganado que perdido. Es lo que de ordinario acontece á las naturalezas pasivas. Nunca habia sido mala, lo cual es ya una bondad relativa; y ademas, los años desgastan los ángulos y las puntas salientes; á ella la habia llegado ya el pulimento propio de la duracion. Estaba triste, víctima de una melancolía oscura cuyo secreto no vislumbraba ella siquiera. Y era que habia en toda su persona el estupor de una vida acabada ántes de haber comenzado.

Ella era la que gobernaba la casa de su padre. El señor Gillenormand tenia consigo á su hija como hemos

visto que monseñor Bienvenido tenia tambien consigo á su hermana. Estas familias compuestas de un anciano y de una solterona no son raras de encontrar; ofreciendo siempre el venerable é interesante aspecto de dos debilidades que se apoyan recíprocamente una en otra.

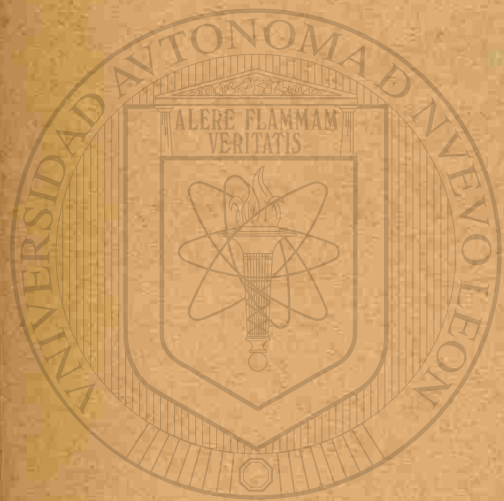
Habia ademas en la casa, entre aquella solterona y aquel anciano, una criaturita, un niño, siempre temblando y mudo en presencia del señor Gillenormand, quien no hablaba jamas á aquel niño sino con voz severa, aterradorá, y á veces con el baston levantado: — ¡ *Venga usted aqui corriendo! ¡ perillan, bribon, acérquese usted! — Responda el pícaro! — ¡ Que le vea yo á usted bien, tuvante! etc., etc., etc.* É idolatraba él á aquel niño.

Era su nieto, del cual hablaremos.

UNIVERSIDAD
 ANL

OMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LIBRO TERCERO

EL ABUELO Y EL NIETO

U A N L
UN ANTIGUO SALÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS

En los tiempos en que el señor Gillenormand habitaba en la calle de Servandoni, frecuentaba muchos salones y muy buenos de la alta nobleza. Aunque *bourgeois*, es decir, que pertenecía á la clase média, el señor Gillenormand era perfectamente recibido en ellos. Como poseía un doble talento, en primer lugar, el que él naturalmente tenía, y despues, el que le atribuían gratuitamente, era hasta solicitado con afan en la alta sociedad, donde se le festejaba y acariciaba al verle. Es verdad que él no iba á ninguna parte sino con la condicion de dominar. Hay gentes que, á

toda costa, aspiran á ejercer una influencia omnimoda, y que quieren que se ocupen de ellas: allí donde no pueden ser oráculos, adoptan el partido de convertirse en bufones. El señor Gillenormand no era de estas naturalezas; su ascendiente en los salones realistas adonde él concurría no costaba nunca sacrificio alguno al respeto que se debía á sí mismo. Era oráculo en todas partes. Sucedíale á veces el habérselas con M. de Bonald, y aún con M. Bény-Puy-Vallée.

Allá por los años de 1817, solía pasar invariablemente dos tardes cada semana en una casa de su vecindad, calle de Ferou, donde habitaba la señora baronesa de T., digna y respetable señora cuyo marido fué, en tiempo de Luis XVI, embajador de Francia en Berlin. El baron de T., que durante su vida fué apasionadamente dado á los éxtasis y á las visiones magnéticas, murió arruinado en la emigracion, dejando, por toda fortuna, en diez volúmenes manuscritos, encuadrados con tafete rojo y los cantos dorados, unas memorias curiosísimas sobre Mesmer y su famosa cubeta magnética. La señora de T. no habia publicado las memorias por dignidad, y se sostenia de una rentita que habia sobrenadado, no se sabe cómo. Vivía la señora de T. alejada de la corte, la cual calificaba ella de *gente muy mezclada*, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Dos veces por semana se reunían algunos amigos en derredor de su lumbre de viuda, y esto solo constituía un salon realista puro. Tomaban el té y prorumpían, según que el viento estaba á la elegía ó al ditirambo, en gemidos ó gritos de horror sobre el siglo, sobre la Carta, sobre los buonapartistas, sobre la prostitucion del cordón azul conferido á simples *bourgeois* ó pecheros, sobre el jacobinismo de Luis XVIII; y en voz baja, se entretenían y alimentaban ciertas esperanzas que daba el Príncipe (Monsieur), que despues fué Carlos X.

Acogíanse allí con transportes de alegría ciertas cancio-

nes picarescas en las cuales se daba á Napoleon el nombre de *Nicolas*. Algunas señoras duquesas, las mujeres más delicadas y más bellas del mundo, se extasiaban al oír coplitas por el estilo de esta, dirigidas « á los federados: »

- Recoged en vuestros calzoncillos
- El faldón de la camisa que lleváis colgando:
- No se diga que los patriotas
- Han enarbolado bandera blanca!

Divertíanse en hacer retruécanos (*calembours*) que creían terribles, en juegos de palabras inocentes, que suponían venenosos, cuartetos y aún disticos: así, por ejemplo, sobre el ministerio Dessolles, gabinete moderado del cual formaban parte los señores Decazes y Deserre, decían esta chuscada:

- Para consolidar el trono, conmovido en su base,
- Es menester cambiar de suelo ¹, de invernadero ² y de casa ³.

(Últimas palabras, que representan los nombres de aquellos ministros.)

Ó bien se entretenían en confeccionar y arreglar la lista de la Cámara de los pares, « Cámara abominablemente jacobina, » combinando con sagaz y chistoso artificio ciertas alianzas de nombres, á fin de obtener, por ejemplo, frases como esta: *Damas. Sabran. Gouvion Saint-Gyr* ⁴. Todo con el mayor donaire y la más cándida alegría.

En aquel círculo, se parodiaba la revolucion. Tenían ciertos caprichos por excitar las mismas iras en sentido inverso. Así, solían también cantar su *Ça ira*:

- ¹ Desolles.
- ² De Serre.
- ³ De Cazes.
- ⁴ Damas acuchillando à Gouvion-Saint-Cyr.

- ¡ Ah! esto irá! esto marchará!
- Irán los buonapartistas á la linterna!

Semejante á la guillotina, las canciones cortan indiferentemente, hoy esta cabeza, mañana aquella. No son más que una variante.

En el proceso de Fualdès, que es de aquella época, 1816, se tomaba partido á favor de Bastide y de Jausion, porque Fualdès era « buonapartista. » Á los liberales se los calificaba con el apodo de *los hermanos y amigos*, que era entre aquellas gentes el último grado de injuria que creían ellas lanzar contra sus enemigos.

Como algunos campanarios de Iglesia, el salon de la señora baronesa de T. tenía dos gallos. El uno era el señor Gillenormand, y el otro el conde de Lamothe-Valois, de quien decían unos á otros al oído, con cierta especie de respeto y consideracion: *¿ No sabé usted? es el Lamothe de la cuestion del collar*, Los partidos suelen tener de estas singulares amnistias.

Añadiremos que, entre la clase média (*la bourgeoisie*), las situaciones honorables se rebajan por medio de ciertas relaciones demasiado fáciles; es preciso tener mucho cuidado y ver á quién se admite; así como hay pérdida de calorico en la aproximacion de los que tienen frio, también hay pérdida de consideracion en acercarse á las gentes menospreciadas. La alta sociedad antigua se mantenía fuera de esta ley como de todas las demas. Marigny, hermano de la Pompadour, tiene sus entradas en casa del señor príncipe de Soubise. ¿ Á pesar de esa circunstancia? No, por esa misma circunstancia. Du Barry, padrino de la Vaubernier, muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Gueménée se hallan allí en su propia casa. Un ladrón es admitido, con tal que él sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un anciano de setenta y cinco años, nada ofrecía de particular sino su aspecto taciturno y sentencioso, su rostro anguloso y frio, sus modales exquisitamente finos, su frac abotonado hasta la corbata y sus largas piernas siempre cruzadas en un pantalon ancho y holgado, color de tierra de Sienna quemada. Su cara era del mismo color del pantalon.

Este señor de Lamothe era muy « contado » y señalado en aquel salon, á causa de su « celebridad, » y, cosa extraña, pero exacta, á causa de su nombre de Valois.

Por lo que hace al señor Gillenormand, su consideracion era absolutamente de buena ley. En aquel círculo hacia él autoridad. Con ser de un carácter tan ligero, tan frívolo, al parecer, y sin que él sacrificase nunca su natural jovialidad, tenía cierta manera de ser, imponente, digna, honorable, franca y plebeyamente altiva, que venía á realzar aún su avanzada edad. Nadie cuenta un siglo impunemente. Los años concluyen al fin por formar en derredor de la cabeza una venerable calvicie.

Ademas, tenía él de esos dichos que son realmente la chispa del donaire propio de la vieja usanza. Así cuando el rey de Prusia, despues de haber restaurado á Luis XVIII, vino á hacerle una visita de incógnito, bajo el nombre de conde de Ruppín, fué recibido por el descendiente de Luis XIV poco más ó ménos como al marqués de Brandeburgo, con la más delicada impertinencia. El señor Gillenormand aprobó la recepcion, y dijo: — *Todos los reyes que no son el rey de Francia son verdaderos reyes de provincia.* Un día hicieron en su presencia esta pregunta y esta respuesta: — *¿ Á qué ha sido por fin condenado el redactor del Correo frances? — Á ser suspendido.* — El sus está demas, añadió el señor Gillenormand ¹. Dichos de esta especie crean una reputacion.

¹ Suspendido es *suspendu*; y *pendu* ahorcado.

Asistiendo á un *Te Deum*, aniversario de la vuelta de los Borbones, como viese pasar al señor de Talleyrand, dijo : *Allá va Su Excelencia el Mal.*

Ordinariamente concurría allí el señor Gillenormand acompañado de su hija, aquella larga y acartonado doncellita que á la sazón pasaba ya de los cuarenta, pero que parecía más bien tener muy cumplidos los cincuenta años, y de un hermoso niño de siete años, blanco, rosado, fresco, de ojos risueños y cofiados, el cual no aparecía jamás en aquel salón sin que oyese él todas las voces zumbarle en derredor profiriendo estas ó semejantes palabras : ¡ Qué lindo es ! qué lástima ! pobre niño ! Este niño es el mismo del cual hemos dicho algunas palabras hace poco. Llamábanle — pobre niño — porque tenía por padre á « un insurgente del Loira. »

Este insurgente del Loira, este *brigand*, no era otro que el yerno del señor Gillenormand, de quien hemos hecho ya mención, y á quien el señor Gillenormand apellidaba *la vergüenza de su familia.*



II

UNO DE LOS ESPECTROS ROJOS DE AQUEL TIEMPO

Cualquiera que hubiese pasado en aquella época por la pequeña villa de Vernon y se hubiese paseado sobre aquel hermoso puente monumental al cual es de esperar que reemplazará dentro de poco alguno de esos horribles puentes de alambre, habría podido observar, dejando caer sus miradas desde lo alto del parapeto, á un hombre como de cincuenta años, que llevaba puesta una gorra de cuero, vestido con un pantalón y una chaqueta de paño gris burdo, á la cual se hallaba cosida cierta cosa amarillenta, que había sido una cinta encarnada, calzado con unos zuecos, tostado por el sol, el rostro casi negro y la cabeza casi blanca, con una enorme cicatriz en la frente, que se extendía hasta la mejilla, encorvado, giboso, avejentado ántes de tiempo, paseando casi todos los días, con una azada y una podadera en la mano, por uno de aquellos compartimientos cerca-

dos de tapias que están inmediatos al puente y que orlan como una serie de terrados la orilla izquierda del Sena, bonitos corrales llenos de flores de los cuales se diría, si fueran mucho mayores: Son jardines, y si fueran algo más pequeños: Son ramilletes. Todas aquellas cercas terminan por un extremo en el río y por el otro en una casa. El hombre de chaqueta y zuecos de quien acabamos de hablar habitaba en 1817 el más reducido de aquellos cercados y la más humilde de aquellas casas. Vivía allí aislado y solitario, silenciosa y pobremente, con una mujer que ni era joven ni vieja, ni bonita ni fea, ni ordinaria ni fina, la cual le servía. El cuadrado de tierra que él llamaba su jardín se había hecho célebre en la villa por la hermosura de las flores que allí cultivaba. Las flores constituían para él toda su ocupación.

Á fuerza de trabajo, de perseverancia, de atención, y de cubos de agua, había logrado crear, despues del Creador supremo, y había inventado ciertos tulipanes y ciertas dalias que parecían haber sido olvidadas por la naturaleza. Era un hombre ingenioso, que se había anticipado á Soulange Bodin en la formación de los espesillos de tierra de brezos para el cultivo de los raros y preciosos arbustos de América y de la China. En el verano, desde el amanecer, se hallaba él ya en su cercado, picando, tallando, escardando, regando, marchando por en medio de sus flores con un aspecto de bondad, de tristeza y de dulzura, á veces caviloso é inmóvil horas enteras, soñando en sus delirios, escuchando el canto de un pájaro que posaba en uno de sus árboles, el gorjeo de un niño que se hacía oír de una casa inmediata, ó bien con los ojos fijos en la punta de una hebra de yerba donde reposaba la perla de rocío en la cual descomponía el sol uno de sus rayos en los variados y bellos colores del prisma. Tenía una mesa bastante parca y frugal, y bebía más leche que vino. Un niño le hacía do-

blegar y ceder, su criada le regañaba. Era tímido hasta parecer hurano, salía muy rara vez y no veía á nadie más que á los pobres que llamaban á su puerta, y á su párroco, el abate Mabeuf, que era un anciano venerable. No obstante, si algunos vecinos de la villa, ó algun forastero, cualquiera que pasase, atraídos por la curiosidad de ver sus lindos tulipanes y sus rosas, venían á llamar á la puerta de su casita, abría con el mayor gusto y sonriendo. Este era el *brigand*, el « insurgente del Loira. »

El que, en aquella misma época, hubiera leído las memorias militares, las biografías, el *Monitor* y los boletines de campaña del grande ejército, habría podido notar en seguida un nombre que se repite en estos impresos con mucha frecuencia, el nombre de Jorge Pontmercy. Siendo muy joven aún, este Jorge Pontmercy era soldado en el regimiento de Saintonge. Al estallar la revolución, el regimiento de Saintonge formó parte del ejército del Rhin. Pues los antiguos regimientos de la monarquía conservaron sus nombres de las provincias, aún despues de derrocada la monarquía, no habiendo adquirido la nueva organización y nomenclatura hasta el año 1794. Pontmercy se batió en Spire, en Worms, en Neustadt, en Turckheim, en Alzey y en Maguncia, donde fué uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Él fué el duodécimo que se sostuvo contra el cuerpo del príncipe de Hesse, detras del viejo bastion de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército sino cuando el cañon enemigo hubo abierto la brecha desde el cordon del parapeto hasta la escarpa de descenso. Hallábase bajo las órdenes de Kleber en Marchiennes, y en el combate del Mont-Palissel, donde tuvo un brazo roto de una vizcaina. Despues pasó á la frontera de Italia, y fué uno de los treinta granaderos que defendieron la garganta de Tente con Joubert. Joubert fué nombrado, por este hecho de armas, ayu-

dante-general, y Pontmercy subteniente. Pontmercy se hallaba al lado de Berthier, en medio de una lluvia de metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir á Bonaparte: *Berthier ha sido artillero, jinete y granadero.* Vió caer á su antiguo general Joubert en Novi, en el momento en que, sable en mano, iba gritando: ¡ Adelante! Habiéndose embarcado con su compañía, para las necesidades del servicio, en una canoa armada que iba desde Génova á no sé qué puertecito de la costa, cayó en una red de siete ú ocho velas inglesas. El capitán genoves quería arrojar los cañones al mar, ocultar á los soldados en el entrepuente, y deslizarse en la sombra como buque mercante. Pero Pontmercy hizo ostentar la bandera tricolor en la driza del mástil de pabellon, y pasó arrogantemente bajo el cañoneo de las fragatas británicas. Unas veinte leguas más allá, creciendo su audacia, atacó con su débil canoa y capturó un grande transporte inglés que conducía tropas á la Sicilia, tan cargado de hombres y de caballos, que el buque iba abarrotado hasta las cuerdas. En 1805, pertenecía él á aquella division Malher que arrebató, en Günzburg al archiduque Fernando. En Wettingen, recibió en sus brazos, bajo una granizada de balas, al coronel Maupetit herido mortalmente á la cabeza del 9.º de dragones. Distinguióse en Austerlitz en aquella admiral le marcha por escalones operada bajo los fuegos del enemigo. Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallón del 4.º de línea, Pontmercy fué de los que tomaron el despique y derrotaron á aquella guardia. El emperador entónces le confirió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mantua, á Mélas en Alejandria, á Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del grande ejército que mandaba Mortier y que se apoderó de Hamburgo. Despues pasó al 55.º de línea, que era el antiguo regimiento de Flándes. En Eylau, se halló

en el cementerio donde el heroico capitán Louis Hugotio del autor de este libro, sostuvo sólo con su compañía de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el esfuerzo del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Tambien se encontró en Friedland. Despues vió á Moscou, despues el Beresina, y despues á Lutzen, á Bautzen, á Dresde, á Wachau, á Leipsick y los desfiladeros de Gelenhausen; más adelante vió á Montmirail, á Château-Thierry, á Craon, las orillas del Marne, las riberas del Aisne y la formidable posición de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitán, acuchilló á diez cosacos y salvó, no á su general, sino á su cabo furriel. En esta ocasion fué él acuchillado horriblemente, habiéndosele extraído despues nada ménos que veintisiete astillas ó esquirlas sólo del brazo izquierdo. Ocho dias ántes de la capitulación de Paris, acababa de permutar con un camarada y de entrar en la caballeria. Poseia lo que se llamaba en el antiguo régimen *la doble-mano*, es decir, una aptitud igual para manejar, como soldado, el sable ó el fusil, como oficial *unesquadronó un batallón.* De esta aptitud, perfeccionada por la educacion militar, es de donde han nacido ciertas armas especiales, por ejemplo los dragones, que son á la vez jinetes é infantes. Acompañó á Napoleon á la isla de Elba. En Waterloo era jefe de escuadron de coraceros en la brigada Dubois. El fué quien se apoderó de la bandera del batallón de Lunenburg, y vino á depositarla á los pies del emperador. Estaba cubierto de sangre. Al tomar la bandera, habia recibido un sablazo en la cara. El emperador, contento de tal accion, le gritó: *Eres colonel, eres baron, eres oficial de la Legion de honor!* Pontmercy respondió: *Sire, doy gracias á Vuestra Majestad por mi viuda.* Una hora despues, caia en el barranco de Ohain. Ahora bien, ¿quién era aquel Jorge Pontmercy? Era este mismo insurgente del Loira.

Ya hemos visto algo de su historia. Después de Waterloo, Pontmercy, sacado, como recordará sin duda el lector, del camino hondo de Ohain, había logrado volverse á reunir con el ejército, y había ido arrastrándose de uno en otro hospital de sangre, hasta los acantonamientos del Loira.

La restauracion le puso á média paga, y después le envió en residencia, es decir, bajo vigilancia, á Vernon. El rey Louis XVIII, considerando como no avenido todo cuanto se había hecho en los Cien Días, no le había reconocido ni su distincion de oficial de la Legion de honor, ni su grado de coronel, ni su título de baron. Él por su parte no perdía ninguna ocasion de firmarse *el coronel baron de Pontmercy*. No tenía sino una casaca azul, vieja, y jamas salía de casa sin poner en ella su roseta de oficial de la Legion de honor. El procurador del rey le hizo prevenir que el tribunal le perseguiría por uso « ilegal » de aquella condecoracion. Cuando le comunicaron este aviso por conducto de un intermediario oficioso, Pontmercy respondió con amarga sonrisa: No sé si soy yo quien ya no comprendo el frances, ó si es usted quien no le habla, pero el hecho es que nada entiendo de lo que usted me dice. — Y después salió ocho dias seguidos con su roseta. Nadie se atrevió á incomodarle. Dos ó tres veces le escribieron el ministro de la guerra y el comandante general del departamento, poniéndole así el sobrescrito: *Al señor comandante Pontmercy*; y él les devolvió las cartas sin abrirlas. En aquel mismo momento, Napoleón trataba en Santa Elena de la misma manera las misivas de sir Hudson Lowe dirigidas *al general Bonaparte*. Pontmercy había concluido, y perdía en la frase, por tener en su boca la misma saliva que su emperador.

Así hubo también en Roma soldados cartagineses prisioneros que se negaban á saludar á Flamínio, y que mostraban tener algo del alma de Amíbal.

Una mañana, se encontró con el procurador del rey en una calle de Vernon, se dirigió á él y le dijo: — ¿Señor procurador del rey, me es permitido llevar mi chirlo?

No poseía otra cosa que su mezquina média paga de jefe de escuadron, y había alquilado en Vernon la casa más pequeña que le fué posible encontrar, donde vivía solo, de la manera que acabamos de ver. En la época del imperio, durante el intervalo que le dejaron dos guerras, había hallado tiempo para casarse con la señorita Gillenormand. El viejo *bourgeois*, indignado en el fondo, había consentido en ello suspirando y diciendo: *Las más grandes familias se ven obligadas á hacer otro tanto.*

En 1815, madama Pontmercy, quien por lo demás era una mujer admirable bajo todos conceptos, de nobles y elevados sentimientos, de un carácter bellissimo y nada comun, digna en fin de su marido, había muerto, dejando un niño. Este niño habría sido la alegría del coronel en su soledad; pero el abuelo había reclamado imperiosamente su nieto, declarando que, si no se le daba, le desheredaria. El padre había cedido, en el interes del niño, y no pudiendo tener á su hijo, se había consagrado á amar á las flores.

Por lo demás, él había renunciado á todo, ni se movía, ni conspiraba. Dividia su pensamiento entre las cosas inocentes que hacía y las cosas grandes que había hecho; y pasaba su tiempo esperando un clavel ó acordándose de Austerlitz.

Ninguna relacion tenía el señor Gillenormand con su yerno. El coronel era para él « un bandido, » y él era para el coronel « un majadero. » El señor Gillenormand no hablaba apenas nunca del coronel, sino alguna que otra vez para lanzar ciertas alusiones burlescas á « su baronía. » Era una cosa expresamente convenida que Pontmercy no trataría jamas de ver á su hijo ni de hablarle, so pena de que le fuese devuelto, despedido para siempre y deshere-

dado Para los Gillenormand, Pontmercy era como unapestado. Ellos trataban de sustraerle enteramente y arrebatarle el niño á su manera. Tal vez el coronel hizo mal en aceptar semejentes condiciones, pero las sufrió, creyendo que obraba bien, y que sólo él era el sacrificado.

La herencia del abuelo Gillenormand era poca cosa, pero la herencia de la señorita Gillenormand la mayor era considerable. Esta tía del niño, que habia quedado soltera, era muy rica por parte de su madre, y el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Marius, sólo sabia que tenia un padre, y nada más. Nadie le hablaba nunca de él. Sin embargo, entre las gentes á cuyas reuniones le llevaba su abuelo, los cuchicheos, las medias palabras, las guiñadas y otras señas, habian acabado á la larga por penetrar en el espíritu de aquella criatura, y llamar su atención, llegando á comprender alguna cosa; y como naturalmente tomaba él, por una especie de infiltración y de penetración lenta, las ideas y las opiniones que eran, por decirlo así, su aire respirable, llegó poca á poco hasta á no pensar en su padre sino con vergüenza y oprimido el corazón.

Mientras que así iba el niño creciendo y formándose, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel, venia furtivamente á Paris, como un presidiario cumplido que rompe el mandato de residencia, é iba á apostarse en San Sulpicio, á la hora en que su tía Gillenormand llevaba á Marius á misa. Allí, temblando de que la cuñada se volviese, oculto detras de una columna, inmóvil, sin atreverse á respirar, se extasiaba él mirando á su hijo. Aquel guerrero acuchillado tenia miedo de aquella vieja solterona.

De esto mismo procedia su relacion con el cura de Vernon, el señor abate Mabeuf.

Este digno sacerdote era hermano de un pertiguero de la parroquia de San Sulpicio, el cual habia notado mu-

chas veces á aquel hombre contemplando á su hijo, y tambien habia reparado en la cicatriz que tenia en una mejilla y en las lágrimas que caian de sus ojos. Aquel sugeto, que tenia tan buen aspecto de hombre, y que sin embargo lloraba como una mujer, habia chocado al pertiguero. Su fisonomía le habia impresionado y la tenia como grabada en su espíritu. Un dia que fué él á Vernon á ver á su hermano, encontró en el puente al coronel Pontmercy, en quien reconoció al hombre de San Sulpicio. El pertiguero habló de él al cura, y valiéndose de un pretexto cualquiera, fueron ambos juntos á hacer una visita al coronel. Esta visita dió margen á otras varias. El coronel, muy cerrado al principio, acabó al fin por abrirse, y el cura y el pertiguero llegaron á saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su propia dicha al porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura adquiriese para con él cierta veneracion y ternura, y á su vez el coronel tomó al cura cierta afeccion. Por lo demas, cuando por una feliz coincidencia son ambos sinceros y buenos, nadie se comprende, se penetra y se amalgama más fácilmente que un anciano sacerdote y un soldado veterano. En el fondo son un mismo hombre. El uno se sacrifica por la patria de la tierra, y el otro por la patria del cielo; no hay más diferencia.

Dos veces al año, el 4.º de Enero y el dia de San Jorge, escribia Marius á su padre, cartas de deber que le dictaba su tía, y que parecian estar copiadas de algun formulario epistolar; era todo cuanto permitia la tolerancia del señor Gillenormand; y el padre contestaba siempre en cartas muy tiernas, que el abuelo se metia en el bolsillo sin leerlas jamas.

bres bíblicos se mezclaban en la mente del niño con las ideas que él adquiría en la lectura del Antiguo Testamento, que estudiaba y aprendía de memoria, y cuando se hallaban allí todas reunidas y sentadas en círculo al rededor de una lumbrera medio apagada, y alumbradas apenas por una lámpara cubierta con su pantalla verde, al verlas con sus perfiles severos, sus cabezas blancas ó grises, sus largos vestidos de otros tiempos, en los que no se distinguían sino los colores lúgubres, dejando caer, á raros intervalos, escasas y breves palabras, á la vez majestuosas y severas, el niño Marius las consideraba con los ojos azorados y despavoridos, creyendo ver, no á unas mujeres, sino á unos patriarcas y magos, no á unos seres reales, sino á unos fantasmas.

Á estos fantasmas se agregaban varios eclesiásticos, contertulios de aquel antiguo salón, y algunos individuos de la aristocracia; el marqués de San****, secretario de órdenes de madama de Berry, el vizconde de Val***, que publicaba, bajo el seudónimo de *Carlos-Antonio*, unas odas monorrimas, el príncipe de Bauf*****, quien, bastante joven aún, tenía una cabellera que pardeaba ya y una mujer linda y graciosa, cuyos trajes de terciopelo carmesí con cordoncillo de oro, muy escotados, escandalizaban á aquellas tinieblas, el marqués de C**** de E****, el hombre que sabía mejor en toda la Francia « la urbanidad proporcionada, » el conde de Am****, buen sugeto de aspecto benévolo, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor de Port-de-Guy, calvo, y más aviejado que viejo, refería que, en 1793, teniendo él diez y seis años, le enviaron á presidio por desertor, amarrándole á la cadena con un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario ó desertor también, pero como sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Estaban en Tolon. Sus funciones consistían en ir por las noches á recoger sobre el cadalso las cabezas



El salón de la señora de T. era todo cuanto conocía Marius del mundo, la única abertura por la cual pudiese él mirar la escena de la vida. Aquella abertura era sombría, recibiendo el por semejante lumbrera más frío que calor, más oscuridad que claridad. El niño, que no era más que alegría y luz al entrar en aquella sociedad extraña, se volvió al poco tiempo triste, y, lo que es aún más contrario á su edad, grave. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba en torno suyo con una extrañeza y una admiración acompañadas de fría seriedad. Todo contribuía á aumentar en él este asombro y estupor. En el salón de la señora de T. había ciertas damas nobles ancianas, y muy venerables, que se llamaban Mathan, Noé, Levis, cuyo nombre pronunciaban Levi, Cambis, que solían pronunciar Cambyses. Aquellos antiguos semblantes y aquellos nom-

y los cuerpos de los guillotizados durante el día; conduciendo á la espalda aquellos restos humanos, chorreando, en términos, que sus sayos rojos de galeotes tenían, formada tras de la nuca una capa ó corteza de sangre, seca por la mañana, húmeda por la noche. Estas narraciones trágicas abundaban en el salón de la señora de T.; y á fuerza de maldecir allí á Marat, se aplaudía á Trestaillon. Algunos diputados del género *introuvable* hacían allí su whist. tales como el señor Thibord du Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre burlesco de la derecha del señor Cornet-Dincourt. El bailío de la Ferrette, con su calzoncorto y sus piernas delgadas, atravesaba á veces aquel salón, al ir á casa del señor de Talleyrand. Había sido camarada de placeres del señor conde de Artois, y, á la inversa de Aristóteles acurrucado sobre Campaspe, había él hecho andar en cuatro patas á la Guimard, mostrando de este modo á los siglos un filósofo vengado por un bailío.

Por lo que hace á los eclesiásticos, eran el abate Halma, el mismo á quien el señor Larose, su colaborador en la *Foudre*, decía: *Vaya! ¿quién es el que no tiene cincuenta años? ¿algunos boquirubios tal vez?* el abate Letourneur, predicador del rey; el abate Frayssinous, cuando no era todavía conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y llevaba una sotana vieja á la cual faltaban varios botones; y el abate Keravenant, cura de San German de los Prados; más el nuncio del papa, que lo era entonces monsignor Macchi, arzobispo de Nisibi, después cardenal, bastante notable por su larga y mediatibunda nariz, y otro monsignor que se intitulaba el *abate Palmieri*, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la santa sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, *postulatore di santi*, lo cual se refiere á los asuntos de canonización y significa como una especie de magistrado encargado de presentar las instancias de las partes ante el

consejo supremo, en la sección del paraíso. Por último, dos cardenales, el señor de la Luzerne y el señor de Cl*****-T*****. El señor cardenal de la Luzerne era un escritor, y estaba destinado á tener, algunos años después, el honor de firmar en el *Conservador* varios artículos en compañía de Chateaubriand; el señor de Cl*****-T***** era arzobispo de Tol****, y solía venir con frecuencia á veranear á París, donde residía en casa de su sobrino el marqués de T*****, que fué ministro de la marina y de la guerra. El cardenal de Cl*****-T***** era un viejecito alegre que iba enseñando sus medias encarnadas por bajo de su sotana arremangada; su especialidad consistía en aborrecer la Enciclopedia y en jugar desatinadamente al billar, y las personas que, en aquella época, pasaban en las noches de verano por la calle de M****, donde se hallaba entonces el hôtel de Cl*****-T*****, se detenían á oír el choque de las billas, y la voz chillona del cardenal gritando á su conclavista, monseñor Cottret, obispo *in partibus* de Carysta: *Marca, abad, he hecho carambola*. El cardenal de Cl*****-T***** había sido llevado á casa de la señora de T., por su más íntimo amigo, el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis y uno de los cuarenta. El señor de Roquelaure era considerado por su elevada estatura y por su asiduidad á la Academia; á través de las vidrieras de la sala inmediata á la biblioteca donde la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían contemplar todos los juéves al antiguo obispo de Senlis, ordinariamente de pie, con la caballera recién empolvada, y con sus medias moradas, vuelto de espaldas á la puerta, lo que hacía el expresamente con el objeto de hacer más visibles su persona y su alzacuello. Todos estos eclesiásticos, si bien la mayor parte de ellos eran hombres de corte, tanto ó más que hombres de iglesia, contribuían á aumentar la gravedad del salón de T., cuyo aspecto señorial acentuaban cinco

pares de Francia, el marqués de Vib. —, el marqués de Tal. —, el marqués de Herb. —, el vizconde Damb. —, y el duque de Val. —. Este duque de Val. —, aunque príncipe de Mon. —, es decir, príncipe soberano extranjero, tenía tan alta idea de la Francia y de la dignidad de par, que todo lo veía al través de estas cosas. Él era quien decía: *Los cardenales son los pares de Francia de Roma; los lores son los pares de Francia de Inglaterra.* Por lo demás, pues es preciso que en este siglo la revolución se halle en todas partes, aquel salón feudal estaba, como hemos dicho ya, dominado por un hombre de la clase media, un pechere, un bourgeois. El señor Gillenormand reinaba allí.

Aquella era la crema y la quinta esencia de la sociedad blanca parisiense. Allí hacían sufrir cuarentena á las más grandes reputaciones, aún realistas. Siempre hay algo de anarquía en las reputaciones; al entrar en aquel salón, Chateaubriand habría producido el efecto del Père Duchêne. Algunos reconciliados penetraban sin embargo, por tolerancia, en aquel círculo ortodoxo. El conde Beug*** era recibido, á título de corrección.

Los salones nobles de ahora no se parecen nada aquellos salones de entónces. El arrabal San German de nuestros tiempos huefe á fardos. Los realistas de hoy, digámoslo en su elogio, son verdaderos demagogos.

Como la sociedad que se reunía en casa de la señora de T. era de lo más selecto, el gusto allí era exquisito y altivo, bajo una grande flor de urbanidad. Los hábitos permitían toda especie de refinamientos involuntarios que eran el mismo régimen antiguo, enterrado, pero vivo. Algunos de estos hábitos, sobre todo en el lenguaje, parecían bastante singulares. Los conocedores superficiales habrían tomado por provincialismos lo que no era sino arcaísmos. Á la mujer de un general, la llamaban *la señora*

general. La señora coronela no era tampoco del todo inusitado. La linda madama de Léon, en memoria sin dula de las duquesas de Longueville y de Chevreuse, prefería esta apelacion á su título de princesa. La marquesa de Créquy también se había llamado *la señora coronela.*

Este pequeño círculo de alta sociedad fué el que inventó en las Tullerías el refinamiento de decir siempre al rey, cuando le hablaban en la intimidad, *el rey*, en la tercera persona, y nunca *vuestra majestad*, porque este tratamiento de *vuestra majestad* había sido « mancillado por el usurpador. »

Allí juzgaban los hechos y á los hombres. Se mofaban del siglo, lo que dispensaba de comprenderle; y unos á otros se ayudaban y fortalecían en el asombro de las cosas que, sin comprenderlas, contemplaban. Comunicábanse la suma de claridad que cada cual poseía. Mathusalem enseñaba á Epiménides. El sordo ponía al ciego al corriente. Declaraban como nulo y no avenido el tiempo transcurrido desde Coblentza. Lo mismo que Luis XVIII se hallaba, por la gracia de Dios, en el año vigésimo quinto de su reinado, así los emigrados se encontraban también, por derecho propio, en el año vigésimo quinto de su adolescencia.

Todo allí se armonizaba; todo parecía vivir demasiado; la palabra era apenas un soplo: el periódico, en armonía también con el salón, parecía un papyrus. Había jóvenes, pero aquellos jóvenes estaban casi muertos. Las libreas que se dejaban ver en la antesala, eran también libreas aviejadas. Aquellos personajes, completamente de los tiempos pasados, eran servidos por criados de la misma estofa. Todo aquello presentaba trazas de haber vivido hacía ya mucho tiempo, y de obstinarse contra el sepulcro. Conservar, conservación, conservador, tal era, con corta diferencia, todo el diccionario usual de aquellas gentes: *estar en buen olor*, era allí la cuestión capital. Había, en efecto, aromas en las

opiniones de aquellos grupos venerables, y su ideas oían á almizcle. Aquella era una sociedad momia. Los amos estaban embalsamados, y los sirvientes disecados.

Una digna vieja, marquesa emigrada y arruinada, á la cual no habia quedado ya sino una sola sirvienta, continuaba sin embargo diciendo: *Mis criados*.

¿Qué es lo que hacían en el salon de la señora de T. ? Allí eran ultras.

Ser ultra; bien que lo que representa esta palabra no haya desaparecido aún tal vez, ya ella hoy no tiene sentido. Expliquémosla, pues.

Ser ultra, es ir más allá. Es atacar al cetro en nombre del trono, y á la mitra en nombre del altar; es maltratar la cosa que se lleva arrastrando; es precipitarse contra los caballos del tiro; es reprender á la hoguera sobre el grado de abrasamiento de los herejes; es reprochar al idolo su poca idolatría; es insultar por exceso de respeto; es hallar que el papa no es bastante papista, ni el rey bastante realista, y demasiada luz en la noche; es mostrarse descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en nombre de la blancura; es ser partidario de las cosas hasta el extremo de convertirse en enemigo; es estar tan en pro, que se está en contra.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de la restauracion.

Nada ofrece la historia semejante á aquel cuarto de hora que comienza en 1814 y termina en 1820, al advenimiento del señor de Villele, el hombre práctico de la derecha. Aquellos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso y triste á la vez, risueño y sombrío, alumbrado como por un rayo del alba y al mismo tiempo envuelto todo él en las nieblas de las grandes catástrofes que aún llenaban el horizonte y se iban sumergiendo y penetrando lentamente en el tiempo pasado. En aquella luz y en aquella

sombra hubo todo un mundo en pequeño, nuevo y viejo, bufon y triste, juvenil y senil, estregándose los ojos, pues nada se asemeja tanto como la vuelta al acto de despertar; grupo que miraba á la Francia con cierto mal humor, y al cual la Francia miraba con ironía; pobres buhos vajancos, marqueses inflados de vanidad, los vueltos y los aparecidos, « antiguos » estupefactos de todo, valerosos y nobles caballeros que sonreían de verse ya en Francia, pero que tambien lloraban, contentos de volver á ver su patria, desesperados de no volver á encontrar su antigua y querida monarquía; la nobleza de los cruzados desdeñando y aún menospreciando á la nobleza del imperio, es decir, á la nobleza de la espada; razas históricas que habian perdido el sentido de la historia; los hijos de los camaradas de Carlomagno despreciando á los camaradas de Napoleón. Las espadas, como acabamos de decirlo, se cruzaban los insultos; la espada de Fontenoy era ya risible y estaba cubierta de rosin; la espada de Marengo aparecia odiosa y no era más que un sable. Anteayer desconocia á Ayer. Ya nadie tenia allí el sentimiento de lo que era grande, ni el sentimiento de lo que era ridículo. Hubo quien llamase á Bonaparte Scapin. Aquella sociedad ya no existe. Ningun vestigio queda ya hoy de aquellos restos moralmente dispersos de las pasadas generaciones, reunidos y agrupados materialmente en un salon de circunstancias, tipo y órgano colectivo á la vez de aquella época. Cuando por casualidad sacamos de allí alguna figura y tratamos de hacerla revivir por medio del pensamiento, parecen tan extraña como un tipo de las generaciones antediluvianas. Y es que, en efecto, tambien ella ha sido devorada por un diluvio. Ha desaparecido y sumergídose bajo dos revoluciones. ¿Qué torrente el de las ideas! ¿Cuán rápidamente cubre él todo cuanto tiene mision de destruir y de sepultar, y cuán pronto, con su accion erosiva

y tremenda, excavaba espantosas profundidades! Tal era la fisonomía de los salones de aquellos tiempos lejanos y cándidos, en que el señor Martainville tenía más talento y más chiste que Voltaire.

Aquellos salones poseían una literatura y una política que les eran propias. Creíase allí en Fiévée. El señor Agier tenía la autoridad de una ley. Comentaban á Colnet, el mercader de libros viejos del muelle Malaquais convertido en publicista. Napoleon era universalmente reconocido como Ogro de Corcega. Más adelante, la introduccion en la historia del señor marqués de Buonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, fué una concession al espíritu del siglo.

No se conservaron mucho tiempo puros aquellos salones. Desde 1818, emperaron ya á germinar allí y despuntar algunos doctrinarios, variedad sospechosa y un tanto alarmante, y cuyo procedimiento consistia en ser realistas y disculparse de serlo. Bunde los ultras se ostentaban muy ufanos y arrogantes, los doctrinarios se hallaban algo avergonzados. Tenian talento y sagacidad; sabian guardar silencio cuando les convenia; y como su dogma político estaba muy bien rebozado en afectada gravedad, debian lograr sus intentos. Hacian, con el mejor éxito, excesos de corbata blanca y de frac abotonado. La falta, ó la desgracia, del partido doctrinario ha consistido en crear una juventud vieja. Afectaban posturas y modales de sabios. Su sueño favorito era ingertar en el principio absoluto y excesivo un poder templado. Oponian, y á veces con mucha inteligencia, al liberalismo destructor un liberalismo conservador. Oíaseles decir: «Gracia para el realismo: él ha prestado más de un servicio. Él nos ha devuelto la tradicion, el culto, la religion, el respeto. Es fiel, valeroso, caballeresco, amante, adicto. Viene á mezclarse, aunque á pesar suyo, con las nuevas grandezas

» de la nacion, las grandezas seculares de la monarquia.
 » Tiene el defecto de no comprender la revolucion, el imperio, la gloria, la libertad, las ideas modernas, las nuevas generaciones, el siglo. Pero este defecto que él tiene para con nosotros, no le tenemos nosotros tambien algunas veces para con él? La revolucion, cuyos herederos somos nosotros, debe de tener la inteligencia de todo. Atacar al realismo, es el contrasentido del liberalismo. ¡Qué error tan grave! ¡y qué ceguedad! La Francia revolucionaria falta al respeto debido á la Francia histórica, es decir, á su madre, es decir, á sí misma. Despues del 5 de Setiembre, se trata á la nobleza de la monarquia como despues del 8 de Junio se trataba á la nobleza del imperio. Ellos fueron injustos con el águila, y nosotros somos injustos con la flor de lis. ¡Así, pues, se desea tener siempre algo que proscribir! Desdora la coronade Luis XIV, raspar el escudo de Enrique IV, ¿son por ventura cosas convenientes y útiles? ¡Nos burlamos del señor de Vaublanc porque berraba las N del puente de Iena! ¿Pero qué era lo que él hacia sino lo mismo que hacemos nosotros? Bouvines nos pertenece, como Marengo. Las flores de lisson nuestras, lo mismo que lo son las N. Todo esto es nuestro patrimonio. ¿Por qué rebajarle y amenguarle? No se debe renegar de la patria en el tiempo pasado, como tampoco en el presente. ¿Por qué no hemos de aceptar toda la historia? ¿Por qué no amar á toda la Francia?»

Así criticaban los doctrinarios y protegían á la vez al realismo, descontento de hallarse criticado y protegido de esa manera.

Los ultras marcaron la primera época del realismo; la congregacion caracterizó la segunda. Al arrebató sucedió la habilidad. Limitemos aquí este bosquejo.

En el decurso de esta narracion, el autor de este libro ha

encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea; y ha creído que debía ehar, de paso, una ojeada, y trazar aquí algunos de los singulares lineamentos de aquella sociedad, hoy ya desconocida. Pero lo hace rápidamente y sin ninguna idea amarga ó irrisoria. Ciertos recuerdos, afectuosos y respetuosos, pues que conciernen á su madre, le ligan á esa sociedad pasada. Por otra parte, diremos sin reparo que áun ese reducido círculo del cual tratamos aquí más particularmente tenía su peculiar grandeza. Podrá excitar él la sonrisa, pero no el desprecio ni el aborrecimiento. Era la Francia de otros tiempos.

Marius Pontmercy hizo como todos los niños algunos estudios elementales. Cuando salió del poder de su tia Gillenormand, confióle su abuelo á un profesor de la más pura inocencia clásica. Aquella alma jóven que se estaba abriendo como el pimpol o de la rosa, pasó de manos de una mogigata á las de un pedante. Marius tuvo sus años de colegio y despues entró en la escuela de leyes. Era realista, fanático y austero. Quería poco á su abuelo, cuya alegría y cinismo le lastimaban, y se mostraba sombrío para con su padre.

Por lo demas, era un mozo vehemente y frio, noble, generoso, allivo, religioso, exaltado; digano hasta ser duro, puro hasta montaraz.

IV

FIN DEL BRIGAND

La conclusion de los estudios clásicos de Marius coincidió con la retirada del señor Gillenormand del mundo. El anciano se despidió del arrabal de San German y del salon de la señora de T., y pasó á establecerse en el Marais, en su casa de la calle de las Filles-du-Calvaire, donde tenía á su servicio, ademas del portero, á la ya conocida Nicolette que habia sucedido á la Magnon, y á aquel Vasco desalentado y asmático de quien hemos hablados.

En 1827, Marius acababa de cumplir los diez y siete años. Al entrar en casa una noche, vió á su abuelo con una carta en la mano.

— Marius, dijo el señor Gillenormand, mañana saldrás para Vernon.

— ¿Para qué? repuso Marius.

— Para ver á tu padre.

Marius se estremeció. En todo había el pensado, ménos en que pudiera llegar un día en que tuviese que ir á ver á su padre. Nada podía ser para él más inesperado, más sorprendente y, por decirlo de una vez, más desagradable. Era el alejamiento forzado al acercamiento. No era un disgusto, no, era una carga.

Aparte de los motivos de antipatía política, hallábase Marius convencido de que su padre, el espadachín, como le llamaba el señor Gillenormand en sus días de dulzura, no le quería; esto era evidente, puesto que le había abandonado así, dejándole al cuidado de otros. No sintiéndose querido, tampoco él quería. Nada más natural, decía para sí.

Tan sorprendido y estupefacto quedó, que ni siquiera dirigió la menor pregunta al señor Gillenormand. El abuelo añadió:

— Parece que está enfermo y pregunta por ti.

Después de unos instantes de silencio continuó:

— Máchate mañana por la mañana. Creo que en la Cour-des-Fontaines hay un carruaje que sale á las seis y llega allá al anoecer. Vete en él. Dice que es cosa urgente.

En seguida arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Marius habría podido salir de París aquella misma noche y hallarse junto á su padre á la mañana siguiente. Una diligencia de la calle de Bouloi hacia en aquella época el viaje de Rouen por la noche, pasando por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand ni Marius trataron de informarse.

Al anoecer del siguiente día, llegaba Marius á Vernon. Las bujías empezaban ya á encenderse. Al primero que encontró le preguntó por la casa del señor Pontmercy. Pues él opinaba lo mismo que la restauracion, no reconociendo en su padre ni el título de baron ni el grado de coronel.

Habiéndole indicado cuál era la casa, dirigióse á ella, llegó y llamó. Una mujer salió á abrirle, con una lámpara en la mano.

— El señor Pontmercy? dijo Marius.

La mujer permaneció inmóvil.

— ¿No es aquí? preguntó Marius.

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— ¿Podré hablarle?

La mujer hizo otro signo negativo.

— ¡Pero si yo soy su hijo! repuso Marius. Me espera.

— Ya no le espera á usted, dijo la mujer.

Entonces notó él que lloraba.

Indicóle ella con el dedo la puerta de una sala baja, donde él entró.

En aquella sala, alumbrada solamente por una vela de sebo puesta sobre la chimenea, había tres hombres, uno que estaba de pié, otro de rodillas, y un tercero que se hallaba postrado en tierra, en camisa, tendido á lo largo sobre los ladrillos. Este que estaba en el suelo era el coronel.

Los otros dos eran un médico y un sacerdote que estaba rezando.

El coronel había sido atacado tres días ántes de una fiebre cerebral. Al principio de la enfermedad, teniendo un mal presentimiento, escribió al señor Gillenormand para pedirle su hijo. La enfermedad entre tanto se agravó. La tarde misma de la llegada de Marius á Vernon, el coronel había tenido un acceso de delirio, y se había levantado de la cama, á pesar de las instancias y ruegos de la criada, gritando: — ¡Mi hijo no llega! ¡voy á salir á esperarle! — Y saliendo de su cuarto, cayó en el pavimento de la pieza que hacía de antesala, donde acababa de espirar.

Habían hecho venir al médico y al cura. Médico y cura, lo mismo que el hijo del coronel, todos habían llegado demasiado tarde.

Á la claridad crepuscular de la vela, distinguiase sobre la mejilla del coronel, yacente y pálido, una gruesa lágrima que había brotado de sus ojos moribundos. Los ojos estaban ya apagados, pero la lágrima no se había secado aún. Aquella lágrima, era la tardanza de su hijo.

Marius consideró á aquel hombre á quien él veía por primera y por última vez, aquel rostro venerable y varonil, aquellos ojos abiertos pero que ya no miraban, aquella cabellera blanca, aquellos miembros robustos en los cuales se distinguían acá y acullá unas rayas oscuras, que eran otras tantas estocadas, y varias como estrellas encarnadas, que eran cicatrices de los agujeros abiertos por las balas. Consideró la gigantesca cuchillada que imprimía el heroísmo en aquel semblante en el cual había impreso Dios la bondad. Recordó que aquel hombre era su padre y que aquel hombre estaba muerto, y quedó frío.

La tristeza que él experimentó fué la tristeza que habría sentido en presencia de cualquiera otro hombre á quien hubiera visto tendido y cadáver.

El dolor, un dolor agudo y punzante, había entrado en aquel cuarto. La criada se lamentaba en un rincón, el cura oraba, y se le oía sollozar, el médico enjugaba las lágrimas en sus ojos; hasta el mismo cadáver lloraba.

Aquel médico, aquel eclesiástico y aquella mujer miraban á Marius al través de su propia aflicción sin decir una palabra; él era allí el extraño. Demasiado poco conmovido, Marius se sintió como avergonzado y turbado de su actitud; tenía el sombrero en la mano, y le dejó caer, á fin de que creyeran que el dolor le embargaba y quitaba las fuerzas para sostenerle.

Al mismo tiempo experimentaba como un remordimiento, y se acriminaba y se menospreciaba por obrar de esta suerte, ¿Mas era suya la culpa? ¡Cómo! si él no amaba á su padre!

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles bastaba apenas para pagar el entierro. La criada halló un pedazo de papel que entregó á Marius. Este papel contenía las líneas siguientes, escritas de mano del coronel:

«—*Para mi hijo.*— El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me niega este título, que yo pagué con mi sangre, mi hijo le tomará y le llevará. Yo no pongo en duda que él será digno de llevarle.» En el reverso del mismo papel, el coronel había añadido: «En la misma batalla de Waterloo, un sargento me salvó la vida. Este hombre se llama Thénardier. En estos últimos tiempos, creo que tenía una posada de escasa importancia en un lugar de las inmediaciones de París, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encontrase, hará á Thénardier todo el bien que pudiere hacerle.»

No por religión para con su padre, sino á causa de ese respeto vago á la muerte que siempre es tan imperioso en el corazón del hombre, Marius tomó aquel papel y le estrechó.

Nada quedó del coronel. El señor Gillenormand hizo vender á un prendero su espada y su uniforme. Los vecinos invadieron y saquearon el jardín, arrebatando todas las plantas raras; y las demás, ó se convirtieron en espinos y malezas, ó murieron.

Marius no permaneció sino unas cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro, se volvió á París, á continuar sus estudios de abogado, sin pensar ya jamás en su padre, como si no hubiera existido tal hombre. En dos días fué enterrado el coronel, y en tres olvidado.

Marius puso una gasa negra á su sombrero. Y nada más.



Marius había conservado las costumbres religiosas de su infancia. Habiendo ido un domingo á oír misa á San Sulpicio, á aquella misma capilla de la Virgen adonde su tía le llevaba cuando era niño, como se hallase aquel día distraído y caviloso, más que de ordinario, fué impensadamente á colocarse detrás de un pilar, arrodillándose sobre una silla de terciopelo de Utrecht en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: *El señor Mabeuf, pertiguero*. Apénas había empezado la misa, cuando se presentó allí un anciano, el cual dijo á Marius:

— Caballero, este es mi puesto.

Marius se apresuró á quitarse de aquel sitio, y el anciano ocupó su silla.

Concluida la misa, Marius se había quedado pensativo á

algunos pasos de distancia de aquel mismo lugar; el viejo volvió á acercarse á él y le dijo:

— Perdone usted, caballero, que le haya molestado hace poco y que aún le incomode en este momento; pero usted ha debido hallarme importuno é impertinente y es menester que yo le dé mis explicaciones.

— Es inútil, caballero, le dijo Marius.

— ¡Nada de eso! repuso el anciano, yo no quiero que usted forme mala idea de mí. Ya usted ve, yo tengo el mayor interés en ocupar siempre este mismo sitio. Me parece que la misa es mejor, oída desde aquí. ¿Por qué? Voy á explicárselo á usted. En este mismo sitio donde yo he visto venir, por espacio de diez años, cada dos ó tres meses, con la mayor regularidad, á un pobre y excelente padre que no tenía otra ocasión ni otra manera de poder ver á su hijo, porque, en virtud de ciertos arreglos ó convenios de familia, le estaba prohibido el verle. Venía siempre á la hora en que él sabía que traían á su hijo á misa. El niño estaba bien ajeno de pensar siquiera que su padre se hallaba aquí mirándole. Quizas ignoraba, hasta que tuviese un padre, la inocente criatura. Por lo que hace al padre, se escondía siempre detrás de un pilar, á fin de que no le viesen. Desde allí miraba á su hijo, y lloraba. Aquel pobre hombre adoraba á aquel niño. Yo presencié todo esto. Este sitio ha venido á ser por ese motivo un lugar santificado para mí, por lo cual he tomado la libertad de venir aquí á oír misa. Lo prefiero al banco de fábrica, donde tengo derecho á sentarme, en mi calidad de mayordomo de ella y pertiguero de la parroquia. Aún llegué también á conocer algo á aquel desgraciado sugeto. Tenía un suegro, una tía rica, varios parientes, yo no sé cuántos que le amenazaban con que desheredarían al niño, si él, padre, intentaba siquiera el verle. Y él se sacrificó para que su hijo fuera rico y dichoso

algun día. Le tenían así completamente alejado, por opiniones políticas. Ciertamente yo apruebo las opiniones políticas, pero hay gentes que no saben contenerse. ¡Válgame Dios! porque un hombre haya estado en Waterloo, no se sigue que sea un monstruo; no es esa una razón para separar á un padre de su hijo. Era un coronel de Bonaparte. Creo que ha muerto ya. Habitaba en Vernon, donde yo tengo á mi hermano, el cura, y se llamaba algo parecido á Pontmarie ó Montpercy... —Por más señas que tenía en la cara la cicatriz de un gran sablazo.

—Pontmercy, dijo Marius palideciendo.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Es que usted le ha conocido?

—Caballero, contestó Marius, era mi padre.

El anciano pertiguero cruzó las manos y exclamó:

—¡Ah! usted es el hijo! Sí, eso es, ahora ya debe ser un hombre. ¡Pues bien! pobre niño. ¡puede usted decir que ha tenido un padre que le quería mucho!

Marius ofreció su brazo al anciano y le acompañó hasta á su casa. Al día siguiente, dijo al señor Gillenormand:

—Hemos arreglado una partida de caza entre algunos amigos. ¿Me permitirá usted que me ausente por tres días?

—¡Cuatro! respondió el abuelo, anda, ve y diviértete. Y guiñando el ojo, dijo en voz baja á su hija:

—¡Algun amorio!

VI

LO QUE ES EL HABER ENCONTRADO Á UN PERTIGUERO

Adónde fué Marius, ya se verá más adelante.

Tres días estuvo ausente, al cabo de los cuales se volvió á París, dirigióse á la biblioteca de la escuela de leyes, y pidió la colección del *Monitor*.

Tomó el diario oficial y se puso á leerle con la mayor avidéz; leyó todas las historias de la república y del imperio, el *Memorial de Santa Elena*, todas las memorias, los periódicos, los boletines, las proclamas; todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines ó partes de campaña del grande ejército, le atacó una fiebre que le duró toda una semana. Fué á ver á los diferentes generales á cuyas órdenes había servido Jorge Pontmercy, entre otros el conde H. El pertiguero Mabeuf, á quien volvió á ver, le refirió la vida retirada y ejemplar que el coronel hacía en Vernon, solitario, entre

sus flores. Así llegó Marius á conocer plenamente á aquel hombre raro, sublime y afable, aquella especie de leoncero que habia sido su padre.

Entre tanto, ocupado sin cesar en este estudio que le embargaba todos sus instantes, como todos sus pensamientos, apenas solia ya ver á los Gillenormand. Á las horas de comer se hacia presente; despues, en vano le buscaban, ya no estaba en casa. La tía refunfuñaba. El tío Gillenormand sonreia. — ¡Yaya! ¡qué tiene eso de particular! ¡está en la edad de ir tras de las chicas! — Á veces el viejo añadió: — ¡Diablos! yo pensaba que no era sino una galantería, mas parece que es una pasión.

Ya era una pasión, en efecto. Marius estaba adorando á su padre.

Al mismo tiempo se operaba una transformacion, un cambio extraordinario en sus ideas. Las fases de este cambio fueron numerosas y sucesivas. Como esta metamorfosis intelectual y moral es la verdadera historia de muchos espíritus de nuestra época, creemos útil seguir aqui esas fases paso á paso é indicarlas todas á su vez.

La historia en la cual acababa él de fijar sus ojos le dejó despavorido y azorado.

El primer efecto fué de deslumbramiento.

La república, el imperio, no habian sido para él hasta entónces sino palabras monstruosas. La república, una guillotina en un crepúsculo; el imperio, un sable en la noche. Acababa de verlos, y allí donde él no esperaba encontrar sino un caos de tinieblas, habia visto, con una especie de sorpresa inaudita mezclada de temor y de alegría, lucir y brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Danton, y nacer y elevarse un sol, Napoleon. No sabia él dónde se hallaba. Retrocedia cegado por tanta luz, tanto esplendor. Poco á poco, una vez pasado el asombro, la fascinacion de las primeras impre-

siones, se fué acostumbrando á estos resplandores, consideró las acciones sin vértigo, examinó los personajes sin terror; la revolucion y el imperio se colocaron luminosamente en perspectiva ante su pupila visionaria; vió cada uno de estos grupos de acontecimientos y de hombres resumirse en dos hechos enormes; la república en la soberania del derecho cívico restituida á las masas; el imperio en la soberania de la idea francesa impuesta á la Europa; vió salir de la revolucion la grande figura del pueblo, y del imperio la grande figura de la Francia. Y se declaró en su conciencia que todo aquello habia sido bueno.

Lo que su deslumbramiento omitia en esta primera apreciacion, demasiado sintética, no creemos necesario indicarlo aqui. Sólo verificamos el estado de un espíritu en marcha. Los progresos no se hacen todos en una etapa. Dicho esto, una vez por todas, para lo que precede como para lo que va á seguir, continuemos.

Persuadióse entónces de que hasta aquel momento, no habia él comprendido á su país mejor de lo que habia comprendido á su padre. Ni á uno ni á otro los habia conocido, habiendo tenido una especie de noche voluntaria ante sus ojos. Ahora ya veia; y por un lado admiraba, por otro adoraba.

Estaba lleno de pesares y de remordimientos, y pensaba con desesperacion que todo cuanto tenia en el alma, no podia decirlo ya sino á una tumba. ¡Oh! si su padre hubiera existido, si le hubiera tenido aún, si Dios en su compasion y en su bondad hubiera permitido que aquel padre estuviese todavía vivo, cómo habria él corrido, cómo se habria precipitado hácia él, como habria gritado á su padre: ¡Padre mio! ¡aquí me tienes! ¡soy yo! ¡yo, que tengo el mismo corazón que tú! ¡yo, tu hijo! Cómo habria abrazado su cabeza blanca, inundado aquellas canas de lágrimas, contemplado su cicatriz, estrechado sus manos, adorado

sus vestidos, besado sus piés. ¡ Oh! por qué había muerto tan pronto aquel padre, ántes de la edad, ántes de la justicia, ántes del amor de su hijo! Marius tenia un continuo sollozo en el corazón que á cada momento decia: ¡ Ay de mí! Al mismo tiempo se iba haciendo cada vez más verdaderamente formal, más verdaderamente grave, más seguro de su fe y de sus pensamientos. Á cada instante venian á completar su razón ciertos resplandores de la verdad. Realizábase en él un desarrollo, un verdadero crecimiento interior. Sentia en sí una especie de engrandecimiento natural que le traian aquellas dos cosas nuevas para él, su padre y su patria.

Poseedor ya de una clave, ó una llave, todo lo abria; explicábase lo que había odiado, penetraba en lo que había aborrecido; veía ya en lo sucesivo claramente el sentido providencial, divino y humano, de las grandes cosas que le habían enseñado á detestar y de los grandes hombres que le habían acostumbrado á maldecir. Cuando pensaba en sus anteriores opiniones, que no eran sino de ayer, y que sin embargo, le parecían ya tan antiguas, se indignaba y sonreía. De la rehabilitación de su padre había el pasado naturalmente á la rehabilitación de Napoleón.

No obstante, debemos decir que esta no se había hecho en él sin vencer grandes dificultades.

Habíale imbuido desde la infancia ciertos juicios del partido de 1814 acerca de Bonaparte. Ahora bien, todas las preocupaciones y errores de la restauración, todos sus intereses, todos sus instintos, tendían á desfigurar á Napoleón. Le execraba ella más aún que á Robespierre. Había explotado con bastante habilidad la fatiga de la nación y el justo descontento de las madres á quienes el plomo mortífero arrebatara tantos hijos en cientos de combates. Bonaparte había venido á ser una especie de monstruo casi fabuloso, y para pintarle á la imaginación del pueblo que, como he-

mos dicho hace poco, se parece á la imaginación de los niños, el partido de 1814 hacía aparecer sucesivamente todas las figuras y todas las máscaras pavorosas, desde lo que es terrible sin dejar de ser grandioso, hasta lo que es terrible convirtiéndose en grotesco, desde Tiberio hasta Croquemitaine¹. Así que, hablando de Bonaparte, era uno libre de sollozar ó de estallar de risa, con tal que el odio sirviera de base al uno como al otro sentimiento. Marius no había tenido jamás — acerca de aquel hombre, como le llamaban entonces, — otras ideas en su espíritu, las cuales se habían combinado con la tenacidad que estaba en su naturaleza. Había en él todo un hombrecito testarudo que aborrecía á Napoleón.

Gracias á la lectura de la historia, que él estudió sobre todo en los documentos oficiales y en los genuinos materiales que entran en su natural composición, el velo que cubría á Napoleón para los ojos de Marius fué rasgándose poco á poco. Vislumbró desde luego una figura inmensa, y sospechó que se había engañado hasta entonces con respecto á Bonaparte, como sobre todas las demás cosas; cada día veía más claro; y se puso á ascender y á trepar lentamente, paso á paso al principio y casi con pesar, después con verdadera delectación, y como atraído por una fascinación irresistible, primero las gradas sombrías, en seguida las gradas vagamente iluminadas, y por último las gradas luminosas y espléndidas del entusiasmo.

Hallábase una noche solo en su cuartito, que estaba bajo el tejado. Tenía la bujía encendida; y él estaba leyendo, apoyado de codos sobre su mesa, al lado de la ventana abierta. Toda especie de ensueños le acometían,

¹ *Croquemitaine* e en frances equivale en español al Coco en sentido de fantasma pavorosa.

como si desde la inmensidad del espacio fueran á agruparse y á confundirse en su mente. ¡La noche es un grande espectáculo! óyense en ella sordos ruidos sin saber de dónde vienen, vese brillar como una brasa á Júpiter que es mil doscientas veces más grande que la tierra; la bóveda celeste es negra, las estrellas resplandecen, es una escena formidabile.

Estaba él leyendo los partes del grande ejército, esas estrofas homéricas escritas en el campo de batalla; y de vez en cuando encontraba en ellos el nombre de su padre, siempre el nombre del emperador; todo el grande imperio se le representaba; sentía como una especie de marea que iba creciendo en él y subiendo sin cesar; pareciale por momentos que su padre pasaba delante de él como un soplo, y que le hablaba al oído; transformábase poco á poco en un sér extraño; creía oír los tambores, la artillería, los charines, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de vez en cuando, sus ojos se levantaban hácia el cielo y veían relucir en las profundidades sin fondo las constelaciones colosales; despues recaían sobre el libro y veían en él otras cosas colosales que se removían confusamente. Tenía el corazón oprimido. Hallábase transportado, jadeante, tembloroso; cuando hé aquí que de repente, y sin saber él mismo lo que le pasaba, ni á qué impulso obedecía, levántase, extiende ambos brazos fuera de la ventana, mira fijamente la sombra, el silencio, el tenebroso infinito, la eterna inmensidad, y grita: ¡Viva el emperador!

Desde este momento, todo estaba ya dicho; el Oro de Górcoga, — el usurpador, — el tirano, — el monstruo amante de sus hermanas, — el histrión que tomaba lecciones de Talma, — el envenenador de Jaffa, — el tigre, — Buonaparte, — todo esto se desvaneció para él, y dió lugar, en su espíritu á un vago y brillante centelleo, en

que resplandecía á una altura inaccesible la pálida y mármorea fantasma de César. El emperador no había sido para su padre sino el muy querido capitán á quien se admiraba y á quien se consagra toda la adhesión; para Marius fué algo más que esto. Fué el constructor predestinado del grupo francés sucediendo al grupo romano en la dominación del universo. Fué el prodigioso arquitecto de un desplomamiento, el continuador de Carlomagno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del comité de salud pública, teniendo sin duda sus manchas, sus faltas y aun su crimen, es decir, siendo hombre; pero augusto en sus faltas, brillante en sus manchas, poderoso en su crimen.

Él fué el hombre predestinado que obligó á todas las naciones á decir: — la grande nación. Fué más aún; fué la encarnación misma de la Francia, conquistando la Europa con la espada que empuñaba y el mundo con la luz que derramaba. Marius vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se alzaría siempre sobre nuestras fronteras y que guardará el porvenir. Déspota, pero dictador; despota que resulta de una república y que resume una revolución. Napoleon vino á ser para él hombre-pueblo, como Jesus es el hombre-Dios.

Segun se advierte desde luego, á la manera que aconteció con todos los neófitos que acababan de tomar partido por una nueva religion, su conversión le embriagaba, precipitábase en la adhesión é iba demasiado lejos. Su naturaleza estaba hecha para obrar así; una vez colocado en una pendiente, érale casi imposible enrayar y detener su curso. El fanatismo por la espada se iba apoderando de él y complicando en su espíritu el entusiasmo por la idea. No se apercibía él de que, juntamente con el genio, y en plena confusión, admiraba la fuerza, es decir, que instalaba en los dos compartimientos de su idolatría, por

una parte lo que es divino, y por otra lo que es brutal. Bajo muchos conceptos, habíase él expuesto á engañarse en otro sentido. Todo lo admitía. Hay una manera de encontrarse con el error marchando hácia la verdad. Tenía una especie de buena fe violenta que lo abrazaba todo en conjunto. En la nueva vía que había emprendido, al juzgar las faltas del antiguo régimen como al medir la gloria de Napoleón, prescindía de las circunstancias atenuantes.

De todos modos, había ya dado un paso prodigioso. Donde él había visto en otro tiempo la ruina de la monarquía, veía ahora el advenimiento de la Francia. Su manera de orientarse había cambiado enteramente. Lo que para él era antes el poniente se convirtió en levante. Había dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se consumaban en él sin que su familia lo advirtiera.

Cuando en este misterioso trabajo que fué operándose en él hubo perdido enteramente su antigua piel de borbonista y de ultra; cuando se hubo despojado de todo cuanto tenía de aristócrata, de jacobita y de realista; cuando era ya plenamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, fué á casa de un grabador del muelle de los Orfèvres y le encargó cien tarjetas con este nombre: *El baron Marius de Pontmercy*.

Lo que no era más que una consecuencia muy lógica del cambio que se había operado en él, cambio, en el cual todo gravitaba en derredor de su padre.

Sólo que, como él no conocía á nadie, y por consiguiente no podía ir distribuyendo sus tarjetas en manos de ningún portero, se las metió en el bolsillo.

Por otra consecuencia no ménos natural, á medida que se acercaba y se unía á su padre, á su memoria, á las cosas por las cuales había combatido el coronel por espacio

de veinticinco años, se alejaba de su abuelo. Ya lo hemos indicado, hacía mucho tiempo que el genial y los hábitos del señor Gillenormand no le agradaban; existiendo ya entre ellos todas las disonancias que naturalmente existen entre un jóven grave y un viejo frívolo. La alegría de Geronte choca y exaspera á la melancolía de Werther. Mientras que entre ellos habían sido comunes las mismas opiniones y las mismas ideas políticas, Marius se había encontrado allí con el señor Gillenormand como sobre un puente. Mas cuando este puente cayó, abrióse el abismo. Y además, Marius experimentaba sobre todo ciertos movimientos y arranques de rebelión inexplicables, al pensar que aquel mismo señor Gillenormand era quien, por motivos estúpidos, le había arrancado sin piedad de los brazos del coronel, privando así al padre del hijo y al hijo del padre.

Á fuerza de piedad por su padre, casi había llegado Marius á tener aversión á su abuelo.

Por lo demás, como hemos dicho ya, nada de esto se traslucía en el exterior. Sólo que se mostraba cada vez más frío; lacónico en las horas de comer, y raro en casa. Cuando su tía le regañaba por este cambio que se notaba en su conducta, se mostraba muy dócil y humilde, y daba por pretexto sus estudios, los cursos, los exámenes, conferencias, etc. El abuelo no salía nunca de su diagnóstico infalible: — Enamorado! yo conozco bien eso.

De vez en cuando hacía Marius algunas ausencias.

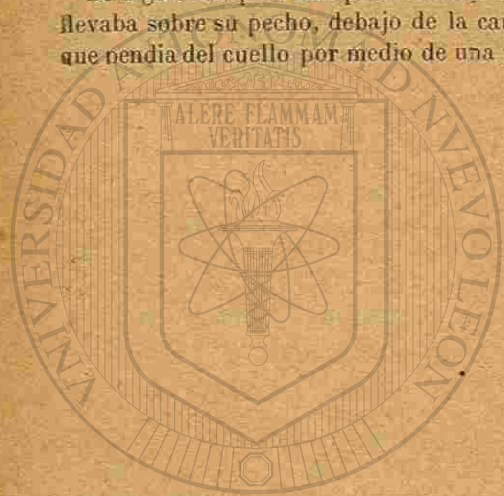
— ¿Pero adónde irá de este modo? preguntaba su tía.

En uno de estos viajes, siempre muy cortos, había ido á Montfermeil, á fin de cumplir con la indicación que su padre le había dejado por escrito, y procuró informarse del paradero del antiguo sargento de Waterloo, el mesonero Thénardier. Thénardier se había declarado en quiebra, su posada estaba cerrada, y nadie sabía lo que

había sido de él ni de su familia. Por vacuare estas averiguaciones, Marius estuvo cuatro días ausente de casa.

— No cabe duda, dijo el abuelo, se va desarreglando.

De algún tiempo á esta parte habían creído notar que llevaba sobre su pecho, debajo de la camisa, cierta cosa que pendía del cuello por medio de una cinta negra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

ALGUN FALDON

Hemos hablado de un lancero.

Era este un sobrino en segundo grado que el señor Gillenormand tenía por el lado de su padre, y el cual hacía, fuera de la familia y lejos de todo hogar doméstico, la vida de guarnición. El teniente Théodulo Gillenormand llenaba todas las condiciones necesarias para ser lo que llaman un lindo oficialito. Tenía « un talle de señorita, » una manera triunfal de arrastrar el sable, y su bigote retorcido. Venía muy rara vez á París, tan rara, que Marius no le había visto nunca. Los dos primos no se conocían sino de nombre. Creemos haber dicho ya que Théodulo era el favorito de su tía Gillenormand, la cual le prefería sin duda porque casi no le veía nunca. El no ver á las gentes permite suponer en ellas todas las perfecciones imaginables.

Cierta mañana entró en casa la señorita Gillenormand

tan conmovida como podían permitírsele su much. dulzura y su afabilidad. Marius acababa aún de pedir á su abuelo permiso para hacer un corto viaje, añadiendo que pensaba marchar aquella misma noche. — Está bien, le habia respondido su abuelo, y el señor Gillenormand habia añadido aparte, arqueando mucho las cejas hácia lo alto de la frente: Se acuesta fuera de casa, con reincidencia! La señorita Gillenormand habia subido á su cuarto bastante inquieta é incómodada, y habia soltado en la escalera esta exclamacion: ¡Esto es ya demasiado! y esta interrogacion: ¿Pero adónde irá? Entreveía ella en todos aquellos pasos desconocidos alguna aventura de corazon, más ó ménos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no la habria disgustado introducir en él sus gafas. La penetracion de un misterio, es una cosa parecida á las primicias de un escándalo; las almas santas no desdenan ni aborrecen esto. En las secretas regiones de la mojigatería hay siempre alguna curiosidad por conocer los arcanos de la crónica escandalosa.

Hallábase pues acometida del vago apetito de saber una historia.

Para distraerse de esta vehemente comezon de curiosidad que la agitaba algo más de lo que la permitian de ordinario los hábitos de su vida monótona, se habia ella refugiado en sus talentos, poniéndose á festonear con algodón, sobre algodón, uno de esos bordados del imperio y de la restauracion en los cuales hay muchas ruedas de cabriolé. Labor tosca, obrera brusca. Hacía ya muchas horas que se hallaba sentada en su butaca, cuando hé aquí que se abre la puerta. La señorita Gillenormand levanta la nariz, y ve entrar al teniente Theódulo, quien la hizo el correspondiente saludo de ordenanza. La tia lanzó un grito de gozo al ver al sobrino. Por más que una mujer sea vieja, gazmoña, devota, santurróna, y tia, siempre la es agra-

dable el ver entrar en su cuarto un oficial de lanceros.

— ¡Tú aquí, Theódulo! exclamó.

— Sólo de paso, tia.

— ¡Pero ven y bésame!

— ¡Ya lo hago! dijo Theódulo.

Y la besó. Su tia Gillenormand se dirigió á su papelera, y la abrió.

— Á lo ménos espero que permanecerás con nosotros toda la semana.

— Tia, me marcho esta misma noche.

— ¡Eso no es posible!

— Matemáticamente.

— Quédate, Theodulito mio, yo te lo ruego.

— El corazon me dice que sí, pero la consigna me dice que no. La historia es muy sencilla. Nos cambian de guarnicion; estábamos en Melun, y nos trasladan á Gailion. Para ir desde la antigua guarnicion á la nueva, es preciso pasar por Paris; y yo dije: Voy á ver á mi tia.

— Aquí tienes, por la molestia que te has dado.

Y le puso en la mano diez luises.

— Usted quiere decir, sin duda, por el placer que me he procurado, querida tia.

Theódulo la abrazó y besó segunda vez, y ella tuvo el placer de que la desollara un poco el pescuezo con los galones de oro del uniforme.

— ¿Haces el viaje á caballo con tu regimiento? le preguntó ella.

— No, querida tia. Yo he querido absolutamente venir á verla á usted. Al efecto, tengo un permiso especial. Mi asistente se llevó el caballo; yo iré en la diligencia. Y á propósito de esto, es menester que yo la pregunte á usted una cosa.

— ¿Qué?

— Mi primo Marius Pontmercy. ¿viaja también como yo?

— ¿Pues cómo sabes tú eso? replicó la tía, tan súbitamente halagada en lo más vivo de la curiosidad.

— Al llegar, me fui derecho á la diligencia, con el objeto de retener mi asiento en el cupé.

— ¿Y bien?

— Un viajero había ido ya á retener un asiento en la imperial. Por una casualidad vi allí escrito su nombre.

— ¿Qué nombre?

— Marius Pontmercy.

— ¡El muy bribón! exclamó la tía. ¡Ah! tu primo no es un muchacho juicioso como tú. ¡Decir que va á pasar la noche en diligencia!

— Como yo.

— Pero tú lo haces por deber; mientras que él, es por desórden.

— ¡Caramba! dijo Theódulo.

En este momento ocurrió todo un suceso á la señorita Gillenormand; tuvo una idea. Si ella hubiera sido hombre, se habría dado con la mano en la frente. Pero estiró el cuello y apostrofó á Theódulo:

— ¿Sabes tú que tu primo no te conoce?

— No. Yo le he visto; pero él no se ha dignado jamás poner los ojos en mí.

— ¿De modo que esta noche van ustedes á viajar juntos?

— Él en la imperial y yo en el cupé.

— ¿Y adónde va esa diligencia?

— Á los Andelys.

— ¿Conque allá es adonde va Marius?

— Á ménos que, como yo, no se detenga en el camino.

Yo me apeo en Vernon para tomar allí la correspondencia de Gaillon. Nada sé del itinerario que llevará Marius.

— ¡Marius! ¡qué nombre tan feo! ¡Qué idea han teni-

do de llamarle Marius! ¡Mientras que tú á lo ménos te llamas Theódulo!

— Más me gustaria llamarme Alfredo, dijo el oficial.

— Escucha, Theódulo.

— Ya escucho, tía.

— Presta atencion.

— Ya presto atencion.

— ¿Estás?

— Sí.

— Pues bien, Marius hace ciertas ausencias.

— ¡Ah, ah!

— Viaja.

— ¡Ta! ta! ta!

— Duerme, ó á lo ménos pasa las noches fuera de casa.

— ¡Oh! oh!

— Quisiéramos saber lo que esto significa.

Theódulo respondió con la calma de un hombre experimentado:

— Algun faldon.

Y con esa risa entreverada que pone de manifiesto la certidumbre, añadió:

— Alguna muchacha.

— Es evidente, exclamó la tía, quien creía oír hablar al señor Gillenormand, y que afirmó su convicción emanada de un modo irresistible de esa palabra *muchacha*, acentuada casi de la misma manera por el tío y por el sobrino. Y prosiguió ella:

— Danos un placer. Sigue un poco á Marius. Fácil te será hacerlo, puesto que no te conoce. Y si al fin hay de por medio una muchacha, trata de verla también. Despues nos escribirás la historieta. Eso divertirá al abuelo.

Theódulo no tenía un gusto excesivo por este género de espionaje; pero estaba muy agradecido á los diez lises, y creía ver una continuacion posible de este acto de

lierna generosidad por parte de su amabilísima tía; por lo cual aceptó el cometido y dijo: — Como usted guste, querida tía. Añadiendo, para sí, aparte: — ¡Héteme aquí convertido en dueña!

La señorita Gillenormand le besó.

— No es á ti, Theódulo mio, á quien yo dirigiria nunca tales emboscadas. Tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de tu consigna, eres un hombre escrupuloso y concienzudo, que te reconoces deberes, y no abandonarías nunca á tu familia para irte en busca de una criatura.

El lancero hizo un gesto satisfecho de Cartouche loado por su probidad.

En la noche que siguió á este diálogo, Marius subió en una diligencia sin que sospechara él que iba seguido y acompañado de un celador. En cuanto á este celador, lo primero que hizo fué dormirse. El sueño fué completo y concienzudo. Árgos pasó toda la noche roncando.

Al amanecer, el conductor de la diligencia gritó: — Vernon! parada de Vernon! los viajeros para Vernon! — Y el teniente Theódulo despertó.

— Bueno, refunfuñó, medio dormido aún, aquí es donde yo me apeo.

En seguida, esclareciéndose por grados su memoria, según que iba despertando, se acordó de su tía, de los diez luises, y de la cuenta que él se habia encargado de dar acerca de los pasos y proezas de Marius. Esto le hizo reir.

— Puede que ya no esté en el coche, dijo para sí, al mismo tiempo que se abotonaba la levita de su uniforme. Ha podido apearse en Poissy; también pudo descender en Triel; si no nos dejó al pasar por Meulan, pudo también hacerlo en Mantes, á menos que no se apeara en Rolleboise, ó que no haya llegado hasta Pacy, desde donde pudo dirigirse hácia la izquierda sobre Evreux, ó hácia la dere-

cha, á Laroche-Guyon. Anda, tía, y corre tras él. ¿Qué diablos voy yo á escribir á la buena anciana?

En este mismo instante, apareció ánte las vidrieras del cupé un pantalon negro que descendia de la imperial.

— ¿Si será este Marius? dijo el teniente.

En efecto, era Marius.

Una aldeanita que se hallaba junto al carruaje, mezclada con los caballos y con los mozos, ofrecia flores á los viajeros. — Adórnense ustedes con flores, señoras, y florecerán! gritaba la muchacha.

Marius se acercó á ella y compró las más hermosas flores de su canasto.

— Por de pronto, dijo Theódulo saltando de su cupé en tierra, esto ya principia á picar mi curiosidad. ¿Á quién diántres va él á llevar estas flores? Bien es menester que sea una mujer muy guapa y muy hermosa para dedicarla tan magnífico ramo. Quisiera yo verla.

Y no ya por obedecer al mandato que habia recibido, sino por curiosidad personal, á la manera del perro que emprende la caza por su propia cuenta, se puso á seguir á Marius.

Marius no prestaba la menor atención á Theódulo. Algunas señoras elegantes bajaron de la diligencia; pero él no las miró siquiera. Parecia que nada veia en torno suyo.

— Vaya si está enamorado! dijo para sí el oficial. ®

Marius se dirigió hácia la iglesia.

— Magnífico! dijo Theódulo. La iglesia! eso es. Las citas sazonadas con un poco de misa son las mejores. Nada hay tan exquisito como una ojeada que pase por encima del Santísimo Sacramento.

Una vez llegado á la iglesia, Marius no entró en ella, sino que rodeó por detras de la cabecera del templo, desapareciendo en la esquina de uno de los estribos del hemicielo.

— La cita es fuera de la iglesia, dijo Theódulo. Vamos ver á la muchacha.

Y avanzó sobre las puntas de sus botas hácia la esquina por donde había volteado Marius.

Al llegar á este sitio, quedó estupefacto.

Marius, apoyada su frente en ambas manos, estaba arrodillado en la yerba sobre una fosa. Allí había ya deshojado su ramo. En la extremidad de la fosa, en una pequeña eminencia que indicaba la cabeza, había una cruz negra de madera, en la cual se leía en letras blancas este nombre: CORONEL BARON PONTMERCY. Oíase á Marius sollozar.

La muchacha era una tumba.

VIII

MÁRMOL CONTRA GRANIT

Aquí fué adonde Marius vino la primera vez que se ausentó de París; y aquí era adonde venía cada vez que el señor Gillenormand decía: Se va á dormir fuera de casa.

El teniente Theódulo quedó turbado y ruborizado por este inesperado encuentro de un sepulcro; experimentando una sensación desagradable y extraña que él era incapaz de analizar, y que se componía del respeto debido á una tumba mezclado con el respeto debido á un coronel. Retrocedió, dejando á Marius solo en el cementerio, y en esta retirada se hacían notar los efectos de la disciplina. La muerte se le aparecía allí con grandes características, y casi la hizo él el saludo militar. Ignorando lo que debería escribir á su tía, tomó el partido de no escribirla nada, y probablemente nada habría resultado del descubrimiento hecho por Theódulo acerca de los amo-

rión de Marius, si, por una de esas misteriosas combinaciones que son tan frecuentes en los destinos humanos, la escena de Vernon no hubiera tenido casi inmediatamente una especie de repercusión en París.

Volvió Marius de Vernon el tercer día después de su marcha, muy de mañana, entró en casa de su abuelo, y rendido de haber pasado dos noches en diligencia, sintiendo la necesidad de reparar su insomnio mediante una hora de escuela de natación, subió rápidamente á su cuarto, no estuvo en él sino el tiempo necesario para dejar allí su levita de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello, y se fué al baño.

El señor Gillenormand, que se levantaba muy temprano, como todos los viejos que gozan de buena salud, le había oído entrar, y se había apresurado á subir, todo lo más de prisa que era permitido á sus vetustas piernas, la escalera del granero donde habitaba Marius, con el deseo de abrazarle, de cuestionarle de paso, y ver de averiguar un poco de dónde pudiera él venir.

Pero el adolescente había empleado ménos tiempo en bajar de su cuarto y en salir á la calle que el cenario en disponerse á subir; de modo que cuando el tío Gillenormand entró en la guardilla, ya no se hallaba allí Marius.

La cama no estaba deshecha; y sobre ella se dejaban ver sin desconfianza la levita del viajero y su cordón negro.

— Prefiero esto, dijo el señor Gillenormand.

Y pocos instantes después entraba en la sala donde se hallaba ya sentada la señorita Gillenormand, bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fué triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano la levita y en la otra la cinta del cuello, y gritaba:

— ¡Victoria! ya vamos á penetrar el misterio! ¡Vamos á saber la explicación del enigma, á palpar los libertina-

jes de nuestro buen cazurro! ¡Hétenos aquí en la portada de la novela. Tengo el retrato!

Con efecto, una cajita de tafleté negro, muy semejante á un medallón, estaba suspendida del cordón del cuello.

El anciano tomó esta caja y la estuvo considerando algún tiempo sin abrirla, con ese ademán de voluptuosidad, de arrobamiento y de ira de un pobre diablo famélico que viera pasar ante sus narices una admirable comida que no fuese para él.

— Pues no cabe duda que esto es un retrato. Yo entiendo estas cosas. Esto se lleva tierna y amorosamente sobre el corazón. ¡Qué necios! ¡Probablemente será alguna pendanga abominable que hará temblar! Los jóvenes de hoy día tienen tan mal gusto!

— Á ver lo que es, padre, dijo con ansia la vieja solterona.

La caja se abrió apretando un resorte. No hallaron en ella sino un papel doblado con el mayor esmero.

— *De la misma al mismo*, dijo el señor Gillenormand desternillándose de risa. Ya sabemos lo que es esto. ¡Un billetito amoroso!

— ¡Ah! vamos á leerle! dijo la tía.

Y se caló sus gafas. Desdoblaron el papel, en el cual leyeron lo que sigue:

« — *Para mi hijo*. — El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me rehúsa este título, que yo he pagado con mi sangre, mi hijo le tomará y le llevará. Creo desde luego que será digno de él. »

La impresión que experimentaron el padre y la hija no es posible explicarla. Sintieron helados como por el soplo emanado de una calavera. No cambiaron ni una sola palabra. Sólo el señor Gillenormand dijo en voz baja y como hablando consigo mismo:

— Es la letra de aquel espadachin.

La tía examinó el papel, le dió vueltas en todos sentidos y despues le volvió á introducir en la cajita.

Al mismo tiempo, cayó de un bolsillo de la levita un paquetito cuadrilongo, envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand le recogió y desenvolvió el papel azul que le cubria. Era el ciento de tarjetas de Marius. Pasó una de ellas á manos del señor Gillenormand, quien leyó: *El baron Marius Pontmercy.*

El viejo entonces hizo sonar la campanilla, y Nicolette no tardó en presentarse. El señor Gillenormand cogió el cordón, la cajita y la levita, lo arrojó todo al suelo en medio de la sala y dijo:

— Llévese usted esos trapos.

Una hora larga transcurrió en el más profundo silencio. El viejo y la anciana solterona se habian sentado dándose uno á otro la espalda, y pensando, cada cual á su vez, probablemente lo mismo. Al cabo de una hora, la tía fué la primera en romper el silencio, por medio de esta exclamación:

— ¡Muy lindo!...

Algunos instantes despues apareció Marius, que acababa de entrar en casa. Aún antes de haber llegado á la puerta de la sala, distinguió él ya á su abuelo que tenia en la mano una de sus tarjetas, y que, al verle, exclamó con su habitual tono de superioridad *bourgeoise* y burlona que tenia algo de humillante y abrumador:

— ¡Vaya! vaya! vaya! conque ya eres baron. Preciso es que te felicitemos. ¿Qué quiere decir todo esto?

Marius se puso ligeramente encarnado, y contestó:

— Esto quiere decir que yo soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reir y repuso con dureza:

— Tu padre, soy yo.

— Mi padre, repuso Marius con la vista baja y con ademán severo, era un hombre humilde y heroico que sirvió gloriosamente á la república y á la Francia, que fué grande en la más grande historia que jamas hicieron los hombres, que vivió un cuarto de siglo en el vivac, de día bajo la metalla y frente á las balas, de noche sobre la nieve, sobre el odo, bajo la lluvia, que conquistó dos banderas, que recibió veinte heridas, que murió en el olvido y en el abandono, y que nunca cometió sino una falta, la de haber amado en demasia á dos ingratos, á su pais y á mí.

Esto era más de lo que el señor Gillenormand podia escuchar. Al pronunciar esta palabra, *la república*, se habia levantado, ó más bien, se habia enderezado de pié, empuñándose sobre los talones, á pesar de su edad avanzada. Cada una de las palabras que Marius acababa de pronunciar habia hecho en el semblante del viejo realista el efecto de la bocanada de un fuelle de fragua sobre un tizon ardiendo. De sombrío habiase puesto rojo, de rojo purpurino, y de purpurino encendido el rostro como un ascua.

— ¡Marius! exclamó fuera de sí. ¡Abominable criatura! yo no sé lo que era tu padre! ni tampoco quiero saberlo! No sé nada, ni tengo empeño en saber tales cosas! pero lo que yo sé, es que nunca ha habido más que miserables entre todas esas gentes! que todos ellos eran unos descañados, asesinos, gorros rojos, ladrones! digo que todos repito que todos! yo no conozco á ninguno! digo y redigo que todos! lo oyes, Marius! Ya lo ves, tú eres baron de mi mismo que mi zapato! todos eran bandidos que sirvieron á Robespierre! todos bergantes que sirvieron á B-u-o-na parte! todos traidores que vendieron, si, que hicieron traicion, traicion, traicion!... á su rey legitimo! todos cobardes que huyeron de los prusianos y de los ingleses etc.

Waterloo! Hé ahí lo que yo sé. Si su señor padre de usted se halla comprendido ó no entre ellos, yo lo ignoro; lo siento mucho, tanto peor, para servir á usted!

Á su vez, Marius habia sido ahora el tizon y el señor Gillenormand el fuelle. Marius temblaba, en todos los miembros de su cuerpo, y no sabia qué partido tomar; su cabeza despedía llamas. Era él en este momento semejante al sacerdote que ve arrojar al viento todas sus ostias consagradas, al fakir que presencia la profanacion de un pasajero que escupe sobre su ídolo. No era posible que tales cosas se dijeran impunemente delante de él. ¿Pero qué hacer? Su padre acababa de ser hollado y pisoteado en su presencia; pero ¿por quién? por su abuelo. ¿Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Imposible era que él insultase á su abuelo, é igualmente imposible que dejara él de vengar la memoria de su padre. Por una parte, hallábase frente á una tumba sagrada, y por otra, frente á unas cañas venerables. Durante algunos momentos se mantuvo como ebrio y vacilante, sosteniendo apenas todo aquel torbellino en su cabeza; en seguida levantó los ojos, miró fijamente á su abuelo, y gritó con voz tonante:

— Abajo los Borbones, y ese marranazo de Luis XVIII! Luis XVIII habia muerto hacia ya cuatro años; pero esto para él era indiferente.

De encarnado escarlata que estaba, el viejo se puso repentinamente más blanco que sus cabellos. Volvióse hácia un busto del señor duque de Berry que se hallaba sobre la chimenea, y le saludó profundamente con una especie de majestad singular. En seguida, anduvo dos veces, despacio y guardando siempre el mayor silencio, desde la chimenea hasta la ventana y desde la ventana hasta la chimenea, atravesando todo el salon y haciendo crujir el entarimado como una figura de piedra que marchase sobre él. Á la segunda vez, se inclinó hácia su hija, la cual presenciaba

este choque con el estupor de una vieja añosa, y la dijo conriendo, con sonrisa casi tranquila y serena:

— Un baron, como el señor, y un *bourgeois*, como yo, no pueden permanecer bajo el mismo techo.

Y de repente, enderezándose, cárdeno, livido, tembloroso, terrible, con la frente ensanchada por la espantosa radiacion de la ira, extendió el brazo hácia Marius y le gritó:

— ¡Vete!

Marius salió de la casa.

Al día siguiente, el señor Gillenormand dijo á su hija:

— Cada seis meses enviará usted treinta luises á ese bedor de sangre, y no me hablará usted de él jamas.

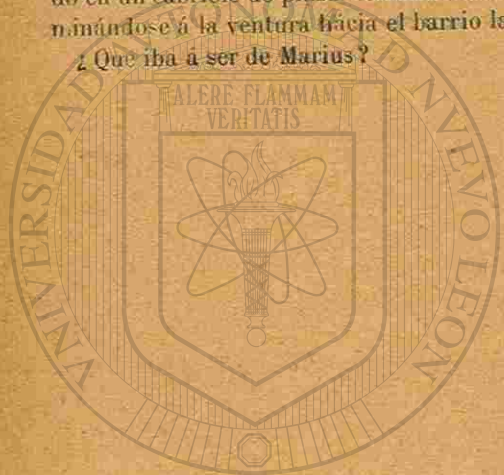
Teniendo aún una inmensa dosis de furor que gastar, y no sabiendo qué hacer de ella, continuó hablando de usted á su hija durante el periodo de más de tres meses.

Marius, á su vez, habia salido indignado. Una circunstancia, que es preciso mencionar aquí, habia agravado aún su exasperacion. Nunca falta alguna de esas pequeñas fatalidades que complican los dramas domésticos. Los agravios adquieren mayores proporciones, bien que en el fondo las faltas no se hayan aumentado. Al llevarse precipitadamente, por orden del abuelo, « los trapos » de Marius á su cuarto, Nicolette, sin apercibirse de ello, habia dejado caer, probablemente en la escalera de madera, que era bastante oscura, el medallon de tafilete negro donde se hallaba encerrado el papel escrito por el coronel. Ni este papel ni este medallon volvieron á encontrarse; y Marius quedó convencido de que « el señor Gillenormand, » pues á partir de este día ya no le llamó sino de esta manera, habia arrojado al fuego « el testamento de su padre. » Sabia él de memoria las pocas lineas escritas por el coronel, y por consiguiente, nada habia perdido. Pero el papel, la letra, aquella reliquia sagrada, todo esto era su mismo

corazon. ¿Qué habria venido á ser de aquel objeto?

Marius se habia marchado, sin decir adónde iba, y sin saber él tampoco adónde se dirigia, con treinta francos, su reloj, y alguna ropa en un saco de noche. Habia subido en un cabriolé de plaza, tomándole á la hora, y encaminándose á la ventura hácia el barrio latino.

¿Que iba á ser de Marius?



LIBRO CUARTO

LOS AMIGOS DEL ABC

UN ANIL

UN GRUPO QUE POR POCO SE HACE HISTÓRICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

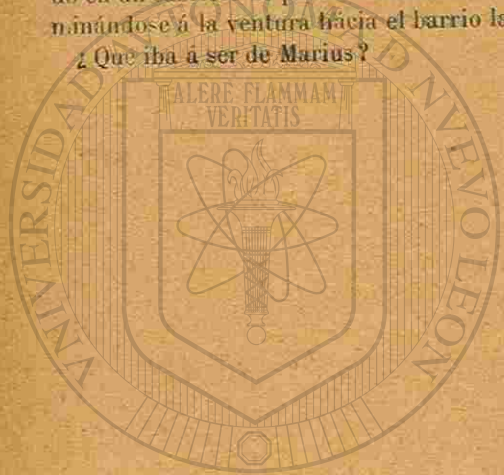
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

En aquella época, indiferente en la apariencia, corría vagamente cierto movimiento ó estremecimiento revolucionario. De las profundidades de 89 y de 92 se exhalaban unos como hábitos ó soplos que se hacian sentir en el aire. La juventud, — dispensenos el lector la palabra, en gracia de la propiedad con que ella expresa nuestra idea, — la juventud, decimos, estaba de muda, como las aves. Ibase transformando, casi sin notarlo ella misma, por el propio movimiento del tiempo. La aguja que marcha en el cuadrante marcha tambien en las almas. Cada cual da-

corazon. ¿Qué habria venido á ser de aquel objeto?

Marius se habia marchado, sin decir adónde iba, y sin saber él tampoco adónde se dirigia, con treinta francos, su reloj, y alguna ropa en un saco de noche. Habia subido en un cabriolé de plaza, tomándole á la hora, y encaminándose á la ventura hácia el barrio latino.

¿Que iba á ser de Marius?



LIBRO CUARTO

LOS AMIGOS DEL ABC

U A N L

UN GRUPO QUE POR POCO SE HACE HISTÓRICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

En aquella época, indiferente en la apariencia, corría vagamente cierto movimiento ó estremecimiento revolucionario. De las profundidades de 89 y de 92 se exhalaban unos como hábitos ó soplos que se hacian sentir en el aire. La juventud, — dispénsenos el lector la palabra, en gracia de la propiedad con que ella expresa nuestra idea, — la juventud, decimos, estaba de muda, como las aves. Ibase transformando, casi sin notarlo ella misma, por el propio movimiento del tiempo. La aguja que marcha en el cuadrante marcha también en las almas. Cada cual da-

ba hácia adelante los pasos que tenía que dar. Los realistas se convertían en liberales, los liberales en demócratas.

Era aquello como una marea ascendente complicada de mil reflujos; y como es propio de los reflujos el producir mezclas, de aquí ciertas combinaciones de ideas muy singulares: se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Ahora estamos escribiendo historia. Tales eran las visiones, ó los mirajes, de aquel tiempo. Las opiniones atraviesan sus fases correspondientes. El realismo voltiano, variedad bien extraña por cierto, tuvo su pareja, no ménos singular, en el liberalismo bonapartista.

Pero habia otros grupos de espíritus más formales. En estos se exploraba y se profundizaba el principio, se recurría á las cristalinas fuentes del derecho. Se apasionaban por el absoluto; entreveíanse las realizaciones infinitas. El absoluto, por su misma rigidez, impele á los espíritus hácia las regiones celestes, haciéndolos flotar en los espacios sin límite. Nada estàn á propósito como el dogma para crear el ensueño y el delirio. Y nada como el ensueño para engendrar el porvenir. La utopía de hoy es carne y hueso mañana.

Las opiniones avanzadas tenían doble fondo. Un comienzo de misterio amenazaba al «orden establecido,» el cual era sospechoso y solapado. Signo altamente revolucionario. Una segunda intencion en el poder se encontraría á la zapa con una segunda intencion en el pueblo. La incubacion de las insurrecciones da la réplica á la premeditacion de los golpes de Estado.

Todavía no existían entónces en Francia esas vastas organizaciones subterráneas como el tugenbund alemán y el carbonarismo italiano; pero ya se iban ramificando acá y acullá, ciertas excavaciones oscuras. En Aix se bosquejaba la Cugurda; y en Paris habia, entre otras afiliaciones de este género, la Sociedad de los Amigos del A B C. ¿Qué venía á ser esta sociedad del Abecedario? una so-

iedad cuyo objeto aparente era la educacion de los niños, pero cuyo objeto real y directo era la reforma social, el mejoramiento del hombre.

Declarábanse amigos del A B C. — El *Abaisse*¹, es decir, el «abatido,» el «oprimido,» era el pueblo; y la sociedad se proponía realzarle, levantarle. Mal haría quien se riera de este retruécano. Los retruécanos suelen á veces ser graves en política; testigo: el *Castratus ad castrum* que hizo de Narses un general de ejército; testigo: *Barbari* y *Barberini*; testigo: *Fueros y Fuegos*; testigo: *Tu es Petrus et super hanc petram*, etc., etc.

Los amigos del A B C eran poco numerosos; esta sociedad secreta se hallaba en estado de embrion; casi podriamos llamarla una pandilla, si de las pandillas pudieran surgir héroes. Reuníanse en Paris en dos sitios, junto á los mercados centrales (*Halles*), en una taberna llamada *Corinthe*, de la cual nos ocuparemos más adelante, y junto al Pantheon, en un café pequeño de la plaza de San Miguel, llamado el Café Musain, hoy ya demolido; el primero de estos puntos de cita y de reunion estaba contiguo á los obreros, y el segundo, inmediato á los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los Amigos del A B C se celebraban en una sala interior del café Musain.

Esta sala, bastante lejos del café, con el cual comunicaba por medio de un corredor muy largo, tenía dos ventanas y una salida á la callecita de Grés por una escalera excusada. Allí se fumaba se jugaba, se bebía y se reía. Se hablaba de todo á gritos y de algo más, en voz baja. Hallábase clavado en la pared un antiguo mapa de la Francia republicana, indicio más que suficiente para excitar el olfato de un agente de policía.

La mayor parte de los amigos del A B C eran estudian-

¹ *Abaisse* se pronuncia lo mismo que A B C en frances.

tes, en íntima y cordial union con algunos obreros. Hé aquí los nombres de los principales de ellos, que en cierto modo pertenecen ya á la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire.

Á fuerza de amistad, estos jóvenes formaban entre ellos una especie de familia. Excepto Laigle todos eran del Mediodía.

Aquel grupo era notable. Se desvaneció en las profundidades invisibles que se hallan ya tras de nosotros. En el punto de este drama al cual hemos llegado, tal vez no es inútil dirigir un rayo de claridad sobre esas cabezas jóvenes, ántes que el lector las vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, á quien hemos nombrado el primero, por el motivo que se verá más adelante, era hijo único y rico.

Este Enjolras era un excelente joven, capaz de ser terrible. Angélicamente hermoso, parecía un Antinoo humano. Al ver la reverberacion pensativa de su mirada, diríase que había él atravesado ya, en alguna existencia precedente, el apocalipsis revolucionario, cuya tradicion conservaba como un testigo ocular. Todos los detalles de « la gran cosa » le eran conocidos. Naturaleza pontificia y guerrera á la vez, mezcla extraña en un adolescente, era al mismo tiempo celebrante y militante. Bajo el punto de vista inmediato, soldado de la democracia; en una esfera superior al movimiento contemporáneo, sacerdote del ideal. Tenía la pupila profunda, el párpado algo encarnado, el labio inferior grueso y fácilmente desdenoso, la frente elevada. Mucha frente en una cara es como mucho cielo en un horizonte. Á la manera de ciertos jóvenes de principios de este siglo y de fines del siglo anterior, que fueron ilustres muy temprano, tenía él una juventud excesiva, fresca como la de una niña, aunque con ciertas

horas de palidez. Hombre ya, parecía aún niño. Sus veintidos años sólo representaban diez y siete; era grave, y parecía ignorar que existiese sobre la tierra un sér llamado a mujer. No tenía sino una pasión, el derecho; un pensamiento, vencer el obstáculo. En el monte Aventino, habría él sido Graco; en la Convencion, habría sido Saint-Just. Apenas veía las rosas, desconocía lo que es la primavera, y no oía nunca el canto de las aves; el pecho desnudo de Evadne no le habría conmovido más que á Aristogiton; para él, como para Harmodius, las flores no servían sino para ocultar la espada. Era severo en los goces. En presencia de todo lo que no era la República, bajaba él castamente los ojos. Era el enamorado de mármol de la libertad. Su palabra, ásperamente inspirada, tenía la vibracion propia del canto de un himno. Distinguíase en él cierta apertura de alas inesperada. ¡Desgraciado el amorcillo que se hubiera arriesgado á pasar por su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambrai ó de la calle Saint-Jean-de-Beauvais, al ver aquella cara escapada del colegio, aquel talante de paje, aquellas largas cejas rubias, aquellos ojos azules, aquella cabellera tumultuosa lanzada á merced del viento, aquellas mejillas rosadas, aquellos labios virginales, aquellos dientes exquisitos, se hubiera visto acometida del apetito sensual de toda aquella aurora, y hubiese ido á ensayar su belleza en Enjolras, una mirada sorprendente y pavorosa la habría mostrado bruscamente el alismo; y la habría enseñado á no confundir con él querubín gatante de Beaumarchais el formidable querubín de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolucion, Combeferre representaba su filosofía. Entre la lógica de la revolucion y su filosofía hay esta diferencia: que su lógica puede concluir en la guerra, mientras que su filosofía no puede acabar sino en la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolras. Era ménos alto y más

ancho. Quería que se administrara á los espíritus los principios extensos de las ideas generales; y decía: Revolución pero civilización; y en derredor de la montaña piramidal, abría él el vasto horizonte azul. De aquí, en todas las teorías de Combeferre, algo accesible y practicable. Con Combeferre, la revolución era más respirable que con Enjolras. Enjolras representaba su derecho divino, y Combeferre su derecho natural. El primero se refería á Robespierre, y el segundo confinaba en Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolras la vida de todo el mundo. Si hubiera sido dado á aquellos dos jóvenes llegar hasta á la historia, el uno habría sido el justo y el otro habría sido el sabio. Enjolras era más varonil, Combeferre era más humano. *Homo et Vir*: tal era en realidad el distintivo de entrambos. Combeferre era afable, como Enjolras era severo, por natural inclinación. Gustaba de la palabra ciudadano, pero prefería la palabra hombre. De buena gana habría él dicho: *Hombre*, como dicen los españoles. Todo lo leía, iba á los teatros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago la polarización de la luz, se apasionaba por una lección en que Geoffroy Saint-Hilaire había explicado la doble función de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna, la una que forma el rostro, la otra que forma el cerebro; hallábase al corriente de todo, seguía paso á paso el movimiento ascendente y progresivo de las ciencias, á fin de hallarse á la altura de los últimos descubrimientos, confrontaba á Saint-Simon con Fourier, descifraba los jeroglíficos, rompía cuantos guijarros encontraba razonando sobre geología, dibujaba de memoria una mariposa bómbox, señalaba las faltas de frances en el Diccionario de la Academia, estudiaba á Puy-ségur y á Deleuze, no afirmaba nada, ni aún los milagros; nada negaba tampoco, ni aún las almas en pena; hojeaba a colección del *Monitor*, y cavilaba y deliraba y soñaba.

Declaraba que el porvenir está en manos del maestro de escuela, y se preocupaba mucho de las cuestiones de educación. Quería que la sociedad trabajara sin cesar en la elevación del nivel intelectual y moral, en acuñar la ciencia y en darla circulación, en la continua propagación de las ideas, en promover el crecimiento del espíritu en la juventud; y temía que la pobreza de los métodos empleados, la miseria del punto de vista literario limitado á dos ó tres siglos que se llaman clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, las preocupaciones escolásticas y las rutinas, no acabaran por hacer de nuestros colegios verdaderos bancos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, laborioso, y al mismo tiempo pensativo « hasta la quimera, » como le decían sus amigos. Creía en todos los sueños: los ferrocarriles, la supresión del sufrimiento en las operaciones quirúrgicas, la fijación de la imagen de 'a cámara oscura,' el telégrafo eléctrico, la dirección de los globos aerostáticos, y por otra parte, asustábanle poco las ciudades construidas en todas partes contra el género humano por las supersticiones, los despotismos y las preocupaciones. Era de aquellos que creen que la ciencia acabará por cambiar la posición. Enjolras era un jefe, Combeferre era un guía. Habríase querido combatir con el uno y marchar con el otro. No que Combeferre no fuese capaz de combatir, pues él no rehusaba tomar á brazo partido el obstáculo, y atacarle á viva fuerza y por explosión; pero le agradaba más ir poniendo poco á poco al género humano, por medio de la enseñanza de los axiomas y la promulgación de las leyes positivas, de acuerdo con sus destinos; y en presencia de dos claridades, inclinábase él más á la iluminación que á la combustión. Sin duda que un incendio puede producir una aurora; pero ¿por qué no esperar el levante del sol? Un volcán alumbra, pero el alba alumbra aún me-

Combeferre prefería tal vez la blancura de lo bello á las llamas de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado con la violencia, no satisfacían sino á medias á aquel tierno y grave espíritu. Una precipitación perpendicular y violenta de un pueblo en la verdad, un 93, le asustaba; sin embargo, la estagnación le repugnaba aún más, viendo en ella la putrefacción y la muerte; en todo caso, más bien quería la espuma que el miasma, prefiriendo el torrente á la cloaca, y la catarata del Niágara al lago de Montfaucon. En suma, él no quería alto ni premura. Mientras que sus bulliciosos amigos caballerescamente prendados del absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba más bien á dejar que se realizase por sí mismo y espontáneamente el progreso, el buen progreso; frío tal vez, pero puro; metódico, pero irreprochable; flemático, pero imperturbable. Combeferre se habría arrodillado, y con las manos cruzadas habría esperado que el porvenir llegara con todo su candor, sin que nada turbara en su majestuoso movimiento la inmensa y virtuosa evolución de los pueblos. *Es preciso que el bien sea inocente*, repetía sin cesar. Y en efecto, si la grandeza de la revolución consiste en mirar fijamente al ideal deslumbrador y en volar hácia él al través de los rayos, con sangre y fuego en sus garras, la belleza del progreso se cifra en que sea él puro y sin mancilla; y entre Washington que representa el uno y Danton que encarna á la otra, hay la diferencia que separa al ángel con alas de cisne del ángel con alas de águila.

Juan Prouvaire era una variedad más templada aún que Combeferre. Llamábase Johan, en virtud de ese ligero y momentáneo capricho que se mezclaba con el vigoroso y profundo movimiento de donde ha emanado el estudio tan necesario de la edad média. Juan Prouvaire era enamorado,

cultivaba una maceta de flores, tocaba la flauta, hacía versos, amaba al pueblo, se compadecía de la mujer, lloraba la suerte del niño desvalido, confundía en la misma confianza al porvenir y á Dios, y ceasuraba á la revolución por haber cortado una cabeza régia, la de Andres Chénier. Su voz era habitualmente delicada y de repente viril. Era letrado hasta la erudición, y casi orientalista. Sobre todo y más que todo esto era bueno; y, — cosa muy sencilla para el que sabe cuán de cerca confina la bondad con la grandeza, — tocante á poesía, prefería lo inmenso. Sabía el italiano, el latín, el griego y el hebreo; y esto le servía para no leer sino cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquyles é Isaías. En frances, daba la preferencia á Corneille sobre Racine y á Agrippa d'Aubigné sobre Corneille. Gustábale mucho divagar por los campos poblados de avena silvestre y de flores de aciano, y se ocupaba de las nubes casi tanto como de los acontecimientos. Su espíritu tenía dos actitudes, la una con respecto al hombre, la otra con respecto á Dios; estudiaba, ó contemplaba. Durante todo el día, profundizaba las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educación, la penalidad, la miseria, la asociación, la propiedad, la producción y la repartición; el enigma de este mundo que envuelve en sombras á la gran familia humana; y por la noche, miraba y contemplaba los astros, esos seres enormes. Como Enjolras, también él era rico é hijo único. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, sonreía con embarazo, iba mal vestido, era desaliñado en sus modales, se ponía colorado por nada, y era muy tímido. Por lo demás, intrépido.

Feuilly era un operario abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y no tenía sino un solo pensamiento, libertar ó emancipar al mundo. Aún tenía otra preocupación: instruirse; lo que él

llamaba también emanciparse y libertarse él mismo. Habíase él enseñado á leer y á escribir; todo cuanto sabía lo había aprendido solo. Feuilly era un corazón generoso, que extendía sus brazos á la inmensidad. Aquel huérfano había adoptado á los pueblos. Viéndose privado de su madre, había él meditado en la patria. No quería que existiese sobre la tierra ni un solo hombre sin patria. Él mismo incubaba y cobijaba, con la profunda adivinación del hombre del pueblo, lo que nosotros llamamos hoy *la idea de las nacionalidades*. Había aprendido la historia expresamente para indignarse con conocimiento de causa. En aquel joven cenáculo de utopistas, ocupados principalmente de la Francia, él era quien representaba el exterior. Tenía por especialidad la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía, la Italia. Pronunciaba estos nombres sin cesar, á propósito y fuera de propósito, con la ruda tenacidad del derecho. La Turquía sobre la Grecia y la Thesalia, la Rusia sobre Varsovia, el Austria sobre Venecia, eran otras tantas violaciones que le exasperaban. Entre todas ellas, la grande via de hecho de 1772 le irritaba y le ponía fuera de sí. No hay elocuencia más soberana que la verdad en la indignación; y él era elocuente con este género de sublime elocuencia. No se cansaba nunca de repetir aquella fecha infame, de 1772, que pesa sobre un pueblo noble y valiente suprimido por la traición, aquel crimen de los tres, aquella inicua y monstruosa asechanza, prototipo y patron de todas esas horribles supresiones de estados de que posteriormente han sido víctimas otras nobles naciones, á las cuales se ha rasgado ó borrado, digámoslo así, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos se derivan de la distribución de la Polonia. La repartición de la Polonia es un teorema cuyos corolarios son todos los atentados políticos actuales. No hay un solo déspota, no hay un traidor que desde casi un siglo á esta parte, no haya visado, apre-

bado, refrendado y rubricado, *ne varietur*, la repartición de la Polonia. Cuando se compulsaba el expediente de las traiciones modernas, desde luego aparece aquella en primera línea. El congreso de Viena consultó este crimen ántes de perpetrar el suyo. 1772 lanzó el ¡hurra! 1815 fué la ralea. Tal era el tema habitual de Feuilly. Este pobre obrero se había constituido en tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndole grande. Y es que, en efecto, en el derecho se divisa el brillo de la eternidad. Ni Varsovia puede ser tártara, ni Venecia convertirse en tedesca. En esa tarea degradante, los reyes pierden el tiempo, el trabajo y el honor. Más tarde ó más temprano, la patria sumergida flota en la superficie y reaparece. La Grecia vuelve á ser la Grecia, la Italia vuelve á ser la Italia. La protesta del derecho contra el hecho persiste para siempre. El robo de un pueblo no prescribe jamás. Esas altas estafas no tienen porvenir. No se borra la marca de una nación como la de un pañuelo.

Courfeyrac tenía un padre á quien llamaban el señor de Courfeyrac. Una de las ideas falsas de la clase média de la restauración tocante á aristocracia y á nobleza, era el creer en la partícula (*de*). Sabido es que esta partícula no tiene ninguna significación. Pero los bourgeois del tiempo de *la Minerva* tenían en tan alta estima ese pobre *de*, que se creían obligados á abdicarle. El señor de Chauvelin se hacía llamar el señor Chauvelin; el señor de Caumartin, el señor Caumartin; el señor de Constant de Rebecque, Benjamin Constant; el señor de Lafafette, el señor Lafayette. Courfeyrac no había querido tampoco ser ménos, y se llamaba Courfeyrac á secas.

Y áun casi podríamos, por lo que hace á Courfeyrac, contentarnos con esto, limitándonos á decir, en cuanto á lo demas: Courfeyrac, véase Tholomyès.

Courfeyrac tenía, en efecto, esa verbosidad y ese chis-

te de juventud que pudiera llamarse la juventud diabólica del númen. Esta cualidad se extingue más adelante, como sucede con la gracia y gentileza del gatito; concluyendo toda gracia, de los piés, en el bourgeois, y de cuatro patas, en el gato.

Este género de númen y de chiste se le transmiten las generaciones que atraviesan las escuelas, los diferentes y sucesivos relevos de la juventud, y se le pasan de mano en mano, *quasi cursores*, casi siempre el mismo; de modo que, como acabamos de indicarlo, cualquiera que hubiese oído á Courfeyrac en 1828, habría creído oír á Tholomyès en 1847. Sólo que Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo las aparentes semejanzas del donaire exterior, la diferencia entre Tholomyès y él era grande. El hombre latente que existía en ellos era en el primero muy diferente de lo que era en el segundo. En Tholomyès había un procurador, y en Courfeyrac un paladín.

Enjolras era el jefe, Combeferre el guía y Courfeyrac el centro. Los otros derramaban más luz, él daba más calor; el hecho es que él reunía todas las cualidades de un centro, la rotundidad y el brillo.

Bahorel había figurado en el tumulto sangriento de 1822, con ocasión de los funerales del jóven Lallemand.

Bahorel era un sugeto de buen humor y de mala compañía, bravo, maniroto, pródigo hasta exceder todos los límites de la generosidad, hablador hasta la elocuencia, osado hasta el descaro; la mejor pasta del diablo que es posible ballar; con sus chalecos temerarios y sus opiniones color de escarlata; camorrista en grande, es decir, que prefería una reyerta á cualquiera otra cosa, á ménos que no fuese un motin, una bullanga, y daba la preferencia, sobre esta, á una revolucion; siempre dispuesto á romper unas vidrieras, despues desempedrar una calle, despues á derrocar un gobierno, para ver el efecto que esto hacía;

era estudiante de undécimo año. Olfateaba las leyes, pero no las estudiaba nunca. Tenía por divisa: *Abogado jamas*, y por armas una mesa de noche en la cual se divisaba un bonete. Cada vez que pasaba por delante de la Escuela de leyes, lo que le sucedía muy rara vez, se abotonaba la levita, pues aún no se había inventado el gaban, y tomaba sus precauciones higiénicas. Decía hablando del portal de la escuela: ¡qué hermoso viejo! y del decano, el señor Delvincour: ¡qué monumento! En sus cursos encontraba él asunto para componer canciones, y en sus profesores, tipos para hacer caricaturas. Consumía, en no hacer nada, una pensión bastante fuerte, como de tres mil francos anuales. Sus padres eran unos aldeanos á quienes había sabido él inculcar el respeto de su hijo.

Solía decir de ellos: Son aldeanos y no bourgeois; por eso no carecen de inteligencia.

Hombre de capricho y de humor disipado, Bahorel se hallaba esparcido en muchos cafés; los otros tenían ciertos hábitos, pero él no tenía ninguno. Callejeaba. Errar es humano, callejear es parisiense. Pero, en el fondo, era él un espíritu penetrante y pensador, más de lo que aparentaba serlo.

Él era quien servía de lazo y de punto de unión entre los Amigos del A B C y otros grupos, informes aún, pero que debían desarrollarse más adelante.

En este conclave de cabezas jóvenes había sin embargo una calva.

El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir en un cabriolé de plaza el día en que emigró, refería que, en 1814, al volver á Francia, en el momento de desembarcar el rey en Calais, un hombre le presentó un memorial.

— ¿Qué es lo que usted pide? dijo el rey.

— Sire, una administración de correos.

— ¿Cómo se llama usted?

— L'Aigle (*el águila*).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial y vió el nombre escrito de esta manera: LESGLE. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey y empezó á sonreír. — Sire, dijo entonces el hombre del memorial, yo cuento entre mis antepasados un perrero á quien dieron por sobrenombre ó apodo Lesgueules. De este apodo procede mi nombre. Me llamo Lesgueules, por contraccion Lesgle y por corrupcion L'Aigle. — Esta explicacion puso fin á la sonrisa del rey. Algun tiempo despues, dió al hombre la administracion de correos de Meaux, de intento ó por descuido.

El individuo calvo del grupo era hijo de este Lesgle, y se firmaba Lègle (de Meaux). Sus camaradas, para abreviar, le llamaban Bossuet.

Bossuet era un muchacho alegre que tenía desgracia en todo. Su especialidad consistía en no salir bien en nada. En cambio, él de todo se reía. Á los veinticinco años, ya estaba calvo. Su padre había acabado por poseer una casa y un campo; pero él, el hijo, se dió gran prisa á perder aquel campo y aquella casa en una falsa especulacion. Nada le había quedado. Tenía ciencia, no le faltaba talento, pero en todo abortaba. Todo le fracasaba, todo le engañaba; cuanto él construía, se desmoronaba sobre su cabeza. Si partía leña, se cortaba un dedo. Si tenía una querida, no tardaba en descubrir que él también tenía un amigo. A cada instante le avenía alguna desdicha; de aquí su eterna jovialidad. Solía decir: *Yo habito bajo el tejado de las tejas que caen*. Poco admirado de ello, pues el accidente siempre era previsto para él, recibía con serenidad la mala suerte y sonreía de las incomodidades del destino como el que oye chancearse ó bromear. Era pobre, pero su bolsillo de buen humor era inagotable. Llegaba

muy pronto á su último centavo. jamás á su última carcajada. Cuando la adversidad entraba por las puertas de su casa, saludaba cordialmente á este antiguo conocimiento, y se burlaba de las catástrofes; trataba familiarmente á la fatalidad, en términos de llamarla por su sobrenombre: — Buenos dias, Guignon, la decía.

Estas persecuciones de la suerte le habían hecho inventivo. Era un hombre lleno de recursos. No tenía dinero, pero hallaba medio de hacer, cuando se le antojaba, « gas »¹ sin freno y sin cuento. Una noche llegó hasta á comerse « cien francos » cenando con una muchachuela, lo que le inspiró en medio de la orgia esta frase memorable: *Hija de cinco luises¹, tirame de las botas*.

Bossuet se dirigía lentamente hácia la profesion de abogado; estudiando sus leyes á la manera que lo hacia Bahorel. Bossuet tenía escaso domicilio, y aún á veces no tenía ninguno; alojándose, hoy en casa de uno, mañana en casa de otro compañero; generalmente en casa de Joly. Joly estudiaba medicina, y tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario joven. Lo único que había ganado en la medicina era á ser más enfermo que medico. Á los veintitres años, creíase ya valetudinario y pasaba su vida mirándose la lengua al espejo. Sostenía que el hombre se imanta ó magnetiza como una aguja, y colocaba su cama en la alcoba con la cabecera al sud y los piés al norte, á fin de que la circulacion de su sangre no se hallase alterada durante la noche por la gran corriente magnética del globo. En las tempestades se tomaba el pulso al instante. Á pesar de todo esto, era el más alegre y divertido de todos ellos. Todas estas incoherencias, joven, maniaco, enclenque y festivo, se avenían bien en él; resultando de este conjun-

¹ *Fille de cinq Luises*, «hija de cinco luises», y *fille de saint Louis*, «nija de san Luis» se pronuncian lo mismo en frances, dando ocasion á ese gracioso retruécano.

to un sér excéntrico y agradable á quien sus campañeros, pródigos de consonantes aladas, llamaban Jollily. — Así puedes volar en cuatro L¹, le decía Juan Prouvaire.

Acostumbraba Joly á tocarse la nariz con el puño de su bastón, lo cual es un indicio de espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes, tan diversos, y de quienes, en último resultado, no se debe hablar sino con formalidad, profesaban una misma religion; el Progreso.

Todos eran hijos directos de la revolucion francesa. Los más ligeros ó frívolos de entre ellos se mostraban solemnnes, al pronunciar esta fecha: 89. Sus padres, según la carne, eran ó habían sido fuldenses, realistas, doctrinarios; poco importaba nada de esto; esta mezela anterior á ellos, que eran jóvenes, no les concernía en nada; la sangre pura de los principios corría por sus venas. Referíanse ellos y se enlazaban, sin ninguna variedad ó gradacion intermedia, al derecho incorruptible y al deber absoluto.

Afiliados é iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

Entre todos estos corazones apasionados y todos estos espíritus convencidos, había sin embargo un escéptico. ¿Cómo es que se hallaba allí? por yuxtaposicion. Este escéptico se llamaba Grantaire, y se firmaba habitualmente con este jeroglífico: R. — Grantaire era un hombre que se guardaba bien de creer en nada. Por lo demás, era uno de los estudiantes que habían aprendido mayor número de cosas durante sus cursos en París; sabía que el mejor café se servía en el Café Lemblin, y que el mejor billar era el del Café Voltaire; que se hallaban buenos bizeochos y buenas chicas en el Ermitage del boulevard del Maine, pollos á la *crapaudine* en casa de la tía Saguet, excelentes fritadas y pecados á la marinera en la barrera de la Guette, y cierto

¹ La letra L en francés se pronuncia como *aile* (ala).

vinito blai no muy apetitoso en la barrera del Combate. Para todo conocía él los buenos sitios; además poseía bien el manejo de la chancía y el escarpin, algunas danzas, y era diestro y profundo jugador de palo. Más que todo esto, era gran bebedor. También era desmesuradamente feo; la más graciosa pespuntadora de botitos que existía en aquel tiempo, Irma Boissy, indignada de su fealdad, llegó á pronunciar este fallo: *Grantaire es imposible*; mas no por eso se desconcertaba la fatuidad de Grantaire. Miraba con fijeza y con ternura á todas las mujeres, con cierto ademán de desden, como diciéndo de todas ellas: *¡si yo quisiera!* y procurando siempre dar á entender á sus camaradas que se veía generalmente solicitado.

Todas estas palabras: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, revolucion francesa, república, democracia, humanidad, civilizacion, religion, progreso, se hallaban, para Grantaire, muy próximas á no significar nada absolutamente. Al oirlas, se sonreía. Esta caries de la inteligencia que llaman el escepticismo no le había dejado ni una sola idea entera en su espíritu. Vivía entregado á la ironía. Su axioma favorito era este: No hay sino una sola certidumbre, mi vaso lleno. Se burlaba de todas las abnegaciones y de todas las adhesiones y sacrificios, en todos los partidos, lo mismo del padre que del hermano, lo mismo de Robespierre joven que de Loizerolles. — ¡Bastante han adelantado con haber muerto! decía. Y señalando al crucifijo: Hé ahí un patíbulo que al fin se salió con la suya. Corretón, jugador, libertino, ebrio con harta frecuencia, daba á aquellos jóvenes sonantes y entusiastas el disgusto de cantarrear muy á menudo: *Gústame las chicas*, — *me agrada el buen vino*, con la música de la cancion: *Viva Enrique IV*.

Por lo demás, este escéptico tenía un fanatismo. Este fanatismo no era una idea, ni un dogma, ni un arte, ni una

ciencia; era un hombre: Enjolras. Grantaire admiraba, amaba y veneraba á Enjolras. ¿Con quién se ligaba aquel dudoso anárquico en toda aquella falange de espíritus absolutos? Con el más absoluto de todos ellos. ¿De qué manera le subyugaba Enjolras? ¿Por las ideas? No. Por el carácter. Fenómeno observado con frecuencia. Un escéptico que se adhiere á un creyente, es una cosa sencilla como la ley de los colores complementarios. El hombre propende siempre á buscar su complemento. Lo que nos falta nos seduce y nos atrae. Nadie ama tanto la luz como el ciego. La enana adora al tambor mayor. El sapo tiene siempre los ojos fijos en el cielo: ¿para qué? Para ver volar las aves. Grantaire, en quien se arrastraba la duda, se complacía en ver la fe cerniéndose en Enjolras. Sin que él pudiera darse de ello una cuenta clara, y sin que tratara siquiera de buscar una explicación de tan singular fenómeno, aquella naturaleza casta, sana, firme, recta, dura y cándida le hechizaba. Por instinto, admiraba él á su contrario, á su antítesis. Sus ideas inconsistentes, plegables, dislocadas, enfermizas, deformes, se adherían á Enjolras como á una espina dorsal. Su ráquis moral se apoyaba en aquella firmeza. Al lado de Enjolras, Grantaire se transformaba en una persona. Por otra parte, él mismo se hallaba compuesto de dos elementos incompatibles en apariencia. Era irónico y cordial. Su indiferencia amaba. Su espíritu podía muy bien pasarse sin creencias, pero su corazón no podía pasarse sin amistad. Contradicción profunda; pues una afección es una convicción. Pero tal era su naturaleza. Hay hombres que parecen nacidos para ser el reyes y el reverso: que son Póllux, Patroclo, Nisus, Eudamidas, Ephetion, Pechmeja; que no viven sino con la condición de hallarse respaldados en otro; cuyo nombre es una continuación, un séquito, y no se escribe sino precedido de la conjunción *y*; cuya existencia no les es pro-

pia, sine que es el apéndice de otro destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres. Era el reverso de Enjolras.

Casi podría decirse que las afinidades principian en las letras del alfabeto. En la serie, O y P son inseparables. Podéis, al arbitrio, pronunciar O y P, ú Orétes y Pilades.

Verdadero satélite de Enjolras, Grantaire habitaba en aquel círculo de jóvenes; allí era donde él vivía; sólo entre ellos se hallaba contento y satisfecho; y los seguía á todas partes. Su mayor alegría era el ver cómo iban y venían aquellas figuras misteriosas al traves de los vapores del vino. Le toleraban por su buen humor.

Creyente y sobrio, Enjolras desdeñaba á aquel escéptico, menospreciaba á aquel beodo. Sólo le otorgaba un poco de compasión altiva. Grantaire era un Pilades no aceptado. Tratado siempre con aspereza por Enjolras, duramente rechazado, alejado y vuelto siempre al mismo sitio, solía decir de Enjolras: ¡Qué mármol tan hermoso!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



Una tarde que tenía, como vamos á ver, cierta coincidencia con los sucesos referidos anteriormente, hallábase Laigle de Meaux recostado sensualmente contra las jambas de la puerta del café Musain. Parecía una cariátide en vacaciones. Nada llevaba consigo sino sus ensueños. Estaba mirando desde allí á la plaza de San Miguel. Respaldarse es una manera de estar recostado y de pié al mismo tiempo, que no detestan los cavilosos y soñadores. Laigle de Meaux estaba pensando á la sazón, sin melancolía, en una pequeña malaventura que le había sucedido la antevíspera en la escuela de leyes, y que modificaba sus planes personales para el porvenir, planes que por otra parte eran bastante vagos é indistintos.

El ensueño no impide sin embargo que pase por allí un cabriolé, ni tampoco impide al soñador que repare en él.

Laigle de Meaux, cuyos ojos vagaban en una especie de ociosidad difusa, vislumbró, al traves de este sonambulismo, un vehículo de dos ruedas que caminaba por la plaza, el cual iba al paso, y como indeciso. ¿Contra quién se dirigía aquel cabriolé? ¿por qué iba al paso? Laigle fijó en él su atención, y se puso á observarle. Notó que iba dentro, al lado del cochero, un jóven, y delante del jóven, un saco de noche bastante grueso. El saco mostraba á los transeuntes este nombre escrito en grandes letras negras sobre una tarja cosida á la tela : MARIUS PONTMERCY.

Este nombre hizo cambiar de actitud á Laigle, quien se enderezó y dirigió este apóstrofe al jóven del cabriolé :

— ¡Señor Marius Pontmercy!

El cabriolé interpelado se detuvo.

El jóven que, él también, parecía entregado á profundas cavilaciones, levantó los ojos.

— ¿Qué hay? dijo.

— ¿Usted es el señor Marius Pontmercy?

— Sin duda.

— Yo le buscaba á usted precisamente, añadió Laigle de Meaux.

— ¿Pues cómo es eso? repuso Marius; porque era él, en efecto, que venía entónces, despedido ya, decasa de su abuelo, y se hallaba frente á sí una fisonomía que él veía por primera vez : yo no conozco á usted.

— Ni yo le conozco á usted tampoco, respondió Laigle.

Marius creyó en algun encuentro de chasco y de burlas, algun principio de broma ó *mistificación* en medio de la calle. Pero en aquel momento no se hallaba el de humor para chanzas, por lo cual frunció el entrecejo. Laigle de Meaux prosiguió imperturbable :

— Antes de ayer no estaba usted en la escuela.

— Es muy posible.

— Es cierto.

— ¿Usted es estudiante? preguntó Marius.

— Sí, señor, lo mismo que usted. Antes de ayer entré por casualidad en la escuela. Ya sabe usted que á veces suelen ocurrir esas ideas. El catedrático estaba en aquel instante leyendo la lista. Usted no ignora que son muy rigurosos y muy ridículos en este momento. Á la tercera falta de asistencia, le borran á uno la inscripción: sesenta francos tirados á la calle.

Marius empezaba á escuchar. Laigle continuó:

— El que leía la lista era Blondeau. Usted conoce á Blondeau, tiene la nariz muy puntiaguda y muy maliciosa, y olfatea con delicia los ausentes. Empezó, con mucha socarronería por la letra P. Yo no escuchaba, puesto que no me hallaba comprometido en esa letra. La llamada no iba mal. Ni siquiera una raya, el universo estaba allí presente. Blondeau se hallaba triste. Yo decía entre mí: Blondeau cariño mío, lo que es hoy no harás tú la más mínima ejecución. Cuando hé aquí que de repente Blondeau llama en lista á *Marius Pontmercy*. Nadie responde. Blondeau, lleno de esperanza, repite con voz más fuerte: *Marius Pontmercy*. Y continuando el silencio, echó mano á la pluma. Caballero, yo tengo entrañas; tengo mi alma en mi armario, como suele decirse; y reflexioné rápidamente, haciéndome estos juicios: Hé aquí un buen muchacho á quien van á borrar. Atención. Este es un verdadero viviente que no es exacto. No se trata de un buen discípulo. No es ningún pelmazo, un estudiante que estudia, un barbilampiño pedante, fuerte en ciencia, en letras, en teología y en sapiencia, uno de esos talentos romos y letrados, prendidos con cuatro alfileres; un alfiler para cada facultad. Sino que es un honorable holgazán que se divierte de bureo, que practica la teoría de los novillos, que cultiva la griseta, que corteja á las bellas, que quizás en este mismo instante se halla en casa

de mi querida. Salvémosle, pues. ¡Muera Blondeau! En este momento, Blondeau mojaba en el tintero su pluma negra, la que le sirve para borrarle á uno la inscripción de la matrícula, y dejarle á la luna de Valencia, para un año más de Blondeau. Paseó su amarillenta pupila por el auditorio, y repitió por tercera vez: ¡*Marius Pontmercy!* — *Presente*, respondí yo. Gracias á esta mi estratagema, no ha sido usted borrado de la lista, y, por consiguiente, de la matrícula.

— Caballero!... dijo Marius.

— Y yo lo he sido, añadió Laigle de Meaux.

— No le comprendo á usted, dijo Marius.

Laigle continuó:

— Nada más sencillo. Yo me hallaba cerca de la cátedra, para responder, y no léjos de la puerta, para escapar en seguida. El catedrático me contemplaba con cierta fijeza. De repente, Blondeau, que debe ser la nariz maligna de la cual habla Boileau, salta de un modo brusco á la letra L. La L es mi letra. Yo soy de Meaux, y me llamo Lesgle.

— ¡L'Aigle! interrumpió Marius, qué bonito nombre!

— Caballero, el tal Blondeau llega por fin á este bonito nombre y grita: ¡*Laigle!* Yo respondí: ¡*Presente!* Entonces Blondeau me mira, con la amabilidad del tigre, se sonríe, y me dice: ¿Si usted es Pontmercy, cómo ha de ser Laigle? Frase que tiene trazas de descortes para usted, pero que no era lúgubre sino para mí. Dicho esto, me borró.

Marius exclamó:

— Caballero, yo siento infinito...

— Ante todo, interrumpió Laigle, pido que embalsamen á Blondeau en algunas frases de sentido elogio. Yo le creo muerto. No habría mucho que cambiar en su magrura, en su palidez, en su frialdad, en su rigidez y en su

fétidez. Y á propósito de esto digo yo : *Erudimini qui iudicatis terram*. Aquí yace Blondeau-la-Nariz, Blondeau Nasica, el buey de la disciplina, *bos disciplina*, el moloso de la consigna, el ángel de la llamada, que fué recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y horroroso. Dios le ha borrado, como él me borró.

Marius continuó diciendo :

— Siento en el alma...

— Joven, dijo Laigle de Meaux, que esto sirva á usted de lección para otra vez. En lo sucesivo, sea usted exacto.

— Le pido á usted sinceramente mil perdones...

— No vuelva usted á dar ocasion á que borren al prójimo...

— Estoy desesperado...

Laigle lanzó una carcajada.

— Y yo estoy contentísimo. Me hallaba ya á punto de ser abogado, y ese borron, esa raya, me salva. Desde luego renunció á los triunfos del foro. Ya no me veré en el caso de defender á la viuda ni de atacar al huérfano. Nada de pasantía, nada de toga. He obtenido mi radiacion. Estoy cancelado. Á usted debo yo tanto bien, caballero Pontmercy. Tengo que hacer á usted una visita para darle las gracias. ¿En dónde vive usted?

— En este cabriolé, contestó Marius.

— Señal de opulencia, repuso Laigle con calma. Yo le felicito por ende. Tiene usted ahí un alquiler de nueve mil francos anuales.

En este momento salía Courfeyrac del café.

Marius sonrió tristemente.

— En esta vivienda me encuentro desde hace dos horas, y aspiro á salir de ella, pero esto es toda una historia y el caso es que yo no sé adónde ir.

— Caballero, dijo Courfeyrac, véngase usted á mi casa.

— Yo tendré la prioridad, observó Laigle, pero en cambio no tengo casa.

— Calla tú, Bossuet, repuso Courfeyrac.

— Bossuet, dijo Marius, pues yo creía que usted se llamaba Laigle.

— De Meaux, respondió Laigle; por via de metáfora, Bossuet.

Courfeyrac subió en el cabriolé.

— Cochero, gritó, hôtel de la Porte-Saint-Jacques.

Y aquella misma tarde, Marius quedó instalado en un cuarto del hôtel de la Porte-Saint-Jacques, en compañía de Courfeyrac.



Á los pocos días, Marius y Courfeyrac eran ya íntimos amigos. La juventud es la estación de las prontas soldaduras y de las cicatrizaciones rápidas. Al lado de Courfeyrac, Marius respiraba libremente, cosa bastante nueva para él. Courfeyrac no le dirigió pregunta alguna; ni siquiera pensó en ello. En esa edad, el rostro lo revela todo en seguida. La palabra es completamente inútil. Hay jóvenes de quienes pudiera decirse que su fisonomía está charlando. Con mirarse, basta para conocerse.

Una mañana, sin embargo, le lanzó Courfeyrac bruscamente esta pregunta:

- ¿Á propósito, tiene usted opinión política?
- ¡Vaya! dijo Marius, casi ofendido de la duda.
- ¿Y qué es usted?
- Demócrata-bonapartista.

— Color gris de ratón confiado, dijo Courfeyrac. Al día siguiente, Courfeyrac introdujo á Marius en el Café Musain. En seguida le cuchicheó al oído, con una sonrisa: Es menester que le dé yo á usted entrada en la revolución. Y le llevó á la sala de los Amigos del A B C, dónde le presentó á los otros camaradas diciendo á média voz esta sola palabra, que Marius no comprendió: Un discípulo.

Marius había caído en un avispero de espíritus. Por lo demás, aunque silencioso y grave, no era él el ménos alado, ni el ménos armado tampoco.

Solitario hasta entónces, y tanto por hábito como por gusto, inclinado al monólogo y al « aparte », Marius estaba como asustado y encogido en medio de aquella bandada de jóvenes. Todas aquellas diversas iniciativas le solicitaban y tiraban de él á la vez. El continuo y tumultuoso va-y-ven de todos aquellos espíritus en libertad y en trabajo hacía hervir y remolinar sus ideas; siendo á veces tan grande la confusión, que se alejaban de él en términos que le costaba mucho trabajo el recobrarlas. Oía allí hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religión, de una manera inesperada. Entreveía ciertos aspectos extraños; y como no los ponía en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las opiniones de su padre, había creído fijarse enteramente; pero ahora sospechaba con inquietud, y sin atreverse á confesárselo, que no se hallaba fijado. El prisma al través del cual veía él todas las cosas comenzaba de nuevo á cambiar de lugar. Cierta oscilación ponía en movimiento todos los horizontes de su cerebro, produciendo un extraño zafarrancho interior, que casi le hacía sufrir.

Para aquellos jóvenes parecía que no hubiese « cosas consagradas. » Marius oía allí sobre todas las materias singulares lenguajes, molestos para su espíritu, tímido aún.

Presentábase un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio, que llaman clásico. — ¡Abajo la tragedia, preferida por los bourgeois! gritaba Bahorel. Y Marius oía replicar á Combaferre:

— Haces mal, Bahorel. La bourgeoisie gusta de la tragedia, y, en esta parte, es preciso dejar á la bourgeoisie tranquila. La tragedia con peluca tiene su razón de ser, y yo no soy de aquellos que, de orden de Eschyles, la contestan el derecho de existir. Hay bosquejos en la naturaleza; hay en la creación parodias enteramente hechas: un pico que no es un pico, alas que no son alas, nadaderas que no son nadaderas, patas que no son patas, un grito doloroso que nos provoca á reír; tal es el pato. Ahora bien, puesto que las aves de corral existen al lado de las aves del cielo, no veo inconveniente alguno en que exista la tragedia clásica frente á frente de la tragedia antigua.

Ó bien la casualidad hacía que Marius pasara por la calle de Jean-Jacques Rousseau entre Enjolras y Courfeyrac.

Courfeyrac le tomaba del brazo:

— Fije usted bien su atención, le decía. Esta era la calle Plátrière (Yesera), llamada hoy calle de Jean-Jacques Rousseau, á causa de un singular matrimonio que la habitaba hace como unos sesenta años. Este matrimonio era Jean-Jacques (Juan Jacobo) y Teresa. De vez en cuando, nacían allí ciertas criaturitas. Teresa era quien las daba á luz, y Juan Jacobo las daba á la Inclusa¹.

Y Enjolras regañaba fuertemente á Courfeyrac.

— ¡Silencio ante Juan Jacobo! yo admiro á ese hombre. Renegó de sus hijos, es verdad; pero adoptó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes articulaba jamás esta pa-

¹ *Thérèse les enfantait. Jean-Jacques les enfantrouvait.* — dice el autor, con esa suprema habilidad que él tiene para fabricar palabras y frases peculiares de su original lenguaje.

labra, el Emperador. Sólo Juan Prouvaire decía á veces Napoleón; todos los demás decían Bonaparte. Enjolras pronunciaba *Buonaparte*

Marius extrañaba esto de una manera vaga. *Initium sapientiæ.*



na de las conversaciones entre aquellos jóvenes, á las cuales asistía Marius, y en las cuales solía intervenir á veces, fué un verdadero sacudimiento para su espíritu. Pasaba esto en la sala interior del Café Musain. Casi todos los Amigos del A B C se hallaban reunidos aquella noche. El quinqué estaba solemnemente encendido. Hablábese de unas y otras cosas, con ruido pero sin pasión. Excepto Enjolras y Marius, que guardaban silencio, cada cual arengaba un poco á la ventura. Las conversaciones entre camaradas ofrecen á veces el espectáculo de estos apacibles tumultos. Era aquello un juego y una confusión, tanto como una tertulia de amigos. Lanzábanse unos á otros las palabras que ocurrían como cogidas al viento. Hablaban en todos sentidos y en todas direcciones.

Ninguna mujer era admitida en aquella especie de trastienda, excepto Louison, la que lavaba la vajilla del Café, que la atravesaba de vez en cuando para ir desde el fregadero al « laboratorio ».

Grantaire, enteramente beodo, aturdia y ensordecía el rincón del cual se bahía él apoderado, razonando y desbarrando porfiadamente. Hé aquí cómo se expresó al fin:

— Tengo sed, Mortales, estoy construyendo un sueño: que el tonel de Heidelberg sufra un ataque de apoplejia, y que yo sea de la docena de sanguijuelas que le aplicaren. Quisiera beber. Deseo olvidar la vida. La vida es una horrible invención de no sé quién. No dura nada, ni vale nada tampoco. Se rompe uno la crisma en vivir. La vida es una decoración que ofrece muy poco servible ó practicable. La dicha es un marco viejo pintado por un lado solamente. El Eclesiastés dice: todo es vanidad; yo pienso como este buen sugeto, que tal vez no ha existido jamas. Cero, no queriendo ir enteramente desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡ Oh vanidad! muyremendada, pero con sonoras y altisonantes palabras, ¡ eso sí! una cocina es un laboratorio, un bailarín es un profesor, un saltimbánquis es un gymnasta, un luchador á puñetazos es un púgil, un boticario es un químico, un peluquero es un artista, un albañil es un arquitecto, un jockey es un sportsman, una corredera es un ptérygibranche. La vanidad tiene un reverso y un derecho. El derecho es tonto, es el negro con sus avalorios y sus cuentas de vidrio; el reverso es necio, es el filósofo con sus andrajos. Yo deploro la suerte del uno, y me río del otro. Lo que generalmente se llama honores y dignidades, y aún honor y dignidad, es cobre sobredorado, joyería falsa. Los reyes hacen sus juguetes con el orgullo humano. Caligula nombró cónsul á un caballo; Carlos II armó caballero á un lomo de buey. Pavonéense ustedes ahora entre el cónsul Incitatus y el baronet Roast-

beef. Por lo que hace al valor in r nseco de las personas, no es en realidad más respetable. Escuchad el p. negirico que el vecino hace del vecino. Blanco sobre blanco es ferroz; si la azucena hablara, ¿cómo arreglaría ella á la paloma! una mejigala que charla contra una devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Lástima es que sea yo tan ignorante, porque citaría á ustedes una porcion de cosas; pero no sé nada. Por ejemplo, yo siempre he sido un mozo de talento y de chispa; cuando era discípulo de Gros, en vez de ocuparme en embadurnar cuadritos, pasaba el tiempo en birlar manzanas, *rapin* es el masculino de *rapine* (rapiña). Hé ahí lo que yo soy; por lo que hace á vosotros, valéis tanto como yo valgo. Yo me río de vuestras perfecciones, excelencias y virtudes. Toda virtud se codea con un vicio; el económico toca al avaro, el generoso confina con el pródigo, el valiente con el matou; quien dice muy piadoso dice algo mojigato; hay justamente tantos vicios en la virtud como agujeros habia en la capa de Diógenes. Á quién admiráis, ¿al muerto ó al que le mató? ¿á César ó á Bruto? Generalmente se está por el que mata. ¡Viva Bruto! él fué quien mató. Eso es lo que llaman virtud. Virtud, convenido; pero locura también. Hay manchas raras en todos esos grandes hombres. El Bruto que mató á César estaba enamorado de una estatua de niño. Esta estatua era del estatuacio griego Strongylion, el mismo que habia esculpido tambien aquella figura de amazona llamada Pienna Hermosa, Eucnemos, que Neron llevaba consigo en sus viajes. Este Strongylion no dejó más que dos estatuas, las cuales sirvieron para poner de acuerdo á Bruto y á Neron; Bruto se enamoró de una y Neron de otra. Toda la historia se reduce á una eterna machaqueria. Cada siglo es plagiarío del anterior. La batalla de Marengo copia de la batalla de Pydna; el Tolbiac de Clóvis y el

Austerlitz de Napolcon se asemejan como dos gotas de sangre. Yo no hago mucho caso de la victoria. Nada me parece tan estúpido como vencer; la verdadera gloria está en convencer. ¡Traten ustedes de probar alguna cosa! y no que se contentan solamente con lograr, ¡qué mediocridad! y conquistar, ¡qué miseria! ¡Ah! ¡vanidad y vileza por todas partes! Todo obedece al éxito, todo, hasta la gramática. *Si volei usus*, dice Horacio. Por consiguiente, yo desdeno al género humano. ¿Descenderemos ahora del todo á las partes? ¿Quieren ustedes que me ponga á admirar á los pueblos? háganme ustedes el favor de decirme, ¿qué pueblo? ¿Será la Grecia? Los Atenenses, e los Parisienses de la antigüedad, mataban á Foción, como quien dice á Coliguy, y atulaban á los tiranos, á tal punto, que Anaceforo decía de Pisistrato: Su orina atrae á las abejas. El hombre más considerable de la Grecia en el espacio de cincuenta años fué aquel gramático Philetas, tan pequeño y tan diminuto, que se vió obligado á empollar sus zapatos para que no se le llevara el viento. En la gran plaza de Corinto habia una estatua esculpida por Silanion é inventariada por Plinio; esta estatua representaba á Episthato. ¿Qué hizo Episthato? Inventó la zancadilla. Esto resume á la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á la Inglaterra? ¿Admiraré á la Francia? ¿á la Francia? ¿por qué? ¿á causa de París? acabo de daros mi opinion sobre Atenas. ¿Á la Inglaterra? ¿por qué? ¿á causa de Londres? Yo aborrezco á Cartago. Y ademas, Lóndres, la metrópoli del lujo, es la capital de la miseria. Solo en la parroquia de Charing-Cross, hay cien muertos de hambre cada año. Ta es Albion. Para final de fiesta, añadiré que yo he visto á una inglesa bailar con una corona de rosas y anteojos azules. ¡Por consiguiente, apartemos la vista de la Inglaterra! Si no admiro á John Bull, admiraré por ventura á su hermano

Jonatas? Simpatizo muy poco con aquel hermano aficionado á la esclavitud. Suprimid *times is money*, ¿qué es lo que queda de la Inglaterra? suprimid *cotton is king*, ¿qué es lo que queda de la América? La Alemania, es la linfa; la Italia es la bilis. ¿Nos extasiaremos ante la Rusia? Voltaire la admiraba. También admiraba la China. Conveago en que la Rusia tiene sus bellezas, entre otras un fuerte despotismo; pero yo compadezco á los déspotas. Tienen una salud delicada. Un Alejo decapitado, un Pedro cosido á puñaladas, un Pablo estrangulado, otro Pablo aplastado á puntapiés con el tacon ferrado de una bota, varios Ivanes degollados, diferentes Nicolases y Basilio envenenados; todo esto indica que el palacio de los emperadores de Rusia se halla en ciertas condiciones flagrantemente de insalubridad. Todos los pueblos civilizados ofrecen á la admiracion del pensador este detalle: la guerra; ahora bien, la guerra, la guerra civilizada, agota y emplea todas las formas del bandidaje, desde el bandidaje de trabuco en las gargantas del monte Jaxa, hasta el merodeo de los Indios Comanches en el Paso Dudoso. ¡Qué! me diréis, ¡ la Europa vale sin embargo mucho más que el Asia! Conveago en que el Asia es farsa; pero yo no comprendo por qué os reiriais del gran lama, vosotros pueblos del Occidente, que habéis mezclado con vuestras modas y vuestras elegancias todas las basuras complicadas de majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta el sillico del delfin. Señores humanos, yo digo á eso, ¡ que nones! En Brusélas es donde se consume más cerbeza, en Estokolmo más aguardiente, en Madrid más chocolate, en Amsterdam más enebro ó ginebra, en Londres más vino, en Constantinopla más café, en París más absintio; hé ahí todas las naciones útiles. París prevalece, al fin. En París, hasta los mismos traperos son sybaritas; Diógenes habria preferido la vez ser traperero en

plaza Maubert á ser filósofo en el Pireo. Aprendan ustedes esto más: las tabernas de los traperos se llaman *bibines*; las más célebres son la *Casserole* y el *Abattoir*. Así, pues, oh tabernas y tabernáculos, ventas y ventorrillos, figones y bodegones, bailes de candil, bibinas de los traperos, caravanserrallos de los cali'as, es aseguro, bajo palabra de honor, que yo soy un voluptuoso; como en casa de Richard á cuarenta sueldos y necesito tapices de Persia para hacer rodar por ellos á Cleopatra desnuda! ¿Dónde está Cleopatra? ¡ Ah! eres tú, Louison. Buenos días.

Así se deshacia, en su sempiterna charla, Grantaire más que borracho, asiendo por la falda á la fregatriz del Café á su paso por la sala interior de Musain.

Bossuet, alargando la mano hácia él, trató de imponerle silencio; pero Grantaire prosiguió cada vez más entusiasmado:

— Águila de Meaux, abajo las patas. Maldito el efecto que me haces tú con tu gesto de Hipócrates rehusando el mueble de Artajerjes. Te dispenso de que te tomes la molestia de calmarme. Déjame en paz. Además, estoy triste. ¿Qué queréis que os diga? El hombre es malo; el hombre es deforme; la mariposa es un sér acabado y perfecto, el hombre dió higa, fracasó: Dios marró al hacer este animal. Una muchedumbre es una gran coleccion de fealdades y horrores. El primero que uno encuentra es un miserable. Quien dice mujer, dice mala res. Si, tengo spleen, complicado de melancolia, con nostalgia, más hipocondria, y me desespero y rabio y bostezo y me fastidio y me aburro y me abrumo y me embrutezco! ¡ Váyase Dios al diablo!

— Silencio, tú, ¡ R mayúscula! replicó Bossuet que estaba discutiendo para sí un punto de derecho entre bastidores, y se hallaba atascado hasta más de medio cuerpo en una frase de la jerga forense cuyo final era este:

—.....Y en cuanto á mi, bien que yo sea apenas legista, y á lo más, un procurador aficionado, digo y sostengo : que con arreglo á la costumbre de la Normandía, cada año, por san Miguel, deberá pagarse un Equivalente en provecho del señor, salvo el derecho de tercero, por todos, y cada uno, tanto los propietarios como los coparticipes de herencia, y esto, por todo acto de enfiteusis, alodios, arrendamientos, contratos dominicales y patrimoniales, hipotecables ó hipotecarios...

—Ríos, ninfas planideras, murmuró Grantaire.

Muy cerca de Grantaire, sobre una mesa casi silenciosa, un pliego de papel, un tintero y una pluma, entre dos copas, anunciaban que allí se estaba bosquejando un vaudeville. Este gran negocio se trataba en voz baja, y las dos cabezas que colaboraban estaban tocándose una con otra:

— Empecemos por hallar los nombres. Cuando ya se tienen los nombres, fácilmente se da con el argumento.

— Tienes razón. Dicta tú y yo escribiré.

— ¿ El señor Dorimon ?

— ¿ Rentero ?

— Sin duda.

— Su hija, Celestina.

— tina. ¿ Y despues ?

— El coronel Sainval.

— Sainval es un nombre gastado. Yo le llamaría Valsin.

Al lado de los vaudevillistas, otro grupo, que tambien se aprovechaba del murmullo para hablar bajo, estaba discutiendo un duelo. Un viejo, de treinta años, aconsejaba á un jóven, de diez y ocho, y le explicaba la especie de adversario contra quien tenía que habérselas :

— ¡ Diablos! no se fie usted. Es una buena espada. Tira muy limpio. Sobresale en el ataque, y ninguno falso de su adversario pierde él jamas. Buenos puños, impetuosidad, vivacidad; es un relámpago, un rayo; el reparo

justo, la réplica matemática; ¡ caramba! y es zurdo.

En el rincón opuesto á Grantaire, Joly y Bahorel estaban jugando al dominó y hablaban de amoríos.

— Tú eres dichoso, decía Joly. Tienes una querida que siempre está riendo.

— Eso es en ella un defecto, contestaba Boharel. La querida que uno tiene hace mal en reír; pues así le da á uno ganas de engañársela. Cuando uno la ve alegre, se le quita todo remordimiento; si la ve triste, se le hace cargo de conciencia...

— ¡ Ingrato! ¡ Es tan bonito el ver á una mujer riendo! ¿ Y no riáis nunca ?

— No, pero esto consiste en el contrato que tenemos hecho. Al formar nuestra pequeña santa-alianza, nos señalámas para cada uno nuestra frontera respectiva, que no traspasamos jamas. Lo que está situado en la parte norte pertenece á Vaud, y en la parte sud á Gex. De aquí proviene la paz.

— La paz, es la dicha digiriendo.

— Y tú, Jolly, á cuánto estás de tu querella con la señorita... ¿ ya sabes tú quién quiero decir ?

— Continúa siempre enfurruñada conmigo, con una paciencia cruel.

— Y sin embargo, tú eres un enamorado lleno de ternura y de magrura.

— ¡ Ah!

— Yo, en tu lugar, la dejaria plantada.

— Eso es fácil de decir.

— Y de hacer. ¿ No es Musichetta como se llama ?

— Sí. ¡ Ah! mi pobre Bahorel, es una chica soberana, muy literaria, con unos piecitos muy monos, unas manos preciosas, talle esbelto y magnifico, ojos hechiceros, blanca, torneada. Me tiene loco esa muchacha.

— Pues entónces, querido, es preciso agradarla, ir ele-

gante, y hacerla la ríe la del pavo real produciendo grande efecto. Anda ve y cómprate en casa de Staub un buen pantalon de cuero de lana. Eso presta.

— ¿Á cómo? dijo á voces Grantaire.

El tercer rincon estaba preocupado de una grave discusion poética. La mitología pagana y la mitología cristiana se daban allí de cachetes. Tratábase del Olimpo, por el cual tomó partido Juan Prouvaire, aún por espíritu romántico. Juan Prouvaire no era tímido sino en los momentos de reposo. Una vez excitado, brillaba con estruendo; cierta especie de alegría acentuaba su entusiasmo, siendo á la vez risueño y lírico.

— No insultemos á los dioses, decía, ¿Quién sabe si tal vez los dioses no se han ido aún? Júpiter no me presenta todavía la cara de un muerto. Decís que los dioses son sueños. Pues bien, aún tal cual es ella hoy, la naturaleza nos ofrece en su seno, despues de la fuga de esos sueños, todos los viejos mithos paganos. Talmontaña que muestra el aspecto de una ciudadela, como la Vignemale, por ejemplo, es aún para mí el tocado de Cibele; no es, en mi juicio, cosa probada que Pan no venga por la noche á soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando sucesivamente los agujeros con sus dedos, y siempre he creído que lo entraba por algo en la cascada de Pissevache.

En el último rincon, hablaban de política. Allí se maltrataba la Carta otorgada. Combeferre la sostenía tibiamente, mientras que Courfeyrac la baltaba en brecha con la mayor energía. Había sobre la mesa un malhadado ejemplar de la famosa Carta-Touquet. Courfeyrac se había apoderado de él y le sacudía fuertemente, mezclando con sus argumentos el estremecimiento de aquella hoja de papel.

— En primer lugar, decía, yo no quiero reyes; aunque no fuera más que bajo el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un sér parásito. No hay reyes gratuitos.

Oid esto: carestía de los reyes. Á la muerte de Francisco I.º, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta; á la muerte de Luis XIV, era de dos mil seiscientos millones de veintiocho libras el marco, lo que en 1760 equivalía, segun el testimonio de Desmarest, á cuatro mil quinientos millones, y lo que equivaldría hoy á doce mil millones. En segundo lugar, y sea dicho con perdón de Combeferre, una Carta otorgada es un mal expediente de civilización. Salvar la transición, mitigar el tránsito, amortiguar el sacudimiento, hacer pasar insensiblemente á la nación de la monarquía á la democracia, por la práctica de las ficciones constitucionales; en todo esto no veo sino razones detestables! No! no! no alumbremos nunca al pueblo con una luz esquiva y falsa. Los principios se debilitan y palidecen en vuestra cueva constitucional. Nada de convenios ni de compromisos bastardos, nada de concesiones ni de otorgamientos de rey al pueblo. En todas esas Cartas otorgadas, hay siempre un artículo 14. Al lado de la mano que da, está la garra que quita. Yo rehuso redondamente vuestra Carta. Una Carta es una máscara; la mentira está debajo. El pueblo que acepta una Carta abdica. El derecho no es derecho sino con la condición de ser entero y completo. No! Nada de Carta!

Era el invierno; dos leños chispeaban en la chimenea. Courfeyrac no pudo resistir á la tentación que en su ánimo provocaban aquellas llamas. Hizo con la pobre Carta-Touquet una bola de papel, arrugándola y estrujándola en sus manos, y la arrojó á la lumbre. El papel se despidió con una viva llama. Combeferre miró filosóficamente cómo ardía la obra magna de Luis XVIII, contentándose con decir:

— La Carta metamorfoseada en llama.

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, los equi-

vocos, esa cosa francesa que se llama *entrain*, esa cosa inglesa que llaman *humour*, esa otra cosa española que llamamos, *jaleo*, el bueno y el mal gusto, las buenas y las malas razones, todas las chispas arlientes y todo el locotiroteo de un diálogo animado, subiendo de punto á la vez y cruzándose en todas las direcciones de la sala, formaban sobre aquellas cabezas una especie de alegre y festivo bombardeo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

ENSÁNCHASE EL HORIZONTE

El choque de los espíritus jóvenes entre sí tiene esto de admirable, que jamás se puede prever la chispa ni adivinar el relámpago. ¿Qué es lo que va á resultar de allí en seguida? Nada se sabe. Una carcajada parte á veces súbitamente de un sentimiento de ternura. Y en un momento de chanzas y bufonadas, hé aquí que la formalidad hace su entrada solemne. Una palabra cualquiera es suficiente para dar el impulso. El númen de cada uno es soberano. Un ademán, un gesto, un lazzi, bastan para abrir el campo á lo desconocido é inesperado. Son estas unas conferencias de vueltas y reveses bruscos, en que la perspectiva cambia de repente. El tramoyista de esas escenas suele ser el acaso.

Un pensamiento severo, caprichosamente surgido de un choque de palabras, atravesó de repente el confuso labe-

rinto de frases y de gritos en medio del cual esgrimian sus lenguas, en el mayor desorden, Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿Cómo brota una frase de un diálogo? ¿de dónde procede que ella misma se subraye en un momento dado en la atención de los que la escuchan? Acabamos de decirlo: nadie lo sabe. En medio de aquel murmullo, Bossuet terminó de súbito un apóstrofe cualquiera dirigido á Combeferre por medio de esta fecha:

— 18 de Junio de 1815: Waterloo.

Al oír este nombre de Waterloo, Marius, que estaba apoyado de codos sobre una mesa, junto á un vaso de agua, apartó su mano de la barba, y se puso á mirar fijamente al auditorio.

— Pardiéz, exclamó Courfeyrac, este numero 18 es extraño y á mi me choca siempre extraordinariamente. Es el guarismo fatal de Bonaparte. Poned á Luis ántes de él, y bramario despues, y tendréis todo el destino del hombre, con esta particularidad expresiva, que el principio va aquí hostigado y acosado por el fin.

Enjolras, mudo hasta entónces, rompió al fin el silencio, y dirigió á Courfeyrac esta palabra:

— Quiere decir el crimen por la expiación.

Esta palabra, *crimen*, traspasaba la medida de lo que podía aceptar Marius, harto conmovido ya por la brusca evocacion de Waterloo.

Levantóse, y se encaminó muy despacio hácia el mapa de Francia que se hallaba clavado en la pared, y por bajo del cual se veía una isla en un compartimiento separado; colocó el dedo en aquel compartimiento y dijo:

— La Córcega. Hé aquí una isla bien pequeña que ha hecho á la Francia bien grande.

Esto fué un soplo de viento helado. Todos se interrumpieron. Desde luégo se advirtió que iba á empezar allí algo.

Replicando á Bossuet, Bahorel se hallaba en el momento crítico de adoptar cierta postura de torso á la cual era él muy aficionado; pero renunció á ella para escuchar.

Enjolras, cuyos ojos azules no se dirigian entónces á nadie, pareciendo como que contemplaban el vacío, respondió sin mirar á Marius:

— La Francia no necesita de ninguna Córcega para ser grande. La Francia es grande, porque es la Francia. *Quia nominor leo.*

Marius no experimentó el menor deseo ni síntoma de querer cejar; volvióse hácia Enjolras, y su voz prorumpió con una vibracion que provenia del estremecimiento de las entrañas:

— ¡Plegue á Dios que jamas disminuya ni rebaje yo á la Francia! pero no es disminuirla el adicionarla con Napoleón. ¡Ah! pero, hablemos pues. Yo soy nuevo entre ustedes, mas les confieso que me dejan pasmado las cosas que aquí oigo. ¿En dónde estamos? ¿quiénes somos? ¿quiénes son ustedes? ¿quién soy yo? Expliquémonos acerca del emperador. Yo oigo decir á ustedes Buona parte, acentuando la *u*, como hacen los realistas. Les prevengo á ustedes que mi abuelo hace aún más; dice Buona parté. Ya los creía á ustedes unos jóvenes. ¿Pues entónces, en dónde colocan ustedes su entusiasmo? ¿y qué es lo que hacen de él? ¿á quién admiran ustedes, si no admiran al emperador? ¿y qué más necesitan? Si no quieren ustedes á aquel grande hombre, á qué otros grandes hombres quieren? Ello reunía todo. Era completo. Tenía en su cerebro el cubo de las facultades humanas. Hacía códigos como Justiniano, dictaba como César; su palabra reunía el relámpago de Pascal al rayo de Tácito; él mismo hacía la historia y la escribía; sus partes de campaña son verdaderas Iliadas; combinaba el guarismo de Newton con la metáfora de Mahoma; dejaba tras sí en el Oriente

palabras tan grandes como las pirámides; en Tilsitt, enseñaba la majestad á los emperadores; en la academia de ciencias, replicaba á Laplace; en el consejo de Estado, hacía frente á Merlin; daba un alma á la geometría de los unos y á las frases y ardidés de los otros; era legista con los procuradores y sideral con los astrónomos; como Cromwell apagó una de sus dos velas, así él fué al Temple á regatear una borla de cortina; todo lo veía, todo lo sabía; lo que no le impedía sin embargo el reír como un buen hombre junto á la cuna de su niño; y de repente, la Europa des-pavorida escuchaba, los ejércitos se ponían en marcha, los trenes de artillería rodaban, los ríos veían improvisar sobre sus aguas enormes puentes de barcas, inmensas nubes de caballería galopaban en medio del huracán, gritos, trompetas, los tronos vacilando por todas partes, las fronteras de los reinos oscilando sobre el mapa; oíase el sordo y confuso ruido de un alfanje sobrehumano que salía de la vaina, y después, veíasele á él, levantarse de pie sobre el horizonte con una antorcha en la mano y el resplandor en los ojos, desplegando entre truenos y relámpagos sus dos alas, el grande ejército y la guardia veterana; era el arcángel de la guerra!

Todos callaron, y Enjolras bajó la cabeza. El silencio produce siempre en cierto modo el efecto de la aquiescencia, ó de batir en retirada. Casi sin tomar alientos, Marius continuó con un aumento de entusiasmo:

— ¡ Seamos justos, amigos míos! ser el imperio de tal emperador, es ciertamente un destino espléndido para un pueblo, sobre todo, cuando este pueblo es la Francia, y añade su genio al genio de aquel hombre! Aparecer y reinar; marchar y triunfar; tener por etapas todas las capitales; tomar á sus granaderas y coronarlos reyes; decretar destituciones de dinastías; transfigurar á la Europa á paso de carga; que se siente, cuando amenaza, que pone

su mano en el pomo de la espada de Dios; seguir, en un solo hombre, á Annibal, á César, á Carlomagno; ser el pueblo de uno que mezcla con todas vuestras auroras el anuncio brillante de una batalla ganada; tener por despertador al cañón de los Inválidos; lanzar en abismos de luz palabras prodigiosas cuyo esplendor brilla para siempre, Marengo, Arcole, Austerlitz, Iéna, Wagram! hacer á cada instante despuntar en el zenit de los siglos constelaciones de victorias; dar el imperio francés por contrapeso al imperio romano; ser la grande nación y producir el grande ejército; hacer volar sus legiones por toda la tierra, como una montaña envía en todas direcciones sus águilas; vencer, dominar, alerrar; ser en Europa una especie de pueblo dorado á fuerza de gloria; hacer resonar al través de la historia una marcha triunfal de titanes; conquistar el mundo dos veces, por la conquista y por el asombro; todo esto es sublime: por ventura, ¿hay nada más grande?

— Ser libre, dijo Combeferre.

Marius á su vez bajó la cabeza; esta palabra sencilla y fría había atravesado como una hoja de afilado acero su efusión épica, que él sentía ya desvanecerse en su mente y en su corazón. Cuando levantó los ojos, ya no estaba allí Combeferre. Satisfecho probablemente de su réplica á la apoteosis, acababa de marcharse, y todos, excepto Enjolras, le habían seguido. La sala se hallaba ya vacía. Enjolras, que había quedado solo con Marius, le miraba con gravedad. Entre tanto Marius, habiendo recogido y ordenado un poco sus ideas, no se daba por vencido; había en su espíritu un resto de agitada fermentación, que iba sin duda á traducirse en silogismos lazando contra Enjolras, cuando hé aquí que, de improviso, se oye una voz cantando al bajar la escalera. Era Combeferre, que cantaba lo siguiente:

Si César me hubiera dado
La gloria y la guerra,
Y me hubiera obligado
A dejar el amor de mi madre,
Habría dicho al gran César:
Recoge tu cetro y tu triunfal carroza,
Prefiero á mi madre, ¡oh dicha!
Sí, prefiero á mi madre.

El acento, tierno y severo á la vez, con que cantaba Combeferre esta copla, la comunicaba cierta especie de grandeza extraña, Marius, pensativo y con la vista clavada en el techo, repitió casi maquinalmente: ¿mi madre?...

En el mismo instante sintió sobre su hombro la mano de Enjolras.

— Ciudadano, le dijo éste, mi madre, es la república.

VI

RES ANGSTA

Aquella velada dejó á Marius en un estado de conmocion profunda, acompañado de una triste oscuridad en el alma. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el momento en que se la abre con el hierro para depositar en ella el grano de trigo, la cual no siente sino la herida; la emocion del germen y la alegria del fruto no llegan sino despues.

Marius se puso sombrío. Cuando apenas acababa él de formarse una fe, ¿tendria que renunciar tan pronto á ella? Él se apresuró á darse una respuesta á sí mismo, declarando que no queria dudar; pero empezó á dudar á pesar suyo. Hallarse entre dos religiones, una de la cual no se ha salido aún, y la otra en la cual no se ha entrado todavía, constituye una situacion insoportable. Los crepúsculos no agradan sino á las almas de murciélago. Marius

tenía una pupila franca, y necesitaba luz verdadera y completa. Las medias-luces de la duda le hacian daño. Por más que le agitara el deseo de permanecer en el estado en que se hallaba y de limitarse á él, veíase invenciblemente obligado á continuar, á avanzar, á examinar, á pensar y á marchar más allá. ¿Pero adónde le iba esto á conducir? temia él que, despues de haber dado tantos pasos para aproximarse á su padre, tuviera que dar ahora otros tantos que le alejasen de él. Su malestar se acrecia á medida que se le agolpaban á la mente todas estas reflexiones. El declive se iba hosquejando en derredor suyo. No se hallaba de acuerdo, ni con su abuelo ni con sus amigos; temerario para el uno, atrasado para los otros, se reconoció doblemente aislado, por parte de la ancianidad, y por parte de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

En medio de esta perturbacion que embargaba su conciencia, ya no pensaba el siquiera en ciertas fases, muy formales, de la existencia humana. Las realidades de la vida no se dejan olvidar nunca. Vinieron, pues, bruscamente á hacerle una seña con el codo.

Una mañana se presentó el dueño del hôtel en el cuarto de Marius y le dijo :

— El señor Courfeyrac ha respondido por usted.

— Sí.

— Pero yo necesito dinero.

— Hágame usted el favor de decir á Courfeyrac que venga á hablar conmigo.

Llegó Courfeyrac, y al instante se marchó el hostelero. Marius refirió entónces á su amigo lo que aún no habia pensado en decirle; que era solo en el mundo, sin padres ni parientes de ningun género.

— ¿Y qué va á ser de usted entónces? le dijo Courfeyrac.

— No lo sé, respondió Marius.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— No lo sé.

— ¿Tiene usted dinero?

— Quince francos.

— ¿Quiere usted que yo le preste alguno?

— Jamas.

— ¿Tiene usted ropas?

— Las que usted ve ahí.

— ¿Tiene usted joyas?

— Un reloj.

— ¿De plata?

— De oro, aquí está.

— Yo conozco á un ropavejero que le comprará á usted la levita y un pantalon.

— Está bien.

— Pero entónces ya no le quedará á usted sino un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac?

— Y las betas.

— ¿Cómo! ¿no irá usted descalzo? ¡qué opulencia!

— Con eso bastará.

— Sé tambien de un relojero que le comprará á usted su reloj.

— Bueno.

— No, eso no es bueno. ¿Y qué hará usted despues?

— Todo cuanto sea menester hacer, con tal que sea honrado.

— ¿Sabe usted el inglés?

— No.

— ¿Sabe usted el alemán?

— No.

— Es lástima.

— ¿Por qué?

— Porque un amigo mio, librero, está haciendo una especie de enciclopedia, para la cual habria usted podido

raducir artículos alemanes ó ingleses. Lo pagan mal, pero siempre da para vivir.

— Aprenderé el inglés y el alemán.

— ¿Y entre tanto?

— Entre tanto comeré mis ropas y mi reloj.

Hicieron venir al ropavejero, el cual compró los desechos por veinte francos. En seguida fueron á casa del relojero, quien compró el reloj por cuarenta y cinco francos.

— No va esto del todo mal, decía Marius á Courfeyrac al volver al hôtel, con mis quince francos, ya esto hace que reuna ochenta francos.

— ¿Y la cuenta del hôtel? le hizo observar Courfeyrac.

— Toma, y es verdad, ya no me acordaba, dijo Marius.

El hostelero presentó su cuenta, la cual importaba setenta francos, que fué preciso pagar inmediatamente.

— Me quedan diez francos, dijo Marius.

— ¡Diantre! repuso Courfeyrac, comerá usted cinco francos mientras que aprende el inglés y los otros cinco mientras que aprende el alemán. Esto será engullirse una lengua muy de prisa, ó una moneda de cinco francos muy despacio.

Entre tanto, su tía Gillenormand, bastante buena criatura en el fondo, sobre todo, en las ocasiones tristes, había acabado por descubrir la morada de Marius.

Una mañana, al volver este de la escuela, se halló con una carta de su tía, y seiscientos francos en oro dentro de una cajita, cerrada y sellada.

Marius devolvió los treinta luisés á su tía con una carta muy respetuosa, en la cual declaraba poseer los medios de subsistencia suficientes para proveer en lo sucesivo á todas sus necesidades. En este momento le quedaban tres francos.

Su tía no quiso informar al abuelo de esta negativa de Marius á aceptar el dinero, por temor de exasperarle aún

más. Por otra parte, no había el encargado expresamente que no le recordaran nunca el nieta, diciendo : Que no me hablen jamás de ese bebedor de sangre!

Marius salió del hôtel de la puerta Saint-Jacques, no queriendo contraer allí deudas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO QUINTO

EXCELENCIA DE LA DESGRACIA

I

MARIUS INDIGENTE

La vida principió pues á hacerse dura y severa para Marius. Comer sus ropas y su reloj, no era nada aún. Comió tambien de ese inexplicable y triste alimento que llaman en frances *de lrvache enragée* (comerse los codos). Cosa horrible, que significa los dias sin pan, las noches sin sueño, las veladas sin luz, sin dumbre el hogar, las semanas sin trabajo, el porvenir sin esperanza, rotos los codos y las rodillas, viejo, raído y mugriento el sombrero, á punto de hacer reir á las jóvenes, la puerta cerrada por la noche porque no se paga el alquiler, la insolencia del portero y del bodegonero, la fisga y la bafa de los vecinos,

las humillaciones, la dignidad ultrajada, toda especie de tarea aceptada, los sinsabores y disgustos, la amargura, el dolor, el abatimiento!... Marius supo, por su triste experiencia, cómo se devora todo esto, y cómo son estas, de ordinario, las únicas que hay que devorar. En ese momento de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo, porque tiene necesidad de amor, sintióse escarnecido y burlado, porque iba mal vestido, y ridículo porque era pobre. En la edad en que la juventud hinche el corazón de una altivez imperial, bajó él más de una vez los ojos hácia sus botas agujereadas, y conoció las injustas afrentas y el punzante rubor de la miseria. Admirable y terrible prueba de la cual los débiles salen infames y los fuertes salen sublimes. Crisol en el cual arroja el destino á un hombre, siempre que quiere hacer de él un miserable, ó un semidios.

Pues en las pequeñas luchas son muy numerosas las grandes acciones que suelen practicarse. Hay bravuras tenaces é ignoradas, que se defienden palmo á palmo en la sombra contra la fatal invasión de las necesidades y de la ignominia. Nobles y misteriosos triunfos que pasan sustraídos á todas las miradas, que ninguna fama recompensa, que ningun aplauso saluda. La vida, el infortunio, el aislamiento, el abandono, la pobreza, son otros tantos campos de batalla que tienen sus héroes; héroes oscuros, es verdad, pero á veces más grandes que los héroes ilustres.

Así se encuentran creadas en el mundo estas firmes y raras naturalezas; la miseria, casi siempre madrastra, es á veces madre; la desnudez comunica en ocasiones gran vigor al alma y al corazón; la indigencia suele ser nodriza de la grandeza; la desgracia es una buena lactación para los temperamentos magnánimos.

Hubo un tiempo en la vida de Marius en que él mismo ría su habitación, en que iba á comprarse un sueldo de

queso de Brie á casa de la frutera, en que esperaba que anocheciese para ir á la panadería y comprar un pan que él se llevaba furtivamente á su granero, como si le hubiera robado. Á veces se veía deslizar en la carnicería de la esquina, en medio de las cocineras chocarreras y burlonas, un jóven desmañado que llevaba unos libros bajo el brazo, de ademan tímido y huraño, que al entrar se quitaba el sombrero de su frente, por la cual corría el sudor, hacía un profundo saludo á la carnicera maravillada, otro saludo al mozo de cuchilla, pedía en seguida una chuleta de carnero, la pagaba en seis ó siete sueldos, la envolvía bien en un papel, se la metía debajo del brazo, entre dos libros, y se marchaba. Era Marius. Con esta chuleta, que él mismo hacía cocer, vivía tres días.

El primer día comía la carne, el segundo día comía la grasa, y el tercer día roía el hueso. En diferentes ocasiones hizo tentativas su tía Gillenormand para obligarle á aceptar los seiscientos francos, enviándoselos. Pero todo fué inútil. Marius se los devolvió constantemente, diciéndola que él nada necesitaba.

Todavía conservaba el luto por su padre cuando se operó en él la revolución que hemos referido. Desde entonces, ya no había abandonado nunca el traje negro. Sin embargo, el traje fué el que le abandonó á él; habiendo llegado un día en que se halló ya sin frac ni levita. El pantalón podía ir tirando aún. ¿Qué hacer, pues? Courfeyrac, á quién él por su parte había prestado algunos buenos servicios, le dió un frac. Por treinta sueldos lo hizo Marius volver y reformar por un sastre de portal, viniendo así á encontrarse con un frac nuevo. Pero este frac era verde. Entonces Marius no salía ya de casa sino después de anochecido, y de este modo su frac era negro. Queriendo siempre estar de luto, se vestía con el oscuro manto de la noche.

Al través de todas estas vicisitudes, se hizo recibir de

abogado. Había dado á entender y hecho creer que habitaba en el cuarto de Courfeyrac, que era bastante decente, y donde cierto número de libros viejos de derecho, sostenidos y completados con varios tomos de novelas descabaladas, figuraban la biblioteca que exigen los reglamentos. Las cartas se las hacía dirigir á la habitacion de Courfeyrac.

Cuando Marius se recibió de abogado, dió de ello parte á su abuelo por medio de una carta fria, pero llena de sumision y de respeto. El señor Gillenormand tomó la carta con cierto temblor, la leyó, la rasgó en cuatro, y la arrojó al cesto de la basura. Dos ó tres días despues, la señorita Gillenormand oyó á su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, lo cual le sucedia siempre que se hallaba muy agitado. Aplicó ella el oído, y oyó que el viejo decia: — Si tú no fueras un tonto, sabrias que no se puede ser á la vez baron y abogado.

II

MARIUS POBRE

Con la miseria sucede como con todas las demas cosas. Llega á hacerse posible, á tomar carta de naturaleza, concluyendo por adquirir una forma y arreglarse á su manera. Se vegeta, es decir, se desarrolla la criatura de cierto modo mezquino, pero suficiente á la vida. Hé aquí cómo llegó á coordinarse al fin la existencia de Marius.

Habia él salido ya de lo más estrecho; y el desfiladero se iba ensanchando un poco ante sus ojos. Á fuerza de trabajo y de valor, de perseverancia y de voluntad, había conseguido sacar de sus tareas unos setecientos francos año. Aprendió el alemán y el inglés; gracias á Courfeyrac que le puso en relaciones con su amigo el librero, Marius desempeñaba en la literatura de la librería el modesto papel de *utilidad*. Hacía prospectos, traducía periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc., producto

neto, buen año con mal año, setecientos francos. Con e to vivia él. ¿De qué manera? No del todo mal. Vamos á explicarlo.

Marius ocupaba en la casucha Gorbeau, mediante el precio anual de treinta francos, un zaquizamí sin chimenea que calificaban de gabinete, donde no habia, tocante á muebles, sino lo estrictamente indispensable. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos al mes á la vieja administradora, ó inquilina principal, para que fuese á barrer su cuarto y le llevase todas las mañanas un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de un sueldo. Con este pan y con este huevo almorzaba él. Su almuerzo solia variar de dos á cuatro sueldos, segun que los huevos estaban caros ó baratos. Á las seis de la tarde, bajaba á la calle Saint-Jacques, á comer en casa de Rousseau, frente á Bassel, el mercader de estampas de la esquina de la calle de Mathurins. Nunca comia sopa. Tomaba un plato de carne de seis sueldos, medio de legumbres de tres sueldos, y un postre de otros tres sueldos. Por tres sueldos más, pan á discrecion. Por lo que hace al vino, bebia agua. Al ir á pagar al mostrador, donde se hallaba siempre sentada majestuosamente madama Rousseau, gruesa y frescota aún en aquella época, daba un sueldo al mozo de servicio y madama Rousseau le correspondia á él con una sonrisa. En seguida se marchaba. Por diez y seis sueldos, tenía una sonrisa y una comida.

Este figon, ó este llamado *restaurant Rousseau*, donde se vaciaban tan pocas botellas y tantas garrafas, más bien era un calmante que un restaurante. Ya hoy no existe. El dueño llevaba un honito sobrenombre; llamábanle *Rousseau el acuático*.

Así, pues, el almuerzo le costaba cuatro sueldos, y la comida diez y seis, es decir, que se alimentaba por unos veinte sueldos diarios; lo que ascendia á trescientos sesenta

y cinco francos el año. Añádase á esto los treinta francos del alquiler y los treinta y seis francos á la vieja, y despues algunos otros gastillos menudos; por cuatrocientos cincuenta francos, Marius estaba alimentado, alojado y servido. Su traje le costaba cien francos, la ropa blanca cincuenta francos y otros cincuenta de lavado, cosido y planchado, apénas si todo su gasto llegaba á seiscientos cincuenta francos. Quedábanle aún por consiguiente cincuenta francos. Era rico. En ocasiones solia prestar diez francos á un amigo; Courfeyrac llegó á tomarle prestado una vez hasta sesenta francos. Por lo que hace á la lumbre, careciendo su cuarto de chimenea, Marius la habia « simplificado. »

Siempre tenía Marius dos trajes completos, uno viejo, « para todos los días, » y otro enteramente nuevo, para las ocasiones. Ambos eran negros. No tenía más que tres camisas, una puesta, otra en la cómoda, y la tercera á lavar. Á medida que se usaban, las iba él renovando. Generalmente solian estar rotas, lo que le obligaba á abotonarse el frac hasta la barba.

Para que Marius llegara á esta situación floreciente, habia sido menester que transcurrieran algunos años. Años rudos, difíciles, los unos de atravesar, los otros de trepar. Marius no habia flaqueado ni decaído un solo dia. Todo lo habia sufrido tocante á privaciones; todo lo habia hecho, ménos deudas. Dábase él á sí mismo este testimonio: que jamas habia debido un sueldo á nadie. Para él una deuda era el principio de la esclavitud. Decíase aún que el acreedor es peor que un señor; pues un señor no posee sino vuestra persona, miéntras que un acreedor posee vuestra dignidad y puede ajarla y abofetearla. Más bien que pedir prestado, preferia pasarse sin comer, habiéndole sucedido el ayunar muchos días enteros. Conociendo que todos los extremos se tocan, y que si no se tiene mucho

cuidado, el abatimiento de fortuna puede conducir á la bajeza de alma, velaba él con mucho zelo por su dignidad y altivez. Tal fórmula ó tal manera de conducirse que en cualquiera otra ocasion le habria parecido mera deferencia, se le figuraba humillacion, y se erguia. No queriendo cejar nunca, no solia aventurar nada. Su rostro manifestaba siempre una especie de rubor severo. Era tímido hasta la aspereza.

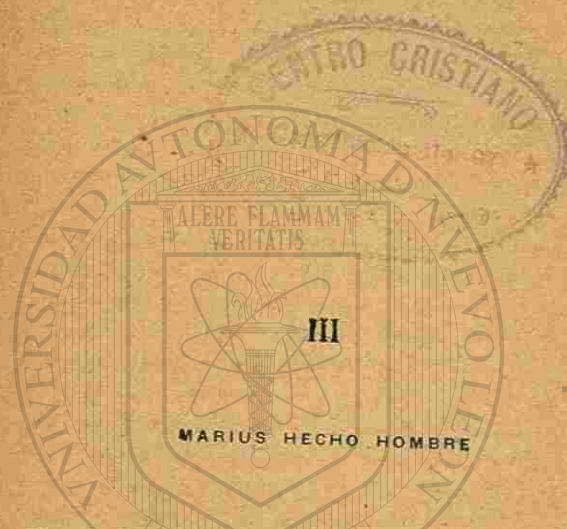
En todas sus pruebas se sentia alentado y á veces áun impulsado por una fuerza secreta que tenia en su interior. El alma ayuda al cuerpo, y en ciertos momentos le solivia. Es la única ave que sostiene su jaula.

Al lado del nombre de su padre, hallabase grabado otro nombre en el corazon de Marius; este nombre era el de Thénardier. En su naturaleza entusiasta y grave, Marius circundaba con una especie de aureola al hombre á quien, en su pensamiento, debia él la vida de su padre, á aquel intrépido sargento que habia salvado al coronel en medio de la metralla y de las bombas de Waterloo. Jamas separaba él la memoria de aquel hombre de la memoria de su padre; asociándolas ambas su piadosa veneracion. Era una especie de culto de dos grados diferentes, el altar mayor para el coronel, y el lateral para Thénardier. Lo que redoblabá áun la ternura de su reconocimiento y el grande interés que le inspiraba aquel hombre desconocido, era la idea del infortunio en que sabia que se hallaba abismado y sumergido Thénardier. Marius habia sabido en Montfermeil la quiebra y la ruina del desgraciado mesonero. Desde entónces, habia hecho esfuerzos inauditos para indagar su huella y ver de llegar hasta él en el tenebroso abismo de la miseria en el cual Thénardier habia desaparecido. Marius habia recorrido todo el país; habia ido á Chelles, á Bondy, á Gournay, á Nogent, á Lagny. Durante el período de tres años, le bus-

có con una perseverancia y con un teson extraordinarios, consumiendo en estas exploraciones el poco dinero que ahorra. Nadie habia podido darle noticias de Thénardier; creían que se habria marchado á algun país extranjero. Sus acreedores tambien le habian buscado, con ménos amor que Marius sin duda, pero con tanto afan y encarnizamiento, sin que pudieran dar con él. Marius se acusaba y cásise reprochaba y se reprendia porque no lograba el fruto de sus averiguaciones. Era esta la única deuda que le habia dejado el coronel, y Marius se hacia un punto de honor el pagarla. — Cómo sucede, decia él para sí, que cuando mi padre yacia moribundo en el campo de batalla, Thénardier supo hallarle al instante, en medio del humo y la metralla, y llevársele sobre sus hombros, y sin embargo nada le debia, mientras que yo, que tanto debo á Thénardier, no puedo ó no sé encontrarle en esta sombra en que está agonizando, y trasladarle á mi vez desde la muerte á la vida! ¡Oh! yo le encontraré! — En efecto, por hablar á Thénardier, Marius habria dado un brazo, y por sacarle de la miseria toda su sangre. Ver á Thénardier, prestar un servicio cualquiera á Thénardier, decirle: ¡Usted no me conoce; pues bien, yo sí le conozco á usted! ¡Aquí me tiene usted, disponga de mí! este era el más dulce, y el más magnífico ensueño de Marius.

BIBLIOTECA NACIONAL DE NUEVO LEÓN

RAI DE BIBLIOTECAS



En esta época tenía ya Marius veinte años. Tres años hacía que había salido de la casa de su abuelo. Habían quedado en los mismos términos, por una y otra parte, sin tratar de volverse á acercarse, ni aún volverse á ver. Además, volverse á ver, ¿para qué? ¿para chocar de nuevo? ¿Quién habría convencido á su contrario? Si Marius era el vaso de bronce, el tío Gillenormand era el tarro de hierro.

¿presurémonos á decirlo, Marius se había equivocado acerca del corazón de su abuelo. Habíase figurado que el señor Gillenormand no le había querido nunca, y que aquel buen viejo, lacónico, duro y risueño, que echaba tacos y ternos como un carretero, que gritaba, atronaba y levantaba el bastón, no tenía para él sino, á lo más, esa afección á la vez ligera y severa de los gerontes de com-

dia. Marius se engañaba. Hay padres que no quieren á sus hijos; pero no hay abuelo que no adore á su nieto. Ya lo hemos dicho, en el fondo, el señor Gillenormand idolatraba á Marius. Le idolatraba á su manera, con acompañamiento de empujones y de mojicones; pero una vez que desapareció de su casa aquel niño, sintió él un vacío negro en su corazón; exigió que no le hablaran ya jamás de él, sintiendo sin embargo, para sus adentros, el verse tan fielmente obedecido.

En los primeros tiempos, esperaba aún que aquel buo-napartista, aquel jacobino, aquel terrorista, aquel setembrista volvería. Pero transcurrieron las semanas, pasaron los meses, corrieron los años; y con grande desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no pareció ya más por aquella casa! — Y sin embargo, yo no podía hacer otra cosa que despedirle, decía para sí el abuelo; y después se preguntaba: Si volviera á repetirse la misma escena, ¿haría yo lo que hice entonces? Su orgullo respondía inmediatamente: Sí; pero su vieja cabeza, que él sacudía en silencio, contestaba tristemente: No. Tenía sus horas de abatimiento. Marius le faltaba. Los ancianos necesitan de afecciones, como necesitan del sol. Este y aquellas son el calor que los vivifica. Por más fuerte que fuese su naturaleza, la ausencia de Marius había cambiado algo en él. Por nada en el mundo habría querido él dar un paso siquiera hácia aquel « tunantuelo, » pero entre tanto sufría. Jamás se informaba de él, pero siempre le tenía presente á la imaginación. Vivía, cada vez más retirado, en el Marais. Era todavía, como en otro tiempo, alegre y violento; pero su alegría tenía una duración convulsiva, como si contuviera algo de dolor y de ira, y sus violencias concluían generalmente en una especie de abatimiento tranquilo ó sombrío. Á veces solía decir: — ¡Oh!

si volviera, qué buen bofetón le había de sacudir!

Por lo que hace á la tía, pensaba ella demasiado poco para que amase mucho; ya no era Marius para ella sino una especie de sombra negra y vagarosa; habiendo concluido por ocuparse de él mucho ménos que del gato, ó del loro, que probablemente tenía también. Lo que aumentaba el sufrimiento secreto del abuelo Gillenormand, es que le encerraba él todo entero y le concentraba en su pecho, sin que dejara traslucir nada de aquel sentimiento. Su desazon era como esas hornazas de nueva invención que queman su propio humo. A veces acaecía que algun malhadado oficioso le hablaba de Marius y le preguntaba: ¿Qué hace ó qué es de su señor nieto de usted?

— El viejo bourgeois respondía, suspirando, si estaba demasiado triste, ó bien, dándose un papirotazo en la vuelta de la manga, si quería parecer alegre y festivo: — El señor baron Pontmercy está zureciendo memoriales y pedimentos en algun rincón.

Mientras que el viejo sufría, víctima del pesar y del remordimiento, Marius se aplaudía de su nueva situación. Como sucede siempre á los buenos corazones, la desgracia había suprimido en él toda amargura. No pensaba nunca en el señor Gillenormand sino con serenidad y dulzura, pero había tenido particular empeño en no recibir ya nada del hombre que *se había portado mal con su padre*. — Era esto como la traducción mitigada de sus primeras indignaciones. Además, contemplábase él dichoso de haber sufrido, y de sufrir aún; puesto que era por su padre. La dureza de su vida le satisfacía y le agradaba. Decíase con una especie de gozo que — *era lo ménos que pudiera él hacer*; — que aquello era — una expiación; que, — sin ello, se habría visto castigado, de otra manera y más adelante, de su indiferencia impía para con su padre, y para con un padre como lo fué el

suyo; que no habría sido justo que su padre tuviese sobre sí todo el sufrimiento, y él ninguno; — y que, además, ¿qué significaban sus trabajos, sus penalidades y su desnudez comparados con la vida heroica del coronel que, por último, la sola manera para él de acercarse á su padre y de asemejarsele, era el mostrarse valiente contra la indigencia, como él había sido valeroso contra el enemigo; y que esto era sin duda lo que el coronel había querido decir por medio de esta frase; *él será digno*. — Palabras que Marius continuaba llevando siempre, no sobre su pecho, habiendo desaparecido el escrito del coronel, sino en su corazón.

Y además, el día en que su abuelo le arrojó de casa, no era aún sino un niño; ahora ya era un hombre; y él lo conocía. La miseria, insistamos en esta idea, había sido para él una excelente escuela. La pobreza en la juventud, cuando sale bien con sus empujadas, tiene la magnífica propiedad de convertir toda la voluntad hácia el esfuerzo y toda el alma hácia la aspiración. La pobreza muestra en seguida la vida material en toda su desnudez, y la hace horrible; de aquí esos impulsos, esos inexplicables arranques hácia la vida ideal. El joven rico tiene siempre á su disposición mil distracciones brillantes y groseras, las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, las comidas opíparas, y lo demás que es consiguiente; ocupaciones, todas ellas, de las bajas regiones del alma, á expensas de las regiones superiores y delicadas. El joven pobre se da mucho trabajo para adquirir el pan de su sustento; come, y cuando ya ha comido, no le queda otra distracción que soñar y delirar. Concorre á los espectáculos que Dios da gratis; mira el cielo, el espacio, los astros, las flores, á los niños, á la humanidad entera en la cual sufre, á la creación en la cual brilla. Mira tanto á la humanidad, que ve el alma: mira tanto á

la creacion que ve al Creador. Sueña, y se siente grande; sueña de nuevo, y se siente tierno. Del egoísmo del hombre que sufre, pasa á la compasion del hombre que medita. Un admirable sentimiento resplandece en él, el olvido de sí mismo y la piedad para todos. Al pensar en los goces sin número que la naturaleza ofrece, da y prodiga á las almas abiertas y rehúsa á las almas cerradas, acaba por compadecer, él, millonario de la inteligencia, á los millonarios del dinero. Todo odio desaparece de su corazón á medida que toda claridad penetra en su espíritu. Por otra parte ¿ es él desgraciado? No. La miseria de un joven nunca es miserable. El primer muchacho que encontréis al paso, por más pobre que él sea, con su salud, su fuerza, su paso vivo y rápido, sus ojos brillantes, su sangre circulando con ardor, su cabellera negra, sus mejillas frescas, sus labios rosados, sus dientes blancos, su aliento puro, será siempre la envidia de un viejo emperador. Y despues, cada mañana se pone á trabajar para ganar qué comer; y mientras que sus manos ganan pan, su espina dorsal gana robustez y gallardía, su cerebro gana ideas. Concluida la faena, vuelve á sus éxtasis inefables, á las contemplaciones, á los goces; vive con los piés en las aficciones, en los obstáculos, en el empedrado, entre los espinos, á veces en el fango, y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, afable, apacible, atento, formal, contento con poco, benévolo; y bendice á Dios porque le ha dado estas dos riquezas que faltan á muchos ricos: el trabajo que le hace libre y el pensamiento que le hace digno.

Esto precisamente era lo que había pasado en Marius. Y aún, para decirlo todo, se había inclinado con algun exceso del lado de la contemplacion. Desde el día en que él había llegado á ganar su vida casi con entera seguridad, había hecho alto allí, hallándose muy contento

con ser pobre, y quitando algo al trabajo para darlo al pensamiento. Es decir, que á veces pasaba días enteros soñando y delirando, sumergido y absorto como un visionario en la muda delectacion del éxtasis y de la esplendente irradiacion interior. Así había planteado él el problema de su vida: trabajar lo ménos posible del trabajo material, á fin de trabajar lo más posible del trabajo impalpable; ó en otros términos, dar algunas horas á la vida real, y lanzar el resto en el infinito. Creyendo no carecer de nada, ni se apercibía él siquiera de que la contemplacion, comprendida de esta manera, concluye por convertirse en una de las formas de la pereza; que se había contentado con dominar las primeras necesidades de la vida, y que buscaba el retiro y el reposo demasiado pronto.

Era evidente que, para aquella naturaleza enérgica y generosa, tal situacion no podía ménos de ser transitoria; y que en el primer choque contra las inevitables complicaciones del destino, Marius despertaría.

Entre tanto, bien que él fuese abogado, y á pesar de la creencia en que estaba el abuelo Gillenormand, ni abogaba nunca, ni siquiera zurcía pedimentos. Los sueños y delirios le habían alejado enteramente del foro. Alternar con los abogados, frecuentar el palacio de justicia, averiguar causas, hojear procesos, todo esto le repugnaba. ¿ Y por qué lo había de hacer? Él no veía motivo alguno para cambiar de ocupacion. Aquella librería traficante y oscura había concluido por procurarle un trabajo seguro, un trabajo de poca fatiga que, como acabamos de explicarlo, le bastaba.

Unos de los librereros para quienes trabajaba, el señor Magimel, segun creo, le había ofrecido recogerle en su casa, darle una buena habitacion, suministrarle un trabajo regular y poner á su disposicion mil quinientos francos anuales. ¡ Una buena habitacion! ¡ mil quinientos fran-

cos! Sin duda que esto es bueno. ¡ Pero renunciar á su libertad! ¡ ser un asalariado! ¡ una especie de literato dependiente! Á juicio de Marius, aceptando, su posición mejoraba y empeoraba al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdía en dignidad; era tanto como cambiar una desgracia completa y bella, por una molestia fea y ridícula; algo parecido á un ciego convertido en tuerto. Y rehusó.

Marius vivía aislado. En virtud de esa propensión que él tenía á permanecer fuera de todo compromiso que le ligara y que embargara su libertad, á lo cual había que añadir también la circunstancia de que le habían asustado en demasía, el hecho fué que no se decidió al fin á entrar en el grupo presidido por Enjolras. Habían continuado siendo buenos camaradas; halláranse dispuestos á ayudarse mutuamente en una ocasión dada, por todos los medios posibles; pero nada más. Marius tenía dos amigos, uno joven, Courfeyrac, y otro anciano, el señor Mabeuf. Pero se inclinaba más al anciano. En primer lugar, le debía la revolución que se había realizado en él; le debía el haber conocido y amado á su padre. *Me ha operado de la catarata*, solía decir de Mabeuf.

Efectivamente, el pertiguero había sido decisivo.

No que el señor Mabeuf hubiera sido en esta ocasión otra cosa que el agente impasible y sereno de la Providencia. Él había iluminado á Marius por casualidad y sin saberlo, como lo hace la vela que alguien trae en la mano; él había sido la vela y no el portador de ella.

Por lo que hace á la revolución política interior de Marius, el señor Mabeuf era enteramente incapaz de comprenderla, de quererla y de dirigirla.

Como habremos de encontrarnos más adelante con el señor Mabeuf, no será inútil que digamos de él algunas palabras

IV

EL SEÑOR MABEUF

El día en que el señor Mabeuf decía á Marius: *Ciertamente, yo apruebo las opiniones políticas*, expresaba el verdadero estado de su espíritu. Todas las opiniones políticas le eran á él indiferentes, y las aprobaba todas sin distinción, á fin de que le dejaran tranquilo, á la manera que los griegos llamaban á las Furias « las bellas, las buenas, las encantadoras, » las *Euménides*. El señor Mabeuf profesaba la opinión política de amar con pasión á las plantas, y sobre todo, á los libros. Poseía, como todo el mundo, su terminación en *ista*, sin la cual no habría podido nadie vivir en aquel tiempo; pero no era realista, ni bonapartista, ni carlista, ni orleanista, ni anarquista; era buquinista, es decir, chalan de libros viejos¹.

¹ De la palabra inglesa *book*, libro, han hecho los franceses *bouquin* «ubraico», y *bouquiniste*, mercader ó chalan de libros viejos.

No comprendía él que los hombres se ocuparan en odiarse mutuamente á propósito de ímplezas y pamplinas tales como la Carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., cuando habia en este mundo tantas especies de mungos, de yerbas y de arbustos que aquellos podían entretenerse en mirar, y sendos montones de volúmenes en folio y aun en treinta-y-dos-avos que podían hojear con el mayor detalle y aprovechamiento. Guardábase él muy bien de ser inútil; el tener libros no le impedía leer en ellos de vez en cuando; y el ser botánico no era tampoco un obstáculo para ser jardinero. Cuando habia él conocido á Pontmercy, habia habido esta simpatía entre el coronel y él; que lo que el coronel hacia con las flores, él lo hacia con las frutas. El señor Mabeuf habia conseguido producir unas peras de semillero tan sabrosas como las peras de Saint-Germain; de una de sus combinaciones parece que provino la mirabela de Octubre, hoy tan célebre, y no ménos perfumada que la mirabela de estío. Iba á misa, más bien por dulzura de carácter que por devocion, y ademas porque, amigo de contemplar el rostro de los hombres, pero detestando el ruido que estos suelen hacer, sólo en la iglesia los hallaba reunidos y silenciosos. Conociendo que era menester ser alguna cosa en el estado, habia escogido la carrera de peritiguero. Por lo demas, nunca habia él logrado amar á ninguna mujer tanto como á una cebolla de tulipan, ni á ningun hombre tanto como á un elzevir. Habia él ya pasado de los sesenta años, hacia mucho tiempo, cuando un día le preguntó un sugeto: — ¿Pero usted no se ha casado nunca? — Se me ha olvidado, respondió. Cuando alguna vez le sucedía, — ¿y á quién no suele suceder? — el decir: — ¡Oh! si yo fuera rico! — no le acontecia esto dirigiendo el lente á una linda muchacha, como el tío Gillenormand, sino concen-

plando un libraco. Vivía solo, con una vieja que le servía de ama de gobierno. Padecía algo de quiragra, y cuando estaba durmiendo, sus dedos velustos, entorpecidos por el reumatismo, se engarrotaban en los pliegos de sus sábanas. Habia hecho y publicado una *Flora de las cercanías de Cauteretz* con láminas coloreadas, obra que se tenía en mucha estima, cuyos grabados en cobre poseía él, vendiéndola ademas en su misma casa. Dos ó tres veces cada día solían llamar á la puerta de su casa, calle de Mezières, con este objeto. Bien sacaba él de esta obra unos dos mil francos al año, que era lo que constituía casi toda su fortuna. Aunque pobre, habia tenido el talento de formar, á fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una preciosa coleccion de los más raros ejemplares de todo género. Jamas salía sino con un libro bajo el brazo, y solía casi siempre volver á casa con dos. La única decoracion de las cuatro piezas que, con un jardinito, componían en el piso bajo, su habitacion, eran diferentes herbarios y plantas disecadas puestas en marcos, como tambien várias estampas y grabados de antiguos maestros. La vista de un sable ó de un fusil le helaba. Jamas, en toda su vida, se habia él acercado á un cañon, ni aun en los Inválidos. Tenía un estómago pasadéro, un hermano cura, el pelo enteramente blanco, ni un solo diente en la boca ni en el espíritu, cierto temblor en todo su cuerpo, el acento picardo, una risa infantil, muy fácil de asustar, con todas las trazas de un pobre hombre. Después de todo esto, ninguna otra amistad, ni otra frecuentacion entre los vivientes más que un viejo librero de la puerta Saint-Jacques llamado Royol. Su sueño dorado era el de naturalizar el añil en Francia.

Su sirvienta era tambien otra variedad de la inocencia. La pobre y buena vieja era solterona. Sultan, su gato, que habria podido muy bien maullar el miserere de Allegri

en la capilla Sixtina, había ocupado su corazón, y bastaba á la cantidad de pasión que existía en ella. Ninguno de sus ensueños había llegado nunca hasta el hombre. Jamás había podido ella ir más allá de su gato. Como este, también ella tenía bigotes. Su mayor gloria la cifraba en llevar siempre sus papalinas muy blancas. Los domingos, después de la misa, pasaba el tiempo en contar la ropa blanca en su baúl, y en tender y ostentar sobre su cama diferentes vestidos en pieza que nunca daba á hacer. Sabía leer medianamente. El señor Mabeuf la había puesto el sobrenombre de *la tía Plutarco*.

El señor Mabeuf había tomado cierta afición á Marius, porque siendo joven y de índole apacible y tranquila, Marius comunicaba calor á su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con la dulzura produce á los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Marius se hallaba ya saturado de gloria militar, de pólvora, del estruendo de la artillería, de marchas y contramarchas, y de todas esas prodigiosas batallas en que su padre había dado y recibido tantas y tan grandes estocadas, iba á ver al señor Mabeuf, y el señor Mabeuf le hablaba del héroe bajo el punto de vista de las flores.

Su hermano el cura había muerto por los años de 1830, y casi en seguida, como cuando llega la noche, todo el horizonte se había oscurecido para el señor Mabeuf. Una quiebra — de notario — le privó de una suma de diez mil francos, que era todo cuanto él poseía, procedente de lo de su hermano y de lo suyo. La revolución de Julio ocasionó una crisis en la librería. En tiempos de escasez, lo primero que deja de tener compradores es una *Flora*. La *Flora de las cercanías de Cauteretz* quedó pues sin venta. Pasó áirse semanas enteras sin un comprador. Á veces el señor Mabeuf se estremecía al oír sonar la campanilla. — Señor, le decía tristemente la tía Plutarco, es el agua-

dor. — En resumen, un día llegó al fin en que el señor Mabeuf abandonó la *calle de Mozères*, abdicó las funciones de pertiguero, renunció á San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas, — que era lo que menos estimaba, — y fué á instalarse en una casita del boulevard Montparnasse, donde, por lo demás, no residió sino un trimestre, por dos razones: en primer lugar, porque el cuarto bajo con su jardinito costaba trescientos francos, y él no se atrevía á pagar más de doscientos francos de alquiler; y en segundo, porque hallándose allí inmediato el tiro Fatou oía los pistolazos desde su casa; lo cual le era insoportable.

Cargó, pues, con su *Flora*, sus planchas de cobre, sus herbarios, sus carteras y sus libros, y fué á establecerse cerca de la Salpêtrière, en una especie de cabaña del lugarcito de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenía tres piezas y un jardinito cerrado por un seto y con pozo. Aprovechóse de esta mudanza para vender casi todos sus muebles. El día en que tomó posesión de este nuevo albergue, estuvo muy alegre, y él mismo fijó los clavos para colgar los herbarios y los grabados, dedicándose á escardar su jardín el resto del día, y por la noche, como viese que la tía Plutarco tenía el semblante triste y caviloso, la dió con la mano en el hombro y la dijo sonriendo: — ; Tenemos el año!

Dos solos visitantes, el librero de la puerta Saint-Jacques y Marius, eran admitidos á verle en esta su nueva cabaña de Austerlitz, nombre bullicioso y malsonante que, para decirlo todo de una vez, le era bastante desagradable.

Por lo demás, como acabamos de indicarlo, los cerebros absorbidos en una especie de sabiduría, ó en un género de locura, ó lo que suele suceder de ordinario, en las dos cosas á la vez, no son sino muy lentamente

permeables á las cosas de la vida. Su propio destino es para ellos cosa lejana; resultando de estas concentraciones cierta pasividad que, si fuera razonada, tendria alguna semejanza con la filosofia. Se declina, se desciende, se resbala, y aún se cae y se desploma, sin apercibirse apénas de ello. Es verdad que esto concluye siempre por hacerlos despertar, pero demasiado tarde. Entretanto, parece que es uno neutral en el juego que se ejecuta entre nuestra dicha y nuestra desdicha. Somos la puesta, y sin embargo, miramos la partida con indiferencia.

Así es como, en medio de ese oscurecimiento que se hacia en derredor suyo, extinguiéndose todas sus esperanzas, una en pos de otra, el señor Mabeuf quedó al fin sereno, de un modo algo pueril, pero muy profundo. Sus hábitos mentales tenían el va-y-ven de un péndulo. Una vez impulsado por una ilusion, marchaba durante mucho tiempo, aún cuando la ilusion hubiese desaparecido. Un reloj no se para inmediatamente, en el momento preciso en que se pierde la llave.

El señor Mabeuf tenía placeres inocentes. Estos placeres eran poco dispendiosos é inesperados; la menor casualidad se los suministraba. Un dia estaba leyendo la tia Plutarco una novela en un rincón de su cuarto. Leía en voz alta, creyendo que así comprendia mejor. Leer en alta voz es afirmarse uno á sí mismo su lectura. Hay gentes que leen muy alto y que parece como que se dan á sí mismas palabra de honor de lo que están leyendo.

La tia Plutarco leía con toda energia la novela que tenía en la mano. El señor Mafeuf oía sin escuchar.

Continuando en su lectura, la tia Plutarco llegó á esta frase. Tratábase de un oficial de dragones y de una beldad:

« La bella se enojó (*la belle bouda*), y el dragon... »

Aquí se interrumpió la lectora para limpiar sus anteojos.

— Bouddha¹ y el Dragon, repuso á média voz el señor Mabeuf. Sí, es cierto, habia un dragon que, desde el fondo de su caverna, arrojaba llamas por la boca y abrasaba el cielo. Eran ya muchas las estrellas que habian sido incendiadas por este monstruo que, ademas, tenía garras de tigre. Dirigióse Bouddha á su antro y logró convertir al dragon. Hermoso libro es ese que está usted ahí leyendo, tia Plutarco. No hay leyenda más bella que esa.

Y el señor Mabeuf cayó en un delicioso ensueño.

¹ Bouddha y *bouda*, dragon (soldado) y dragon (serpiente fabulosa), han dado ocasion al autor para construir este retruécano.



Tenia Marius gusto especial en tratar á aquel anciano cándido que se veía paulatinamente invadido por la indigencia, y que no llegaba á extrañarlo sino poco á poco, sin que no obstante se entristeciera aún. Marius encontraba á Courfeyrac y buscaba á Mabeuf. Muy rara vez sin embargo, una ó dos veces al mes, á lo más.

La grande distraccion de Marius consistia en dar largos paseos solo por los boulevards exteriores, ó al Campo de Marte, ó en las calles de árboles más solitarias del Luxemburgo. Á veces pasaba la mitad de un día mirando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas picoteando en el estiércol y el caballo dando vueltas en la noria. Los transeuntes le consideraban con sorpresa, y no faltaban algunos que hallasen sospechoso su traje y su semblante siniestro. Y sin embargo no era otra cosa

que un pobre jóven cavilando y soñando sin objeto.

En uno de estos paseos fué cuando logró descubrir la casucha Gorbeau; y sugiriéndole tentaciones la baratura y el aislamiento, habiase instalado allí, donde no era conocido sino bajo el nombre de « el señor Marius. »

Algunos de los antiguos generales ó de los antiguos camaradas de su padre le habian invitado, cuando le conocieron, á que fuera á verlos. Marius no habia rehusado. Eran aquellas otras tantas ocasiones de hablar de su padre. Así iba de vez en cuando á casa del conde Pajol, á casa del general Bellavesne, á casa del general Fririon, en los Inválidos. Allí se tocaba el piano y se bailaba. Aquellas noches se ponía Marius su frac nuevo. Pero jamas iba él á estas tertulias y á estos bailes sino en las épocas de grandes hielos, porque no podia pagar un coche y no queria llegar sino con sus botas como espejos.

Solia decir á veces, sin amargura : — Las gentes son tales que, en un salon, puede uno estar cubierto de lodo en todo su cuerpo y en toda su alma, con tal que no sea en las botas. Para ser allí bien acogido no se exige sino una cosa irreprochable : ¿ la conciencia? no, las botas.

Todas las pasiones, excepto la del corazon, se disipan en el ensueño. Así se habian desvanecido las fiebres politicas de Marius, á lo cual contribuyó mucho tambien la revolucion de 1836, satisfaciéndole y calmándole. Excepto los movimientos de ira, habia permanecido el siempre el mismo. Conservaba las mismas opiniones; sólo que estas se habian dulcificado. Para hablar con propiedad, diremos más bien que ya no tenía opiniones, sino simpatías. ¿ De qué partido era él? del partido de la humanidad. En la humanidad, escogia á la Francia; en la nacion, escogia al pueblo; en el pueblo, escogia á la mujer. Aquí era adonde principalmente se encaminaba su piedad. Ahora

prefería él una idea á un hecho, un poeta á un héroe, y admiraba aún más un libro como Job que un acontecimiento como Marengo. Y además cuando, después de haber pasado una jornada entera absorto en la meditación, se volvía, de noche, por los boulevards, y por entre las ramas de los árboles, distinguía el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, todo lo que no es más que humano le parecía muy pequeño.

Creía él haber y tal vez había llegado en efecto al punto culminante donde reposa la verdad de la vida y de la filosofía humana, y había concluido por no mirar sino al cielo, única cosa que la Verdad puede ver desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedía sin embargo el multiplicar los planes, las combinaciones, los castillos en el aire, los proyectos para el porvenir. En tal estado de fantástico delirio, la vista que hubiera podido penetrar en el interior de Marius habría sido deslumbrada por la pureza de aquella alma. Con efecto, si fuera dado á nuestros ojos de carne el ver en la conciencia de los demás, se juzgaría con mucha más seguridad á un hombre por lo que él sueña que por lo que piensa. Hay voluntad en el pensamiento, pero no la hay en el ensueño y el delirio. El ensueño, acto enteramente espontáneo, adquiere y conserva, aún en lo gigantesco y en lo ideal, la figura de nuestro propio espíritu. Nada brota más directa y más sinceramente del fondo mismo de nuestra alma, que nuestras aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hacia los esplendores del destino. En estas aspiraciones, mucho más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, puede encontrarse y descubrirse el verdadero carácter de cada hombre. Nada se asemeja tanto á nosotros mismos como nuestras propias quimeras. Cada cual

sueña lo desconocido y lo imposible según su naturaleza.

Hacia mediados de este año de 1831, la vieja que servía á Marius le contó cómo iban á plantar en la calle á sus vecinos, aquella miserable familia Jondrette. Marius, que pasaba casi todas las veladas fuera de casa, apenas sabía siquiera que hubiera allí tales vecinos.

— ¿Por qué los despiden? preguntó.

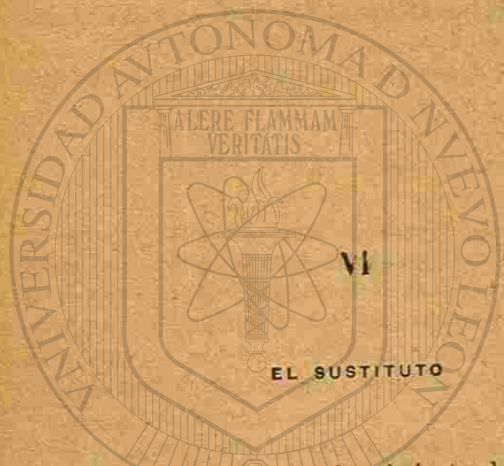
— Porque no pagan el alquiler, ya deben dos plazos.

— ¿Á cuánto asciende todo?

— Á veinte francos, dijo la vieja.

Marius tenía treinta francos ahorrados y en reserva, en una gaveta.

— Tome usted, dijo á la anciana, ahí van veinticinco francos. Pague usted por esas pobres gentes, délas usted los cinco francos restantes, y no diga que soy yo quien se lo ha dado.



La casualidad hizo que el regimiento al cual pertenecía el teniente Theódulo viniera de guarnición á París. Esta circunstancia suministró ocasion de una segunda idea á la señorita Gillenormand. La primera vez, habia ella imaginado que Marius fuera seguido, observado y vigilado por Theódulo; ahora urdió una trama para hacer que reemplazase á Marius.

Para todo evento, y para el caso en que el abuelo sintiese la vaga necesidad de ver un semblante jóven en la casa, — pues estos rayos de aurora son á veces muy gratos á las ruinas, — sería muy conveniente hallar otro Marius. Nada más sencillo, dijo ella para su colete; será una simple errata como las que yo veo en los libros: Marius, léase Theódulo.

Un sobrino es, poco más ó ménos, el equivalente de

un nieto; á falta de un abogado, se toma un lancero.

Una mañana que estaba leyendo el señor Gillenormand un periódico que debia de ser sin duda *la Quotidienne*, entró su hija, y le dijo con los más dulces acentos de su voz de señorita, es decir, de solterona, pues que se trataba de su favorito:

— Padre, Theódulo va á venir esta mañana á presentarle á usted sus respetos.

— ¿Qué Theódulo es ese?

— Su sobrino de usted.

— ¡Ah! dijo el abuelo.

Y en seguida volvió á continuar su lectura, sin acordarse ya más del sobrino que no era para él sino un Theódulo cualquiera, y no tardó mucho en manifestarse de un humor excesivamente alterado é irritable, lo que solia sucederle siempre cuando leia. El « papel » que tenia en la mano, realista, como es de suponer desde luego, anunciaba para el siguiente dia, sin ningun género de amabilidad, sino muy lisa y llanamente, uno de los pequenos sucesos cotidianos del Paris de aquella época: — Que los alumnos de las escuelas de leyes y de medicina debian reunirse, á las doce, en la plaza del Pantheon, — para deliberar. Tratábase de una de las cuestiones del momento: de la artilleria de la guardia nacional, y de un conflicto entre el ministro de la guerra y « la milicia ciudadana, » á propósito de los cañones instalados en el patio del Louvre. Los estudiantes debian « deliberar » sobre esto. No era necesario más para levantar de punta el humor arisco y gruñon del señor Gillenormand.

En seguida se acordó él de Marius, que era estudiante, y que probablemente iria, como los demas, á « deliberar, » á las doce en la plaza del Pantheon.

En el momento mismo en que él estaba entregado á este penoso desvario, entró el teniente Theódulo, vestido

de paisano, circunstancia que no dejaba de mostrar habilidad, discretamente introducido por la señorita Gillenormand. El lancero se habia hecho este razonamiento : — El viejo drúida no lo ha colocado todo en renta vitalicia. Esto vale la pena de disfrazarse uno de pekin (*bourgeois*) de vez en cuando.

La señorita Gillenormand dijo en voz alta á su padre :

— Theódulo, su sobrino de usted.

Y en voz baja dijo al teniente :

— Aprueba todo cuanto él diga.

Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado á tan venerables encuentros, dijo balbuciente y con cierta timidez : Buenos dias, tío, y le hizo un saludo mixto, compuesto del bosquejo involuntario y maquinal del saludo militar concluyendo en saludo de paisano.

— ¡ Ah! es usted; está bien, tome usted asiento, dijo el abuelo.

Y dicho esto, se olvidó enteramente del lancero.

Al sentarse Theódulo se levantó su tío.

El señor Gillenormand empezó á pasearse á lo largo de la sala, con las manos metidas en los bolsillos, hablando en alta voz, y atormentando con sus vetustos dedos irritados los dos relojes que llevaba en los bolsillos del chaleco.

— ¡ Cuadrilla de mocosos! ¡ y eso se convoca en la plaza del Pantheon! ¡ Habráse visto muñecos semejantes! ¡ Pilluelos, que ayer estaban aún en nodriza! ¡ Si les apretaran las narices, les saldría todavía leche de la que acaban de mamar! ¡ Y eso delibera mañana á las doce! Adónde vamos, pues? adónde vamos á parar? Es claro que vamos al abismo. ¡ Todo esto nos lo han traído los descamisados! ¡ La artillería ciudadana! ¡ Deliberar sobre la artillería ciudadana! ¡ Ir á charlar al aire libre

acerca de las pedorreras de la guardia nacional! ¿ Y con quién van á encontrarse allí? Veán ustedes adónde conduce el jacobinismo. Apuesto todo cuanto se quiera, un millon contra una bicoca, á que no habrá allí más que desertores, licenciados y escapados de los presidios y cárceles del reino. Los republicanos y los galeotes son gentes que no forman sino una nariz, con un solo pañuelo. Carnot decia : ¿ Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché respondia : ¡ Adónde tú quieras, tonto! Hé ahí lo que son los republicanos.

— Es exacto, dijo Theódulo.

El señor Gillenormand medio volvió la cabeza, vió á Theódulo, y prosiguió :

— ¡ Cuando uno piensa que ese bribonzuelo ha tenido la impudencia inicua de hacerse carbonario! ¿ Por qué has dejado esta casa? Para ir á hacerte republicano. ¡ Puff en primer lugar, el pueblo no quiere tu república, no la quiere, no, porque él tiene buen sentido, sabe muy bien que siempre ha habido reyes y que siempre los habrá; él sabe muy bien que el pueblo, á pesar de todo, no es más que el pueblo, y que se burla y se rie de tu república, ¿ lo entiendes, tonto de capirote? ¿ Hase visto nunca un capricho más horrible que ese? ¡ Enamoricarse del Père Duchesne, dirigir tiernas y amorosas miradas á la guillotina! ¡ cantar romanzas al son de la guitarra bajo el balcon de 93! cuando digo que le da á uno ganas de gargajear sobre esos juvenecitos, segun son ellos de tontos y de majaderos! Todos son iguales. Ni uno siquiera se escapa de la tontuna. Hoy basta con respirar el aire que corre por la calle para convertirse uno en insensato. El siglo diez y nueve es un veneno. El primer truhan que se presenta se deja crecer sus barbas de chivo, se cree ser algun personaje de verdad, y deja plantados á sus ancianos padres. Esto es republicano, esto es romántico. ¿ Y qué es lo que significa eso de romántico?

¿hágame usted el favor de decirme qué quiere decir eso?
¿Romántico?... todas las locuras imaginables. Hace cosa de un año, introdujeron eso en el *Hernani*. ¡Vean ustedes un poco lo que es el *Hernani*! ¡antítesis! ¡abominaciones que ni siquiera están escritas en franceses! ¡Y después, se colocan cañones en el patio del Louvre! Tales profanaciones sólo se ven en estos tiempos.

— Tiene usted mucha razón, tío, dijo Theóduo.

El señor Gillenormand continuó:

— ¡Cañones en el patio del Museo! ¿y por qué? Cañon, ¿qué es lo que tú tienes que hacer ahí? ¿Queréis por ventura ametrallar al Apolo del Belvédère? ¿Qué tienen que ver los cartuchos de vuestra artillería con la Venus de Médicis? ¡Oh! ¡los jóvenes de hoy día, todos son unos forajidos! ¡Vaya qué gran cosa es su famoso Benjamin Constant! ¡Y los que no son malvados son estúpidos! Hacen todo cuanto pueden para estar feos; van mal vestidos, tienen miedo de las mujeres, mostrando junto á las faldas un ademán y unas trazas de mendigos capaces de desternillar de risa á las piedras; á fe mía, diríase que son los pobres vergonzantes del amor. Son deformes, y saben completarse haciéndose estúpidos; repiten los retruécanos de Tiercelin y de Polier, llevan sacos por frac, chalecos de palafrenero, camisas de lienzo ordinario, pantalón de paño burdo, botas de cuero grueso, y el pico, el gorjeo de tales aves se parece bastante á su plumaje. La jerga que ellos hablan podría servir para remendar sus zapatos viejos. Y toda esa gurulla inepta dice que tiene opiniones políticas. Debía prohibirse severamente el tener opiniones políticas. ¡Fabrican sistemas, rehacen la sociedad, destruyen la monarquía, echan por tierra todas las leyes, colocan el granero en el sitio donde está el sótano, y á mi portero en el puesto del rey; trastornan la Europa de arriba abajo, reedifican el mundo, y á vueltas de todo esto, consideran

ellos como una gran fortuna el mirar solapadamente las piernas de las lavanderas cuando estas suben en sus carretas! ¡Ah! Marius! ¡Ah! vagabundo! ¡ir así á vociferar en las plazas públicas! discutir, debatir, tomar medidas! ¡y á eso llaman ellos medidas, justos cielos! el desórden se amengua cada vez más y se va volviendo enteramente necio. Yo he visto el caos, y ahora veo el fango. Muchachos de la escuela deliberando sobre la guardia nacional; es una cosa que no se vería entre los Ogibewas ni entre los Cadodaches! ¡Los salvajes que van completamente desnudos, con la cabezota adornada como un volante de raqueta y empuñando una maza, son ménos brutos que esos bachilleres! Chuchumecos que no valen cuatro sueldos, y que quieren hacerse los sabios, ¡y echarla de «yo ordeno y mando!» ¡y esa gente delibera y raciocina! esto es el fin del mundo. Sí, evidentemente estamos tocando al fin de este miserable globo terráqueo. Era menester una convulsion, un hipo final, y la Francia lo está ya dando. ¡Deliberad, pillitos míos, deliberad! Todo esto sucederá mientras que ellos vayan á leer periódicos bajo las arcadas del Odeon. Eso les cuesta un sueldo y su buen sentido y su inteligencia, y su corazón, y su alma, y su espíritu. Se sale de allí, dispuesto á tomar el portante de su casa, abandonando á su familia. Los periódicos, son todos ellos la peste; todos, ¡inclusa la *Bandera Blanca!* en el fondo, Martainville era un jacobino. ¡Ah! justos cielos! tú podrás vanagloriarte de haber desesperado á tu abuelo; ¡sí, tú!

— Es evidente, dijo Theóduo.

Y aprovechando un instante en que el señor Gillenormand tomaba alientos, el lancero añadió magistralmente:

— No debería haber más periódicos que el *Monitor*, ni más libros que el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand continuó:

— ¡Lo mismo que su Sieyès! un regicida que pujó á se-

nador; pues así acaban ellos siempre. Principian por abofetearse con su tuteo ciudadano, para llegar á hacerse llamar señor conde. Un señor conde, tan grande como un templo, para los aporreadores de Setiembre. ¡ El filósofo Sicypès! ¡ Yo me hago la justicia de decir que jamas he hecho más caso de las filosofías de todos esos filósofos que de los anteojos del caricato de Tivoli! Un día vi á los senadores pasar por el muelle Malaquais, con sus mantos de terciopelo morado sembrados de abejas y sus sombreros á la Enrique IV. ¡ Qué horribles estaban! Se me figuraban los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, yo os declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolucion es un crimen, que vuestra república es un monstruo, que vuestra jóven Francia doncella sale del lupanar, y yo os lo sostengo á todos, quienesquiera que fuereis, bien seáis publicistas, bien seáis economistas, ó ya fueseis legistas, y aún cuando fuerais más conocedores en libertad, en igualdad y en fraternidad que la cuchilla de la guillotina! Sí, mis buenas gentes, ¡ yo os digo esto y os lo repito una y mil veces!

— Pardiez, gritó el teniente, eso sí que es admirablemente cierto.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que habia empezado, se volvió, miró fijamente y arrugando el entrecejo al lancero Theódulo y le dijo:

— Usted es un tonto.

LIBRO SEXTO

LA CONJUNCION

DE DOS ESTRELLAS

EL APODO: MODO DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA

En aquella época era Marius un gallardo jóven de mediana estatura, con el cabello espeso y muy negro, frente espaciosa é inteligente, las fosas nasales abiertas y apasionadas, un ademán sincero y tranquilo, y en todo su rostro un no sé qué de altivo, meditabundo é inocente. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas sin dejar de ser firmes, tenia esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y aquella ausencia completa de ángulos que tanto daba á conocer á los Si-

nador; pues así acaban ellos siempre. Principian por abofetearse con su tuteo ciudadano, para llegar á hacerse llamar señor conde. Un señor conde, tan grande como un templo, para los aporreadores de Setiembre. ¡ El filósofo Sicyès! ¡ Yo me hago la justicia de decir que jamas he hecho más caso de las filosofías de todos esos filósofos que de los anteojos del caricato de Tivoli! Un día vi á los senadores pasar por el muelle Malaquais, con sus mantos de terciopelo morado sembrados de abejas y sus sombreritos á la Enrique IV. ¡ Qué horribles estaban! Se me figuraban los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, yo os declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolucion es un crimen, que vuestra república es un monstruo, que vuestra jóven Francia doncella sale del lupanar, y yo os lo sostengo á todos, quienesquiera que fuereis, bien seáis publicistas, bien seáis economistas, ó ya fueseis legistas, y aún cuando fuerais más conocedores en libertad, en igualdad y en fraternidad que la cuchilla de la guillotina! Sí, mis buenas gentes, ¡ yo os digo esto y os lo repito una y mil veces!

— Pardiez, gritó el teniente, eso sí que es admirablemente cierto.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que habia empezado, se volvió, miró fijamente y arrugando el entrecejo al lancero Theódulo y le dijo:

— Usted es un tonto.

LIBRO SEXTO

LA CONJUNCION

DE DOS ESTRELLAS

EL APODO: MODO DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA

En aquella época era Marius un gallardo jóven de mediana estatura, con el cabello espeso y muy negro, frente espaciosa é inteligente, las fosas nasales abiertas y apasionadas, un ademán sincero y tranquilo, y en todo su rostro un no sé qué de altivo, meditabundo é inocente. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas sin dejar de ser firmes, tenia esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y aquella ausencia completa de ángulos que tanto daba á conocer á los Si-

cambros entre los Romanos, y que distingue á la raza leonina de la raza aguileña. Hallábase en esa estacion de la vida en que el espíritu de los hombres que piensan se compone, casi en proporciones iguales, de profundidad y de ingenuidad. Dada una situacion grave, tenía el todo lo necesario para ser estúpido; una vuelta más á la llave, y podía ser sublime. Sus maneras eran reservadas, frías, urbanas, delicadas, poco abiertas. Como su boca era preciosa, sus labios bermejos y sus dientes de nevada blancura, su sonrisa corregía el aspecto severo que aquella fisonomía presentaba. En ciertos momentos, ofrecían un singular contraste aquella frente casta y aquella sonrisa voluptuosa. Temía los ojos pequeños y la mirada grande.

En los tiempos de su peor miseria, notaba él que las jovencitas se volvían para mirarle cuando pasaba, y procuraba equívase ó ocultarse, con la muerte en el alma. Creía que le miraban á causa de sus vestidos viejos, y que se reían de él; pero el hecho es que le miraban por su gracia y que pensaban mucho en aquel joven.

Tal equivocacion, esta mala inteligencia muda entre él y las lindas transeúntes, habia concluido por hacerle hueraño. No escogió á ninguna, por la excelente razon de que huía de todas. Y así vivió indefinidamente, — neciamente, decía Courfeyrac.

Courfeyrac le decía tambien : — No aspire á ser venerable (pues se tuteaban; deslizarse al tuteo es siempre la pendiente de las amistades jóvenes). Querido, voy á darte un consejo. No leas tantos libros y mira algo más á las muchachas. Desengáñate, Marius, hasta las más picarunas, tienen ellas siempre algo bueno! Á fuerza de huir y de esquivarte y esconderte y ponerte colorado, acabarás por embrutecerte completamente.

Otras veces, al encontrarle, solía decirle Courfeyrac : — Buenos días, señor abate.

En las ocasiones en que Courfeyrac le habia tenido este lenguaje, pasaba Marius ocho días evitando más que nunca la presencia de las mujeres, jóvenes ó viejas, y evitando sobre todo y más que todo el ver á Courfeyrac.

Habia sin embargo en toda la inmensa creacion dos mujeres de quienes Marius no huía nunca, y contra las cuales no tomaba él jamás la menor precaucion. Es verdad que se habria admirado mucho si á alguien le hubiera dicho que aquellas eran mujeres. Una de ellas era la vieja barbuda que barria su cuarto y que hacia decir á Courfeyrac : — Como ve que su criada lleva barba, Marius no quiere llevar la suya. La otra era una especie de niña á quien él veía con mucha frecuencia y á quien no miraba jamás.

Hacia ya más de un año que Marius notaba, en una calle de árboles desierta del Luxemburgo, la calle que corre al parapeo de la Pépinière¹, un hombre y una jovencita bastante niña aún, casi siempre sentados uno junto al otro en el mismo banco, en la extremidad más solitaria de aquella avenida, por el lado de la calle del Oeste. Cada vez que esa casualidad, que se mezcla ó parece intervenir en los paseos de las gentes cuyas miradas se dirigen al interior, conducía á Marius á aquella avenida, y esto sucedía casi diariamente, encontraba allí sin falta aquella pareja. El hombre podría tener como unos sesenta años; parecia muy formal y aun triste; ofreciendo toda su persona ese aspecto robusto y fatigado de las gentes de guerra retiradas del servicio. Si hubiera llevado una condecoracion, Marius habria dicho : Es un antiguo oficial. Tenía trazas de ser bueno, pero inabordable, y jamás detenía él su mirada en la mirada de nadie. Llevaba un pantalon azul, una levita del mismo color y un sombrero de un-

¹ Vivero, almáciga ó plantel de árboles.

chas alas, todo siempre de aspecto nuevo, una corbata negra y una camisa de cuácaro, es decir, blanca como la nieve, pero de hilo grueso. Una griseta que pasaba un día junto á él, dijo: — Hé ahí un viudo muy aseado. El pelo era enteramente blanco.

La primera vez que la jovencita que le acompañaba vino á sentarse con él en el banco que parecían haber adoptado, representaba ser una niña como de trece á catorce años, flaca, en términos que casi parecía fea, desgarbada, insignificante, y que sin embargo prometía tener unos ojos bastante hermosos. Sólo que casi siempre estaban levantados, con una especie de fijeza ó de aplomo desapacible. Llevaba ese traje, viejo é infantil á la vez, propio de las pensionistas de convento; un vestido mal cortado de merino negro ordinario. Tenían trazas de ser padre é hija.

Durante dos ó tres días examinó Marius á aquel hombre anciano que todavía no era un viejo, y á aquella niña que aún no era una joven, y después, ya no hizo caso de ellos. Á su vez ellos parecía que no le veían á él siquiera. Hablaban entre si los dos, con ademán tranquilo é indiferente. La hija charlaba sin cesar y con bastante jovialidad. El anciano hablaba poco, y de vez en cuando fijaba en ella sus ojos llenos de una inefable paternidad.

Marius había adquirido la costumbre maquinaal de ir á pasearse por aquella avenida é invariablemente los hallaba siempre allí.

Hé aquí lo que sucedía.

Marius llegaba ordinariamente por la extremidad de la avenida opuesta á la en que se hallaba el banco en el cual estaban ellos sentados; iba paseando por toda aquella larga calle, pasaba delante de ellos, y después volvía á pasear hácia la extremidad por donde había entrado en la avenida, donde recomenzaba su paseo. Cinco ó seis veces hacía este va-y-ven paseándose en aquella calle de

árboles, y cinco ó seis veces repelía cada semana este mismo paseo, sin que jamas hubieran llegado, aquellas gentes y él, á cambiarse un saludo. Aquel anciano y aquella niña, bien que ellos pareciesen evitar las miradas, ó tal vez por lo misn.c que parecían esquivar las miradas, habían naturalmente despertado un poco la atención de los cinco ó seis estudiantes que se paseaban de vez en cuando á lo largo del parapeto de la Pépinière; los estudiosos despues de salir del curso, los otros despues de concluir su partida de billar. Courfeyrac, que era de estos últimos, los había observado algun tiempo, pero hallando á la niña fea, se había alejado de ellos muy de prisa y con el mayor cuidado. Había huido como un Parto lanzándoles, por flechas, á cada uno un apodo. Impresionado únicamente del vestido de la niña y del pelo del anciano, halló oportuno llamar á la hija la *señorita Lanoire*¹ y al padre *el señor Leblanc*²; en términos que como nadie los conocía bajo sus verdaderos nombres, á falta de estos, el apodo llegó á hacer ley. Los estudiantes decían: — ¡Ah! el señor Leblanc está en su banco! y á imitación de los otros, Marius había hallado cómodo el llamar á aquel anciano desconocido el señor Leblanc.

Nosotros tambien haremos como ellos, y diremos el señor Leblanc para la facilidad de este relato.

Marius los vió de esta manera casi todos los días á la misma hora durante el primer año. Al hombre le encontraba él muy de su agrado, pero á su hija sin maldita la gracia.

¹ *La noire* (la negra).

² *Le blanc* (el blanco).



El segundo año, precisamente en el punto crítico de esta historia adonde ha llegado el lector, avino una interrupción en esta costumbre de ir á pasear al Luxemburgo, sin que el mismo Marius supiese siquiera por qué; pasándose cerca de seis meses sin poner los pies en su avenida. Por último, llegó un día en que volvió por allí; era una mañana de verano, apacible y serena, y Marius estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Parecíale que tenía en el corazón todos los cantos de las aves que él oía y todos los pedazos de cielo azul que veía por entre las hojas de los árboles.

Encaminóse pues derecho hácia « su avenida, » y cuando se halló en la extremidad de ella, vió, siempre en el mismo banco, á la consabida pareja. Sólo que, al acercarse á ellos, notó que aquel era en efecto el mismo

hombre; pero le pareció que la niña no era la misma. La criatura á quien él veía ahora era una jóven alta y hermosa, que tenía todas las formas más bellas y encantadoras de la mujer en el momento preciso en que ellas se combinan aún con todas las gracias más candorosas de la infancia; momento fugaz y puro que sólo puede expresarse con estas dos palabras: quince años. Era un admirable cabello castaño matizado de venas doradas, una frente que parecía hecha de mármol, unas mejillas que se diría ser cada una una hoja de rosa, un encarnado pálido, una blancura conmovida, una boca delicada, de la cual salía la sonrisa como una claridad y la palabra como una música, una cabeza que Rafael habría dado á María, colocada sobre un cuello que Juan Goujon habría dado á Venus. Y para que nada faltase á esta deliciosa figura, la nariz no era bonita, sino graciosa; ni recta ni encorvada, ni italiana ni griega; era la nariz parisiense; es decir, una nariz picaresca y seductora, fina, irregular, pura, que desespera á los pintores y encanta á los poetas.

Al pasar junto á ella, Marius no pudo ver sus ojos, porque los tenía constantemente bajos; y sólo vió sus largas pestañas inundadas de sombra y de pudor.

No impedía esto sin embargo á la hermosa niña el sonreír al escuchar al hombre de los cabellos canos que la estaba hablando, y nada era tan hechicero como aquella fresca sonrisa con los ojos bajos.

En el primer momento, Marius creyó que era otra hija del mismo hombre, sin duda alguna hermana de la primera. Mas cuando la invariable costumbre del paseo le condujo por segunda vez cerca del banco, y la hubo examinado con atención, reconoció al fin que era la misma. En seis meses, la niña se había transformado en una jovencita: hé ahí lo que había sucedido. Nada más frecuente que este fenómeno. Hay un instante en que las niñas se

desarrollan en un abrir y cerrar de ojos, convirtiéndose de repente en rosas las que no há mucho eran pimpollos. Ayer las dejasteis niñas, y hoy las encontráis ya capaces de quitaros el sueño.

Esta no sólo había crecido, sino que se había idealizado. Como tres días de Abril bastan á ciertos árboles, para cubrirse de flores, seis meses habían bastado á aquella criatura para revestirse de belleza. Había llegado para ella también su mes de Abril.

Á veces suele verse á ciertas gentes que, de pobres y miserables que eran, parecen despertar, pasan repentinamente de la indigencia al fausto, hacen gastos de toda especie, y de un golpe se presentan brillando, pródigas y munificas. Esto consiste en la adquisición de alguna renta. Es que ayer tal vez venció un plazo. La jovencita había recibido la renta de su semestre.

Y además, ya no era aquella la antigua pensionista con su sombrero de felpa, su vestido de merino, sus zapatos de escolar y sus manos encarnadas; con la belleza, había ella adquirido el buen gusto; era una jóven muy bien puesta, con cierta elegancia sencilla y rica y sin afectación. Tenía un vestido de damasco negro, con una esclavina de la misma tela y un sombrero de gasa blanca. Sus guantes blancos mostraban la finura de su mano que jugaba con el puño de una sombrilla chinesca de marfil, y sus bolitas de seda marcaban la pequeñez de su pié. Cuando se pasaba junto á ella, todo su traje exhalaba un grato perfume de juventud que penetraba el alma y los sentidos.

Por lo que hace al hombre, siempre era el mismo.

La segunda vez que Marius llegó junto á ella, la jóven levantó los párpados, mostrando sus ojos que eran de un azul celeste y profundo, pero en aquel azul velado no se descubría aún otra cosa que la mirada de una niña. Miró

á Marius con indiferencia, como habría mirado al primerorro de los que allí corren bajo los sicomoros, ó al jarrón de mármol que cubría de sombra su banco; y Marius por su parte continuó paseando con el pensamiento ocupado en otra cosa.

Pasó aún otras cuatro ó cinco veces junto al banco donde estaba la jovencita, pero sin volver siquiera los ojos hácia ella.

Siguió viniendo, como ántes, los días siguientes al Luxembourgo, y como de ordinario halló siempre en el mismo sitio « al padre y á la hija, » pero no fijó ya nunca en ellos su atención. No pensó más en aquella muchacha cuando fué hermosa de lo que pensaba cuando era fea. Pasaba muy cerca del banco donde ella se encontraba, porque tal era su costumbre.



Una día que el aire estaba tibio, el Luxemburgo inundado de sombra y de sol, puro el cielo como si los ángeles le hubieran lavado por la mañana, y en que los gorriones lanzaban sus acentos amorosos desde las profundidades de los castaños, Marius había abierto toda su alma á la naturaleza, no pensaba en nada, vivía y respiraba; pasó junto á aquel banco, la jóven levantó los ojos hácia él, y se encontraron ambas miradas.

¿Qué es lo que había esta vez en la mirada de la jóven? Marius no habría podido decirlo. No había nada, y había todo. Fué aquello como un extraño relámpago.

Bajó ella los ojos y él continuó su camino.

Lo que acababa él de ver, no eran los ojos ingenuos y sencillos de una niña, era un abismo misterioso que se

había entreabierto, volviéndose á cerrar en seguida bruscamente.

Hay un día en que toda jóven mira de esa manera. ¡Desgraciado el que encuentre su mirada con la suya!

Esta primera mirada de un alma que aún no se conoce á sí misma es como el alba en el cielo. Es el despertamiento de cierta cosa radiante y desconocida. Nada puede dar una idea del peligroso encanto de ese resplandor inesperado que de súbito ilumina vagamente adorable tinieblas, y que se compone de toda la inocencia del presente y de toda la pasión del porvenir. Es una especie de ternura indecisa que se revela á la ventura y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende sin apercibirse de ello, y en el cual cautiva á los corazones, sin quererlo y sin saberlo ella siquiera. Es una virgen que mira como una mujer.

Muy raro es que en el sitio en que esa mirada cae no nazca un delirio profundo. Todas las purezas y todos los candores se encuentran en ese rayo celeste y fatal que, más que las miradas mejor dirigidas y combinadas de las coquetas, tiene el poder mágico de hacer brotar súbitamente del fondo de un alma esa flor sombría, llena de perfumes y de venenos, que se llama el amor.

Aquella noche, al entrar en su chiribitil, Marius fijó los ojos en su traje, y se apercibió por primera vez de que él era asaz abandonado, desaliñado, sucio y tenía la inaudita estupidez de presentarse en el paseo del Luxemburgo con sus ropas « de todos los días », es decir, con un sombrero abollado y raído, unas botas ordinarias y usadas, un pantalón negro que blanqueaba en las rodillas, y un frac negro bastante pálido en los codos.



Al día siguiente, y á la hora de costumbre, Marius sacó del guardaropa su frac nuevo, su pantalon nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas; revistióse de toda esta panoplia completa, se caló sus guantes, lujo prodigioso para él, y se dirigió al Luxemburgo.

En el camino encontró á Courfeyrac, pero fingió que no le veía. Courfeyrac dijo á sus amigos al entrar en casa:

— Acabo de ver el sombrero nuevo y el frac nuevo de Marius, y á Marius dentro de ellos. Sin duda va á sufrir algun exámen. Llevaba trazas de un tonto de capirote.

Llegado al Luxemburgo, Marius dió vuelta al estanque y se puso á considerar los cisnes; en seguida permaneció largo tiempo en contemplacion ante una estatua que tenía la cabeza enteramente negra por estar cubierta de mohos, y á la cual faltaba una cadera. Junto al estanque se hallaba un *bourgeois* cuadragenario y ventruado que tenía de la

mano á un niño de cinco años y le decía: — Evita los excesos, hijo mio, procura mantenerte á igual distancia del despotismo y de la anarquía. Marius escuchó á aquel *bourgeois*. Despues volvió á dar una segunda vuelta al rededor del estanque. Por último, se decidió á encaminarse desde allí hácia « su avenida », despacio, y como si fuera contra su voluntad. Diríase que se hallaba á la vez forzado é impedido de ir á aquel sitio. No podia darse ninguna explicacion de todo aquello, creyendo hacer lo mismo que los demas días. Al desembocar en la avenida, distinguió al instante en el extremo opuesto, sentados « en su banco » al señor Leblanc y á la jovencita. Se abotonó el frac hasta arriba, procuró adaptarle y extenderle sobre su torso á fin de que no hiciera arrugas, examinó con cierta complacencia los lustrosos reflejos de su pantalon, y marchó hácia el banco. En esta marcha habia una especie de ataque, y sin la menor duda, un impremeditado arranque de conquista. Digo, pues, que marchó hácia el banco, como diria: Annibal marchó sobre Roma.

Por lo demas, nada habia en sus movimientos que no fuera maquinal, sin que hubiera é interrumpido, de ninguna manera, las habituales preocupaciones de su espíritu y de sus tareas. En este momento pensaba él que el *Manual del Bachiller* era un libro estúpido, y que era preciso que hubiera sido redactado por algunos majaderos, para que se analizase en él como obras maestras del espíritu humano tres tragedias de Racine, y solamente una comedia de Molière. Sentia resonar como un silbido agudo en sus oídos. Á medida que se iba aproximando al banco, deshacia las arrugas de su frac mientras que sus ojos se fijaban en la jovencita. Pareciale que ella llenaba toda la extremidad de aquella avenida de un vago resplandor azul.

Cuando ya se acercaba á aquel sitio, su paso se hacia cada vez más lento. Llegado á cierta distancia del banco,

mucho ántes aún de hallarse en aquel extremo de la avenida, se detuvo, y ni el mismo pudo saber cómo sucedió que volvió á caminar hácia atrás. Ni siquiera se explicó él ni aún supo nunca cómo y por qué fué el no llegar hasta el fin. Apenas pudo la jóven distinguirle de lejos, y notar el buen porte que tenía con sus vestidos nuevos. Sin embargo, se mantenía muy derecho, á fin de presentar buena figura en el caso en que le mirase álguien que se hallara detras de él.

Llegó al otro extremo opuesto, y despues volvió, y esta vez ya se acercó algo más al banco. Avanzó hasta la distancia de tres intervalos de árboles; pero allí experimentó no sé qué especie de imposibilidad de pasar más adelante, y vaciló. Había creído ver el rostro de la jóven volverse hácia él. Sin embargo, hizo un esfuerzo viril y violento, dominó la hesitación y continuó andando hácia adelante. Al cabo de algunos segundos, pasaba por frente del banco, teniéndose muy derecho y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse á dirigir una mirada á derecha ni á izquierda, con la mano en la solapa del frac como un hombre de Estado. En el momento en que pasó — bajo el cañón de la plaza — experimentó violentos latidos de corazón. Tenía ella como la vispera su vestido de damasco y su sombrero de gasa. Oyó él una voz inefable que debía ser « su voz. » Se hallaba conversando tranquilamente. Estaba muy hermosa. Así se le figuraba á él, bien que no tratara de verla. — No podria ella ménos sin embargo, decia él para sus adentros, de tener cierta aprecio y cierta consideracion para conmigo, si supiera que yo soy el verdadero autor de la disertacion sobre Márcos Obregon de la Ronda que el señor Francisco de Neufchâteau ha colocado, como obra suya, al frente de su edicion de *Gil Blas*!

Pasó más allá del banco, fué hasta la extremidad de la avenida, que estaba ya muy próxima, y despues volvió so-

bre sus pasos y atravesó aún delante de la hermosa jóven. Esta vez estaba muy pálido. Por lo demas, nada experimentaba que no le fuera harto desagradable. Se alejó del banco y de la jovencita, y mientras que la volvía la espalda, figurábase que ella miraba, lo que le hacia tropezar.

Ya no trató más de acercarse al banco, sino que se detuvo hácia la mitad de la avenida, en donde, — cosa que él jamas solia hacer, — se sentó, lanzando algunas miradas de reojo, y pensando en las profundidades más indistintas de su espíritu, que, sobre todo, era difícil que las personas cuyo sombrero blanco y cuyo vestido negro admiraba él tanto, se mostrasen absolutamente insensibles á su frac nuevo y á su pantalon lustroso.

Al cabo de un cuarto de hora, se levantó, como si fuera á recomenzar su marcha hácia aquel banco que se hallaba circundado de una auréola. Sin embargo, permanecía de pié é inmóvil. Por primera vez despues de quince meses se dijo para sí que aquel buen señor que se sentaba allí todos los dias con su hija le habia observado sin duda por su parte y hallaba probablemente su asiduidad extraña.

Por la primera vez tambien sintió él alguna irreverencia en designar á aquel desconocido, aún en el secreto de su pensamiento, por medio del apodo del señor Leblanc.

Así permaneció durante algunos minutos con la cabeza baja y formando dibujos en la arena con una barita que llevaba en la mano.

En seguida volviöse bruscamente hácia el lado opuesto al banco, al señor Leblanc y á su hija, y se marchó á su casa.

Aquel día se olvidó de ir á comer. Á las ocho de la noche se apercibió de ello, y como ya era demasiado tarde para bajar á la calle Saint-Jacques: ¡ Vaya! dijo, y comió un pedazo de pan.

No se acostó, sino despues de haber cepillado muy bien el frac y de haberle doblado con el mayor esmero.



CAEN VARIOS RAYOS SOBRE LA SEÑÁ BOUGON

Al día siguiente, la señá Bougon, que así llamaba Courfeyrac á la vieja portera-inquilina-principal-asistenta de la casucha Gorbeau, — la señá Bougon se llamaba en realidad la señora Burgon, como ya lo hemos consignado, pero aquel calavera de Courfeyrac nada respetaba, — la señá Bougon, decimos, notó estupefacta que el señor Marius salía segunda vez con su frac nuevo.

Volvió al Luxemburgo, pero no avanzó más allá de su banco, es decir, de la mitad de la avenida. Se sentó allí como la víspera, considerando de léjos y viendo distintamente el sombrero blanco, el vestido negro y, sobre todo, el resplandor azul. No se movió de allí, y no volvió á entrar en su casa sino cuando cerraron las puertas del Luxemburgo. Ni siquiera vió retirarse al señor Leblanc

y á su hija; deduciendo él de este hecho que habrían salido del jardín por la verja de la calle del Oeste. Más adelante, algunas semanas despues, cuando pensó en esto, jamas pudo él recordar dónde habia comido aquella tarde.

El día siguiente era ya el tercero, y la señá Bougon quedó nuevamente asombrada y más que asombrada: Marius salía otra vez con su frac nuevo. — ¡ Tres días seguidos! exclamó la vieja escandalizada.

Trató ella de seguirle, pero Marius marchaba muy de prisa, dando inmensas trancadas; era por consiguiente un hipopótamo emprendiendo la persecucion de un gamo. En dos minutos le perdió de vista, y se volvió á entrar en casa sin alientos, sofocada, medio ahogada á causa de su asma, furiosa, endemoniada. — ¡ Vean ustedes si eso es tener buen sentido, refunfuñó cuando ya pudo respirar, ponerse su ropa buena todos los días y hacer correr así á las gentes!

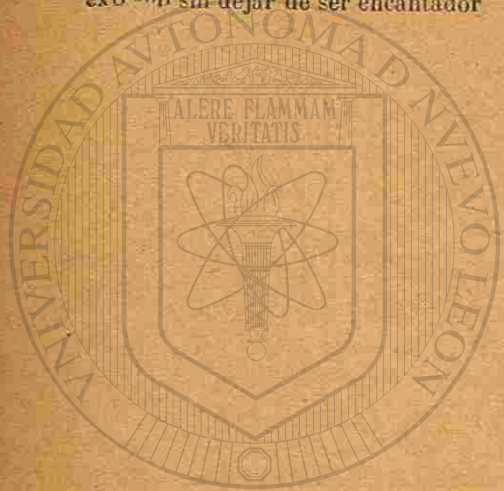
Marius habia ido al Luxemburgo.

La jovencita se hallaba allí con el señor Leblanc. Marius se acercó todo lo más que pudo, haciendo como que leía en un libro, pero todavía se mantuvo bastante léjos, y despues se fué á sentar en su banco, donde pasó cuatro horas mirando á los gorriones que se le figuraba estaban burlándose de él.

Así transcurrieron dos semanas. Marius iba al Luxemburgo, no ya con el ánimo de pasear, sino para sentarse siempre en el mismo sitio y sin saber porqué. Una vez llegado allí, ya no se movía. Todas la mañanas se ponía su frac nuevo para no mostrarse siquiera, y recomenzaba la misma tarea el día siguiente.

Sin duda que la jóven era de una hermosura maravillosa. La única observacion que pudiera hacerse acerca de ella que se asemejara á una crítica, es que la contra-

dición entre su mirada, que era triste, y su sonrisa, que era alegre, daba á su semblante cierto ademán como distraído ó extraviado, lo que hacía que, en ciertos momentos, aquel rostro dulce y apacible ofrecía un aspecto extraño sin dejar de ser encantador



VI

CAYO PRISIONERO

Uno de los últimos días de la segunda semana, hallábase Marius como de costumbre sentado en su banco, con un libro abierto en la mano, en el cual no había vuelto hacia dos horas ni una sola página. Estremecióse de improviso. Un acontecimiento pasaba en la extremidad de la avenida. El señor Leblanc y su hija acababan de dejar el banco; la hija había tomado el brazo del padre, y ambos se dirigían, despacio hacia el medio de la avenida donde se hallaba Marius. Cerró éste su libro, volvió á abrirle en seguida, y despues hizo grandes esfuerzos por leer algo. Estaba temblando. La auréola venía directamente hacia él. — ¡Ay! Dios de mi alma! decía entre sí, ni aun me dará tiempo para tomar una actitud. Entre tanto, el hombre de la cabellera blanca y la jovencita iban avanzando. Parecía á él que aquello duraba un siglo, y que aquel siglo no era más

que un segundo. — ¿Qué es lo que vienen á hacer por aquí? se preguntaba. — ¡Cómo! ¿y ella va á pasar junto á mi? Sus piés van á andar sobre esta arena, en esta avenida, á dos pasos de donde yo estoy? Estaba trastornado; habria él querido ser muy hermoso, habria querido tener la cruz. Oía cómo se acercaba el ruido apacible y mesurado de sus pasos. Se le figuraba que el señor Leblanc le lanzaba miradas llenas de irritacion. ¿Será que ese buen señor venga á hablarme? decía para sí. Y bajó la cabeza; cuando volvió á levantarla, hallábanse muy cerca de él. La jóven pasó, y al pasar le miró. Miróle fijamente, con cierta dulzura meditabunda que hizo estremecer á Marius de piés á cabeza. Pareciale que ella le echaba en cara el haber estado tanto tiempo sin llegar hasta el sitio donde padre é hija estacionaban, y que le decía: ¡Conque soy yo quién viene! Marius quedó deslumbrado ante aquellas pupilas llenas de rayos y de abismos.

Sentíase un volcan en el cerebro. Habia venido ella hácia él, ¡qué gozo! Y despues, ¡cómo le habia mirado! Este día la halló más hermosa que nunca. Hermosa de una hermosura á la vez femenina y angélica, de una hermosura completa, que habria hecho cantar á Petrarca y arrodillarse al Dante. Pareciale ya que estaba bogando en pleno firmamento, en las azuladas regiones del empireo. Al mismo tiempo se hallaba horriblemente contrariado, porque tenia las botas empolvadas.

Creía estar seguro de que ella le habia mirado tambien las botas.

La fué siguiendo con los ojos hasta que hubo ella desaparecido á su vista. En seguida se puso á andar por el Luxemburgo como un loco. Es probable que en ciertos momentos reía él solo y hablaba en alta voz. Mostrábase tan caviloso, tan amable y tan tierno para con las niñeras que estaban en el jardin, que cada cual le creía enamorado de ella.

Salió del Luxemburgo, con la esperanza de volverla á encontrar en una calle.

Hallóse con Courfeyrac bajo las arcadas del Odeon y le dijo: Vente á comer conmigo. Fueron á casa de Rousseau y gastaron seis francos. Marius comió como un ogro; y dió seis sueldos al mozo. Á los postres preguntó á Courfeyrac: ¿Has leído el periódico? ¡Qué bonito discurso ha hecho Audry de Puyraveau!

Estaba perdidamente enamorado.

Despues de comer dijo á Courfeyrac: Te convido al teatro. Se fueron al de la Porte-Saint-Martin á ver á Federico en *l'Auberge des Adrets*. Marius se divirtió muchísimo.

Á este tiempo experimentó como un acceso de salvajería. Al salir del teatro, rehusó el mirar la liga de una modista que saltaba un arroyo, y habiéndole dicho Courfeyrac: *De buena gana pondria yo á esa mujer en mi colección*, casi le causó horror.

Courfeyrac le habia invitado á almorzar en el café Voltaire el día siguiente. Marius no faltó á la cita y comió aún más que la vispera. Estaba pensativo, y al mismo tiempo muy alegre. Diríase que aprovechaba todas las ocasiones de reír á carcajadas. Abrazó con ternura á un forastero cualquiera que le fué presentado. Habia se formado un círculo de estudiantes al rededor de la mesa, y habian hablado allí de las necedades pagadas por el Estado que se despachan en las cátedras de la Sorbona, recayendo en seguida la conversacion en las faltas y en los vacíos de los diccionarios y de las prosodias-Quicherat: cuando hé aquí que Marius interrumpe la discusion exclamando: — Sin embargo, es muy agradable el tener la cruz.

— ¡Eso sí que es gracioso! dijo Courfeyrac en voz baja á Juan Prouvaire.

— No, respondió Juan Prouvaire, eso sí que es serio. Con efecto, aquello era muy serio. Marius se hallaba en

esa primera hora violenta y deliciosa en que principian las grandes pasiones.

Una mirada había bastado para operar toda esta transformación.

Cuando la mina está cargada, cuando el incendio está pronto, nada es más sencillo. Una mirada es una chispa.

Era cosa concluida. Marius amaba á una mujer. Su destino entraba en una senda desconocida.

La mirada de las mujeres se asemeja á ciertos rodajes tranquilos en apariencia pero formidables. Pasáis junto á ellos todos los días pacífica é impunemente, y sin sospechar nada; pero llega un momento en que os olvidáis de que aquella cosa se halla allí; y vais, y venís, y caviláis, y habláis, y veis; cuando he aquí que de repente os sentís cogido! Es asunto terminado. El rodaje os retiene asido, la mirada os ha hecho caer en la trampa. Os ha cogido, no importa por dónde ni cómo, por una parte cualquiera de vuestro pensamiento que iba arrastrando, por una distracción que habéis tenido. Y estáis ya perdido enteramente. Pasaréis por la rueda todo entero, en cuerpo y alma. Un misterioso encadenamiento de fuerzas se apodera de vos. En vano resistís, en vano os agitáis por desasiros. Ya no hay auxilio humano posible. Vais á caer de engranaje en engranaje, de agonía en agonía, de tormento en tormento, vos, vuestro espíritu, vuestra fortuna, vuestro porvenir, vuestra alma; y según que os hallareis en poder de una criatura malvada, ó de un noble corazón, no saldréis de aquella pavorosa máquina sino desfigurado por la vergüenza ó transfigurado por la pasión.

VII

AVENTURAS DE LA LETRA U ENTREGADA Á LAS CONJETURAS

El aislamiento, el desasimiento de todo, la altivez, la independencia, el gusto de la naturaleza, la ausencia de actividad cotidiana y material, la vida interior ó subjetiva, las luchas secretas de la castidad, el éxtasis, benévolo ante toda la creación, habían preparado á Marius para esa posesión que se llama la pasión del amor.

Su culto por su padre había venido á ser para él poco á poco una religión, y, como toda religión, habíase retirado al fondo del alma. Era menester algo que colocar en el primer plano; y vino el amor.

Transcurrió un mes largo, durante el cual fué Marius todos los días al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podía retenerlo. — Está de servicio, decía Courfeyrac. Marius vivía en un continuo arrobamiento. Es verdad que a jovencita le miraba.

Habia concluido pues por cobrar ánimo, y ya se acercaba al banco. Sin embargo, no se atrevía á pasar delante de él, obedeciendo á la vez al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Creía útil no llamar « la atención del padre. » Combinaba sus estaciones detras de los árboles y de los pedestales de las estatuas con un profundo maquiavelismo, en términos de hacerse ver lo más posible á la jóven, y dejarse ver lo ménos posible del buen señor anciano. A veces permanecía por espacio de más de media hora inmóvil á la sombra de un Leónidas ó de un Spartaco cualquiera, llevando en la mano un libro, por encima del cual sus ojos, dulcemente levantados, iban á buscar á la jovencita, mientras que esta á su vez volvía con una vaga sonrisa su lindo perfil hácia él. Sin dejar de conversar lo más natural y lo más tranquilamente del mundo con el hombre de la cabellera blanca, apoyaba ella en Marius todos los ensueños y delirios de su vista virginal y apasionada. ¡Antiguo é inmemorial manejo que Eva sabía desde el primer día del mundo, y que toda mujer sabe desde el primer día de la vida! Su boca daba la réplica al uno, y su mirada daba la réplica al otro.

Sin embargo, preciso es creer que el señor Leblanc concluyó por notar algo, porque generalmente, cuando llegaba Marius, se levantaba él y se ponía á pasear. Había abandonado su sitio habitual, y había adoptado, en la otra extremidad de la avenida, el banco inmediato al Gladiador, como para ver si Marius los seguía allí también. Marius no comprendió, y cometió esta falta. « El padre » empezó á ser inexacto, y ya no traía á « su hija » todos los días. Algunas veces venía él solo. Entonces Marius no permanecía allí. Otra falta.

Marius no prestaba la menor atención á estos síntomas. De la fase de la timidez, había él pasado, — progreso natu-

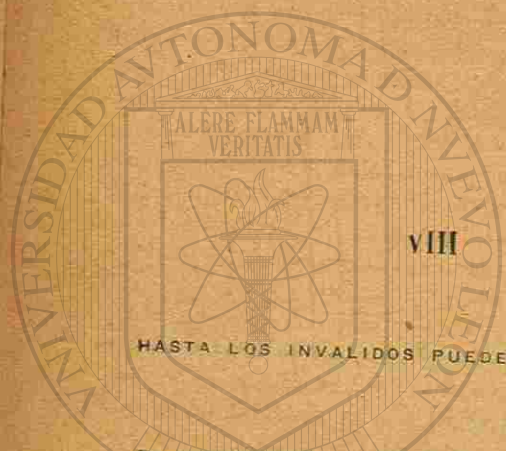
ral y fatal, — á la fase de la ceguedad. Su amor iba en aumento. Él le hacía soñar todas las noches. Además, habíale sobrevenido una dicha inesperada, aceite sobre el fuego, reduplicación de tinieblas en sus ojos. Una tarde, al oscurecer, encontró en el banco que « el señor Leblanc y su hija » acababan de dejar, un pañuelo, un pañuelo enteramente liso y sin bordado alguno, pero blanco, fino, y que le pareció exhalar perfumes inefables. Apodórase de él con transporte. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras U. F. Marius no sabía nada de aquella hermosa niña, ni de su familia, ni de su nombre, ni de su morada; estas dos letras eran la primera cosa que le venía á las manos procedente de ella, adorables iniciales sobre las cuales empezó él en seguida á construir sus castillos fantásticos. Era evidente que la U indicaba el nombre. ¡ Úrsula! dijo entre sí, ¡ qué nombre tan delicioso! Besó el pañuelo, le aspiró con entusiasmo, le puso sobre su corazón, sobre su carne, durante el día, y por la noche bajo sus labios para dormirse.

— ¡ Aquí siento yo toda su alma! exclamaba.

Aquel pañuelo era del señor anciano, á quien se le había caído buenamente del bolsillo.

Los días que se siguieron al del hallazgo, ya no se presentó él en el Luxemburgo sino besando el pañuelo y apoyándole sobre su corazón. La bella niña nada de esto comprendía, y así se lo indicaba por medio de señas imperceptibles.

-- ¡ Oh pudor! decía Marius.



Pues que hemos pronunciado la palabra *pudor*, y puesto que nada ocultamos, debemos decir que una vez sin embargo, en medio de sus éxtasis, « su Úrsula » le infirió un agravio muy serio. Era uno de aque los días en que ella determinaba al señor Leblanc á abandonar su banco y á pasearse por la avenida. Movíase una viva brisa de prairial que agitaba las elevadas copas de los plátanos. El padre y la hija, dándose el brazo, acababan de pasar por delante del banco de Marius. Marius se había levantado detrás de ellos y los seguía con la vista, como conviene en esa situación de alma desatinada.

De repente, una bocanada de viento, más alegre y retona que las otras y probablemente encargada de arreglar los negocios de la primavera, partió del vivero (*pépinière*), recipitó sobre la avenida, envolvió á la jóven en un

gracioso estremecimiento digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Theócrito, y la levantó el vestido, aquel vestido más sagrado que el de Isis, casi hasta la altura de la liga, dejando ver una pierna de la forma más exquisita. Marius la vió, y se puso exasperado y furioso.

La jóven se apresuró á bajar rápidamente el vestido, con un movimiento en cuyo desenfado se mostraba desde luego su gracioso enojo, mas no por eso quedó él ménos indignado. Es verdad que él estaba solo en la avenida. Pero no cabe duda de que también podía haberse hallado allí álguien. ¡ Y si, en efecto, hubiera habido álguien allí ! ¿ Puede comprenderse una cosa igual ? Es horrible que acaba ella de hacer ahí ! — ¡ Ah ! la pobre niña nada había hecho ; no había sino un culpable, el viento ; pero Marius, en cuya alma se estremecía confusamente el Bartholo que hay en el Querubín, estaba decidido á mostrarse descontento, y tenía celos hasta de su sombra. Así, en efecto, es como despiertan en el corazón humano y se imponen, áun sin el menor derecho para ello, los ásperos y caprichosos celos de la carne. Por lo demás, áun prescindiendo de estos celos, la vista de aquella pierna hechicera nada grato había tenido para él : la media blanca de la primera mujer que pasara junto á él le habría causado un placer más grande.

Cuando después de haber llegado al extremo de la avenida, volvió « su Úrsula » sobre sus propios pasos en compañía del señor Leblanc, y transitó por delante del banco en que Marius había vuelto á sentarse, la dirigió Marius una mirada regañona y feroz. La jóven inclinó ligeramente la cabeza hácia atrás, acompañando este movimiento de ese arqueado de cejas y de párpados que equivale á decir : ¿ Y bien, qué es lo que tendré ?

Esta fué « su primera querrela. »

Apénas acababa Marius de representar esta escena tele-

gráfica con los ojos, cuando un individuo atravesó la avenida. Era un inválido enteramente encorvado y arrugado y completamente blanco, con su uniforme de Luis XV, ostentando sobre su torso la plaquita ovalada de grana con las espadas, cruzadas, cruz de San Luis del soldado, y adornado además con una manga de casaca sin brazo dentro; una barba de plata y una pierna de palo. Marius creyó distinguir que este sér llevaba trazas de hallarse extremadamente satisfecho. Aún le pareció que el viejo cínico, mientras que iba cojeando junto á él, le habia hecho una guiñada muy fraternal y muy gozosa, como si una casualidad cualquiera hubiera hecho que ellos pudiesen estar de común acuerdo, por haber saboreado mancomunadamente alguna buena é inesperada fortuna. ¿Qué era pues lo que tenia para estar tan contento, aquel resto de Marte? ¿Qué es lo que habia pasado entre aquella pierna de palo y la otra? Marius llegó al paroxismo de los celos. — ¡Quizas se hallaba él allí! decia en su interior; ¡tal vez ha visto! — Y le vinieron ganas de exterminar al inválido.

Con el auxilio del tiempo, toda punta se embota y se desgasta. Este enojo de Marius contra « Úrsula, » por más justo y legitimo que él fuese, pasó al fin. Concluyó él por perdonar; pero no sin que esto le costara los mayores esfuerzos; por espacio de tres dias la hizo mala cara.

Entre tanto, en medio de todo esto y aún á causa de esto mismo, la pasion aumentaba, convirtiéndose en una especie de locura.



X

ECLIPSE

Acabamos de ver cómo habia descubierto Marius, ó cómo habia creído descubrir, que Ella se llamaba Úrsula.

El amor aumenta el deseo y la curiosidad, como el comer, excita el apetito. Saber que ella se llamaba Úrsula, era ya mucho; pero no tardó en ser poco. En tres ó cuatro semanas, habia devorado Marius aquella felicidad; y quiso disfrutar otra. Quiso saber dónde habitaba.

Habia él cometido una primera falta: caer en la emboscada del banco del Gladiador. Habia tambien cometido una segunda; no permanecer en el Luxemburgo cuando el señor Leblanc venia solo. Del mismo modo cometió una tercera, inmensa. Siguió á « Úrsula ».

Habitaba ella en la calle del Oeste, en el sitio ménos frecuentado, una casa nueva, de tres pisos, de modesta apariencia.

Á partir de este momento, Marius añadió á la dicha de verla en el Luxemburgo la dicha de seguirla hasta su casa. Su hambre aumentaba. Sabía cómo ella se llamaba, á lo ménos su nombre de pila, aquel nombre precioso, el verdadero nombre de una mujer; sabía dónde habitaba; quiso después saber quién era.

Una tarde, después que los hubo seguido hasta su casa y que los vió desaparecer bajo la puerta cochera, entró detrás de ellos y dijo resueltamente al portero:

— ¿Es el caballero del cuarto principal el que acaba de entrar en este momento?

— No, respondió el conserje. Es el inquilino del cuarto tercero.

Ya esto era un paso más. Este buen éxito daba alientos á Marius.

— ¿Exterior? preguntó él.

— ¡Pardiez! dijo el portero, la casa no tiene más cuartos que los que dan á la calle.

— Y qué oficio ó empleo tiene ese caballero? repuso Marius.

— Es un señor que vive de sus rentas. Un hombre muy bueno, que hace mucho bien á los desgraciados, aunque no es rico.

— ¿Cómo se llama? añadió Marius.

El portero levantó la cabeza y dijo:

— ¿Es que por ventura es usted algún espía?

Marius se marchó, bastante corrido, pero muy contento. Iba adelantando cada vez más.

— Bueno, dijo para su coleteo. Ya sé que se llama Úrsula, que es hija de un rentero, que vive allí, en el tercer piso, calle del Oeste.

Al otra día, el señor Leblanc y su hija sólo hicieron en el Luxemburgo una corta aparición, — marchándose cuando todavía no se había puesto el sol. Marius los si-

guió á la calle del Oeste, como ya había tomado la costumbre de hacerlo. Al llegar al portal de su casa, el señor Leblanc hizo pasar á su hija delante de él, en seguida se detuvo ántes de atravesar el umbral de la casa, se volvió y miró fijamente á Marius.

El día siguiente, ya no fueron al Luxemburgo. En vano los esperó Marius todo el día.

Al anochecer, se dirigió á la calle del Oeste, y vió por las ventanas que había luz en las habitaciones del cuarto tercero. Se puso á pasear frente á las ventanas hasta que apagaron la luz en aquella vivienda.

Al otro día, nadie se presentó tampoco en el Luxemburgo. Marius esperó toda la tarde, y después se fué á hacer su facción nocturna frente á las ventanas, donde permanecía hasta las diez de la noche. Las horas de su comida sufrían así un gran trastorno, y solía alimentarse como podía. La fiebre nutre al enfermo y el amor al enamorado.

Ocho días pasaron de esta manera, sin que el señor Leblanc y su hija volvieran á aparecer ya más en el Luxemburgo. Marius hacía las más tristes conjeturas; no se atrevía á acechar el portal de aquella casa durante el día, contentándose con ir por la noche á contemplar la claridad rojiza de las vidrieras, por donde distinguía en ciertos momentos el paso como de unas sombras que atravesaban por las habitaciones, y el corazón le latía entonces.

El octavo día cuando llegó frente á las ventanas, no había luz en ellas. — ¡Vaya! dijo, aún no han encendido la lámpara. Y sin embargo, ya es de noche. ¿Será que habrán salido? Y esperó allí hasta las diez, y continuó esperando hasta las doce, hasta la una de la mañana. Pero ninguna luz se encendió en las ventanas del cuarto tercero y nadie entró en la casa durante este tiempo. Se marchó muy sombrío y desconsolado.

El día siguiente, — pues él no vivía sino de mañana en mañana, no habiendo ya, por decirlo así, hoy para él, — el día siguiente no halló á nadie en el Luxemburgo, como así esperaba él que sucediese; y al oscurecer, se dirigió hácia la casa. Ninguna luz había tampoco en las ventanas; las ventanas estaban cerradas; el cuarto tercero enteramente oscuro.

Marius llamó á la puerta de la casa, entró, y dijo al portero :

— ¿El caballero del tercer piso?

— Se ha mudado, contestó el portero secamente.

Marius vaciló sobre sus talones, y preguntó con voz débil :

— ¿Cuándo se ha mudado?

— Ayer.

— ¿Y en dónde vive ahora?

— No lo sé.

— ¿Pues qué, no le ha dejado á usted las señas de su nueva habitación?

— No.

Y el portero, levantando la nariz, reconoció á Marius.

— ¡ Toma! es usted, dijo, ¿conque decididamente usted es espía?

LIBRO SÉPTIMO

PATRÓN-MINETTE

I

LAS MINAS Y LOS MINEROS

Todas las sociedades humanas tienen lo que se llama en los teatros un tercer escotillon. El suelo social está minado por todas partes, ora para el bien, ora para el mal. Estas obras van sobrepuestas. Hay minas superiores y minas inferiores. Existe un piso alto y un piso bajo en ese oscuro subterráneo que á veces se desfonga bajo el visible pavimento de la civilizacion, y que nuestra indiferencia y nuestra apatía huellan sin cesar. La Enciclopedia era, en el siglo anterior, una mina casi á cielo descubierta. Las tinieblas, esas sombras procreadoras del cristia-

El día siguiente, — pues él no vivía sino de mañana en mañana, no habiendo ya, por decirlo así, hoy para él, — el día siguiente no halló á nadie en el Luxemburgo, como así esperaba él que sucediese; y al oscurecer, se dirigió hácia la casa. Ninguna luz había tampoco en las ventanas; las ventanas estaban cerradas; el cuarto tercero enteramente oscuro.

Marius llamó á la puerta de la casa, entró, y dijo al portero :

— ¿El caballero del tercer piso?

— Se ha mudado, contestó el portero secamente.

Marius vaciló sobre sus talones, y preguntó con voz débil :

— ¿Cuándo se ha mudado?

— Ayer.

— ¿Y en dónde vive ahora?

— No lo sé.

— ¿Pues qué, no le ha dejado á usted las señas de su nueva habitación?

— No.

Y el portero, levantando la nariz, reconoció á Marius.

— ¡ Toma! es usted, dijo, ¿conque decididamente usted es espía?

LIBRO SÉPTIMO

PATRÓN-MINETTE

I

LAS MINAS Y LOS MINEROS

Todas las sociedades humanas tienen lo que se llama en los teatros un tercer escotillon. El suelo social está minado por todas partes, ora para el bien, ora para el mal. Estas obras van sobrepuestas. Hay minas superiores y minas inferiores. Existe un piso alto y un piso bajo en ese oscuro subterráneo que á veces se desfonga bajo el visible pavimento de la civilizacion, y que nuestra indiferencia y nuestra apatía huellan sin cesar. La Enciclopedia era, en el siglo anterior, una mina casi á cielo descubierta. Las tinieblas, esas sombras procreadoras del cristia-

nismo primitivo, no esperaban sino una ocasión oportuna para hacer explosión bajo los Césares, y para inundar de luz el género humano. Pues en las tinieblas sagradas hay luz latente. Los volcanes están llenos de una sombra capaz de lanzar llamas. Toda lava principia por ser noche. Las catacumbas, donde se dijo la primera misa, no sólo eran la cueva de Roma, sino que también eran el subterráneo del mundo.

Bajo la construcción social, maravilla complicada con ruinas y escombros, existen ciertas excavaciones de toda especie. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica, la mina revolucionaria. Unos excavan con la idea, otros con el guarismo, otros en fin abundan la mina con la ira. Se llaman unos á otros y se responden desde la una á la otra catacumba. Las utopías van caminando por bajo de tierra, al través de diferentes conductos, ramificándose en todos sentidos, encontrándose á veces unas con otras, y fraternizando entre sí. Juan Jacobo presta su pico á Diógenes, quien á su vez le presta á él su linterna. Otras veces se combaten allí. Calvino agarra á Socino por las greñas. Pero nada detiene ni interrumpe la tendencia de todas esas energías hácia el fin, y la vasta actividad simultánea, que va y viene, asciende, desciende y vuelve á ascender en esas oscuridades, y que transforma lentamente lo de arriba por lo de abajo y lo de fuera por lo de adentro; inmenso hormiguno desconocido. Apenas si la sociedad se apercebe siquiera de esa excavación que, dejándola al parecer intacta la superficie, modifica y cambia sus entrañas. Cuantos son los pisos subterráneos, otros tantos son los trabajos de distinto género, y otras tantas las diversas extracciones. ¿Y qué es lo que resulta de todos estos profundos escudriñamientos? El porvenir.

Cuanto más se ahonda, más misteriosos son los opera-

rios. Hasta llegar á un grado que el filósofo social sabe reconocer, el trabajo es bueno; más allá de este grado, es dudoso y mixto; más abajo, es ya terrible. Á cierta profundidad, las excavaciones no son penetrables al espíritu de civilización, el límite respirable al hombre se halla allí rebasado; un principio de monstruos es posible.

La escala descendente es extraña; y cada uno de aquellos escalones corresponde á un piso en el cual puede apoyar su pié la filosofía, y donde se encuentra uno de esos operarios, á veces divinos, á veces deformes. Por bajo de Juan Huss, está Lutero; por bajo de Lutero, está Descartes; por bajo de Descartes, está Voltaire; por bajo de Voltaire, está Condorcet; por bajo de Condorcet, está Robespierre; por bajo de Robespierre, está Marat; por bajo de Marat, está Babeuf. Y esta serie continúa aún. Más abajo, confusamente, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se vislumbran otros hombres sombríos, que tal vez no existen aún. Los de ayer son espectros; los de mañana son larvas. La vista del entendimiento los distingue en la oscuridad. La obra embrionaria del porvenir es una de las visiones del filósofo.

Un mundo en los limbos en el estado de feto, ¡qué sombra inaudita!

San Simon, Owen, Fourier, están allí también, en ciertas zapas laterales.

Ciertamente, bien que una cadena invisible ligue entre sí, sin que ellos lo noten siquiera, á todos esos operarios subterráneos que, casi siempre, se creen aislados, pero que, en realidad, no lo están, sus trabajos son muy diversos y la luz de los unos contrasta con las llamaradas de los otros. Los unos son paradisiacos, los trágicos. Sin embargo, sea cualquiera el contraste, todos estos trabajadores, desde el más elevado hasta el más nocturno, desde el más sabio hasta el más loco, tienen un punto de

semejanza, á saber : el desinterés. Marat se olvida como Jesus. Se dejan á un lado, se omiten, se suprimen, prescinden enteramente de sí mismos, y no piensan en su propia personalidad, para consagrarse á los demas. Ven ellos otra cosa fuera de sí. Tienen su mirada peculiar, y esta mirada busca el absoluto. El primero tiene todo el cielo en los ojos; el último, por más enigmático que él sea, aún tiene bajo las cejas el pálido resplandor del infinito. Venerad, sin reparar en lo que él haga, á todo el que se distingue por este signo : la pupila-estrella.

La pupila-sombra es el otro signo.

En ella principia el mal. Ante aquel que no tenga ninguna mirada, pensad y temblad. El orden social tiene sus mineros negros.

Hay un punto donde la profundidad se transforma ya en una fosa y donde toda luz se extingue.

Por bajo de todas estas minas que acabamos de indicar, por bajo de todas estas galerias, por bajo de todo ese inmenso sistema venoso subterráneo del progreso y de la utopia, mucho más adelante en el seno de la tierra, más abajo que Marat, más abajo que Babeuf, más abajo aún, mucho más bajo y profundo, sin relacion ninguna con los pisos superiores, se encuentra la última zapa. Lugar formidable. Este es el que hemos llamado nosotros el tercer piso bajo, ó tercer escotillon. Es la fosa de las tinieblas. La cueva de los ciegos. *Inferi*.

Este comunica con los abismos.

II

LA HONDONADA

Allí se desvanece el desinterés. El demonio se bosqueja vagamente; cada cual para sí. El yo sin ojos aulla, busca, tantea y corroe. El Ugolino social está en esta profunda sima.

Las sombras feroces que rondan en esa fosa, casi bestias casi fantasmas, no se ocupan del progreso universal, ignoran la idea y la palabra, no se cuidan sino de la satisfaccion ó de la saciedad individual. Casi no tienen conciencia de nada, notándose de un modo pavoroso que en su interior todo está borrado. Tienen por madres á dos madrastras, la ignorancia y la miseria. Tienen una guía, la necesidad; y para todas las formas de la satisfaccion, el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces, no á la manera del tirano, sino á la manera del tigre. Del sufrimiento, esas larvas pasan al crimen; filiacion fatal,

engendro vertiginoso, lógica de la sombra. Lo que se arrastra por el último escotillon social, no es ya la sofocada reclamacion del absoluto; es la protesta de la materia. El hombre se convierte en dragon. Tener hambre, tener sed, es el punto de partida; ser Satanás, el punto de arriba. De esta cueva sale Lacenaire.

Acaba de verse, hace poco, en el libro cuarto, uno de los compartimientos de la mina superior, de la grande zapa política, revolucionaria y filoséfica. Allí, como acabamos de decirlo, todo es noble, puro, digno, honrado. Allí, ciertamente, puede uno engañarse, y se engaña; pero el error es en cierto modo venerable, á fuerza de implicar heroísmo. El conjunto del trabajo que allí se hace tiene un nombre: el progreso.

Ha llegado ya el momento de entrever otras profundidades, las profundidades horrosas.

Existe bajo la sociedad, insistamos en este hecho, existe, decimos, y existirá hasta el día en que se disipe la ignorancia, la grande caverna del mal.

Esta cueva se halla debajo de todas las otras, y es enemiga de todas ellas. Allí reina el odio, sin excepcion. Aquella cueva no conoce filósofos; su puñal no ha cortado jamas una pluma. Su negrura no tiene ninguna relacion con la negrura sublime de la escribanía. Los dedos de la noche que se arrugan y encogen bajo aquel techado asfixiante no han hojeado nunca un libro ni desdoblado un periódico. Babeuf es un explotador para Cartouche; Marat es un aristócrata para Schinderhannes. Aquella cueva tiene por objeto desfongarlo y desplomarlo todo.

Todo, incluso las zapas superiores, que ella execra. En su asqueroso hormigueo, no sólo mina ella el orden social existente; sino que mina y socava también la filosofía, mina la ciencia, mina el derecho, mina el pensamiento humano, mina la civilización, mina la revolución,

mina el progreso. Llámase ella simplemente robo, prostitucion, homicidio, asesinato. Compónese de tinieblas y aspira al caos. Su bóveda está hecha de ignorancia.

Todas las otras que se hallan encima de ella tienen un solo objeto, suprimirla. Á esto es á lo que tienden, por todos sus órganos á la vez, por el mejoramiento de lo real como por la contemplacion del absoluto la filosofía y el progreso. Destruid la cueva Ignorancia, y destruiréis en ella el topo Crimen.

Condensemose en algunas palabras una parte de lo que acabamos de escribir. El único peligro social, es la sombra.

Humanidad, es identidad. Todos los hombres son del mismo barro. Ninguna diferencia existe, á lo ménos en este mundo, en su predestinacion. La misma sombra ántes, la misma carne miéntras, la misma ceniza despues. Pero la ignorancia mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta incurable negrura invade el interior del hombre y allí se convierte en el Mal.

estupidez le rehusaba. Era una inmensa fuerza perezosa. Asesino, por negligencia y por incuria. Creíanle criollo. Probablemente había tenido él algunos puntos de contacto con el mariscal Brune por haber sido mozo de cordel ó esportillero en Avignon en 1815. Cuando llegó á cansarse de este oficio, pasó á ejercer el de bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la carnosidad de Gueulemer. Babet era flaco y sabio. Transparente, pero impenetrable. Veíase la luz al través de sus huesos, pero nada al través de su pupila. Decíase él químico. Había sido caricato en casa de Bobèche y payaso en la de Bobino. También había representado vaudevilles en Saint-Mihiel. Era un hombre intencionado, decididor, que subrayaba sus sonrisas y entrecomaba sus gestos. Su industria consistía en vender por las calles bustos de yeso, retratos del « jefe del Estado. » Además, también arrancaba muelas. Había mostrado fenómenos en las ferias, y poseído una barraca con su trompeta y este cartel: — Babet, profesor dentista, miembro de las academias, hace experiencias físicas en metales y metalóides, extirpa las muelas, arranca los raigones abandonados por sus compañeros. Precios: una muela, un franco cincuenta céntimos; dos muelas, dos francos; tres muelas, dos francos cincuenta. Aprovechad la ocasión. — (Este « aprovechad la ocasión » equivalía á decir: haceros arrancar el mayor número de muelas posible.) Había sido casado y había tenido hijos; pero no sabía qué había venido á ser de su mujer, ni de sus hijos tampoco. Los había perdido como se pierde un pañuelo. Por una alta excepción en la oscura sociedad en medio de la cual vivía él, Babet solía leer los periódicos. Un día, en que aún tenía á su familia consigo, en su barraca portátil sobre ruedas, leyó en el *Mensajero* que una mujer acababa de dar á luz un niño en buenas condiciones de vida, el cual tenía hocico de becerro, y al leer esta noticia,



Un cuarteto de bandidos, Claquesous, Gueulemer, Babet y Montparnasse, gobernaba de 1830 á 1835 el tercer piso subterráneo, ó el tercer escotillon de París.

Gueulemer era un hércules desclasificado. Tenía por antra la cloaca del Arche-Marion. Media seis pies de estatura, con un pecho marmóreo, los biceps de bronce, una respiración de caverna, el torso de un coloso, un cráneo de pájaro. Creeríase ver en él al Hércules Farnesio vestido de un pantalón de cutí y de una chaqueta de pana. Construido de esta manera escultural, Gueulemer habría podido domeñar y subyugar á los monstruos; pero había creído él más sencillo y más breve el ser uno de ellos. Frente baja, anchas sienes, ménos de cuarenta años y con la pata de ganso, el vello rudo y corto, dos bruzas por mejillas, barba de jabalí; hé aquí el hombre. Sus músculos solicitaban trabajo, su

exclamó: *Hé ahí una buena fortuna! ¡ no es mi mujer la que tendría el talento de darme una criatura como esa!*

Después abandonó todo este trajín, con el objeto de « emprender á París. » Esta expresión es de él.

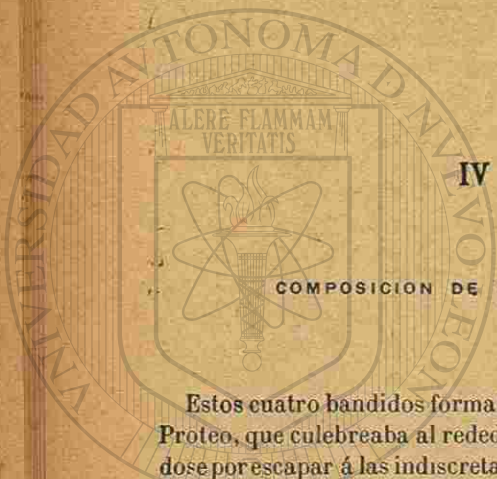
¿Qué venía á ser Claquesous? Este era la noche. Para mostrarse él al mundo, esperaba siempre á que el cielo se cubriera de negro. Anochecido ya, salía de un agujero, en el cual volvía á entrar antes de amanecer. ¿Dónde estaba este agujero? Nadie lo sabía. Hablando á sus cómplices en la más completa oscuridad jamás lo hacían sino volviéndoles la espalda. ¿Se llamaba él por ventura Claquesous? no. Solía decir: Yo me llamo *Pas-du-tout* (nada de eso). Si traían una vela encendida, en seguida se ponía su máscara. Era ventrílocuo. Babet decía: *Claquesous es un nocturno con dos voces.* Claquesous era vago, errante, terrible. Nadie estaba seguro de que él tuviese realmente un nombre, pues Claquesous era un apodo; tampoco podía nadie asegurar que tuviese una voz, puesto que su vientre hablaba de ordinario más que su boca; ni podía saberse de fijo que tuviera una cara, porque nunca le habían visto sino con máscara puesta. Desaparecía como un vértigo, ó como un viento; y sus apariciones eran otras tantas emanaciones de la tierra.

Montparnasse, hé aquí un ser lúgubre. Este asociado era un niño de ménos de veinte años, agraciado de rostro, con unos labios que parecían cerezas, hermoso pelo negro, y la claridad de la primavera en los ojos; tenía todos los vicios y aspiraba á todos los crímenes. La digestión de lo malo le comunicaba el apetito de lo peor. Era el *gamin* convertido en *voyou*¹ y el *voyou* transformado en *escarpe*². Bonito, afeminado, gracioso, robusto, sensual, feroz. Llevaba el ala

¹ Granuja.

² Bandido asesino.

del sombrero levantada en el lado izquierdo, para dejar sitio á la grande espesura de pelo, segun se acostumbraba en 1829. Vivía de robos hechos con violencia. Su levita mostraba ser del mejor corte, pero raída. Montparnasse era un figurín de modas envuelto en la miseria y cometiendo asesinatos. La causa de todos los atentados de este adolescente no era otra que el deseo de ir siempre bien puesto. La primera griseta que le dijo: Eres hermoso, le lanzó la mancha de tinieblas en el corazón, haciendo un Cain de este Abel. Hallándose bello, había querido ser elegante; ahora bien, la primer elegancia es la ociosidad; y la ociosidad del pobre, es el crimen. Pocos andorreros había tan temibles como Montparnasse. Á la edad de diez y ocho años, contaba ya varios cadáveres en su hoja de servicios. Más de un transeunte yacía, extendidos los brazos, en la sombra de este miserable, con la cara sepultada en un charco de sangre. Bien peinado, rizado y dado de pomada, acinturado y acicalado, con caderas de mujer, busto de oficial prusiano, el murmullo de admiración de las muchachas perdidas que frecuentan los boulevards zumbándole en los oídos, la corbata hábilmente anudada, un rompe-cabezas en el bolsillo, una flor en el ojal; tal era este almibarado currutaco del sepulcro



IV

COMPOSICION DE LA CUADRILLA

Estos cuatro bandidos formaban entre sí una especie de Proteo, que culebreaba al rededor de la policia, esforzándose por escapar á las indiscretas miradas de Vidocq « bajo diversas figuras, árbol, llama, fuente, » prestándose mutuamente sus nombres, sus consignas y todos sus secretos, ocultándose en su propia sombra, verdaderas cajas de Pandora y asilos recíprocos, deshaciendo sus personalidades, á la manera que se quita una nariz postiza en el baile de máscaras, á veces simplificándose en términos de no ser sino uno solo, otras veces multiplicándose de manera que el mismo Coco Lacour los tomaba por una muchedumbre.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres sino una especie de ladron misterioso, con cuatro cabezas, trabajando en grande escala en el inmenso teatro de París; era el pólipo monstruoso del mal habitando la cripta de la sociedad.

Gracias á sus ramificaciones, y á la red supyacente de sus relaciones, multiplicadas y extensas, Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse tenian por su cuenta la empresa general de las siniestras emboscadas en el departamento del Sena. Los inventores de proyectos y de maquinaciones de este género, los hombres de imaginacion nocturna, se dirigian á ellos para la ejecucion. Confiaban á estos cuatro bribones el borrador, el cróquis, el bosquejo, y ellos se encargaban de ponerle en escena. Trabajaban en escenario; y siempre se hallaban en situacion de poder procurarse un personal adecuado y conveniente para todos los atentados que necesitaran de su intervencion y auxilio y que fueran suficientemente lucrativos. Cuando un crimen andaba en busca de brazos, en seguida ellos le subarrendaban los cómplices necesarios. Pues contaban siempre con una banda de actores de tinieblas á la disposicion de todas las tragedias de cavernas.

Reunianse generalmente, al anoecer, que era la hora en que ellos despertaban, en las steppes ó llanuras inmediatas á la Salpêtrière, donde conferenciaban y deliberaban sobre los asuntos que tenian á la órden del dia; arreglando el empleo de las doce horas negras que tenian por delante.

Patron-Minette, tal era el nombre que se daba en la circulacion subterránea á la asociacion de estos cuatro hombres. En la antigua lengua popular y fantástica que va borrándose ya cada dia más, *Patron-Minette* significa la mañana, lo mismo que *entre perro y lobo* significa el anoecer. Esta palabra, *Patron-Minette*, venia probablemente de la hora á la cual concluian sus tareas, puesto que el alba es el instante del desvanecimiento de los fantasmas y de la dispersion de los bandidos. Aquellos cuatro hombres eran conocidos bajo esta rúbrica. Cuando

el presidente del tribunal de assises visitó á Lacenaire en su calabozo, le interrogó acerca de un crimen que negaba Lacenaire. — ¿Quién ha hecho eso? preguntó el presidente, y Lacenaire dió esta respuesta, enigmática para el magistrado, pero bastante clara para la policía: — Tal vez lo habrá hecho Patron-Minette.

Á veces se adivina el argumento de un drama á la simple enunciación de los personajes; del mismo modo se puede apreciar una handa al inspeccionar la lista de los bandidos. Hé aquí, pues estos nombres sobrenadan en las memorias especiales, las denominaciones á las cuales respondian los principales afiliados de Patron-Minette: Panchaud, álias Printanier, álias Bigrenaille.

Brujon. (Habia una dinastía de Brujon; y no renunciamos á decir de ella dos palabras.)

Boulatruelle, el peon caminero á quien hemos visto ya.
Laveuve.

Finistère.

Homère-Hogu, negro.

Mardisoir.

Dépêche.

Faunteroy, álias Bouquetière

Glorieux, presidiario licenciado.

Barrecarrossé, álias monsieur Dupont.

L'Esplanade-du-Sud.

Poussagrive.

Carmagnolet.

Kruideniers, álias Bizarro.

Mangedentelle.

Les Pieds-en-l'air.

Demi-liard, álias Deux-milliards.

Etc., etc.

Omitimos otros varios, y no de los ménos importantes. Estos nombres representan ciertas figuras; y no solo

expresan seres, sino especies. Cada uno de ellos corresponde á una variedad de esas setas disformes que brotan debajo de la civilizaci6n.

Estos seres, poco pródigos de sus semblantes, no eran de esos que se ven transitar por las calles. Fatigados de las terribles noches que pasaban, ibanse á dormir de dias, ya en los hornos de yeso, ya en las abandonadas canteras de Montmartre ó Montrouge, á veces en las cloacas. Se soterraban como el topo.

¿Qué ha venido á ser de esos hombres? existen siempre, y nunca han dejado de existir. Horacio habla de ellos: *Ambubaiarum collegia, pharmacopola, mendici, mimæ*; y mientras que la sociedad sea lo que es, ellos serán lo que son. Bajo la oscura techumbre de su cueva, renacen ellos siempre de la hez y del rezumo social. Renuévanse y se relevan espectros siempre, siempre idénticos; sólo que no llevan, ya los mismos nombres, y no se hallan en las mismas pieles.

Extirpados los individuos, subsiste la tribu.

Siempre poseen las mismas facultades. Desde el truhan hasta el bandido, la raza se mantiene pura. Ellos adivinan las bolsas que hay en los bolsillos, huelen los relojes que oculta el vestido ó el chaleco. El oro y la plata tienen para ellos un olor especial. Hay ciertos bourgeois cándidos y sencillotes de quienes podría decirse que tienen trazas de ser robables, es decir, que son materia dispuesta para dejarse robar con una facilidad extrema. Aquellos hombres persiguen pacientemente á estos bourgeois. Cuando ven pasar á un extranjero ó á un forastero, experimentan cierto estremecimiento parecido al de la araña.

Cuando allá en las altas horas de la noche se dejan ver esos hombres misteriosos, vagando como sombras sinietras en un boulevard desierto, son realmente espantosos.

No parecen hombres, sino figuras hechas de bruma viviente; diríase que habitualmente forman un mismo grupo y una misma masa con las tinieblas, que no se distinguen de ellas, que no tienen otra alma que la sombra y que sólo momentáneamente, y para vivir durante algunos minutos una vida monstruosa, se han desagregado ó destacado ellos de la noche.

¿Qué es lo que se necesita para hacer que se desvanezcan y se disipen esas larvas? luz. Raudales y torrentes de luz. Ni un solo murciélago resiste á los resplandores del alba. Iluminad la sociedad en las regiones inferiores.

LIBRO OCTAVO

EL POBRE MALVADO

U A N L

BUSCANDO Á UNA JÓVEN CON GORRO, MARIUS ENCUENTRA Á UN
HOMBRE CON GORRA

Pasó el verano, despues el otoño; y por último, llegó el invierno. Ni el señor Leblanc ni la jovencita habían vuelto á poner los piés en el Luxemburgo. Marius no tenía ya sino un solo pensamiento, volver á ver aquel delicioso y adorable rostro. Buscaba sin cesar, buscaba por todas partes; pero sin encontrar la menor huella. Ya no era Marius aquel soñador entusiasta, el jóven resuelto, ardiente y firme, el atrevido provocador del destino, el cerebro que construía un porvenir sobre otro porvenir,

No parecen hombres, sino figuras hechas de bruma viviente; diríase que habitualmente forman un mismo grupo y una misma masa con las tinieblas, que no se distinguen de ellas, que no tienen otra alma que la sombra y que sólo momentáneamente, y para vivir durante algunos minutos una vida monstruosa, se han desagregado ó destacado ellos de la noche.

¿Qué es lo que se necesita para hacer que se desvanezcan y se disipen esas larvas? luz. Raudales y torrentes de luz. Ni un solo murciélago resiste á los resplandores del alba. Iluminad la sociedad en las regiones inferiores.

LIBRO OCTAVO

EL POBRE MALVADO

U A N L

BUSCANDO Á UNA JÓVEN CON GORRO, MARIUS ENCUENTRA Á UN
HOMBRE CON GORRA

Pasó el verano, despues el otoño; y por último, llegó el invierno. Ni el señor Leblanc ni la jovencita habían vuelto á poner los piés en el Luxemburgo. Marius no tenía ya sino un solo pensamiento, volver á ver aquel delicioso y adorable rostro. Buscaba sin cesar, buscaba por todas partes; pero sin encontrar la menor huella. Ya no era Marius aquel soñador entusiasta, el jóven resuelto, ardiente y firme, el atrevido provocador del destino, el cerebro que construía un porvenir sobre otro porvenir,

aquel espíritu juvenil forjando siempre planes, proyectos, grandezas, ideas y voluntades; era un perro perdido. Cayó sumergido y abismado en negra tristeza. Era asunto terminado. El trabajo le repugnaba, el paseo le cansaba, la soledad le fastidaba; la vasta naturaleza, tan rica en otro tiempo para él de formas variadas y armoniosas, de claridades, de esplendores, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes, de enseñanzas, se hallaba ahora ya vacía ante sus ojos. Parecíale que todo había desaparecido.

Pensaba él siempre y meditaba, pues no podía ménos de hacerlo; pero ya no encontraba aquel deleite hermoso, aquella sana y deliciosa fruición con que ántes se extasiaba en sus pensamientos, y á todo cuanto ellos le proponían sin cesar en voz baja, respondía él en la sombra: ¿Y para qué?

Hacíase mil reconvenciones. ¿Por qué la seguiría yo? ¿Era tan dichoso, solamente de verla! Ella me miraba; ¿por ventura no era esto ya una cosa inmensa? Daba muestras de que me amaba. ¿Es que esto no era ya todo cuanto pudiera yo desear? ¿Qué es, pues, lo que he querido tener? Después de esto, ya no hay nada. He sido absurdo. Yo me tengo la culpa, etc., etc. Courfeyrac, á quien él nada confiaba, — que tal era su naturaleza. — pero quien lo adivinaba todo, — que tal era su naturaleza también — había comenzado por felicitarle de estar enamorado, lo que por otra parte le sorprendía tanto que le dejaba absorto; y después, al ver que Marius cayó en esta melancolía, concluyó al fin por decirle: — Me convenzo de que tú has sido buenamente un animal. Anda y vente á la Chaumière.

Un día, inspirado por la confianza de un hermoso sol de Setiembre, Marius se dejó conducir al baile de Sceaux por Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, ando, ¡qué

delirio! que tal vez la hallaría allí. Excusado es decir que no vió en aquel sitio á la jóven á quien buscaba. — Aquí, sin embargo, es donde se encuentran todas las mujeres perdidas, refunfuñaba aparte Grantaire. Marius dejó á sus amigos en el baile, y se volvió á París, á pié, solo, aburrido, calenturiento, con la vista turbada y triste, sumergido el espíritu en las tinieblas de una noche profunda, aturdido y pasmado con el confuso ruido y con el polvo que hacían las numerosas y alegres tartanas repletas de séres cantantes que se volvían de la fiesta y pasaban junto á él, desanimado, aspirando para refrescarse la cabeza el olor acre de las nogueras del camino.

Y se entregó de nuevo á su vida retirada, cada vez más solitario, extraviado, agobiado, entregado todo él á su angustia interior, yendo y viniendo aprisionado siempre en su dolor como el lobo en la trampa, buscando á la ausente por todas partes, entorpecido y como embrutecido de amor.

En otra ocasión, había hecho un encuentro que le produjo un singular efecto. Había visto atravesar, por una de las callecitas laterales del boulevard de los Inválidos, á un hombre vestido como un obrero que llevaba puesta una gorra de ancha visera, la cual dejaba pasar unas mechas de pelo muy cano. Chocó mucho á Marius la belleza de aquella cabellera blanca, y se quedó considerando á aquel hombre, el cual iba andando muy despacio y como absorbido en una meditacion profunda y dolorosa. Cosa extraña, le pareció reconocer en él al señor Leblanc. Eran sus mismas canas venerables y pulcras, su mismo perfil, en cuanto la gorra permitía verle, su mismo porte, su mismo paso, sólo que ahora iba más triste. ¿Pero por qué llevaba aquel traje de obrero? ¿qué quería decir esto? ¿qué significaba aquel disfraz? Marius quedó muy sorprendido. Cuando se repuso de su sor-

presa, su primer movimiento fué ponerse á seguir á aquel hombre; ¿quién sabe si no se hallaba él ya en la senda que buscaba con tanto afán? en todo caso, era preciso volver á ver al hombre de cerca y esclarecer el enigma. Pero le avino esta idea demasiado tarde; el hombre ya no estaba allí. Había tomado alguna callejuela lateral, y Marius no pudo dar con él. Este encuentro le preocupó durante algunos días, al cabo de los cuales se borró al fin de su memoria. — Sobre todo, dijo para sí, probablemente no hay en esto más que una grande semejanza.

II

HALLAZGO

Marius no había dejado de habitar la casucha Gorbeau, donde jamas reparaba él ni fijaba su atención en nadie.

Por lo demas, en esta época no había ya en aquella casa otros habitantes que él y aquellos Jondrette cuyo alquiler había él pagado una vez, sin que nunca hubiese hablado ni al padre, ni á la madre, ni á las hijas. Los demas inquilinos se habían mudado, ó habían muerto, ó habían sido expulsados porque no pagaban sus alquileres.

Un día de aquel invierno, habíase mostrado un poco el sol por la tarde, pero era el 2 de Febrero, ese antiguo día de la Candelaria cuyo sol traidor, présago de un frío de seis semanas, ha inspirado á Mathieu Laensberg este refran que ha venido á ser justamente clásico :

Ora brille el sol, ó bien alumbre solamente con pálidos reflejos, el oso se refugia en su cueva.

Marius acababa de salir de la suya, á la hora de ponerse el sol. Era el momento de ir á comer; pues al fin y al cabo habia sido preciso volver á sentarse á la mesa á las horas de comer! ¡oh enfermedades de las pasiones ideales!

Acababa de cruzar el umbral de su puerta que la señá Bougon estaba harriendo en aquel mismo instante recitando entre dientes este memorable monólogo:

— ¿Qué es lo que hoy está barato? todo está caro. Lo único que hay barato hoy son los trabajos y las penas de las gentes; esto es lo que nos lo dan de balde, las penas del pobre, ¡válganos Dios!

Marius subía muy despacio el boulevard hácia la barrera, á fin de llegar á la calle de Saint-Jacques. Iba andando pensativo, y con la cabeza baja.

De improviso sintió que álguien le codeaba en las oscuridad; volvió la vista, y distinguió á dos muchachitas cubiertas de harapos, una alta y delgada, la otra más baja, las cuales pasaban rápidamente, azoradas, asustadas, y con todas las trazas de ir huyendo; venían en la misma direccion que él, y no habiéndole visto, habian tropezado en él al pasar. Marius distinguía en el crepúsculo sus semblantes lívidos, sus cabezas despeinadas, sus cabelleras esparcidas, sus horribles papalinas, sus faldas andrajosas y sus piés descalzos. Sin dejar de correr, iban ellas hablando entresí. La mayor decia en voz muy baja:

— Las arpias corrian tras de nosotras. Por poco me pescan á mí y me encajan en la trena.

Y la otra constestaba: — Yo los guipé en seguida, ¡pero me las guillé, me las guillé, me las guillé!

Marius comprendió, al traves de este caló siniestro, que los gendarmes ó los agentes de policia habian estado á punto de capturar á aquellas dos criaturas, y que ellas habian logrado escapar.

Eclipsáronse las dos entre los árboles del boulevard, detras de él, formando durante algunos momentos en la oscuridad una especie de blanca raga, que se dispó al fin.

Marius se habia detenido un momento.

Iba ya á continuar su camino, cuando distinguió en el suelo, junto á sus piés, un paquetito pardusco. Se bajó y le recogió. Era una especie de carpeta, que parecia contener papeles:

— Bueno, dijo, ¡esas desdichadas habrán dejado caer esto!

Tornó á desandar sus pasos, llamó, pero no volvió á encontrarlas: juzgó desde luégo que estarian ya léjos de allí, se metió el paquete en el bolsillo y se fué á comer.

En el camino, vió en una avenida de la calle Moutetard el féretro de una criatura cubierto con un paño negro, colocado sobre tres sillas y alumbrado por una sola vela de sebo. Entónces no pudo ménos de recordar las dos muchachas del crepúsculo.

— ¡Pobres madres! dijo para sí. Hay una cosa más triste que el ver morir á sus hijos; el verlos vivir mal.

En seguida le vinieron al pensamiento aquellas sombras que variaban su tristeza, y volvió á sumergirse en sus habituales preocupaciones. Se puso á cavilar, y á pensar en sus seis meses de amor y de ventura al aire libre y á la clara luz del sol bajo los hermosos árboles del Luxembourg.

— ¡Cuán sombría se ha hecho mi vida! decia para sí. Las jóvenes se me aparecen siempre. Sólo que, en otro tiempo, eran los ángeles; ahora son las gurias.



Al tiempo de desnudarse aquella noche para acostarse, fué á tropezar su mano en el bolsillo del frac con el paquete que había él recogido en el boulevard, y del cual se había ya olvidado. Pensó que sería útil abrirle, y que aquel paquete contendría tal vez las señas de la morada de aquellas muchachas, si en realidad las pertenecía, ó en todo caso, los indicios necesarios para restituírle á la persona que le había perdido.

Deshizo la cubierta.

No estaba sellada ni áun cerrada, y contenía cuatro cartas, abiertas también.

Estas cartas tenían puestos sus respectivos sobrescritos.

Todas ellas exhalaban un olor apestoso de tabaco.

La primera carta estaba dirigida : á la señora marquesa de Grucheray, plaza frente á la cámara de los diputados, n.º...

Marius dijo para sí que probablemente hallaría allí las indicaciones que él buscaba, y que por lo demás, no estando cerrada la carta, era verosímil que podía leerla sin inconveniente alguno. La leyó, pues

Hallábase concebida en estos términos :

« Señora Marquesa,

« La birtú de la piedad y de clemencia es la que une más estrechamente á la sociedad. Ponga usted en marcha sus sentimientos cristianos, y diriga una mirada de compasión hácia este infortunado español víctima de su lealtá y de su adhesión á la causa sagrada de la legitimidá, que él ha pagado con su sangre, consagrado además toda su fortuna, toda, para defender esta causa, y hoy se halla en la mayor miseria. No duda que la honorable persona de la señora Marquesa le concederá un socorro para conservar una existencia penosa en extremo para un militar de educación y de honor lleno de heridas ; cuenta anticipadamente con la humanidad que anima á la señora Marquesa, y el interés con que mira siempre á una nación tan desgrasiada. Sus súplica no serán en vanas y sus reconocimiento conservará su encantadora memoria.

« De mis sentimientos respetuosos con los cuales tengo el honor de ser

« Señora,

« DON ALVARÈS, [®]

« Capitan español de Caballería, realista refugiado en Fránsia, que se halla enviajado para su patria y le faltan los recursos para continuar su viaje. »

Ningunas señas de casa llevaba esta firma al pié. Marius esperó encontrarlas en la segunda carta, cuyo sobrescrito

decía así: á la señora condesa de Montvernet, calle de Cassette, nº 9. Hé aquí lo que Marius leyó en ella:

« Señora condesa,

« Está es una desgraciada madre de familia de seis
« niños cuyo el último no tiene más de ocho meses. Yo en-
« ferma desde mi último parto, abandonada de mi ma-
« rido hace cinco meses no teniendo ningún recurso en el
« mundo de la mas horrorosa indigencia.

« En la esperanza de la de señora condesa, ella tiene
« el honor de ser, señora, con un profundo respeto,

« La muger BALIZARD. »

Pasó Marius á la tercera carta, que, como las anteriores, era una súplica: léase en ella:

« Señor Pabourgeot,

« Elector, negociante en gorros por mayor, calle
« Saint-Denis esquina á la calle de Fers.

« me permito dirigir á usted esta carta, para rogale que
« me otorge el favor precioso de su simpatías y se tome in-
« terés á favor de un literato que acaba de enviar un drama
« al Teatro-Francés. El argumento es histórico, y la acción
« pasa en Auvernia, en tiempos del imperio: el estilo, á lo
« que yo creo, es natural, lacónico, y puede tener su cierto
« mérito. Hay coplas que cantar en cuatro sitios diferentes.
« Lo cómico, lo serio, lo imprevisto, se mezclan en mi
« drama con la variedad de los caracteres y con cierto tono
« de romanticismo ligeramente difundido en toda la intriga
« que marcha misteriosamente, y va, por medio de sor-
« prendentes peripetias, á desentazarse en medio de varias
« escenas de grande efecto, pero de un efecto maravilloso.

« Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima
« progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir,
« la moda, esta caprichosa y antojaisa veleta, que casi
« cambia á cada nuevo viento.

« Apesar de estas cualidades, tengo mis motivos pa-
« mer que la envidia, el egoísmo de los autores privile-
« guiados, ofienda mi exclusion del teatro, por que no se
« me oculta los sinsabores que le hacen pasar á los auto-
« res nuevos.

« Señor Pabourgeot, la justa reputacion que usted goza
« de protector ilustrado de los literatos me animado para
« enviarle á usted mi hija, la que le espondrá nuestra situa-
« cion indigente, careciendo de pan y de lumbré en esta
« estacion del invierno. Decidle á usted que le ruego asepté
« el homenaje que deseo hacerle de mi drama y de todos
« los demas que aré, es probarle cuánto ambiciono el honor
« de abrigarme bajo su égida, y de adornar mis escritos
« con el nombre de usted. Si usted se digna onrrarme con
« la mas modesta ofrenda, me ocuparé en seguida á hacer
« una pieza de versos para pagarle mi tributo de reconoci-
« mientos. Esta pieza, que yo trataré que sea tan perfecta
« como es posible ser, le será á usted enviada antes de inser-
« tarla al prencipio del drama y ejecutada en el esenario.

« Al señor

« y á la señora Pabourgeot,

« Mis omenajes más respetuosos,

« GENFLOT,

« Literato.

« P.-S. — Aunque no sean mas que dos francos.

« Dispense usted que envíe mi hija y no me presente yo
« mismo, pero tristes motivos de traje me impiden de
« salir; válgame Dios!... »

« abrió Marius al fin la cuarta carta, en cuyo sobre se leía esta dirección : — *Al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*; y contenía las líneas siguientes :

« Hombre benéfico,

« Si usted se digna acompañar á mi hija, verá una calamidad miserable, y yo le enseñaré mis certificados.

« Al aspecto de estos escritos, su alma generosa será movida de un sentimiento de sensible benevolencia, pues los verdaderos filósofos experimentan siempre vivas emociones.

« Conhenga usted, hombre compasivo, que es preciso sufrir la más cruel necesidad, y que es muy doloroso, para obtener algún alivio, hacerle atestiguar por la autoridad, como si uno no fuera libre de sufrir y de morir de inanición entre tanto que se alivia nuestra miseria.

« Los destinos son bien fatales para algunos y demasiado prodigo ó demasiado protector para otros.

« Espero vuestra presencia ó vuestra ofrenda, si vos dignáis hacerla y le ruego á usted que tenga á bien aceptar los sentimientos respetuosos con los que me honro de ser

« Hombre verdaderamente magnánimo

« su muy humilde

« y muy obediente servidor,

« P. FABANTOU,

« Artista dramático. »

Después de haber leído estas cuatro cartas, no se hablaba Marius mucho más adelantado que ántes.

En primer lugar, ninguno de los signatarios ponía las señas de su morada.

Además, ellas daban á entender que provenían de cua-

tro individuos diferentes, don Alvarès, la mujer Balizard, el poeta Genflot y el artista dramático Fabantou; pero estas cartas ofrecían la extraña particularidad de que todas ellas estaban escritas con la misma forma de letra.

¿ Qué concluir de aquí, sino que procedían de la misma persona ?

Por otra parte, — lo que hacía aún más verosímil esta conjetura, — el papel, grueso y amarillento, era el mismo en todas ellas, el olor á tabaco era también común á todas ellas, y por más que se hubiera evidentemente procurado variar el estilo, las mismas faltas de ortografía se reproducían en ellas con una tranquilidad imperturbable, y el literato Genflot no las cometía menores ni estaba más adelantado en el arte de expresarse que el capitán español.

Empeñarse en descifrar este pequeño misterio era una tarea inútil. Si no hubiera sido aquello un hallazgo, tendría todas las trazas de un chasco, de una verdadera mistificación. Marius se hallaba demasiado triste para prestar su atención ni siquiera á una broma del acaso, ó para tomar parte en el juego que parecía ofrecerle el empedrado de la calle. Se le figuraba que aquellas cuatro cartas querían jugar con él á la gallina ciega, y que se burlaban de él.

Por lo demás, nada indicaba que aquel paquete perteneciese á las muchachitas que había encontrado Marius en el boulevard. Y sobre todo, aquellos eran papeluchos que evidentemente no tenían valor ninguno.

Volvió Marius á introducirlos en la carpeta ó sobre general que los encerraba todos, arrojó el paquete á un rincón, y se acostó.

Á eso de las siete de la mañana, acababa él de levantarse y de desayunarse, y trataba ya de ponerse á tra-

hajar, cuando sintió que llamaban suavemente á la puerta de su cuarto.

Como nada podía, jamás solía quitar la llave, excepto alguna vez, muy rara, cuando trabajaba alguna cosa urgente. De ordinario, aún cuando estaba ausente, dejaba la llave puesta en la cerradura. — ¡Qué le robarán á usted! decía la señora Bougon. — ¿Y qué me han de robar? replicaba Marius.

El hecho es sin embargo que un día le habían robado un par de botas viejas, si no con gran placer, á lo ménos, con gran triunfo de la señora Bougon.

Dieron un segundo golpecito, muy débilmente, como el primero.

— Adentro, dijo Marius.

La puerta se abrió.

— ¿Qué es lo que usted quiere, señora Bougon? dijo Marius sin apartar los ojos de los libros y de los manuscritos que tenía sobre la mesa.

Una voz, que no era la de la señora Bougon, respondió: — Con perdón de usted, señor...

Era una voz sorda, cascada, bronca, rasgada y cavernosa; una voz como de un viejo enronquecido por los excesos del aguardiente y del cognac.

Marius se volvió con presteza á mirar quién era, y vió á una jovencita.

IV

UNA ROSA EN LA MISERIA

Una muchachita muy jóven se dejó ver de pié en la puerta del cuarto, que se hallaba entreabierta. El ventanillo ó claraboya de aquel tugurio, por donde empezaba á penetrar la luz del día, estaba precisamente frente á la puerta, y alumbraba aquel rostro con una luz pálida y sombría. Era una criatura livida, macilenta, descarnada; nada más que una camisa y una falda sobre una desnudez helada y temblorosa. El pelo sugeto y recogido con una cuerda, ceñida con otra cuerda la cintura, mostrando los hombros puntiagudos fuera de la camisa, una palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos encarnadas, boca entreabierta y torcida, dientes de ménos, vista empañada, atrevida y baja, las formas en fin de una chiquilla abortada y la mirada de una vieja corrompida; cincuenta años mezclados con quince años; uno de esos

á su mínima cuanta infima vecindad. Tenía el espíritu en otra parte, y donde está el espíritu, allí está la mirada. Más de una vez había debido él encontrarse y cruzarse con los Jondrette en el corredor y en la escalera; pero tales personas no eran para él sino sombras chinescas que se proyectaban en aquella médua claridad; tan poca atención había puesto él en aquellas gentes, que la noche anterior había tropezado en el boulevard con las hijas de Jondrette sin conocerlas, pues evidentemente eran ellas, y no sin mucho trabajo era como esta que acababa de entrar en su cuarto había despertado en él, en medio del asco, y de la compasión, un vago recuerdo de haberla encontrado en otra parte.

Ahora ya todo lo veía claro. Comprendía que su vecino Jondrette tenía por industria, en su angustiosa miseria, la de explotar la caridad de las personas benéficas, cuyas señas de habitación se procuraba él como podía, y que escribía, bajo nombres supuestos, á gentes á quienes él creía ricas y compasivas, cartas que sus hijas llevaban por su cuenta y riesgo, pues aquel padre había llegado hasta este extremo, de arriesgar á sus hijas; jugando él una partida con el destino y poniéndolas á ellas en el juego. Marius comprendía que probablemente, á juzgar por su fuga de la vispera, por lo sofocadas y sin alientos que venían huyendo, por su terror, y por aquellas palabras de *caló* que las había oído, aquellas desdichadas ejercían también no se sabe qué otra especie de oficios sombríos; resultando de todo esto, en medio de la sociedad humana tal cual está hoy formada, dos seres miserables que no eran ni niñas, ni jovencitas, ni mujeres; especies de monstruos impuros é inocentes producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, para las cuales no son ya posibles ni el bien ni el mal, y que,

al salir de la infancia, no poseen ya nada en este mundo, ni la libertad, ni la virtud, ni la responsabilidad. Almas que brotaron ayer, y que hoy ya están marchitas, semejantes á esas flores caídas en medio de la calle y que se ven desleídas y ajadas por toda especie de lodo y de inmunicia, hasta que pasa sobre ellas una rueda y las aplasta.

Entre tanto, y mientras que Marius fijaba en ella una mirada llena de asombro y de dolor, la jóven iba y venía por el aposento con una audacia de verdadero espectro, moviéndose y agitándose en todas direcciones sin preocuparse de su desnudez. Su camisa, deshecha y rasgada toda ella, se le caía á veces casi hasta la cintura. Removía las sillas, cambiaba de sitio á los objetos de tocador que estaban sobre la cómoda, manoseaba las ropas de Marius, escudriñaba lo que había en los rincones.

— ¡Vaya, dijo, tiene usted un espejo!

Y se ponía á tararear, como si estuviese sola, algunos trozos destrozados de vaudeville y cancionetas alegres que con su voz ronca y gutural hacía ella lúgubres. Bajo esta misma osadía, se vislumbraba un no sé qué de violento, de inquieto y de humillado. El descaro es una especie de vergüenza.

Nada era más triste y desconsolador que el ver aquella miserable criatura entretenerse y como revolotear por aquel cuarto, con movimientos de pájaro asustado por la luz, ó que tiene un ala rota. Vefase que con otras condiciones de educación y de destino, los modales alegres y libres de aquella muchacha indicaban que habría podido hacerse de ella una jóven de afable y encantadora presencia. Jamas entre los animales la criatura nacida para ser una paloma se convierte en osifraga. Esto sólo se ve entre los hombres.

Marius seguía entregado á sus cavilaciones, y la dejaba hacer cuanto quisiera.

Ella se acercó á la mesa.

— ¡ Ah ! dijo, ¡ libros ! ¡ tiene usted libros !

Y una vislumbre atrevesó entónces por sus empañados ojos. Se repuso, con cierto aire de satisfaccion, y su acento expresaba la dicha de vanagloriarse de algo, dicha á la cual nunca es insensible ninguna criatura humana :

— Yo sé leer.

Y se apoderó con viveza del libro que estaba abierto sobre la mesa, en el cual leyó de corrido y sin tropezar :

« El general Bauduin recibió órden de tomar con » los cinco batallones de su brigada el castillo de Hou- » gomont que se halla en medio de la llanura de Water- » loo..... »

Á llegar aquí se interrumpió y dijo :

— ¡ Ah ! ¡ Waterloo ! Yo conozco esto. Es una batalla de tiempos antiguos. Mi padre estuvo en ella. Mi padre ha servido en los ejércitos. ¡ Ande usted, que en casa somos todos muy bonapartistas ! Es contra los ingleses, Waterloo.

Volvió á colocar el libro sobre la mesa, tomó una pluma y exclamó :

— ¡ Tambien sé yo escribir !

Mojó la pluma en el tintero y se dirigió á Marius, diciéndole :

— ¿ Quiere usted verlo ? Mire usted, voy á escribir una palabra para ver.

Y ántes de que él hubiera tenido tiempo de responder, escribió ella en una hoja de papel blanco que habia sobre la mesa : *Las arpias están allí.*

Despues, tiró con la pluma y dijo :

— No hago faltas de ortografía. Puede usted verlo. Hemos recibido educacion mi hermana y yo. No siempre

hemos estado como estamos ahora. No estábamos acostumbradas.....

Aquí se detuvo, fijó su apagada pupila en Marius, y soltó una carcajada diciendo con cierta inflexion de voz que expresaba todas las angustias ahogadas por todos los cinismos :

— ¡ Vaya !

Y se puso á cantar entre dientes pero coa alegre entonacion la siguiente letrilla :

Padre, tengo hambre.
No hay guisado.
Madre, tengo frio.
No hay abrigo.
¡ Tirita,
Lolotte !
¡ Solloza,
Jacquot !

Apénas hubo concluido esta copla, exclamó de improviso:

— ¿ Va usted algunas veces al teatro, señor Marius ? Yo sí voy. Tengo un hermanito que es amigo de los artistas y que me suele dar billetes de vez en cuando. ¡ Ah ! pero lo que á mí no me gusta es ir á las banquetas de galería. Allí se está muy estrecho, son muy incómodos aquellos asientos, se está muy mal : y á veces hay gentuza, que hasta echa tambien mal olor.

Y en seguida se puso á considerar á Marius, hizo un gesto y un ademan extraño, y le dijo :

— ¿ Sabe usted, señor Marius, que es usted un jóven muy guapo ?

Y al mismo tiempo les ocurrió á ambos el mismo pensamiento, que la hizo sonreír á ella, y le sacó á él los colores á la cara.

Se acercó á él, y le puso una mano sobre el hombro :

— Usted no hace ningun caso de mí, pero yo le co-

nozco á usted, señor Marius. Le suelo encontrar en la escalera, y tambien lo veo algunas veces entrar en casa de uno que se llama el tío Mabeuf, que vive por el lado de Austerlitz, cuando voy paseando por aquel sitio. El pelo así desmelenado le va á usted muy bien.

Procuraba ella modular su voz haciéndola más suave y más dulce, sin que consiguiera otra cosa que hacerla muy baja. Una parte de las palabras que quería pronunciar se perdía en el trayecto de la laringe á los labios, como sucede en un teclado en que faltan notas.

Marius se había apartado de ella lentamente y como sin designio marcado.

— Joven, la dijo con su fría gravedad, ahí tengo un paquete que, según creo, es de usted. Permítame que se le entregue.

Y la entregó, en efecto, la carpeta que encerraba las cuatro cartas.

Dió ella con sus manos una fuerte palmada, y gritó

— ¡ Lo hemos buscado por todas partes!

En seguida cogió vivamente el paquete, y deshizo la cubierta, diciendo al mismo tiempo:

— ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! ¡ si lo hemos buscado, mi hermana y yo! ¡ usted fué quien le halló! en el boulevard, ¿ no es verdad? ¿ debió ser en el boulevard? Vea usted, esto cayó al suelo, cuando íbamos corriendo. Ese arrapiezo de mi hermana fué quien hizo esta tontería. Al entrar en casa, nos hallamos sin el paquete. Como no teníamos ninguna gana de que nos dieran una buena zurra, porque con esto no se adelantaba nada, una zurra más ó ménos es una cosa enteramente inútil, absolutamente inútil, y á nosotras no nos hace bien ninguno tampoco, dijimos en casa que habíamos llevado las cartas á las personas, y que nos había dicho: ¡ Nones! ¡ Y están aquí esta pobres cartas! ¿ Pero en qué ha conocido us-

ted que eran mías? ¡ Ah! ¡ sí, en la letra? ¿ Conque entonces era usted aquel sugeto con quien tropezamos al pasar corriendo anoche? ¡ No se veía nada, cá! Yo dije á mi hermana: ¿ Es ese algun señor? Y mi hermana me dijo: ¡ Creo que es un señor!

Entre tanto, habia ella desdoblado la súplica dirigida « al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. »

— ¡ Toma! dijo, es la de ese viejo que va á misa. Á propósito, esta es la hora. Voy á llevársela. Quizas nos dará para almorzar.

Después se echó á reír otra vez, y añadió:

— ¿ Sabe usted lo que hará esto, si hoy almorzamos? Esto será que haremos nuestro almuerzo de antes de ayer, nuestra comida de antes de ayer, nuestro almuerzo de ayer, nuestra comida de ayer, todo junto en una sola vez, esta mañana. ¡ Toma! ¡ pardiez! ¡ y si no estáis contentos, reventar y morirse, perros!

Esto hizo que Marius se acordara de lo que la desgraciada venía á buscar á su cuarto.

Se metió la mano en los bolsillos de su chaleco, pero no halló nada.

La joven continuó, y parecía hablar como si no tuviera ya conciencia de que Marius se hallaba allí:

— Á veces, me voy por la noche. Á veces, no entro, paso la noche fuera de casa. Antes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos apretábamos unos contra otros, para no helarnos. Mi hermanita lloraba. ¡ El agua! ¡ qué triste es el agua! Cuando yo pensaba en ahogarme, decía: No; está demasiado fría. Yo voy sola siempre que quiero, y á veces duermo en los fosos. Sabe usted, por la noche, cuando voy andando por el boulevard, veo los árboles que parecen grandes horquillas, veo las casas enteramente negras

y altas como las torres de Nuestra-Señora, se me figura que las paredes blancas son el río, y digo para mí: ¡Toma, hay aquí agua! Las estrellas son como candilejas ó lamparillas de iluminación; parece como que echan humo y que el viento las apaga; y yo estoy pasmada, como si tuviera caballos que me soplaran en el oído; aunque sea por la noche, oigo siempre órganos de Berbería y las mecánicas de hilandaría, ¿qué sé yo cuántas cosas oigo? Creo que me tiran piedras, y echo á correr sin saber por dónde y todo da vueltas... da vueltas! Cuando una no ha comido, es muy raro lo que ve.

Y miraba á Marius con ademán irresoluto y la vista extraviada.

Á fuerza de buscar y de profundizar en sus bolsillos Marius acabó por reunir cinco francos y diez y seis sueldos. Era todo cuanto él poseía en aquel momento. — Por de pronto, hé aquí mi comida de hoy; mañana, veremos.

Tomó para sí los diez y seis sueldos, y dió los cinco francos á la jóven.

Ella los cogió, y dijo:

— ¡Bueno! tenemos sol.

Y como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro grandes masas de caló, prosiguió charlando en este grosero lenguaje, y apostrofando y arengando á Marius con corta diferencia, en estos términos:

— ¡Cincos francos! ¡un duro! ¡un monarca reluciente! ¡Soberbio! ¡usted es un buen bedoro y yo le diño mi garlochín! ¡Viva la gente rumbosa! ¡ya tenemos aquí para dos días de buena pitanza! ¡jamaremos buena brinza y piyaremos buen mol y peñascaró á la salud de este camará!

Se subió la camisa, que casi le caía á la cintura, hasta los hombros, hizo un profundo saludo á Marius, en se-

guida un signo familiar con la mano, y se dirigió hácia la puer'a diciendo:

— Buenos dias, señor. De todos modos, voy en busca de mi viejo.

De paso notó que había sobre la cómoda una corteza de pan muy seca, cubierta de moho y de polvo; la agarró y la dió una tarascada, refunfuñando al mismo tiempo:

— ¡Qué bueno! qué duro! qué rompe bien los dientes!
Y se marchó.

apaga para él en el exterior, y la luz moral se extingue también en el interior; en medio de estas sombras, el hombre encuentra la debilidad de la mujer y la de los niños, y las hace doblegar violentamente á las mayores ignominias.

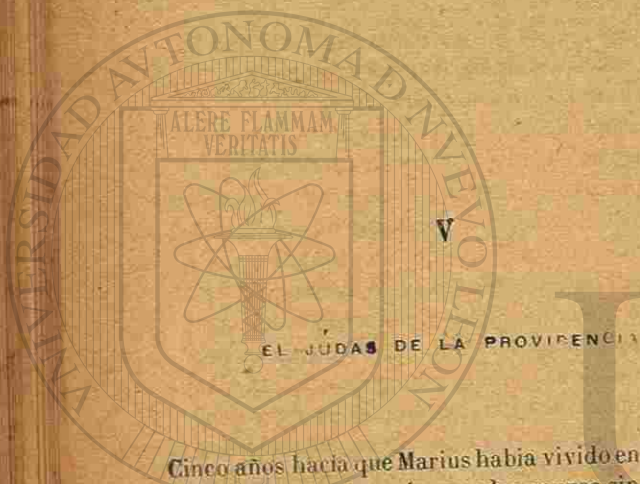
En tal situación, todos los horrores son posibles. La desesperación está rodeada de frágiles tabiques que comunican todos con el vicio ó con el crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y austeras delicadezas de la carne aún nueva, el corazón, la virginidad, el pudor, esa epidermis del alma, todas estas cosas, deciuos, se hallan siniestramente maltratadas por ese titubeo que busca recursos, que sólo encuentra el oprobio, y que se acomoda con él. Padres, madres, hijos, hermanos, hermanas, hombres, mujeres, hijas, se adhieren y se agregan, casi como una formación mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias, de inocencias. Se acurrucan, respaldándose unos en otros, en una especie de destino-tugurio. Se miran recíprocamente de un modo lamentable. ¡ Ah! los desgraciados! ¡ qué pálidos están! ¡ qué frío tienen! Diríase que se hallan en un planeta mucho más lejos del sol que nosotros.

Aquella joven fué para Marius una especie de enviada de las tinieblas.

Ella le reveló toda una horrible fase de la noche.

Casi se reprendió Marius las preocupaciones de ensueño y de pasión que le habían impedido hasta este día dirigir una mirada hácia sus vecinos. Haber pagado su alquiler, era un movimiento maquinal; cualquiera otra persona, — decía él entre sí, — habría tenido este movimiento; pero él, Marius, debía haber hecho más que esto. ¡ Cómo! sólo una pared le separaba de aquellos seres abandonados, que vivían á tientas en la oscuridad de la noche, fuera del resto de los vivientes, se codeaba con ellos en



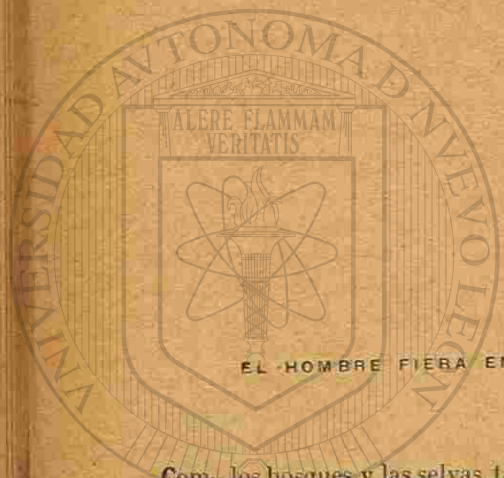
Cinco años hacía que Marius había vivido en la pobreza, en la desnudez, en los más grandes apuros sin duda; pero hasta este momento no se persuadió de que no había conocido él la verdadera miseria. La verdadera miseria, era la que acababa él de ver en aquel instante. Era aquella larva que acababa de pasar ante sus ojos. Y es que, en efecto, el que no ha visto sino la miseria del hombre no ha visto nada, es preciso que vea la miseria de la mujer; el que no ha visto sino la miseria de la mujer no ha visto nada aún, es menester que vea la miseria de la infancia.

Cuando el hombre ha llegado á las últimas extremidades, llega al mismo tiempo á los últimos recursos. ¡ Desgraciados los seres sin defensa que le rodean! El trabajo, el salario, el pan, la hambre, el valor, la buena voluntad, todo le falta á la vez. La claridad del día parece que se

aquellos corredores y en la escalera, era él en cierto modo el último eslabon del género humano que ellos tocaban, los oía vivir, ó más bien, oía su lamentable estertor allí al lado de su morada y de su propio lecho, y no había prestado la menor atención á aquellas criaturas, víctimas de la miseria y del sufrimiento! todos los días, á cada instante, al través del tabique, los oía andar, ir, venir, hablar, y ni siquiera aplicaba su oído! Y en aquellas palabras había gemidos, y él no los escuchaba, distraída su mente en otra parte, en desvarios y ensueños, en esplendores imposibles, en amores en el aire, en locuras; y entre tanto, unas criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos en el pueblo, agonizaban junto á él! ¡agonizaban inútilmente! aún formaba él parte de su desgracia, y la agravaba. Pues si ellos hubieran tenido otro vecino, en vez de él, un vecino ménos quimérico y más atento, un hombre ordinario y caritativo, es evidente que habría notado su extrema indigencia; sus signos de desamparo y de angustia habrían sido observados, ¡y tal vez habrían sido recogidos y salvados mucho tiempo há! Sin duda que ellos parecían muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, y aún muy odiosos; pero son raros los que han descendido á ese extremo sin degradarse; además, hay un punto en que los infortunados y los infames se mezclan entre sí y se confunden en una sola palabra, palabra fatal, los miserables; ¿pero quién tiene la culpa? ¿Y sobre todo, cuando la caída es más profunda, no debe ser la caridad más grande?

Miéntras que así se dirigía él mismo esta plática moral y doctrinal, pues había ocasiones en que Marius, como todos los corazones verdaderamente honrados, era para sí su propio pedagogo y se reprendía más aún de lo que merecía, consideraba la pared que le separaba de los Jondrette, como si hubiera él podido hacer que penetrase

aquel tabique su mirada llena de piedad, para que fuera á consolar y aliviar á aquellos desventurados. La pared era una débil lámina de yeso sostenida con listones y maderos, y que, como acabamos de decirlo, dejaba perfectamente distinguir el ruido de las voces y aún de la conversacion. Era menester ser el soñador Marius para no haber notado nada aún. Ni siquiera estaba recubierto de papel aquel frágil tabique. lo mismo por el lado de los Jondrette que por el lado de Marius; dejando ver al desnudo su grosera construcción. Casi sin tener conciencia ninguna de lo que hacía ni de lo que le pasaba, se puso Marius á examinar aquel tabique; á veces sucede que el delirio examina, observa y escudriña como lo haría el pensamiento. De repente, se levantó; acababa de notar hácia lo alto de la pared, muy cerca del techo, un agujero triangular formado por tres listones que dejaban entre sí un vacío. El yeso que había debido tapar aquel vacío había caído ó le habían quitado, y subiendo sobre la cómoda, se podía mirar por aquella abertura al chiribitil ocupado por los Jondrette. También la conmiseracion tiene y debe tener su curiosidad. Este agujero formaba una especie de júdas. Es cosa permitida mirar traidoramente al infortunio, para socorrerle. — Veamos un momento lo que son estas gentes, dijo Marius para sí, y cómo se encuentran. Subió sobre la cómoda, acercó su pupila á la rendija, y se puso á mirar.



Como los bosques y las selvas, también las ciudades tienen sus antros donde se oculta todo lo más malo y más temible que ellas encierran. Sólo que, en las ciudades, lo que se oculta así es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo; mientras que, en los bosques, lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir, bello. Guardadas por guardadas, las de los animales son preferibles á las de los hombres. Las cavernas valen más que las zahurdas.

Lo que Marius veía era una zahurda.

Marius era pobre y su cuarto mostraba la indigencia, pero así como su pobreza era noble, su tugurio estaba limpio. El zaquizami donde penetraban sus miradas en este momento era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso, sórdido. Por todo mueblaje tenía una silla de paja, una mesa desvencijada, algunos cacharros viejos, y en dos rincones,

dos indescriptibles y asquerosos camastros; por toda claridad, un ventanillo de bohardilla, con cuatro vidrios, y cubierto de telarañas. Por esta claraboya entraba justamente la luz necesaria para que la cara de un hombre apareciese como el rostro de una fantasma. Las paredes tenían un aspecto leproso, y se hallaban cubiertas de costuras y de cicatrices como una cara desfigurada por alguna horrible enfermedad; rezumándose de ellas una humedad grasienta, y distinguiéndose á trechos varios dibujos obscenos groseramente trazados con carbon.

El cuarto que Marius habitaba tenía un pavimento de ladrillos bastante deteriorado; pero aquel otro ni estaba enladrillado, ni entarimado; andándose por él al desnudo sobre el antiguo yeso de la casucha ennegrecido con las pisadas. Sobre aquel suelo desigual, donde el polvo se hallaba como incrustado, y que no tenía sino una virginidad, la de la escoba, se agrupaban caprichosamente constelaciones de chancletas, de zapatos viejos y de inmundos harapos; por lo demás, aquel cuarto tenía una chimenea. Por eso costaba su alquiler cuarenta francos anuales. En aquella chimenea había de todo, un escalador, una marmita, unas tablas rotas, andrajos colgados de unos clavos, una jaula, ceniza, y hasta un poco de lumbré. Dos tizones humeaban allí tristemente.

Una circunstancia contribuía también á aumentar el horror de aquel desvan; es que era grande. Había allí puntos entrantes y salientes, ángulos, agujeros negros, bajos de tejado, bahías y promontorios. De aquí, horrendos ó insondables rincones, donde parecía que debían de agazaparse arañas tan gruesas como el puño, cucarachas tan grandes como el pié, y aún tal vez no se sabe qué especie de seres humanos monstruosos.

Uno de los camastros se hallaba junto á la puerta, el otro junto á la ventana. Ambos tocaban por una extre-

midad á la chimenea y hacian frente á Marius. En un rincón inmediato á la abertura por donde Marius estaba mirando, veíase colgada á la pared, en un marco de madera pintado de negro, una estampa coloreada por bajo de la cual se leía en gruesos caracteres : EL SUEÑO. Este cuadro representaba una mujer dormida y un niño dormido, el niño sobre las rodillas de la mujer, un águila en una nube llevando una corona en el pico, y la mujer apartando la corona de la cabeza del niño, pero sin despertar; en el fondo estaba Napoleon circundado de gloria, apoyándose en una columna azul turquí con capitel marillo, adornada con esta inscripcion :

MARINGO

AUSTERLITZ

IENA

WAGRAMME

ELOT

Por bajo de este marco, hállabase en el suelo, y apoyándose en plano inclinado contra la pared, una especie de tablero, que tenía trazas de un cuadro vuelto, de algun bastidor probablemente embadurnado en el lado que dejaba oculto hácia la pared, de algun tremó desprendido de una pared y olvidado allí esperando que le vuelvan á colgar.

Junto á la mesa, sobre la cual distinguia Marius una pluma, tintero y papel, estaba sentado un hombre como de sesenta años, pequeño, delgado, livido, huraño, con trazas de sagaz, cruel é inquieto; un desharrapado asqueroso.

Lavater, si hubiera considerado aquel semblante, habría encontrado en él al buitres mezclado con el procura-

dor; el ave de rapiña y el hombre de embrolla aleándose y completándose el uno por el otro, el hombre de embrolla haciendo al ave de rapiña innoble, y el ave de rapiña haciendo horrible al hombre de embrolla.

Aquel hombre tenía una larga barba gris. Estaba vestido con una camisa de mujer que dejaba ver su pecho velludo y sus brazos desnudos y erizados de pelos grises. Bajo aquella camisa, veíase pasar un pantalon mugriento, y unas botas por cuyos agujeros le salian los dedos de los piés.

Tenía una pipa en la boca y estaba fumando. Ya no había pan en aquel zaquizami, pero aún había tabaco.

Estaba escribiendo, probablemente alguna carta por el estilo de las que había leído Marius.

En una punta de la mesa se veía un volúmen viejo rojizo, deseabalado, cuyo tamaño, que era el antiguo en 12.º de los gabinetes de lectura, revelaba ser una novela. En la cubierta, se ostentaba este título impreso en enormes mayúsculos : DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY-DUMINIL, 1814.

Al mismo tiempo que escribía, el hombre hablaba en alta voz, y Marius pudo oírle estas palabras :

— ¡ Decir que no ha de haber igualdad, ni siquiera despues de muertos! ¡ Háganme ustedes el favor de ver el Père-Lachaise! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en la avenida de las acacias, que tiene hasta su pavimento. Allí pueden llegar en coche. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡ qué! los echan en lo más bajo, donde hay lodo hasta las rodillas, en los hoyos, en la humedad. ¡ Los ponen allí para que se acaben de consumir más pronto! No se puede ir á verlos sin atascarse en la tierra, es decir, en el barro.

Al llegar aquí se detuvo, dió un fuerte puñetazo en la mesa, y añadió rechinando los dientes :

— ¡ Oh! me comería el mundo entero!

Una mujerona, que podía tener cuarenta años ó cien años, estaba acurrucada junto á la chimenea, sobre sus talones desnudos.

También ella se hallaba vestida solamente con una camisa y unas enaguas blancas de punto de media remendadas con pedazos de paño viejo. Un delantal de lienzo grueso tapaba la mitad de las enaguas. Aunque esta mujer estaba como doblada y recogida sobre sí misma, veíase bien que era de una talla bastante elevada. Al lado de su marido, era una especie de gigante. Tenía una horrenda cabellera de un rubio bermejo que empezaba á encanecer, y que de vez en cuando removía ella con sus manazas lustrosas y de uñas aplanadas.

Á su lado se hallaba en el suelo, enteramente abierto, un volumen del mismo tamaño que el otro, y probablemente de la misma novela.

Sobre uno de los camastros, distinguía Marius una especie de jovencita, larga y descolorida, casi desnuda, sentada, con los piés colgando, y que ni daba señales de escuchar, ni de ver, ni de vivir.

Sin duda era la hermana menor de la que había venido á su cuarto.

Parecía como de once á doce años; pero examinándola con atención, se reconocía que rayaba ya bien en los catorce. Esta era la niña que decía la noche anterior en el boulevard: *¡ Yo me las guille, me las guille, me las guille!*

Era una de esas criaturas enfermizas que permanecen mucho tiempo en retraso para su desarrollo, y que después crecen súbitamente y de prisa. La indigencia es la que procrea esas tristes plantas humanas. Estas criaturas no tienen infancia ni adolescencia. Á los quince años, representan doce, á los diez y seis parecen que tienen veinte.

Hoy son niñas, y mañana las encontraréis mujeres. Diríase que recorren la vida á trancadas, para acabarla así más pronto.

En este momento, aquel sér tenía el aspecto de una niña.

Por lo demás, en aquella morada no se revelaba la presencia de ningún trabajo; ni un bastidor, ni un torno, ni un útil de ningún género. Sólo había en un rincón un poco de hierro viejo de un aspecto dudoso. Era la triste pereza que se sigue á la desesperación y que precede á la agonía.

Marius consideró durante largo rato aquel interior fúnebre más espantoso que el interior de una tumba, pues aquí se sentía removerse el alma humana y palpitar la vida.

El tugurio, la cueva, la honda fosa donde ciertos indigentes se arrastran en las más bajas regiones del edificio social no es enteramente el sepulcro, pero es su antecámara; y á la manera que los ricos suelen á veces ostentar sus más valiosas y espléndidas magnificencias á la entrada de sus palacios, parece que la muerte, que se halla muy cerca de aquí, coloca sus más grandes miserias en este vestíbulo.

El hombre había callado al fin, la mujer no hablaba, la jovencita no parecía respirar siquiera. Sólo se oía la pluma girar sobre el papel.

El hombre se puso á regañar, sin cesar de escribir: — ¡ Canalla! canalla! todo es canalla!

Esta variante á la epifonema de Salomón arrancó por fin un suspiro á la mujer.

— Cálmate, cariño mío, le dijo. No vayas á ponerte malo, querido. Demasiado bueno eres tú en escribir á toda esa gente, esposito mío.

En la miseria, los cuerpos se estrechan los unos contra los otros, como en el frío, pero los corazones se alejan.

Aquella mujer, segun todas las apariencias, habia debido amar á aquel hombre con toda la suma de amor de que ella era susceptible; pero probablemente, en los recíprocos y cotidianos reproches propios de la extrema y horrible pobreza que pesaba sobre aquel grupo, el amor conyugal se habia extinguido del todo en ella. Ya no habia en su corazon, para el marido, sino las cenizas de la afeccion. Sin embargo, las caricias del lenguaje, como de ordinario sucede, habian sobrevivido. Ella le decia *esposito*, *cariño mio*, *querido*, etc., con la boca, callándose el corazon.

El hombre habia vuelto á continuar escribiendo.

VII

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

Con el corazon oprimido iba Marius á descender ya de la especie de observatorio que él se habia improvisado, cuando cierto ruido vino á llamar su atencion, haciéndole permanecer aún en su puesto.

La puerta de aquel zaquizami acababa de abrirse bruscamente; y la hija mayor apareció en el umbral. Traia puestos unos grandes zapatos de hombre, llenos de lodo que le habia salpicado hasta por encima de los tobillos, y venia cubierta con un manton viejo, hecho jirones, que Marius no la habia visto una hora ántes, pero que probablemente habia dejado ella á su puerta, para inspirar más compasion, volviendo á ponerse al salir. Entró, cerró la puerta, se detuvo para tomar alientos, pues venia muy sofocada, y despues exclamó con una expresion de triunfo y de gozo:

— ¡Viene!

El padre volvió la vista, la madre volvió la cabeza, la hermanita no se movió ni se alteró siquiera :

— ¿Quién? preguntó el padre.

— ¡El señor!

— ¿El filántropo?

— Sí.

— ¿De la iglesia de Saint-Jacques?

— Sí.

— ¿Aquel viejo?

— Sí.

— Y va venir aquí?

— Me sigue.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura.

— ¿Pero, de veras, viene?

— Viene en un coche.

— En coche. ¡Es Rothschild!

El padre se levantó.

— ¿Cómo es que estás segura? si viene él en coche, ¿cómo sucede que llegas tú antes que él? ¿le has dado bien las señas de nuestra habitación siquiera? ¿le has dicho bien la última puerta, al fin del corredor, á la derecha? ¡con tal que no se equivoque! ¿conqué le encontraste en la iglesia? ¿leyó él mi carta? ¿qué es lo que te dijo?

— ¡Ta, ta, tal dijo la muchacha, ¡qué de prisa vas tú, buen hombre! Hé aquí lo que ha pasado: entré en la iglesia, él se hallaba en su sitio de costumbre, le hice mi reverencia correspondiente, y le entregué la carta: la leyó, y en seguida me dijo: ¿Dónde vive usted, niña? Le dije: Señor, yo voy á conducirlo á usted. Él me respondió: No, déme usted las señas de su habitación, mi hija tiene que

† Santiago.

hacer varias compras, yo voy á tomar un coche, y llegaré á su casa de usted al mismo tiempo que usted llegue. Y le di las señas. Cuando le dije la casa, pareció sorprenderse, y que vacilaba un instante; pero despues añadió: No le hace, irá. Al acabarse la misa, le vi salir de la iglesia con su hija, y tambien los vi entrar en un coche. Yo le dije bien claro, la última puerta al fin del corredor, á la derecha.

— ¿Y quién te dice á ti que vendrá?

— Yo que acabo de ver el coche que llegaba á la calle del Petit-Banquier. Por eso eché á correr en seguida.

— ¿Y cómo sabes tú que es el mismo coche?

— ¡Toma! ¡porque habia reparado el número!

— ¿Qué número tiene?

— El 440.

— Está bien, eres una muchacha de talento.

La jóven miró resueltamente á su padre, y mostrándole al calzado que llevaba en sus piés, le dijo:

— Una muchacha de talento, es posible; pero lo que digo es que no me pondré ya nunca más estos zapatos, y que no los quiero ya, primero por la salud, y despues por la limpieza. Yo no conozco nada más cargante que unas suelas que van siempre riñendo con la planta del pié, y que no cesan de hacer chas, chas, chas, por todo el camino. Prefiero ir con los piés descalzos.

— Tienes razon, la contestó el padre con un tono de afabilidad que contrastaba con la rudeza de la muchacha, pero es que descalza no te dejarian entrar en las iglesias; es preciso absolutamente que los pobres tengan zapatos. No se va con los piés por el suelo á la casa de Dios, añadió él con amargura. Y despues, volviendo al asunto que le preocupaba, la dijo:

— Vamos, ¿estás tú segura, bien segura de que viene?

— Detras de mis talones, contestó la jóven.

El hombre se enderezó. Una especie de iluminación brillaba en su semblante.

— ¡ Esposa ! gritó, ya lo oyes, Va á venir el filántropo. Apaga la lumbre.

La madre, con la agilidad de un saltimbánquis, cogió un cacharro viejo que estaba sobre la chimenea y echó agua sobre los tizones.

En seguida, dirigiéndose á su hija mayor :

— ¡ Tú ! la dijo, arranca la paja á la silla !

Su hija nada comprendía.

Cogió él la silla, y de una fuerte patada, con el talon, dejóla sin asiento, haciendo pasar su pierna al traves de él.

Mientras que sacaba la pierna de entre las pajas de la silla, preguntó á su hija :

— ¿ Hace frio ?

— Muchísimo. Está nevando.

Dirigióse entónces el padre hácia la hija menor, que se hallaba siempre sobre la cama junto á la ventana, y la gritó con voz de trueno :

— ¡ Pronto ! fuera de la cama, ¡ holgazana ! ¡ nunca has de hacer tú nada ! ¡ rompe corriendo una vidriera !

La chica saltó de la cama tiritando.

— ¡ Rompe un vidrio de esos ! repitió el padre.

La niña se quedó como sobrecogida y cortada.

— ¿ No me entiendes ? añadió él á gritos, ¡ te digo que rompas una vidriera !

La muchacha, con una especie de obediencia maquinal, aterrada, se empinó sobre las puntas de sus piés, y dió una fuerte puñada en un vidrio, el cual se rompió cayendo al suelo en pedazos y formando gran ruido.

— Bien, dijo el padre.

Estaba grave y brusco. Su mirada recorría rápidamente todos los rincones y escondrijos del desvan.

Diríase que era un general que está haciendo los últimos preparativos en el momento en que va á empezar la batalla.

La madre, que no habia pronunciado todavía ni una sola palabra, se levantó y preguntó con voz lenta y sorda y cuyas palabras parecían salir coaguladas :

— ¿ Querido, qué es lo que quieres hacer ?

— Métete tú en la cama al instante, la respondió el marido.

El tono en que él lo ordenaba no admitia deliberacion. La madre obedeció y se dejó caer á plomo sobre uno de los camastros.

Á este tiempo se oyeron sollozos que partian de un rincón.

— ¿ Qué viene á ser eso ? gritó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra donde se habia acurrucado, enseñó su mano derecha chorreando sangre. Al romper la vidriera se habia herido ; fué á instalarse junto al camastro de su madre, y lloraba silenciosamente.

Ahora tocó el turno á la madre, la cual se incorporó en su lecho y empezó á gritar :

— ¡ Ya lo estás viendo ! ¡ mira las bestialidades que tú haces ! ¡ al romper tu vidriera, la chica se ha cortado !

— ¡ Tanto mejor ! dijo el hombre, eso estaba previsto.

— ¿ Cómo ? ¡ tanto mejor ! repuso la mujer...

— ¡ Silencio ! replicó el padre, declaro suprimida la libertad de imprenta.

En seguida, rasgando en jirones la camisa de mujer que tenia él puesta improvisó un vendaje de lienzo con el cual envolvió muy de prisa la mano ensangrentada de la muchacha.

Hecho esto, su vista se fijó con satisfacción en la camisa rasgada.

— Y la camisa también, dijo. Todo esto tiene buen aspecto.

Un viento helado silbaba en la vidriera rota penetrando en el aposento. La bruma de fuera también entraba, dilatándose en forma de una especie de acolchado blanquizo, vagamente esparcido por dedos invisibles. Por entre el vidrio roto se veía caer la nieve. El frío prometido en la víspera por el sol de la Candelaria había venido en efecto.

El padre paseó una mirada en torno suyo, como para asegurarse de que no había olvidado nada. Tomó una pala vieja y echó ceniza sobre los tizones mojados, de modo que quedasen completamente cubiertos.

Después, levantándose y apoyándose de espaldas contra la chimenea, dijo:

— Ahora, ya podemos recibir al filántropo.

VIII

RAYO DE LUZ EN EL TABUCCO

La hija mayor se acercó y puso su mano sobre la del padre diciéndole:

— Tienta, verás qué frío tengo.

— ¡Ea! respondió el padre, yo tengo mucho más frío que tú.

La madre gritó impetuosamente:

— ¡Tú siempre lo has de tener todo mejor que los otros, hasta el mal!

— ¡Abajo! dijo el hombre.

Y la madre, mirada por él de cierta manera, guardó silencio.

Reino este en el desván durante unos momentos, en que todos callaron. La hija mayor se entretiene en quitar el lodo á su manto, con cierto ademán de abandono ó de indiferencia; la pequeña continuaba sollozando; la

madre le habia tomado la cabeza entre sus manos, y la cubria de besos diciéndola en voz baja :

— Tesoro mio, cállate, tu madre te lo ruega, eso no será nada, no llores, que vas á enfadar á tu padre.

— ¡No! gritó el padre, al contrario, solloza! solloza! eso hace bien.

Y volviéndose hácia la mayor, la dijo :

— ¡Ah! ¿pero y ese hombre? ¡no viene! no llega nunca! ¿y si le diera por no venir? ¡habria yo apagado mi lumbré, desfogado mi silla, rasgado mi camisa y roto mi vidriera de balde!

— ¡Y herido á la niña! murmuró la madre.

— ¿Saben ustedes, repuso el padre, que hace un frio de perros en este desvan de todos los diablos? ¡Y si ese hombre no viniera! ¡Oh! ¡ahí lo ven ustedes, como se hace esperar! él dice sin duda : ¡Y bien! me esperarán! ¡que me esperen! No tienen otra cosa que hacer! — ¡Ah, cómo los aborrezco, y con qué júbilo los ahorcara, con qué gozo, con qué entusiasmo los estrangularia yo á todos los ricos! á todos esos ricos! esos supuestos hombres caritativos y benéficos, que se hacen los amibarados, que van á misa, y al sermón, que frecuentan el trato de la clérigalla, que andan siempre con que si hoy predicán aquí, si mañana predicarán allá, á vueltas con los solidos, que se creen superiores á nosotros, y vienen á humillarnos, y á traernos.... « ropas! » ¡como ellos dicen! ¡trapos, que no valen cuatro sueldos, y pan! ¡no es eso lo que yo quiero, hato de canallas! ¡sino dinero! ¡Ah! dinero! ¡eso... jamas! ¡porque dicen que nos vamos en seguida á convertirle en vino, y á beberle en la taberna, y que somos unos borrachos y unos holgazanes! ¡y ellos! ¿qué es lo que ellos son, y qué es lo que han sido en toda su vida? ¡ladrones! ¡sin esto no se habrian enriquecido nunca! ¡Oh! debería tomarse á la sociedad por

las cuatro puntas del mantel, y arrojarla toda ella al aire! ¡todo se romperia, es posible, pero á lo ménos, nadie tendria ya nada, y al cabo esto habríamos adelantado! — ¿Pero qué diablos hace tu horror de señor benéfico? vendrá, ó no vendrá? ¡el animal, habrá olvidado tal vez las señas! apuesto á que ese bestia de viejo...

En este momento se hizo oír un golpecito suave en la puerta; el hombre se precipitó á abrirla, deshaciéndose y exclamando en seguida en los más profundos saludos y en sonrisas de adoracion :

— ¡Entre usted, señor! dignese usted entrar, mi respetable bienhechor, como tambien su encantadora y bella señorita.

Un hombre de edad madura y una jovencita aparecieron á la puerta del desvan.

Marius no habia abandonado su puesto. Lo que él experimentó en este momento no puede expresarlo la lengua humana.

¡Era Ella!...

Sólo el que ha amado conoce todos los sentidos radiantes que contienen las tres letras de esta palabra : Ella.

En efecto, era ella. Apenas si podia distinguirla Marius por entre el vapor luminoso que súbitamente se habia esparcido sobre sus ojos. Era aquel dulce sér ausente, aquel astro que le habia iluminado durante seis meses, era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel hermoso rostro desvanecido y cuya desaparicion habia causado una noche tenebrosa en su mente y en su corazón. ¡La vision se habia eclipsado, y reaparecia!

¡Reaparecia en aquella sombra, en aquel desvan, en aquel tabuco disforme, en medio de aquel horror!

Marius temblaba desatinadamente. ¡Cómo! era ella! las palpitations de su corazón le turbaban la vista. Sentíase pronto á deshacerse y anegarse en llanto. ¡Qué! la

veía al fin, después de haberla buscado en vano durante tanto tiempo ! le parecía que había perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Ella era siempre la misma, sólo que estaba algo pálida; su cara delicada llevaba por marco un gorro de terciopelo morado, y su talle iba envuelto en una manteleta de raso negro. Bajo su largo vestido, entreveíase su pié diminuto encerrado en unos bolitos de seda.

Iba como siempre, acompañada del señor Leblanc.

Había dado ella algunos pasos en el cuarto, y depositó sobre la mesa un paquete bastante voluminoso.

La mayor de las dos Jondrette se había retirado detrás de la puerta, desde donde miraba con ojos sombríos aquel sombrero de terciopelo, aquel manto de seda y aquel rostro hermoso y feliz.

IX

JONDRETTE CASI LLORANDO

El desván estaba tan oscuro, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar la impresión que produce la entrada en un sótano. Los dos recién llegados avanzaron pues con cierta hesitación, distinguiendo apenas unas figuras vagas en derredor de ellos, mientras que ellos á su vez eran perfectamente vistos y examinados por los moradores del chiribití, habituados á aquel crepúsculo.

El señor Leblanc se acercó, con su bondadosa y triste mirada, y dijo al tío Jondrette:

— En ese paquete hallará usted, señor mío, algunas ropas nuevas, medias y colchas de lana.

— Nuestro angélico bienhechor nos colma de beneficios, dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo. — Y después, acercándose al oído de su hija la mayor, mién

veía al fin, después de haberla buscado en vano durante tanto tiempo ! le parecía que había perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Ella era siempre la misma, sólo que estaba algo pálida; su cara delicada llevaba por marco un gorro de terciopelo morado, y su talle iba envuelto en una manteleta de raso negro. Bajo su largo vestido, entreveíase su pié diminuto encerrado en unos bolitos de seda.

Iba como siempre, acompañada del señor Leblanc.

Había dado ella algunos pasos en el cuarto, y depositó sobre la mesa un paquete bastante voluminoso.

La mayor de las dos Jondrette se había retirado detrás de la puerta, desde donde miraba con ojos sombríos aquel sombrero de terciopelo, aquel manto de seda y aquel rostro hermoso y feliz.

IX

JONDRETTE CASI LLORANDO

El desván estaba tan oscuro, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar la impresión que produce la entrada en un sótano. Los dos recién llegados avanzaron pues con cierta hesitación, distinguiendo apenas unas figuras vagas en derredor de ellos, mientras que ellos á su vez eran perfectamente vistos y examinados por los moradores del chiribití, habituados á aquel crepúsculo.

El señor Leblanc se acercó, con su bondadosa y triste mirada, y dijo al tío Jondrette:

— En ese paquete hallará usted, señor mío, algunas ropas nuevas, medias y colchas de lana.

— Nuestro angélico bienhechor nos colma de beneficios, dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo. — Y después, acercándose al oído de su hija la mayor, mién

tras que los dos visitantes examinaban aquel interior lamentable, anadió en voz baja y rápidamente :

— ¿Eh? ¿qué es lo que yo decía? ¡trapos; nada de dinero. ¡ Todos son lo mismo! Á propósito, ¿ cómo iba firmada la carta que llevaste á este zorro viejo?

— Fabantou, respondió la hija.

— El artista dramático, ¡ Bueno!

Y á fe que no le llegó la noticia á destiempo á Jondrette, porque en aquel mismo instante se dirigia á él el señor Leblanc, y le decía, con ese tono y ademan del que anda en busca de un nombre.

— Ya veo que es usted muy digno de compasion, señor...

— Fabantou, respondió vivamente Jondrette.

— Señor Fabantou, sí, eso es. Ya lo recuerdo.

— Artista dramático, caballero, y que ha obtenido sus triunfos.

Aquí creyó Jondrette evidentemente llegado el instante de apoderarse del « filántropo ». Y exclamó con cierto gesto y cierta entonacion de voz que participaba á la vez de los humillos de vanidad propios del charlatan ó titiritero de las ferias y de la humildad del mendigo de las grandes rutas : — ¡ Discipulo de Talma! ¡ caballero! Yo soy discipulo de Talma! La fortuna me sonreía en otro tiempo. Pero, ¡ ah! ahora, está en turno para mí la desgracia. Vea usted, mi bienhechor, estamos sin pan, y sin lumbre. Mis pobres, criaturas no tienen lumbre en la chimenea para calentarse, con estos frios que están haciendo! Mi única silla está sin asiento! ¡ Una vidriera se halla rota! ¡ y con el tiempo que hace! ¡ Mi esposa en cama, enferma!

— ¡ Pobre mujer! dijo el señor Leblanc.

— ¡ Mi niña herida! añadió Jondrette.

La chica, distraída con la llegada de las dos personas

extranjeras, se habia puesto á contemplar á « la señorita, » y habia cesado de sollozar.

— ¡ Gimpla, tú, pues ¡ hora! la dijo Jondrette en voz baja.

Al mismo tiempo la pellizcó en la mano enferma. Todo esto lo hacia él con una destreza y con un verdadero talento de juglar.

La muchacha se puso á llorar con amargura.

La adorable jovencita á quien Marius apellidaba en el fondo de su corazon « su Úrsula » se acercó vivamente á ella.

— ¡ Pobre querida niña! dijo.

— ¡ Vea usted, hermosa y buena señorita, prosiguió Jondrette, vea cómo tiene toda la mano ensangrentada! Es un accidente desgraciado que le ha sucedido trabajando en una mecánica para ganar seis sueldos diarios. Tal vez será necesario amputarla el brazo.

— ¿ De veras? dijo el anciano alarmado.

La muchacha, tomando por lo serio esta prediccion de su padre, se puso á sollozar cada vez más desconsolada.

— ¡ Oh! ¡ sí, mi bienhechor? respondió el padre.

Hacia algunos momentos que Jondrette contemplaba al « filántropo » de un modo extraño. Sin dejar de hablar, parecia escudriñarle con la mayor atencion, como si tratara de atar cabos, como suele decirse, y de recoger y renovar sus recuerdos. De repente, aprovechándose de un momento en que los recién llegados preguntaban con interes á la niña acerca de la herida de la mano, pasó el junto á su mujer, que estaba en la cama afectando la mayor postracion y estupidez, y la dijo en voz baja y muy de prisa :

— ¡ Repara bien á este hombre!

En seguida, volviéndose hácia el señor Leblanc, y continuando su lamentacion, le dijo :

— ¡Vea usted, caballero! ¡yo no tengo, por toda ropa, sino una camisa de mi mujer! ¡y toda hecha pedazos! en lo más crudo del invierno. Me es imposible salir por no tener una mala levita ó gaban. Si yo tuviera un frac, iría á ver á la señorita Mars, que me conoce, y me estima mucho. ¿No sigue ella viviendo siempre en la calle de la Tour-des-Dames? Sepa usted, señor mio, que hemos trabajado, ella y yo, juntos en las ciudades de provincia. Yo he compartido también sus laureles. ¡Celimena vendría en mi auxilio, caballero! ¡Elmira daría limosna á Belisario! ¡Pero no, nada de eso! ¡Estamos sin un sueldo en esta casa! ¡Mi mujer enferma, y sin un sueldo! Mi hija peligrosamente herida, y sin un sueldo! Mi esposa sufre de ahogamientos. Es á causa de la edad, y además, el sistema nervioso, también complica el mal. ¡Necesitaría socorros, y mi hija también! ¡Pero y el médico! y el boticario! ¿cómo los hemos de pagar? ¡Imposible! ¡sin un centavo! ¡Yo me arrodillaría ante una moneda de dos sueldos, caballero! ¡Hé aquí á lo que se ve hoy reducido el arte! ¡Y sabe usted, mi linda señorita, y usted, mi generoso protector, saben ustedes, ustedes que respiran la virtud y la bondad, y que perfuman esa iglesia que allí es donde mi pobre hija, al ir á rezar sus devociones, los ve todos los días? Pues yo educo á mis hijas en la religión, caballero. No he querido que siguieran el teatro. ¡Ah! ¡desgraciadas de ellas si las viera yo cometer el menor desliz! ¡Es que yo no me ando con bromas! ¡Las enderezo más pláticas y las sermoneo de lo lindo, sobre el honor, sobre la moral, y sobre la virtud! ¡Pregúntelas ustedes! Aquí es preciso que todo vaya por el camino recto. Ellas tienen un padre. No son de esas desgraciadas que principian por no tener familia, y acaban por casarse con el público: que de señoritas Nadie, pasan á ser mujeres de Todo-el-

mundo. Caramba! ¡nada de eso se ha de ver jamás en la familia Fabantou! Yo trato de educarlas virtuosamente, y de que sean honradas, y que sean buenas, y que crean en Dios, voto al capítulo verde! ¡Y bien, señor mio, mi digno protector, sabe usted lo que va á pasar aquí mañana? Mañana es el 4 de Febrero, día fatal para mí como que cumple el último plazo que me ha dado el casero: si esta noche no le he pagado, mañana, mi hija mayor, yo, mi esposa, con su calentura, mi niña con su herida, todos cuatro seremos expulsados de aquí, y lanzados fuera, á la calle, en medio del boulevard, sin abrigo, bajo la lluvia, sobre la nieve. Hé ahí, señor mio. ¡Debo cuatro trimestres, un año! es decir, sesenta francos.

Jondrette mentía. Los cuatro términos, ó cuatro trimestres, no habrían importado sino cuarenta francos, y no podía deber cuatro, puesto que no hacía aún seis meses que Marius le había pagado dos.

El señor Leblanc sacó cinco francos del bolsillo y los arrojó sobre la mesa.

Jondrette tuvo tiempo para refunfuñar al oído de su hija mayor:

— ¡Tacaño! ¡ruin! ¿qué quiere ese hombre que haga yo con sus cinco francos? ¡Ni me alcanza eso siquiera á pagar mi silla y mi vidriera! Haga usted gastos para esto!

Entre tanto, el señor Leblanc se había quitado un gran gaban color de castaña que llevaba puesto sobre su levita azul, y le había colocado sobre el espaldar de la silla.

— Señor Fabantou, dijo, no traigo conmigo en este momento sino esa moneda de cinco francos, pero voy á llevar á mi hija á casa, y volveré esta noche; ¿no es esta noche cuando tiene usted que pagar?..

El rostro de Jondrette se iluminó con una expresión singular y extraña, y respondió vivamente:

— Sí, señor, mi respetable protector. Á las ocho, debo de hallarme en casa del propietario de mi vivienda, es decir, de mi casero.

— Á las seis estaré yo aquí, y le traeré á usted los sesenta francos.

— ¡Mi bienhechor! exclamó Jondrette desconcertado de gozo.

Y añadió en voz baja :

— ¡Mirale bien, mujer!

El señor Leblanc habia vuelto á tomar el brazo de la bella jovencita que llevaba consigo y se volvía hácia la puerta :

— ¡Hasta esta noche, amigos míos! dijo.

— ¿Á las seis? repuso Jondrette.

En este momento, los ojos de la Jondrette mayor se fijaron en el gaban que quedaba sobre el espaldar de la silla.

— Caballero, dijo la muchacha, que se deja usted el gaban olvidado.

Jondrette lanzó á su hija una mirada aterradora, acompañada de un encogimiento de hombros formidable.

El señor Leblanc se volvió y respondió con una sonrisa :

— No le olvido, sino que le dejo.

— ¡Oh, mi protector, dijo Jondrette, mi augusto bienhechor, yo estoy anegado en lágrimas de reconocimiento! Permitame usted que le acompañe hasta su coche.

— Si usted sale, repuso el señor Leblanc, póngase ese gaban; pues hace realmente mucho frío.

Jondrette no se hizo de rogar; se plantó al instante el gaban castaño.

Y salieron todos tres, precediendo Jondrette á sus dos visitantes.

X

TARIFA DE LOS COCHES DE ALQUILER

Nada habia perdido Marius de todo esta escena, y sin embargo, en realidad, nada habia él visto. Sus ojos habian permanecido fijos en la jóven á quien su corazón habia asido, por decirlo así, y envuelto toda entera desde su primer paso en aquel desvan. Durante todo el tiempo que ella estuvo allí, habia él vivido esa vida del éxtasis que suspende las percepciones materiales y precipita y concentra toda el alma en un solo punto. Contemplaba desde su misterioso observatorio, no á aquella niña, sino á aquel astro fulgente, aquella luz envuelta en una manteleta de raso y en un gorro de terciopelo. Si la estrella Sirio bubiera entrado en aquel cuarto, no le habria deslumbrado más.

Mientras que la jóven abría el paquete, desdoblaba la ropa y los cobertores, interrogaba á la madre enferma con bondad y á la niña herida con ternura, espiaba él todos sus

movimientos, y trataba de escuchar todas sus palabras. Conocía sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su porte, su manera de andar; pero no conocía el metal de su voz. En una ocasión creyó haber percibido algunas palabras de ella en el Luxemburgo, pero no estaba enteramente seguro. Habría él dado diez años de vida por oírla, por poder transportar á su alma algo de aquella música deliciosa. Pero todo se perdía en medio del confuso clamoreo, de las ostentosas lamentaciones y de los truenos y trompetas que Jondrette hacía oír sin cesar. Esto mezclaba una verdadera ira con el verdadero encanto de Marius, quien se contentaba con cubrirla y cobijarla con sus ojos: y no podía imaginarse que fuera realmente una criatura divina la que él veía en medio de aquellos seres inmundos y en aquel monstruoso lugurio. Parecía ver un colibrí entre unos sapos.

Cuando ella salió, no tuvo él más que un pensamiento, seguirla, adherirse á su huella, y no abandonarla hasta que supiera dónde habitaba, no volverla á perder á lo menos, después de haberla encontrado de un modo tan milagroso. Saltó de encima de la cómoda al suelo y tomó el sombrero. Al poner la mano en el pestillo de la puerta, para salir, una reflexión le detuvo. El corredor era largo, la escalera pendiente, Jondrette hablador, el señor Leblanc no había subido aún al coche, sin duda; si al volver este la cara, en el corredor, ó en la escalera, ó bajo el dintel de la puerta, le veía á él, á Marius, en aquella casa, evidentemente se alarmaría y hallaría medio de escapársele de nuevo, lo que anularía los efectos de este feliz y casual encuentro. ¿Qué hacer, pues? ¿esperar un poco? pero en este caso, mientras que él esperara, el carruaje podría marcharse. Marius quedó perplejo. Por último, se arriesgó y salió de su cuarto.

Ya no había nadie en el corredor. Dirigióse corriendo á la escalera. Nadie había va en esta tampoco. Bajó á toda

prisa, y llegó al boulevard á tiempo para ver un fiacre que daba vuelta á la esquina de la calle del Petit-Banquier, volviendo á entrar en París.

Marius se precipitó en esta dirección. Llegado á la esquina del boulevard, vió nuevamente el fiacre que descendía con la mayor rapidez la calle Mouffetard; el carruaje se hallaba ya muy léjos, sin que hubiera medio de alcanzarle. ¿Cómo? ¿corriendo tras de él? imposible; y por otra parte, desde el coche se notaría seguramente á un individuo corriendo á todo correr en persecución del mismo fiacre, y entónces el padre no podría ménos de reconocerle. En este momento, casualidad inaudita y maravillosa, distinguió Marius un coche de alquiler que pasaba vacío por el boulevard. No le quedaba ya sino un partido que tomar, subir en aquel coche y seguir el fiacre. Esto era seguro, eficaz y sin peligro.

Marius hizo seña al cochero para que se detuviese y le gritó:

— ¡Á la hora!

Marius iba sin corbata, llevaba su frac viejo de trabajo, al cual faltaban varios botones, y su camisa estaba rota en uno de los pliegues del pecho.

El cochero se detuvo, le guiñó el ojo, y alargó hácia Marius su mano izquierda, frotando suavemente su dedo índice contra el pulgar.

— ¿Qué? dijo Marius.

— Que pague usted adelantado, le respondió el cochero.

Marius se acordó entónces de que no llevaba consigo sino diez y seis sueldos.

— ¿Cuánto? preguntó.

— Cuarenta sueldos.

— Al volver le pagaré á usted.

Por toda respuesta, el cochero se puso á silbar la canción del Mambrú, y dió un latigazo á su caballo.

Marius se quedó mirando, con ademán extraviado y pen-

sativo, cómo el cabriolé se alejaba. Por veinticuatro sueldos que le faltaban, ¡perdía el su alegría, su dicha, su amor! ¡volvía á sumergirse en la profunda oscuridad de la noche! había visto, y se hallaba ciego nuevamente. Se acordó entonces, y preciso es que lo digamos, se acordó con amargura, con un gran pesar, de los cinco francos que en la misma mañana de este día había él dado á aquella miserable muchacha. Si hubiera él tenido ahora sus cinco francos, estaba salvado, renacería á la vida, saldría del limbo y de las tinieblas, saldría del aislamiento, del spleen, de la viudez; reanudaría el negro hilo de su destino con aquel hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse por segunda vez! Volvió pues á entrar en la casucha, desesperado y sin consuelo.

Habría podido él decir para sí que el señor Leblanc había prometido que volvería aquella noche, y que no tenía más que hacer sino tomar bien esta vez sus medidas y precauciones para seguirle hasta su casa; pero en el éxtasis y arrobamiento de su contemplación, apenas había él comprendido nada de esto.

En el momento de subir la escalera, distinguió al otro lado del boulevard, á lo largo de la gran pared desierta de la calle de la Barrera de Gobelins, á Jondrette que iba muy envuelto en el sobretodo del « filántropo », y que estaba hablando con uno de esos hombres de mala traza á quienes se suele apellidar *vagabundos de barreras*; gentes de semblante epuívoco, de monólogos sospechosos, que muestran siempre signos de abrigar malos pensamientos, y que duermen bastante fácil y habitualmente de día, lo que hace suponer que trabajan de noche.

Aquellos dos hombres, conversando inmóviles bajo la nieve que caía á torbellinos, formaban un grupo que un agente de policía habría observado seguramente, pero que Marius apenas notó siquiera.

Sin embargo, por más dolorosa que fuese la preocupación que le atormentaba el ánimo, no pudo ménos de decir para sí que aquel vagabundo de barreras con quien estaba hablando Jondrette se parecía á un tal Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, que Courfeyrac le había mostrado una vez, que pasaba en el barrio por un andorrero nocturno asaz peligroso. En el libro anterior hemos visto el nombre de este sugeto. Este Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, ha figurado despues en varias causas criminales, acabando por disfrutar la celebridad de un bandido de primer órden. Entonces no pasaba aún de ser un famoso tunante. Hoy se halla ya en estado de tradicion entre los bandidos y los *escarpes*¹. Á fines del reinado anterior formaba él escuela. Por la tarde, al anochecer, á la hora en que se reunen los grupos y se hablan en voz baja, solian ocuparse de él en la Force, en la Fosa de los Leones. Y aún se podía leer, en aquella cárcel precisamente en el sitio por donde pasaba, bajo el camino de ronda, aquel canal de las letrinas que sirvió á la fuga inaudita, en mitad del día, de treinta presos en 1843, se podía leer, decimos, sobre la fosa de aquellas letrinas, su nombre, PANCHAUD, audazmente grabado por él mismo en la pared de ronda, en una de sus tentativas de evasión. En 1832, ya estaba vigilado por la policía, pero aún no había él inaugurado formalmente sus proezas.

¹ Asesinos.



Subió Marius la escalara de la casucha muy despacio; en el momento en que iba á entrar en su cuarto, notó detras de él, en el corredor, á la hija mayor de Jondrette que le seguia. La vista de esta muchacha le fué desagradable y aún odiosa; ella era quien tenia sus cinco francos, y ya era demasiado tarde para volvérselos á pedir; el cabriolé no estaba ya allí, el fiacre se hallaba muy léjos. Además, ella tampoco se los devolveria. En cuanto á preguntarla por la morada de las personas que poco ántes habian estado en su casa, era cosa inútil, pues evidentemente ella no la sabía, puesto que la carta firmada Fabantou estaba dirigida *al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques du Haut-Pas*.

Marius entró en su habitacion, y empujó la puerta como para cerrarla.

La puerta sin embargo no se cerró; y al volver él la vista

altras, notó que una mano la sujetaba, reteniéndola entreabierta.

— ¿Qué es eso? preguntó, ¿quién está ahí?

Era la hija de Jondrette.

— ¿Es usted? replicó Marius casi con dureza, ¡siempre usted! ¿Qué es lo que usted quiere ahora?

Ella parecia como cavilosa y no miraba. Ya no traia aquel plomo y aquella deservoltura de por la mañana. No habia entrado, manteniéndose en la sombra del corredor, donde Marius la distinguia por la puerta, que estaba á medio cerrar.

— ¡Ea! vamos, ¿responderá usted, sí ó no? la dijo Marius. ¿Qué es lo que usted quiere?

Levantó ella entónces sus ojos apagados, en los cuales parecia encenderse vagamente una especie de claridad, y le dijo:

— Señor Marius, el semblante de usted está triste. ¿Qué es lo que usted tiene?

— ¡Yo! dijo Marius.

— Sí, usted.

— No tengo nada.

— Sí.

— No.

— ¡Yo le digo á usted que sí!

— ¡Déjeme usted en paz!

Marius empujó de nuevo la puerta, y ella continuó reteniéndola.

— Vea usted, le dijo ella, hace usted mal. Aunque usted no es rico, ha sido esta mañana bueno y generoso conmigo. Séalo usted tambien ahora. Me ha dado usted con qué comer, dígame ahora lo que tiene. Usted tiene alguna pena, eso se está viendo. Yo no quisiera que usted tuviese penas. ¿Qué es lo que habria que hacer para eso? ¿Podria yo servir de algo? Empléeme usted. Yo no le oido á usted sus secre-

tos, no necesitará usted decírmelos; pero, en fin, yo puedo ser útil. Podré bien ayudar a usted, puesto que ayudo a mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir a las casas, pedir de puerta en puerta, buscar las señas de un domicilio, seguir a alguien, yo sirvo para todo esto. Pues bien, usted puede decirme desde luego lo que tiene, lo que quiere, lo que necesita, yo iré hablar a las personas; algunas veces, con que alguien vaya a hablar a las personas, eso basta para saber las cosas, y después todo se arregla. Sirvase usted de mí.

Una idea atravesó la mente de Marius. ¿Qué rama se desdeña cuando uno se siente caer?

Se acercó a la Jondrette.

— Escucha, ... la dijo.

Ella le interrumpió con un relámpago de gozo en los ojos:

— ¡Oh sí, tuteeme usted! me gusta más eso.

— Pues bien, continuó él, tú has traído aquí a ese señor anciano con su hija.

— Sí.

— ¿Conoces las señas de su casa?

— No.

— Procura saberlas y decírmelo.

Los ojos de la Jondrette, de tristes, se habían puesto alegres, de alegres, se convirtieron ahora en sombríos.

— ¿Y eso es lo que usted quiere? le preguntó.

— Sí.

— ¿Es que usted los conoce?

— No.

— Es decir, repuso ella vivamente, que usted no la conoce, pero quiere conocerla.

Este *la*, en que ella cambió tan pronto el *los*, tenía un no sé qué de significativo y de amargo.

— ¿En fin, puedes tú? dijo Marius.

— Tendrá usted las señas de la bella señorita.

Todavía, en estas palabras, « la bella señorita, » había cierta entonación que importunó a Marius, quien repuso:

— ¡ En fin, no importa! lo mismo da, las señas del padre y de la hija. ¡ Sus señas, qué!

Ella le miró fijamente.

— ¿ Y qué es lo que usted me dará?

— Todo lo que tú quieras.

— ¿ Todo lo que yo quiera?

— Sí.

— Tendrá usted las señas.

Bajó ella la cabeza, y haciendo en seguida un movimiento brusco, tiró de la puerta, la cual quedó cerrada.

Marius volvió a quedar otra vez solo.

Dejóse caer sobre una silla, apoyando la cabeza y los codos en su cama, abismado en pensamientos que no podía fijar ni esclarecer, y como sufriendo un vértigo. Todo lo que había pasado desde aquella mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que acababa de decirle aquella muchacha, una vislumbre de esperanza flotando en una desesperación inmensa: hé aquí lo que llenaba confusamente su cerebro.

De improviso se halló violentamente arrancado a su delirio.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette que pronunciaba estas palabras llenas del más extraño interés para él:

— ¡ Yo te digo que estoy muy seguro, y que le he reconocido bien!

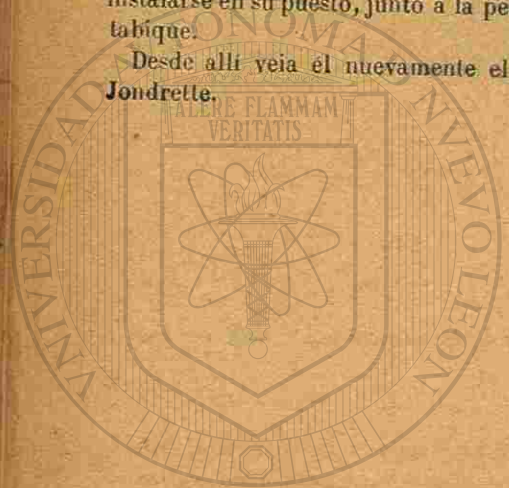
¿ De quién hablaba Jondrette? ¿ a quién había él reconocido? ¿ al señor Leblanc? ¿ al padre de « su Úrsula? » ¡ Qué! ¿ es que le conocería Jondrette? ¿ Iria a poseer Marius, de esta manera brusca é inesperada, todos los datos y noticias sin los cuales su propia vida era oscura para él mismo? ¿ iba él por fin a saber a quién amaba, quién

era aquella jovencita? ¿quién era su padre? ¿la sombra tan densa que los cubría, se hallaba tal vez á punto de disiparse y de esclarecer el misterio? ¿iba á romperse el velo al fin? ¡Ah! cielos!

Saltó, más bien que subió, sobre la cómoda, y volvió a instalarse en su puesto, junto á la pequeña claraboya del tabique.

Desde allí veía él nuevamente el interior del tabuco

Jondrette.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VI

EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCO DEL SEÑOR LEELANG

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, sino que la mujer y las hijas habían echado mano á los objetos que contenía el paquete, poniéndose medias y chambras de lana. Dos cobertores nuevos cubrían ya las dos camas.

El Jondrette acababa evidentemente de entrar. Todavía estaba acezando. Sus hijas se hallaban junto á la chimenea, sentadas en el suelo, la mayor curando la herida de la mano á la pequeña. La madre estaba como agobiada sobre el camastro inmediato á la chimenea, con un semblante lleno de extrañeza y de asombro. Jondrette se paseaba por el desván, á lo largo, y dando grandes trancadas. Sus ojos también mostraban un aspecto extraordinario.

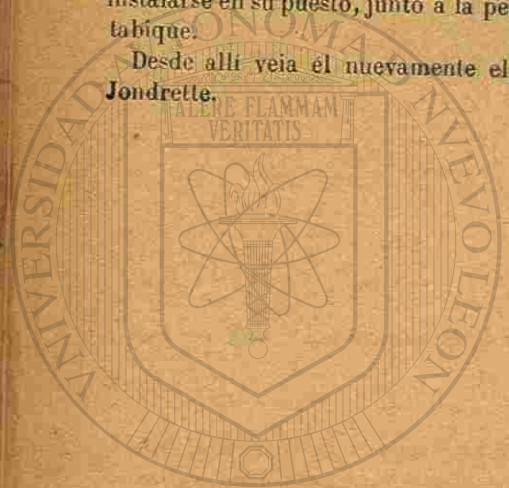
La mujer, que parecía tímida y como embargada de estupor en presencia de su marido, se aventuró por fin á decirle :

era aquella jovencita? ¿quién era su padre? ¿la sombra tan densa que los cubría, se hallaba tal vez á punto de disiparse y de esclarecer el misterio? ¿iba á romperse el velo al fin? ¡Ah! cielos!

Saltó, más bien que subió, sobre la cómoda, y volvió a instalarse en su puesto, junto á la pequeña claraboya del tabique.

Desde allí veía él nuevamente el interior del tabuco

Jondrette.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VI

EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCO DEL SEÑOR LEELANG

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, sino que la mujer y las hijas habían echado mano á los objetos que contenía el paquete, poniéndose medias y chambras de lana. Dos cobertores nuevos cubrían ya las dos camas.

El Jondrette acababa evidentemente de entrar. Todavía estaba acezando. Sus hijas se hallaban junto á la chimenea, sentadas en el suelo, la mayor curando la herida de la mano á la pequeña. La madre estaba como agobiada sobre el camastro inmediato á la chimenea, con un semblante lleno de extrañeza y de asombro. Jondrette se paseaba por el desván, á lo largo, y dando grandes trancadas. Sus ojos también mostraban un aspecto extraordinario.

La mujer, que parecía tímida y como embargada de estupor en presencia de su marido, se aventuró por fin á decirle :

— ¡Cómo! de véras, ¿estás tú seguro?

— ¡Seguro! ¡Ocho años hace ya! ¡pero le he conocido en seguida! ¡Ah! que si le conozco! le reconocí en cuanto le puse los ojos encima! ¡Cómo! ¿y á ti no te ha llamado la atención ese hombre?

— No.

— Pero yo sin embargo te decia: ¡mírale! ¡obsérvale! es claro, al instante dije yo quién era: la misma cara, apenas algo más viejo; hay géntes que no envejecen; yo no sé cómo se las arreglan. El metal de la voz, también es el suyo. Ahora va mejor vestido, y nada más. ¡Ah! viejo misterioso del diablo, anda que ya te tengo entre mis uñas!

Al decir esto, se detuvo y dijo á sus hijas:

— ¡Marchaos, vosotras! — Es singular, que no te haya saltado á ti á los ojos en seguida, como á mi.

Las muchachas se levantaron para obedecer.

La madre dijo á média voz:

— ¿Y con la mano enferma?

— El aire la hará bien, dijo Jondrette. Marchad.

Era visible que este hombre no aguantaba réplicas jamás en el seno de su familia. Las dos hijas se ausentaron.

En el momento en que ellas iban á pasar por la puerta, retuvo el padre á la mayor por el brazo y dijo con un acénto particular:

— Á las cinco en punto estaréis ambas en casa. Tengo necesidad de vosotras.

Marius redobló su atención.

Luégo que se quedó solo con su mujer, Jondrette volvió á emprender sus paseos por el cuarto, dando tres ó cuatro vueltas en el mayor silencio. En seguida empleó algunos minutos en introducir por la cintura de sus pantalones la falda de la camisa de mujer que aún tenía puesta.

De repente se volvió hácia la Jondrette, se cruzó de brazos, y exclamó:

— ¿Y quieres que te diga una cosa? la señorita ..

— ¿Y bien, qué? replicó la mujer, ¿la señorita?

Nada podia ya ocultársele á Marius, era de Ella sin duda de quien hablaban. Escuchaba con una ansiedad febril. Toda su vida se hallaba en sus oídos.

Pero el Jondrette se habia inclinado para hablar algunas palabras en voz baja á su mujer. Despues se enderezó y concluyó diciendo en alta voz:

— ¡Es ella!

— ¿Eso? dijo la mujer.

— ¡Eso! dijo el marido.

Mo hay palabras capaces de expresar todo lo que habia en el eso de la madre. Era la sorpresa, la rabia, el odio, la ira mezclados y combinados con una entonacion monstruosa. Habian bastado algunas palabras pronunciadas, el nombre sin duda, que él la habia dicho al oído para que aquella mujeraza amodorrada despertase de su letargo, y de repugnante se convirtiera en espantosa.

— ¡Eso no pué ser! exclamó, cuando yo pienso que mis hijas van con los piés por el suelo y no tienen ni un vestido que ponerse! ¡Cómo! una manteleta de raso, un gorro de terciopelo, sus botitas, ¡y todo! por más de doscientos francos de traje! ¡que cualquiera creeria que es una señora! ¡que! ¡no! ¡tú te equivocas! ¡pero en primer lugar la otra era horrible, y esta no es del todo mal! de véras que no es del todo fea esta muchacha! ¡no es posible que sea ella!

— Pues yo te digo que es ella, ya te convencerás.

Ante esta afirmacion tan absoluta, la Jondrette levantó su cabeza rubia y su ancha caraza encarnadota, y miró al techo con una expresion disforme. En este momento apareció ella á Marius más terrible aún que su marido. Era una marrana con mirada de hiena.

— ¡Cómo! repuso ella, ¡esa horrible elegante señorita

que miraba á mis hijas con un gesto de compasión, habría de ser aquella miserable! ¡aquel horror de muchacha! ¡Oh! de buena gana la despachurraría el vientre á patadas con mis zuecos!

Saltó de la cama en tierra, y permaneció un momento de pié, desgredada, binchada la nariz, la boca entreabierta, los puños apretados y echados hácia atrás. Enseguida se dejó caer de nuevo sobre el camastro. El hombre iba y venía sin prestar ninguna atención á la mujer.

Después de algunos instantes de silencio, se aproximó á la Jondrette y se paró delante de ella, con los brazos cruzados, como momentos ántes.

— ¿Y quieres que te diga una cosa?

— ¿Qué? preguntóle ella.

El respondió en voz baja y breve:

— Que mi fortuna está hecha.

La Jondrette le consideró con esa mirada que quiere decir: ¿Es que el que me está hablando se vuelve loco? Él continuó:

— ¡Caramba! demasiado tiempo hace ya que yo soy un feligre de la parroquia muérete-de-hambre-si-tienes-lumbre, muérete-de-frío-si-tienes-pan! ¡basta ya de miseria! ¡mi carga y la carga de los demas! ¡se acabaron estas bromas, yo no encuentro ya esto cómico ni divertido! ¡ira de Dios! ¡no seré ya por más tiempo el juguete de los que tienen más que yo! ¡no más farsas, por vida de Dios eterno! ¡quiero comer cuando tengo hambre, beber cuando tengo sed! ¡quiero engullir, glotonear si se me antoja! ¡quiero dormir! ¡no hacernada! ¡toma! ¡también á mí me ha de llegar mi turno! ¡antes que reviente de hambre y de miseria, quiero reventar de harto!! ántes que me entierren, he resuelto ser yo también algo opulento y millonario!

Dió otra vuelta al tabuco y añadió:

— Como los demas.

— ¿Qué es lo que quieres decir? le preguntó la mujer. Sacudió él la cabeza, guiño un ojo y levantó la voz, como un físico de plaza pública que va á hacer una demostración:

— ¿Lo que quiero decir? ¡escucha!

— ¡Chito! refunfuñó la Jondrette, ¡no hables tan alto, si son cosas que no conviene las oiga nadie!

— ¡Cá! ¿quién lo ha de oír? ¿el vecino? yo le vi salir hace poco. ¿Ademas, es que ese bobalicon oye nunca nada? y después, ya te digo que le vi salir.

Sin embargo, como por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, si bien no lo bastante para que sus palabras se escapasen á Marius. Una circunstancia favorable, y que contribuyó mucho á que Marius no perdiera nada de esta conversacion, es que la grande nevada que habia caido amortiguaba y ensordecía bastante el ruido de los carruajes que pasaban por el boulevard.

He aquí lo que oyó Marius:

— Oye, escucha bien. ¡Ya está atrapado, el Creso! Ni más ni ménos. Es cosa ya arreglada y convenida, que puedes dar por hecha. He visto á ciertas gentes. Esta noche vendrá él á las seis. ¡Á traer sus sesenta francos, el canalla! ¡has visto tú cómo le hice vomitar esto, mis sesenta francos, encajándole toda la historia de mi casero, de mi 4 de Febrero! ¡no se trata sólo de un trimestre! no soy yo tan zoquete! Vendrá él pues á las seis! es justamente la hora en que el vecino se habrá ido á comer. La tia Burgon está también fregando sus platos allá en la casa adonde va ella á hacer esa faena todos los días. Estaremos aquí solos. El vecino no entra nunca ántes de las once. Las chicas estarán de acecho. Tú nos ayudarás; y él se ejecutará.

— Y si no se ejecuta? preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo :

— Le ejecutaremos.

Y lanzó una careajada.

Esta era la primera vez que Marius le veía reír. Su risa era fría y serena, y hacía estremecer.

Jondrette abrió una alacena que había junto á la chimenea, y sacó de ella una gorra vieja que se puso en seguida, despues de haberla cepillado con su manga.

— Ahora, dijo, voy á salir. Tengo aún que ver á alguna gente, y buena. Ya verás cómo esto marcha bien. Yo estaré fuera el ménos tiempo posible; es preciso dar un buen golpe, guarda la casa.

Y con los dos puños metidos en los bolsillos de su pantalón, permaneció un momento pensativo, exclamando despues :

— ¡Sabes tú que, á pesar de todo, ha sido una gran fortuna que él no me haya conocido á mí! Si él á su vez me hubiera reconocido, no hay peligro de que hubiera vuelto jamás á esta casa! Se nos escapaba! ¡Mi barba es la que me ha salvado! ¡mi perilla romántica! ¡mi linda perilla de artista dramático!

Y volvió á reír á careajadas.

Despues se dirigió á la ventana. La nieve caía sin cesar y empañaba el gris del cielo.

— ¡Qué tiempo de perros! dijo.

Y abotonándose el gaban :

— Esta piel me está demasiado ancha. — ¡No le hace, añadió, ha hecho perfectamente en dejármela, ese picaro viejo! Sin esto, me era imposible salir, y todo se lo habría llevado el diablo! Desde el momento que yo no hubiera podido ir á ver mi gente, todo fracasaba. No podía haber realizado mi plan. ¡Ya ves en cuán poco estriban las cosas á veces!

Y encasquetándose la gorra hasta los ojos, salió.

Apénas habria tenido tiempo para dar algunos pasos en el corredor, cuando volvió á abrirse la puerta, reapareciendo de nuevo en el cuarto su rostro lívido é inteligente.

— Me olv daba lo mejor, dijo. Tendrás un hornillo de carbon.

Y arrojó sobre el delantal de su mujer la moneda de cinco francos que le había dejado el « filántropo. »

— ¿ Un hornillo de carbon? preguntó la mujer.

— Sí.

— ¿ Cuántas medidas?

— Dos de las grandes.

— Entónces importará treinta sueldos. Con lo restante compraré la comida.

— ¡ Diablos! no.

— ¿ Por qué?

— No vayas á gastar la moneda de cinco francos.

— ¿ Por qué?

— Porque yo á mi vez tendré también que comprar algo.

— ¿ Qué?

— Cierta cosa.

— ¿ Cuánto necesitarás?

— ¿ Dónde hay por aquí un almacén de quincalla?

— En la calle de Mouffetard.

— ¡ Ah! sí, en una casa que hace esquina; ya veo desde aquí la tienda.

— ¿ Pero dime qué es lo que necesitas para lo que tienes que comprar?

— Como de dos francos y medio á tres.

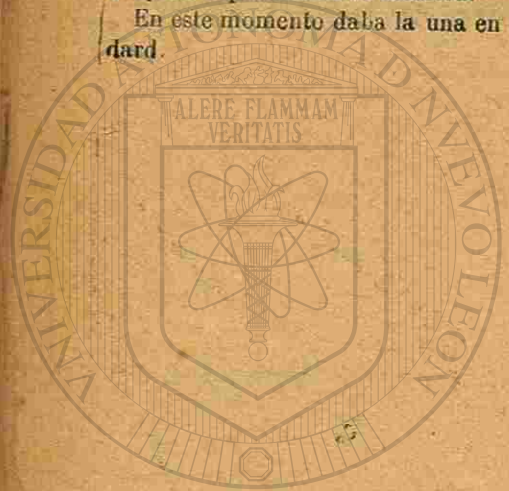
— No nos ahitaremos con lo que queda para comer.

— Hoy no se trata de comer. Hay algo mejor que hacer.

— Con eso me basta, tesoro mio.

Después de este cumplimiento de su mujer, Jondrette volvió á cerrar la puerta, y esta vez Marius oyó que sus pasos se alejaron por el corredor de la casucha, bajando después rápidamente la escalera.

En este momento daba la una en el reloj de Saint-Médard.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

SOLUS CUM SOLO, IN LOCO REMOTO, NON COGITABUNTUR
ORARE PATER NOSTER

Aunque entregado á sus delirios y ensueños, Marius, según lo hemos dicho ya, era una naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, á la vez que habían desarrollado en él la simpatía y la compasión, habían quizás disminuido la facultad de indignarse; reunía la benevolencia de un brahma con la severidad de un juez; tenía compasión de un sapo, pero aplastaba una víbora. Ahora bien, el sitio donde había él hundido y clavado sus miradas no era otra cosa que un nido de víboras; una caverna de monstruos tenía él ante sus ojos.

— Preciso es poner la planta del pié sobre estos miserables, dijo para sí.

Ninguno de los enigmas que esperaba él ver disipados

se había esclarecido siquiera; al contrario, más bien se habían tal vez espesado y condensado todos ellos; nada más sabía él acerca de la hermosa niña del Luxemburgo y del hombre á quien llamaba el señor Leblanc, sino que Jondrette los conocia. Á trasluz de las palabras tenebrosas que él habia oido, sólo una cosa veia clara y distintamente: que allí se preparaba una emboscada, una emboscada oscura, pero terrible; que ambos corrían un gran peligro, ella probablemente, su padre de un modo seguro, y que era preciso salvarlos; era menester frustrar y desbaratar las horribles combinaciones de los Jondrette, y romper la inmundicia de aquellas arañas.

Durante un rato se estuvo observando á la Jondrette, la cual sacó de un rincón un hornillo viejo de hierro colado y se puso á revolver y á rebuscar en el montón de hierro viejo que allí habia.

Se bajó él de la cómoda lo más suavemente que pudo hacerlo, procurando evitar todo ruido, á fin de no revelar su presencia.

En medio del espanto que le producía lo que allí se tramaba, y del horror que le inspiraban los infames designios y la inaudita maldad de los Jondrette, sentía él una especie de gozo ante la idea de que tal vez le sería dado prestar un gran servicio á aquella á quien amaba.

¿Pero cómo era posible hacerlo? ¿dando aviso á las personas amenazadas? ¿y dónde hallarlas? No conocía aún su morada. Habían reaparecido un solo instante en su presencia, y despues habían vuelto á sumergirse en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Leblanc á la puerta, aquella noche á las seis, en el momento en que él llegara, y prevenirle del lazo que le tenían preparado? Pero entonces Jondrette y su familia le verían estar de acecho, el sitio aquel era solitario, desierto, ellos serían más fuertes que él, y hallarían medio

de apoderarse de él y de alejarle, en cuyo caso, aquel á quien Marius quería salvar se vería perdido. La una acababa de dar, y la emboscada debia de verificarse á las seis. Marius podia aún disponer por consiguiente de cinco horas.

No habia sino una cosa que hacer.

Se puso su frac, se lió un pañuelo al cuello, tomó el sombrero, y salió, sin hacer más ruido que si hubiera ido andando descalzo y sobre musgo.

Por lo demas, la Jondrette continuaba hurgoneando en su hierro viejo.

Una vez que se halló ya fuera de casa, llegó á la calle del Petit-Banquier.

Hallábase hácia el medio de esta calle, junto á una pared muy baja que se puede saltar en ciertos sitios y que da á un terreno vago; iba andando despacio, preocupado cual se hallaba, y la nieve además ensordecía sus pasos, cuando hé aquí que oyó unas voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza, la calle estaba desierta, ni un alma se veía por allí, aunque era en mitad del día, y sin embargo, oía distintamente unos hombres que hablaban.

Entonces le ocurrió la idea de mirar por encima de la pared que él iba costeando.

Allí, en efecto, estaban dos hombres respaldados contra la pared, sentados sobre la nieve y hablando en voz baja.

Aquellas dos figuras le eran completamente desconocidas; el uno era un hombre barbudo, vestido con una blusa, y el otro un hombre melencudo, cubierto de andrajos. El barbudo llevaba un gorro griego, el otro tenía la cabeza descubierta, recibiendo la nieve en sus melenas, ó en sus greñas más bien.

Avanzando su cabeza sobre ellos, Marius podia oírlos perfectamente.

El melenudo daba con el codo al otro y le decía :

— Con Patron-Minette, eso no puede marrar.

— ¿ Tú lo crees así? dijo el barbudo; y el greñudo repuso :

— ¡ Será para cada uno un *fastot* de quinientas *balas*¹, y lo peor que podrá suceder : cinco años, seis años, diez años á lo más!

El otro respondió con cierta hesitación y tiritando bajo su gorro griego :

— Eso es una cosa positiva. No puede uno negarse á nada de eso.

— Ya te digo que no es posible que el negocio salga mal, replicó el greñudo. Se enganchará el bisdosto del tío Fulano.

Y despues se pusieron á hablar de un melodrama que habian visto la vispera en lo Gaité.

Marius prosiguió su camino.

Le pareció que las palabras oscuras de aquellos hombres, tan extrañamente escondidos tras de aquella pared y acurrucados sobre la nieve, tal vez no dejaban de tener alguna relacion con los abominables proyectos de Jondrette. Esto debia ser el *negocio*.

Dirigióse al arrabal de Saint-Marceau, y en la primera tienda que halló preguntó dónde habia un comisario de policia.

Indicáronle la calle de Pontoise y el n.º 14.

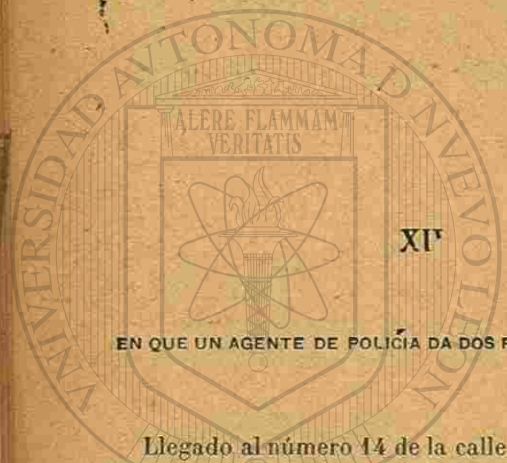
Marius fué allá inmediatamente.

Al pasar delante de una panadería, compró un panecillo de dos sueldos y se le comió, previendo que no comeria aquel dia.

En el camino, mientras que iba andando, hizo justicia á la Providencia. Recordó que si él no hubiera dado

¹ Un billete de quinientos francos.

aquella mañana sus cinco francos á la hija de Jondrette habria seguido al fiacre del señor Leblanc, y por consiguiente lo habria ignorado todo, sin que nada ni nadie hubiera podido impedir la realizacion de la emboscada de los Jondrette, que el señor Leblanc estaba perdido, y sin duda su hija tambien con él.



EN QUE UN AGENTE DE POLICÍA DA DOS PUÑADAS A UN ABOGADO

Llegado al número 14 de la calle de Pontoise, subió al primer piso y preguntó por el comisario de policía.

— El señor comisario de policía no está, dijo un mozo de despacho que encontró allí; pero hay un inspector que hace sus veces. ¿ Quiere usted hablarle? ¿ es cosa urgente?

— Sí, dijo Marius.

El mozo de despacho le introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de elevada talla se hallaba allí de pie, detrás de un enrejado, apoyado, en una estufa, levantando con ambas manos las faldas de un gran carrick, ó capote, de tres esclavinas. Era una cara cuadrada, unos labios delgados y firmes, espesas patillas muy ariscas y que empezaban ya á pardear, una mirada fija y penetrante. Habría podido decirse de aquella mirada, no que penetraba, sino que escudriñaba.

Aquel hombre no tenía el aspecto mucho ménos feroz ni ménos terrible que Jondrette; á veces el dogo no es ménos inquietante y temible de encontrar que el lobo.

— ¿ Qué quiere usted? dijo él á Marius, sin añadir, caballero.

— ¿ El señor comisario de policía?

— Está ausente. Yo le reemplazo.

— Es para un asunto muy secreto.

— Pues entónces hable usted.

— Y muy urgente.

— Pues hable usted de prisa.

Aquel hombre, sereno y brusco, era á la vez espantoso y tranquilizador, inspirando al mismo tiempo el temor y la confianza. Marius le refirió la aventura: — Que una persona á quien él no conocía sino de vista debía ser atraída aquella misma noche á una emboscada; — que habitando el cuarto inmediato á la guarida, había el Marius Pontinercy, abogado, oído todo el complot á través de un tabique; — que el malvado que había imaginado tender el lazo era un tal Jondrette; que tendria cómplices, probablemente vagabundos ó tunantes de las barreras, entre otros, cierto Panchaud, álias Printanier, álias Bigrenaille; — que las hijas de Jondrette estarian de acecho; — que no era posible prevenir al hombre amenazado, por causa de que ni siquiera sabía él su nombre; — y por último, que todo aquello debía ejecutarse á las seis de la noche, en el sitio más desierto del boulevard del Hospital, en la casa del número 30-32.

Al oír este número, el inspector levantó la cabeza, y dijo friamente:

— ¿ Conque entónces es en el cuarto del fondo del corredor?

— Precisamente, contestó Marius, y añadió: — ¿ Es que usted conoce aquella casa?

El inspector permaneció un momento silencioso, y después respondió, calentando el talón de su bota en la boca de la estufa :

— Así parece.

Y continuó, entre dientes, hablando ménos á Marius que á su corbata :

— Ahí debe haber algo de Patron-Minette.

Esta palabra chocó á Marius.

— Patron-Minette, dijo este. En efecto, yo he oído pronunciar esa palabra.

Y entónces refirió al inspector el diálogo del hombre greñado y del hombre barbudo sentados sobre la nieve detrás de la pared de la calle del Petit-Tanquier.

El inspector refunfuño :

— El greñado debe ser Brujon, y el barbudo debe ser Demi-Liard, alias Deux-Milliards.

Había vuelto á bajar los párpados y estaba como meditando.

— Por lo que hace al tío Fulano, ya le entreveo. Hé aquí que acabo de quemar mi carrick. Siempre hacen una lumbré demasiado fuerte en estas malditas estufas.

El número 30-32. Antigua propiedad de Gorbeau.

En seguida miró á Marius.

— ¿ Y no ha visto usted más que á ese barbudo y á ese melenudo ?

— Y á Parchaud.

— ¿ No ha visto usted rodar por allí á un lechuginito del diablo ?

— No.

— ¿ Ni á otro enorme material macizo que se parece al elefante del Jardín de Plantas ?

— No.

— ¿ Ni á otro mal bicho que tienen trazas de una antigua cola roja ?

— No.

— Por lo que hace al cuarto, nadie le ve nunca, ni siquiera sus ayudantes, dependientes y empleados. No es pues extraño que usted no le haya visto.

— No. ¿ Y qué es lo que vienen á ser todas esas gentes ? preguntó Marius.

El inspector respondió :

— Por lo demás no es su hora esa.

Volvió á sumergirse en su silencio, y después continuó :

— 30-32. Conozco la barraca. No hay posibilidad de ocultarnos en el interior sin que los artistas se aperciban de ello, y entónces se apresurarian á dar contraórden, y no representarían su vaudeville. ¡ Son tan modestos ! el público les estorba, ¡ Nada de eso ! ¡ nada de eso ! Yo quiero oírlos cantar y hacerlos bailar.

Concluido este monólogo, volvióse hácia Marius y le preguntó mirándole fijamente :

— ¿ Tendrá usted miedo ?

— ¿ De qué ? repuso Marius.

— De esos hombres.

— ¡ No tengo más miedo de ellos que de usted ! replicó rudamente Marius, quien empezaba á notar que aquel polizonte no le había dicho aún señor ni caballero.

El inspector miró á Marius, más fijamente aún, y añadió con una especie de solemnidad sentenciosa :

— Usted habla como un valiente y como un hombre de bien. El valor no teme el crimen, y la honradez no teme á la autoridad.

Marius le interrumpió :

— Está bien ; ¿ qué es lo que usted piensa hacer ?

El inspector se limitó á contestarle :

— Los inquilinos de aquella casa tienen todos llavin para entrar de noche en su domicilio, sin llamar á la puerta. ¿ Usted debe de tener uno ?

- Sí, contestó Marius.
 — ¿Le trae usted consigo?
 — Sí.
 — Démele usted, dijo el inspector.

Marius sacó su llave del bolsillo, la entregó al inspector, y añadió:

— Si usted me cree, no deje de llevar fuerza armada. El inspector dirigió á Marius la mirada de Voltaire á un académico de provincia que le habria propuesto una rima; hundió ambas manos que eran enormes, con un solo movimiento, en los grandes bolsillos de su carrick, sacó de ellos dos cachorrillos de acero, de esos que llaman puñadas (coups de poing), y se los presentó á Marius diciéndole vivamente y en un tono breve:

— Tome usted esto. Vuélvase á su casa. Escóndase usted en su cuarto, de modo que crean que usted ha salido. Están cargados, cada uno con dos balas. Se pondrá usted en observacion. Hay un agujero en el tabique segun me ha dicho usted. Las gentes llegarán. Déjelas usted maniobrar un poco. Cuando crea que la cosa está á punto, y que ya es tiempo de impedirles que pasen más adelante, disparará usted un pistoletazo. Que no lo haga usted demasiado pronto. Espere á que haya un principio de ejecucion; usted es abogado, y sabe lo que es eso.

Marius tomó las pistolas y se las guardó en los bolsillos laterales de su frac.

— De esa manera forman un bulto muy grande, eso se ve, dijo el inspector. Guárdelas usted más bien en los bolsillos del pantalon.

Marius se guardó los cachorrillos donde le dijo el inspector.

— Ahora, añadió este, ninguno de nosotros puede perder ni un solo minuto. ¿Qué hora es? Las dos y media. Eso es para las siete?

— Para las seis, contestó Marius.
 — Tengo tiempo, repuso el inspector, pero bien justo. No olvide usted nada de lo que le he dicho. ¡Pum! un pistoletazo.

— Descuide usted, respondió Marius.

Y al tiempo en que Marius ponía la mano en el pestillo de la puerta para salir, el inspector le gritó:

— Á propósito, si usted tuviera necesidad de mí, de aquí á la hora de la escena, venga ó envíe aquí á alguien. Haga usted que pregunten por el inspector Javert.



Algunos instantes despues, á eso de las tres de la tarde, pasaba casualmente Courfeyrac por la calle de Mouffetard en compañía de Bossuet. La nieve caía más fuerte y llenaba el espacio. Bossuet iba diciendo á Courfeyrac :

— Al ver como caen tantos copos de nieve, diríase que hay en el cielo una peste de mariposas blancas. — De repente Bossuet distinguió á Marius que subía la calle hacía la barrera y tenía un aspecto particular.

— ¡Toma! dijo Bossuet, es Marius.

— Ya le he visto, respondió Courfeyrac. No le habemos.

— ¿Por qué?

— Porque va ocupado.

— ¿Por qué?

— ¿No ves el semblante que tiene?

— ¿Que semblante?

— Tiene trazas como de ir siguiendo á alguien.

— Es verdad, dijo Bossuet.

— ¡Mira qué ojos pone! repuso Courfeyrac.

— ¿Pero á quién diablos sigue?

— ¡Á alguno peripuesta zanqui-perra! está enamorado.

— Pero es que yo no veo á ninguna muchacha por aquí, á ninguna zanqui-perra peripuesta ni mal puesta. Ni una sola mujer hay en la calle.

Courfeyrac miró, y exclamó :

— ¡Va siguiendo á un hombre!

Con efecto, un hombre que llevaba una gorra puesta, y cuya barba gris se distinguía, bien que no le viesen á él sino de espaldas, iba andando á la distancia como de unos veinte pasos, delante de Marius.

Aquel hombre iba vestido con un gaban enteramente nuevo, que le venía demasiado grande, y un horrible pantalon hecho andrajos y todo él cubierto de lodo.

Bossuet soltó una carcajada.

— ¿Qué especie de hombre será ese?

— ¿Eso? repuso Courfeyrac, es un poeta. Los poetas son los únicos que suelen tener la ocurrencia de vestirse con pantalones de mercaderes de pieles de conejos y levitas de par de Francia.

— Vamos a ver adónde va Marius, dijo Bossuet, vamos á curiosar también a dónde va ese hombre, sigámoslos, ¿eh?

— ¡Bossuet! exclamó Courfeyrac, águila de Meaux! tú eres un bruto prodigioso. ¡Cómo! ¡nosotros hablamos de seguir á un hombre que sigue á un hombre!

Y los dos jóvenes se volvieron hacía atrás.

Marius, en efecto, habia visto pasar á Jondrette por la calle de Mouffetard, y le iba espiando.

Jondrette caminaba delante de él, muy ajeno de pensar que hubiese ya una mirada que le tenia como asido.

Salió de la calle de Mouffetard, y Marius le vió entrar en una de las más horribles casuchas de la calle Gracieuse, donde permaneció cosa de un cuarto de hora, volviéndose despues á la calle de Mouffetard. Entró en un almacén de quincalla que habia en aquella época en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y al cabo de algunos minutos, Marius le vió salir de la tienda, llevando en la mano un grande escoplo con mango de palo blanco que él procuraba ocultar bajo su levita. Al llegar á la calle del Petit-Gentilly, giró á la izquierda, y pasó rápidamente á la calle del Petit-Banquier. Ya iba oscureciendo, la nieve, que habia cesado un momento, acababa de recomenzar. Marius se puso en acecho en la misma esquina de la calle del Petit-Banquier, que estaba desierta como siempre, no queriendo ya seguir allí á Jondrette. Y á fe que acertó al obrar así, pues llegado que hubo junto á la pared baja por encima de la cual habia oido Marius hablar al hombre de las greñas y al de las barbas, Jondrette volvió la vista atras, se aseguró de que nadie le seguia ni le veia, despues saltó aquella pared y desapareció.

El terreno vago que cercaba aquella pared comuniaba con el patio de un antiguo alquilador de carruajes, bastante mal reputado, que habia hecho quiebra y que todavia conservaba alguna que otra berlina ó birlocho viejos bajo un cobertizo.

Marius calculó que era prudente y oportuno el aprovecharse de la ausencia de Jondrette para volver á entrar en su casa; además, la hora avanzaba; al salir todas las tardes para ir á fregar los platos en las casas donde ella solia hacer este servicio, la seña Bógon acostumbraba á echar siempre la llave á la puerta de la calle, la cual estaba ordinariamente cerrada al anocheecer; y como

Marius habia dado su llavín al inspector de policia, era muy importante para él que se diese prisa.

La tarde habia concluido; casi era ya noche oscura, no distinguiéndose sobre el horizonte y en la inmensidad sino un punto iluminado por el sol; este punto era la luna.

Este astro se levantaba enrojecido detras de la cúpula baja de la Salpêtriére.

Marius se dirigió á toda prisa al n.º 50-52. Cuando llegó, aún estaba la puerta abierta. Subió de puntillas la escalera, y se escurrió cauteloso á lo largo del correr hasta llegar á su cuarto. Segun recordará el lector, este corredor se hallaba todo él orillado de tabucos que en aquel momento estaban todos desocupados y por alquilar. Generalmente, la seña Burgon dejaba abiertas las puertas de aquellos desvanes. Al pasar por delante de una de aquellas puertas, Marius creyó distinguir en la pieza inhabitada cuatro cabezas de hombres inmóviles, vagamente iluminadas por un resto de luz que penetraba por un ventanillo. No queriendo ser visto, Marius no procuró ver él tampoco. Así logró entrar en su cuarto sin ser notado y sin hacer el menor ruido. Ya era tiempo. Un momento despues, oyó á la seña Burgon que se marchaba y que cerraba con llave la puerta de la calle.

Ya no nevaba ; la luna, cada vez más clara, se desprendía de los nublados, y su resplandor, mezclado con el blanco reflejo de la nieve depositada en el suelo y en los tejados, daba á la pieza un aspecto crepuscular.

En el tabuco de Jondrette habia luz. Marius veía el agujero del tabique brillar con una claridad rojiza que le parecía sangrienta.

Era indudable que aquella claridad no podía ser producida por una bujía. Por lo demás, ningún movimiento se notaba en la habitación de los Jondrette, nadie se movía en aquel zaquizamí, nadie hablaba, ni un soplo de respiración se apercibía, el silencio era allí glacial y profundo, y sin la presencia de aquella luz, creería uno hallarse allí al lado de un sepulcro.

Marius se quitó silenciosamente las botas y las puso bajo la cama.

Transcurrieron algunos minutos. Marius oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes, unos pasos, rápidos y fuertes, subieron la escalera y recorrieron después el corredor, el pestillo del tabuco se levantó con estrépito ; era Jondrette que entraba.

Inmediatamente se hicieron oír varias voces. Toda la familia se hallaba reunida en su chiribitil. Sólo que guardaba el mayor silencio en la ausencia del amo, como los lobatos en ausencia del lobo.

— Soy yo, dijo.

— Buenas noches, bato ¹, chillaron las muchachas.

— ¿Y bien?... dijo la madre.

— Todo marcha á las mil maravillas, respondió Jondrette, pero tengo un frío de perros en los pies. Bueno, eso es, te has vestido. Conviene mucho que puedas inspirar confianza.

¹ Padre.



Marius se sentó sobre su cama. Serían como las cinco y media de la tarde. Sólo media hora le separaba de lo que iba á suceder. Oía latir sus arterias como se oye el golpeo de un reloj en la oscuridad. No cesaba de pensar en la doble marcha que se estaba haciendo en aquel momento en las tinieblas; el crimen avanzando por un lado, la justicia acudiendo por otro. No tenía miedo, pero no podía pensar en las cosas que iban á suceder sin experimentar cierto estremecimiento. Como á todas las personas á quienes de súbito viene á asaltar una aventura sorprendente, esta jornada entera le producía el efecto de un sueño, y para no creerse víctima de una terrible pesadilla, le era preciso sentir en los bolsillos de su pantalón el frío de las pistolas de acero.

— Estoy ya dispuesta como para salir.

— ¡No olvidarás nada de lo que te tengo dicho! lo harás todo bien, ¿eh?

— Descuida.

— Es que... dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Marius oyó que colocó un objeto pesado sobre la mesa: probablemente era el escoplo que había comprado aquella tarde.

— Ea, vamos, ¿se ha comido hoy aquí?

— Sí, dijo la madre, yo comí tres grandes patatas con sal. Me aproveché de la lumbré para hacerlas cocer.

— Bueno, repuso Jondrette, mañana os llevaré á comer conmigo. Habrá un pato, y ciertos accesorios. Comeréis como unos Cárlos-Diez, ¡todo va perfectamente!

En seguida añadió bajando la voz:

— La ratonera está abierta. Los gatos están ahí.

Después volvió á bajar aún más la voz y dijo:

— Pon eso en la lumbré.

Marius oyó un ruido como de carbon golpeado con unas tenazas ó con otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

— ¿Has dado de sebo á los goznes de la puerta, para que no hagan ruido?

— Sí, contestó la madre.

— ¿Qué hora es?

— Van á ser pronto las seis. La média acaba de dar en Saint-Médard.

— ¡Diablos! dijo Jondrette, es preciso que las chicas salgan ya á ponerse de acecho. Venid aquí, vosotras, y escuchad lo que voy á deciros.

Signióse un cuchicheo.

La voz de Jondrette volvió á elevarse de nuevo:

— ¿Salió ya la Burgon?

— Sí, dijo la madre.

— Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

— No ha entrado en casa en todo el día, y ya sabes tú que esta es la hora en que él va á comer.

— ¿Estás segura?

— Segura.

— De todos modos, repuso Jondrette, nada se pierde en ir á su habitacion á ver si hay álguien. Muchacha, toma la vela y ve á ver si no hay nadie.

Dejóse caer Marius sobre sus manos y sus rodillas, y se fué arrastrando silenciosamente debajo de su cama.

Apénas se habia él agazapado allí, cuando notó una luz que pasaba por las rendijas de su puerta.

— Papá, gritó una voz, ha salido.

Esta voz la reconoció él por la de la hija mayor.

— ¿Has entrado dentro? preguntó el padre.

— No, contestó la hija, pero puesto que la llave está en la puerta, quiere decir que ha salido.

El padre gritó:

— ¡Entra sin embargo!

Abrióse la puerta, y Marius vió entrar en su cuarto á la mayor de las hijas Jondrette, con una vela de sebo en la mano. Estaba lo mismo que aquella mañana, sin más diferencia que la claridad nocturna la hacía más espantosa.

Marchó derecha hácia la cama. Marius sufrió un inexplicable momento de ansiedad, pero como habia cerca de la cama un espejo colgado á la pared, allí fué adonde ella se encaminó. Empinóse sobre las puntas de los piés y se puso á mirarse en él. Entre tanto, oíase resonar un ruido de hierros que removian en la habitacion inmediata.

Se atusó ella el pelo con la palma de la mano, y se sonreía al espejo al mismo tiempo que cantorreaba con su voz cascada y sepulcral:

Nuestros amores han durado toda una semana;
 ¡Pero cuán breves son los instantes de la dicha!
 Adorarse ocho días... ¡no valía la pena!
 ¡El tiempo de los amores debería durar siempre!
 ¡Debería durar siempre! ¡siempre! ¡siempre!

Entre tanto Marius temblaba. Le parecía imposible que dejara ella de oír su respiración.

En seguida se dirigió ella hacia la ventana y miró afuera, hablando en alta voz, con aquellas maneras medio alocadas que tenía.

— ¡Qué feo está París cuando se pone una camisa blanca! decía.

Volvióse al espejo, y se puso de nuevo á hacerse muecas y carantoñas, contemplándose sucesivamente, ya de frente, ya de lado.

— ¡Vamos! gritó al padre, qué diablos haces ahí tanto tiempo?

— Estoy mirando debajo de la cama y de los muebles, contestó ella, mientras que continuaba arreglándose el pelo, no hay nadie.

— ¡Anda, alma de cántaro! berreó el padre, ¡ven aquí corriendo! y no perdamos el tiempo.

— ¡Ya voy! ¡ya voy! respondió. ¡No tiene un tiempo para nada allí en su barraca!

Y se puso aún á medio cantar:

Me abandonas para ir en busca de gloria,
 Mi triste corazón seguirá tus pasos por doquier.

Se dió una postrera mirada al espejo, y despues salió cerrando tras sí la puerta.

Al cabo de unos instantes, Marius oyó el ruido de los piés descalzos de las dos muchachas en el corredor y la voz de Jondrette que las gritaba:

— ¡Tened mucho cuidado con observar bien! una por el lado de la barrera, y la otra en la esquina de la calle del Petit-Banquier. Que no perdáis de vista ni un solo minuto la puerta de casa, y á la menor cosa que vierais, venís aquí en seguida! corriendo y volando! Tenéis vuestro llavin para entrar.

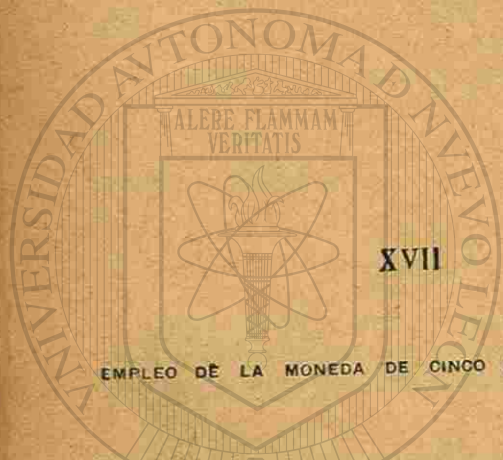
La hija mayor gruñó:

— Hacer centinela de noche, descalzas y sobre la nieve!

— ¡Mañana tendréis botitas de seda color de escarabajo! dijo el padre.

Bajaron la escalera, y algunos segundos despues, el choque de la puerta de la calle que se cerraba anunció que estaban fuera.

Ya no quedaba en la casa más que Marius y los Jondrette, y probablemente tambien los seres misteriosos entrevistos por Marius en el crepúsculo detras de la puerta del desvan inhabitado.



Marius juzgó que había llegado el momento de volverse á su puesto en el observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad y destreza propias de su edad, se halló junto al agujero del tabique.

Se puso á mirar.

El interior del desvan de los Jondrette ofrecía un singular aspecto, pudiendo ya Marius explicarse la extraña claridad que él había notado. En un candelero viejo y cubierto de cardenillo estaba ardiendo una vela de sebo, pero no era ella la que realmente alumbraba. Todo aquel desvan se hallaba como iluminado por el reflejo de una grande estufa de hierro colado dispuesta en la chimenea y llena de carbon encendido. Era la estufa que la Jondrette había preparado aquella mañana. El carbon estaba ardiendo y la estufa enrojada, levantándose sobre

ella una llama azulada que ayudaba á distinguir la forma del escoplo comprado por Jondrette en la calle de Pierre-Lombard, el cual se hallaba todo él hecho un ascua enrojada en medio de las brasas. En un rincon junto á la puerta, y como dispuestos para un uso previsto, veíanse dos montones que parecían ser, el uno de hierro viejo y el otro de cuerdas. Para cualquiera que no hubiera sabido nada de lo que allí se preparaba, todo aquello le habría hecho flotar el espíritu entre una idea muy siniestra y una idea muy sencilla. Aquel tabuco así iluminado parecía más bien una fragua que una boca del infierno: pero Jondrette, al resplandor de aquella luz, tenía más bien trazas de un demonio que de un herrero.

El calor de aquel brasero era tal, que la vela de sebo que se hallaba sobre la mesa se derretía por el lado de la estufa y se consumía en forma de bisel. Una linterna sorda de cobre, vieja, digna de Diógenes transformado en Cartouche, se hallaba sobre la chimenea.

Colocada en el mismo hogar, al lado de los tizones casi apagados, la estufa enviaba su vapor al tubo de la chimenea y no daba olor ninguno.

La luna, que penetraba por los cuatro vidrios de la ventana, esparecía su blanca luz en aquel desvan alumbrado por llamas rojas y purpúreas; y para el espíritu poético de Marius, sonador aún en el momento mismo de la acción, era como un pensamiento del cielo mezclado con los delirios disformes de la tierra.

Un soplo de viento, que penetraba por el vidrio roto, contribuía á disipar el olor del carbon y á disimular la estufa.

La guarida Jondrette, si se tiene presente lo que hemos dicho de la casucha Gorbeau, había sido admirablemente escogida para servir de teatro á un hecho violento y sombrío, para encubrir un crimen. Era el cuarto más in-

terior en la casa, más aislada del boulevard más desierto de París. Si la emboscada no existiera allí, se la habría inventado.

Todo el espesor de una casa y una porción de cuartos inhabitados separaban aquel tabuco del boulevard, y la única ventana que tenía daba sobre unos terrenos vagos cercados de paredes y de empalizadas.

Jondrette había encendido su pipa, y estaba fumando, sentado en la silla desfondada. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Marius hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que se rien en todas las ocasiones de la vida, habría soltado una carcajada en el momento en que sus ojos se fijaron en la Jondrette. Tenía puesto un gorro negro con plumas, bastante parecido á los sombreros de los heraldos ó reyes de armas de la coronación de Carlos X, un enorme pañolón de tartán sobre su refajo de punto, y los zapatos de hombre que su hija había desdeñado aquella mañana. Tal era la *toilette*, que había arrancado á Jondrette la exclamación: *¡ Bueno! te has vestido! has hecho muy bien. ¡ Es preciso que puedas inspirar confianza!*

Por lo que hace á Jondrette, no había abandonado su gabán nuevo y demasiado ancho para él que el señor Leblanc le había dado, y su traje continuaba ofreciendo aquel contraste de la levita y del pantalon que, según Courfeyrac, constituye el ideal del poeta.

De repente levantó la voz Jondrette y dijo:

— Á propósito, estoy pensando que con el tiempo que hace, va á venir el fiacre. Enciende el farol, tómale y baja. Te estarás aguardándole detras de la puerta de la calle. En el momento en que oigas que se pára el coche, abrirás corriendo, él subirá, tú le alumbrarás en la escalera y en el corredor, y mientras que él entra aquí, vol-

verás á bajar á toda prisa, pagarás al cochero y despedirás el fiacre.

— ¿ Pero y con qué dinero he de pagar? preguntó la mujer.

Jondrette metió las manos en los bolsillos de su pantalon, sacó una moneda de cinco francos, y se la entregó.

— ¿ Qué viene á ser esto? exclamó ella admirada de ver aquella moneda.

Jondrette respondió con dignidad:

— Es el monarca que dió el vecino esta mañana.

Y añadió:

— ¿ Sabes que se necesitan aquí dos sillas?

— ¿ Para qué?

— Para sentarse.

Marius sintió un estremecimiento que le corría por los riñones, al oír á la Jondrette dar esta tranquila respuesta:

— ¡ Pardiez! Iré por las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió ella la puerta del desvan y salió al corredor.

Marius no tenía materialmente el tiempo necesario para descender de la cómoda, llegar hasta su cama y ocultarse.

— Toma la vela, dijo Jondrette.

— No, respondió ella, me estorbaria, tengo que traer las dos sillas. La luna alumbrá bien la pieza.

Marius oyó la pesada mano de la Jondrette buscando á tientas la llave de su cuarto en la oscuridad. La puerta se abrió. Él permaneció clavado en su puesto, y como sobrecogido de estupor.

La Jondrette entró.

La ventana abohardillada que tenía el cuarto dejaba pasar un rayo de luna entre dos grandes lienzos de sombra. Uno de estos lienzos de sombra cubria enteramente la

pared en la cual se hallaba apoyado Marius, de modo que él desaparecía entre aquella oscuridad.

La Jondrette alzó los ojos, no vió á Marius, tomó las dos sillas, las únicas que Marius poseía, y se marchó con ellas, dejando cerrar la puerta ruidosamente tras de sí.

Volvió á entrar en su habitación y dijo :

— Aquí están las dos sillas.

— Y aquí tienes el farol, repuso el marido. Baja á toda prisa.

Obedeció ella sin demora, y Jondrette quedó ya solo.

Colocó las sillas á los dos lados opuestos de la mesa, dió vuelta al escoplo en la estufa, puso delante de la chimenea una media mampara vieja, que tapaba la estufa, después se dirigió al rincón donde estaba el montón de cuerdas, y se agachó allí como para examinar algo. Marius reconoció entonces que lo que él había creído ser un montón informe, no era sino una escala de cuerda bien hecha, con sus peldaños de madera y dos garfios para engancharla.

Aquella escala y algunas otras grandes herramientas, verdaderas mazas de hierro, que estaban mezcladas en el montón de herraje hacinado detrás de la puerta, no se hallaban aquella mañana en el desván de los Jondrette; sin duda los habían traído por la tarde, mientras que Marius estaba ausente.

— Son útiles como de una herrería de corte, dijo Marius para sí.

Si Marius hubiera sido algo más versado en este género, habría reconocido desde luego, en aquello que él tomaba por herramientas de fragua-cuchillería, ciertos instrumentos destinados á forzar una cerradura ó á vencer una puerta, y otros á propósito para cortar ó tajar, los dos géneros de útiles siniestros que los ladrones llaman *clauca* y *ye-plai*.

La chimenea y la mesa con las dos sillas se hallaban por casualidad en frente de Marius. Una vez tapada la estufa, el cuarto no se alumbraba ya sino por la vela de sebo; el menor tiesto sobre la mesa ó sobre la chimenea formaba una sombra bastante grande. Un jarro de agua roto oscurecía la mitad de una pared. Existía en aquel desván cierta calma horrible y amenazadora. Parecía esperarse allí algún suceso espantoso.

Jondrette había dejado apagar su pipa, lo que era ya un signo grave de preocupación, y había vuelto á sentarse. La vela hacía resaltar los ángulos agudos y feroces de su semblante. Tenía ciertos fruncimientos ó arqueos de cejas, y brascas dilataciones de la mano derecha, como si respondiera á los últimos consejos de un monólogo interior sombrío. En una de estas oscuras réplicas que él mismo se daba, tiró repentinamente hacia él del cajón de la mesa, sacó un cuchillo grande de cocina que tenía allí guardado, y se puso á probar si cortaba bien, ensayándole en sus uñas. Hecho esto, volvió á meter el cuchillo en el cajón, y empujó este bajo la mesa.

Marius á su vez echó mano á la pistola que tenía en el bolsillo de la derecha, la sacó y la montó.

La pistola, al montarla, hizo un pequeño ruido, claro y seco.

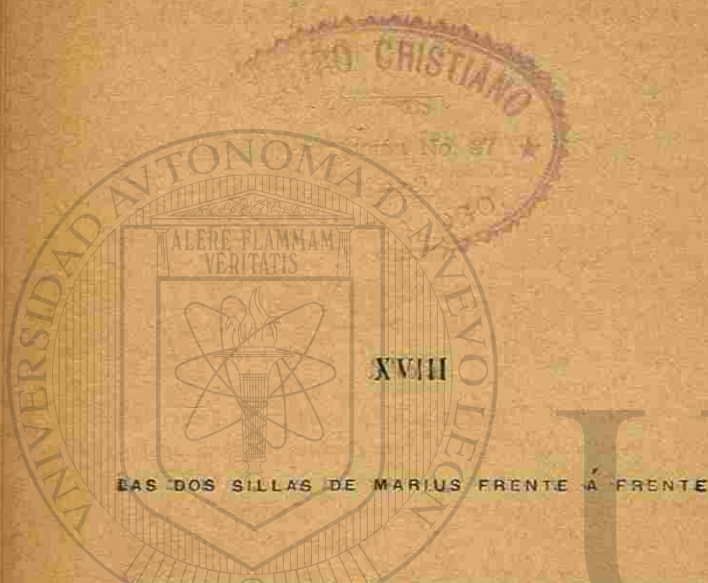
Jondrette se estremeció y se medio incorporó sobre su silla :

— ¿ Quién está ahí ? exclamó.

Marius recogió su aliento, Jondrette quedó escuchando un instante, y después se echó á reír diciendo :

— ¡ Qué tonto soy ! Es el techo que cruje.

Marius conservó la pistola en la mano.



La lejana y melancólica vibración de una campana vino de improviso á sacudir las vidrieras de aquel misterioso aposento. Eran las seis que daban en el reloj de San Medard.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando hubo sonado la sexta, despaviló la vela con sus dedos.

En seguida se puso á dar paseos por el cuarto, á escuchar en el corredor, á pasear otra vez, y despues á escuchar de nuevo:

— ¡ Con tal que él venga ! refunfuñó impaciente ; y se volvió á sentar.

Apénas había acabado de sentarse cuando se abrió la puerta del cuarto.

La Jondrette la había abierto, y permanecía en el corre-

dor haciendo horribles gesticulaciones de amabilidad que uno de los agujeros de la linterna sorda alumbraba desde abajo.

— Entre usted, señor, decía ella.

— Entre usted, mi bienhechor, repitió Jondrette levantándose precipitadamente.

El señor Leblanc entró al fin.

Traía un aspecto tranquilo y sereno, que le hacía singularmente venerable.

Puso sobre la mesa cuatro luises.

— Señor Fabantou, dijo, aquí tiene usted para el pago de su alquiler, y para sus primeras necesidades. Despues veremos y provereemos también.

— ¡ Que Dios se lo pague, mi generoso bienhechor ! exclamó Jondrette y acercándose rápidamente á su mujer:

— ¡ Anda ve á despedir el sacre !

Ella se esquivó mientras que su marido prodigaba los saludos y cumplidos ofreciendo una silla al señor Leblanc. Al cabo de unos instantes, volvió ella junto á él y le dijo al oído :

— Ya está hecho.

Tan espesa era la nieve que no había cesado de caer desde aquella mañana, que ni se había oido llegar el sacre, ni tampoco se le oyó marchar.

Entre tanto el señor Leblanc se había sentado.

Jondrette á su vez había tomado posesion de la otra silla, en frente del señor Leblanc.

Para formarse ahora una idea exacta de la escena que va á seguir, figúrese el lector en su mente la noche helada las vastas soledades de la Salpêtrière cubiertas de nieve y blanqueando á la claridad de la luna como inmensos sudarios, la débil luz de lamparilla que despedían los reverberos enrojeciendo acá y acullá aquellos boulevards trágicos y las largas hileras de álamos negros, ni un solo

transeunte tal vez en el radio de un cuarto de legua, la casucha Gorbeau en su máximum de silencio, de horror y de noche, y en aquella casucha, en medio de aquellas soledades, en medio de aquella sombra, el vasto desvan de los Jondrette alumbrado por una vela de sebo, y en aquel desvan dos hombres sentados á una mesa, el señor Leblanc tranquilo, Jondrette sonriendo y espantoso, la Jondrette, la leba de aquella guarida, en un rincón, y detras de un tabique, Marius, invisible, de pié, procurando no perder ni una sola palabra, ni un solo movimiento, con la vista en accho, y la pistola en la mano.

Por lo demas, Marius no experimentaba sino una emocion de horror, pero ningun temor. Empuñaba la culata de su pistola, y se contemplaba seguro. — Yo detendré á ese miserable cuando quiera detenerle, decia él para sí.

Estaba persuadido de que la policia se hallaba por allí cerca, en alguna parte, puesta de emboscada, y esperando la señal convenida, pronta á tender su brazo.

Tambien esperaba que, de este encuentro violento del señor Leblanc y de Jondrette, se derramaria alguna luz sobre todo aquello que á él le interesaba tanto conocer.

XIX

PREOCUPARSE DE LOS FONDOS OSCUROS

Apénas se hubo sentado, dirigió el señor Leblanc la vista hácia los camastros, que estaban vacíos.

— ¿Cómo está la pobre niña herida? preguntó.

— Mal, — respondió Jondrette con una sonrisa afligida y agradecida á la vez, haciendo unos grotescos pucheros de compasion por su hija y de reconocimiento por su bienhechor, — muy mal, digno señor. Su hermana la mayor la ha llevado á la Bourbe para que la hagan la cura. Ya las verá usted, pues no tardarán en entrar.

— ¿La señora Fabantou me parece que está mucho mejor? añadió el señor Leblanc dirigiendo una mirada sobre la extraña vestimenta que tenia puesta la Jondrette, la cual, de pié entre él y la puerta, como si estuviera ya guardando la salida, le consideraba en una actitud de amenaza y casi de combate.

— Se está muriendo, dijo Jondrette; pero, ¡qué quiere usted señor! tiene tanto ánimo esta mujer! Esto no es una mujer, es un buey.

La Jondrette, enternecida del cumplimiento, contestó con cierta gazmonería y con remilgos de monstruo lisonjeado:

— ¡Tú eres siempre demasiado bueno para mí, señor Jondrette!

— Jondrette, dijo el señor Leblanc, ¿yo creía que usted se llamaba Fabantou?

— Fabantou, alias Jondrette! repuso vivamente el marido. ¡Apodo de artista!

Y lanzando á su mujer un encogimiento de hombros que no vió el señor Leblanc, prosiguió despues con una inflexion de voz enfática y cariñosa:

— Ah! es que nosotros siempre nos hemos llevado muy bien sin el menor disgusto matrimonial, mi querida esposa: ¿y yo! ¿Qué es lo que nos quedaria, si no tuviéramos eso aqui? Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Tiene uno brazos, pero le falta el trabajo! Tiene uno ánimo, pero no puede emplearle, no tiene en qué! Yo no sé cómo se arregla el gobierno para eso, pero, por mi honor, caballero, que yo no soy ningun jacobino, no señor, yo no soy ningun busingote¹, no le quiero mal, pero si yo fuera gobierno, le doy á usted mi palabra más sagrada de que todo esto se arreglaría mucho mejor. Le pondré á usted un ejemplo: yo he querido hacer que mis hijas aprendan el oficio de cartonería. Usted me dirá: ¿Cómo! ¿un oficio? Sí, señor, un simple oficio! ¡un gana-pan! ¡Qué triste situacion! Vea usted, ¡qué decadencia, mi bienhechor! ¡Qué degradacion, cuando uno ha sido...!o que éramos ántes! ¡Ah! ya nada nos queda de nuestros

¹ Emplea este nombre, porque era el que dal an en 1830-31 á los republicanos, que adoptaron como distintivo el sombrero marino.

tiempos de prosperidad! Nada más que una sola cosa, un cuadro en cuya conservacion tengo yo el mayor interes. pero que, sin embargo, me desharé de él, pues al fin y al cabo, es menester vivir! Ítem, es menester vivir!

Mientras que Jondrette hablaba de esta manera, con una especie de aparente desorden que en nada amenguaba la expresion reflexiva y sagaz de su fisonomía, Marius levantó los ojos y distinguió en el fondo de la pieza á una persona á quien él no habia visto aún. Un hombre acababa de entrar, tan callandito, que no habian oido girar los goznes de la puerta. Aquel hombre llevaba un chaleco de se punto morado, viejo, usado, manchado, cortado y formando bocas abiertas en todas sus arrugas, un ancho pantalón de pana, alpargatas en los piés, sin camisa, con el cuello desnudo, los brazos desnudos y marcados, y la cara tiznada. Habíase sentado silenciosamente, cruzando los brazos, sobre la cama más inmediata, y venia á estar así detras de la Jondrette, no se le distinguía sino confusamente.

Esa especie de instinto magnético que advierte á la mirada hizo que el señor Leblanc se volviese casi al mismo tiempo que Marius, y no pudo ménos de experimentar cierto movimiento de sorpresa que para Jondrette no pasó desapereibido:

— ¡Ah! ¿ya caigo! exclamó Jondrette abotonándose con cierto aire de complacencia, ¿usted mira su levita? ¡Me está muy bien! á fe miá que me asienta perfectamente!

— ¿Qué hombre es ese? dijo el señor Leblanc.

— ¿Eso? repuso Jondrette, es un vecino. No haga usted caso.

El vecino tenía un aspecto singular. Sin embargo, en el arrabal de Saint-Marceau abundan las fábricas de productos químicos. Muchos obreros de estos establecimientos pueden tener la cara ennegrecida. Por lo demas, toda

la persona del señor Leblanc respiraba una confianza cándida é intrépida; y añadió :

— Dispense usted, ¿ qué es pues lo que me estaba usted diciendo, señor Fabantou ?

— Le decía á usted, mi buen señor y querido protector, replicó Jondrette, apoyándose de codos sobre la mesa y contemplando al señor Leblanc con ojos fijos y tiernos, muy semejantes á los ojos de una serpiente boa, le decía á usted que tengo un cuadro que vender.

Un ligero ruido se hizo oír en la puerta. Un segundo y no ménos siniestro personaje acababa de entrar y de sentarse sobre la cama, detras de la Jondrette. Como el primero, también este tenía los brazos desnudos y una máscara de tinta ó de hollin.

Bien que este hombre se hubiese literalmente escurrido en el cuarto, no pudo hacer que el señor Leblanc dejara de notarle.

— No haga usted caso, dijo Jondrette. Son gentes de casa. Decía, pues, que me queda aún un cuadro precioso... Va usted á verlo, caballero, mire usted.

Se levantó, dirigióse á la pared contra la cual se hallaba apoyada la tabla ó marco de que ya hemos hablado, y le volvió de frente, dejándole siempre apoyado en la pared. Era en efecto una cosa que se parecía á un cuadro y que la vela apenas alumbraba. Marius no podía distinguir nada, pues Jondrette se habia colocado entre el cuadro y él; sólo entreveía allí un mamarracho groseramente embadurnado, donde habia una especie de personaje principal iluminado con la crudeza chillona de los lienzos foráneos y de las pinturas de biombos y mamparas.

— ¿ Y qué viene á ser eso ? preguntó el señor Leblanc. Jondrette exclamó :

— ¿ Esto ? una pintura de maestro, un cuadro de gran precio, mi bienhechor ! yo le quiero como á mis dos hi-

jas, me renueva ciertos recuerdos ! pero, ya se lo he dicho á usted, y no me vuelvo atras, soy tan desgraciado, que me desharé de él.

Bien fuese por casualidad, ó bien porque empezase él á concebir alguna inquietud, mientras que examinaba el cuadro, la mirada del señor Leblanc volvió á dirigirse hácia el fondo de la pieza. Ahora habia ya cuatro hombres, tres sentados sobre la cama, y uno de pié, junto á las jambas de la puerta, todos cuatro con los brazos desnudos, inmóviles, tiznadas las caras. Uno de los que se hallaban sentados sobre la cama se apoyaba en la pared, con los ojos cerrados, parecia como que estaba dormido. Este era viejo. Sus cabellos blancos sobre su rostro negro le hacian horrible. Los otros dos parecian jóvenes; el uno era barbudo y el otro peludo ó greñudo. Ninguno de ellos llevaba zapatos; los que no llevaban alpargatas iban descalzos.

Jondrette observó que las miradas del señor Leblanc se dirigian á aquellos hombres.

— Son amigos. Todo eso es de aqui de la vecindad. Están tiznados porque trabajan con carbon. Son fumistas, deshollinadores. No se ocupe usted de ellos, mi bienhechor, pero cómpreme usted mi cuadro. Cómpadézcase usted de mi miseria. No se le venderé á usted caro. ¿ En cuánto le estima usted ?

— Pero si eso, — dijo el señor Leblanc mirando á Jondrette de reojo y como un hombre que principia ya á ponerse en guardia, — es alguna muestra de bodegon ó de taberna, que valdrá, á lo más, unos tres francos.

Jondrette contestó con dulzura :

— ¿ Tiene usted ahí su cartera ? yo me contentaré con tres mil francos.

El señor Leblanc se puso de pié, se apoyó de espaldas contra la pared y paseó rápidamente su mirada por aquel

desvan. Tenía á Jondrette á su izquierda, por el lado de la ventana, y á la Jondrette y los cuatro hombres á su derecha, por el lado de la puerta. Los cuatro hombres no se movían, y ni siquiera daban indicios de verle; Jondrette había vuelto á proseguir hablando, con un acento plañidero, con la pupila tan vaga y la entonación tan lamentable, que el señor Leblanc podía creer buenamente que aquel ser que tenía en su presencia no era otra cosa que un hombre á quien la miseria había trastornado el juicio un pobre demente, y nada más.

— Si usted no me compra el cuadro, querido bienhechor decía Jondrette, me hallaré sin recursos de ninguna especie, no me queda más arbitrio que echarme al río. Cuando yo pienso que he querido hacer que mis dos hijas aprendan el oficio de cartonería medio-fina, el cartonaje de las cajas de aguinaldo. Pues bien! se necesita una mesa, con una tabla en el fondo, para que los vasos no caigan al suelo; se necesita un horno hecho expresamente con ese objeto, una vasija con tres divisiones, para los diferentes grados de fuerza que debe de tener la cola, según que se la emplea para la madera, para el papel, ó para las telas, un tranchete para cortar el cartón, un molde para ajustarle, un martillo para clavar las puntas de acero, piuceles, el diablo y la manila, ¡ qué sé yo cuántas cosas más! ¡ y todo ello para ganar cuatro sueldos por día! ¡ y se trabaja catorce horas! y cada caja pasa trece veces por las manos de la obrera! ¡ y mojar el papel! ¡ y cuidado con manchar nada! ¡ y que la cola esté caliente! ¡ el diablo que los lleve á todos ellos! ¡ ya le digo á usted! ¡ cuatro sueldos diarios! ¿ cómo quiere usted que se viva así? ¡ Imposible!

Mientras que esto decía, Jondrette no miraba al señor Leblanc, que le observaba atentamente. Los ojos del señor Leblanc estaban fijos en Jondrette, y los ojos de Jondrette fijos en la puerta. Entre tanto Marius llevaba jadeando su

atención y sus miradas del uno al otro. El señor Leblanc parecía preguntarse: ¿ Es este hombre algún idiota? Jondrette repetía dos ó tres veces con toda especie de inflexiones variadas en el género rastrero y suplicante: ¡ No me queda más recurso que echarme al río! ¡ el otro día bajé ya tres escalones para hacerlo, junto al puente de Austerlitz!

De improviso se iluminó su apagada pupila con una horrible llamarada; aquel hombrecillo se levantó y apareció espantoso, dió un paso hácia el señor Leblanc y le gritó con voz atronadora:

— ¡ No hablemos ya más de esto! ¿ es que usted no me conoce?



La puerta del cuarto acababa de abrirse bruscamente y dejaba ver tres hombres con blusas azules, enmascarados con caretas de papel negro. El primero era delgado y llevaba un enorme garrote ferrado, el segundo, que era una especie de coloso, tenía en la mano, por la mitad del mango y con el hacha hacia abajo, un destal de los que se usan para acogotar las reses. El tercero, rechoncho de espaldas, menos flaco que el primero y menos macizo que el segundo, llevaba empuñada una enorme llave robada de la puerta de alguna cárcel.

Parece que lo que esperaba Jondrette era la llegada de aquellos hombres. Un diálogo rápido se cruzó entre él y el hombre del garrote, el flaco.

- ¿Está todo listo! preguntó Jondrette.
— Sí, contestó el hombre delgaducho.

- ¿Pero donde está Montparnasse?
— El primer galan se ha detenido ahí fuera hablando con tu hija.
— ¿Con cuál de ellas?
— Con la mayor.
— ¿Hay abajo un fiacre?
— Sí.
— ¿Está enganchado el bisdoston?
— Está enganchado.
— ¿Con dos buenos caballos?
— Excelentes.
— ¿Espera donde yo dije que esperase?
— Sí.
— Está bien, dijo Jondrette.

El señor Leblanc estaba muy pálido. Examinaba todo cuanto le rodeaba en aquel miserable desvan, como un hombre que comprende dónde se ha metido, y su cabeza, dirigida sucesivamente hacia todas las cabezas que allí había, giraba sobre su cuello con una lentitud que revelaba al mismo tiempo la atención que prestaba á lo que estaba viendo y la extrañeza que todo aquello le causaba, pero sin que en su actitud hubiera nada que se pareciese al miedo. Habíase hecho él de la mesa una trinchera improvisada; y aquel hombre que, un momento ántes, sólo tenía trazas de ser un buen viejo, se transformó súbitamente en una especie de atleta, y colocaba su puño robusto sobre el espaldar de su silla con un gesto sorprendente y formidable.

Aquel anciano, tan firme y tan valiente en presencia de tal peligro, parecía una de esas naturalezas que son valerosas como son buenas, es decir, de una manera fácil y sencilla. El padre de la mujer á quien amamos nunca es para nosotros un sér extraño. Marius se sintió lleno de una altiva y valerosa arrogancia á la vista de aquel desconocido.

Tres de los hombres de quienes Jondrette había dicho : *son deshollinadores*, habían tomado, en el monton de her-
raje, el uno unas grandes tijeras, el otro unas tenazas, el
tercero un martillo, colocándose en seguida los tres al
traves de la puerta sin pronunciar una palabra. El viejo
había permanecido sobre la cama, sin haber hecho hasta
entonces más que abrir los ojos. La Jondrette se había
sealado junto á él.

Pensó ya Marius que, ántes que transcurrieran algunos
segundos, sería llegado el momento de intervenir, y levan-
tó la mano derecha hácia el techo, en la direccion del
corredor, pronto á hacer oír su pistoletazo.

Una vez concluido su coloquio con el hombre del gar-
rote, Jondrette se volvió de nuevo al señor Leblanc y le
repitió la pregunta de ántes, acompañándola con aquella
risita baja, contenida y terrible que él tenía :

— ¿ Conque ya no recuerda usted quién soy yo ? ¿ no
me conoce usted ?

El señor Leblanc le miró de frente y respondió :

— No.

Entónces Jondrette se acercó hasta á la mesa. Se em-
pió por encima de la vela, cruzándose de brazos, apro-
ximando su mandíbula angulosa y feroz al semblante tran-
quilo y apacible del señor Leblanc, y avanzando todo lo
más que le era posible, sin que el señor Leblanc reculara,
y en la postura de la bestia dañina que va á morder gritó :

— Yo no me llamo Fabantou, tampoco es mi nombre
Jondrette, ¡ me llamo Thénardier ! ¡ yo soy el posadero
de Montfermeil ! ¿ lo oyó usted bien ? ¡ Thénardier ! ¿ es
que ahora ya me conoce usted ?

Un color rojo imperceptible atravesó la frente del señor
Leblanc, quien contestó sin que su voz temblara, y sin ele-
varla tampoco, con su lucidez y con su serenidad ordinaria :

— No le conozco á usted ahora más que ántes.

Marius no oyó esta respuesta. Quien le hubiese visto en
este momento, en medio de aquella oscuridad, le habría
encontrado huraño, estúpido, aterrado. En el instante en
que Jondrette dijo : *Yo me llamo Thénardier*, Marius tem-
bló en todos sus miembros, y se apoyó contra la pared,
como si hubiera sentido el frío de una hoja de acero que
le atravesara el corazón. Su brazo derecho, que estaba ya
pronto á disparar el tiro de señal convenido, bajó lenta-
mente, y en el momento en que Jondrette repitió : *¿ Lo
oyó usted bien ? ¡ Thénardier !* los dedos desfallecientes de
Marius estuvieron á punto de dejar caer la pistola en tierra.
Al descubrir quién era él, Jondrette no logró conmovér al
señor Leblanc, pero trastornó á Marius. Este nombre de
Thénardier, que parecia no conocer el señor Leblanc, le co-
nocía Marius perfectamente. ¡ No hay más que recordar
aquí lo que semejante nombre era para él ! ¡ había él lle-
vado aquel nombre sobre su corazón, escrito nada ménos
que en el testamento de su padre ! le llevaba aún siempre
en el fondo de su pensamiento, en el fondo de su memo-
ria, en esta recomendación sagrada : « Un tal Thénardier
» me salvó la vida. Si mi hijo le encuentra, le hará todo el
» bien que pueda. » Segun recordará el lector, este nombre
constituía uno de los objetos de piedad en su espíritu ; unién-
dole él al nombre de su padre en su culto interno. ¡ Cómo !
¡ era este aquel Thénardier, era este aquel mesonero de
Montfermeil á quien él había buscado en vano durante
tanto tiempo ! ¡ Al fin le hallaba, pero de qué manera !
¡ aquel hombre, salvador de su padre, era un bandido !
¡ aquel hombre, por el cual él, Marius, deseaba ardiente-
mente sacrificarse, si necesario fuese, era un monstruo !
¡ aquel libertador del coronel Pontmercy estaba en vías de
cometer un atentado cuya forma no distinguía aún Marius
muy claramente, pero que tenía todas las trazas de un
asesinato ! y contra quién, ¡ gran Dios ! ¡ qué fatalidad ! ¡ oh

amarga burla de la suerte! Su padre le ordenaba desde el fondo de su tumba que hiciera todo el bien que pudiese á Thénardier; de cuatro años á esta parte, Marius no tenía otra idea que la de pagar esta deuda de su padre, y en el momento en que él iba á hacer que la justicia se apoderase de un bandido en flagrante perpetración de un crimen, el destino le grita: ¡Ese es Thénardier! la vida de su padre, salvada en medio de una lluvia de metralla, en el campo heroico de Waterloo, iba él al fin á pagársela aquel hombre, ¡y pagársela con el cadalso! Habíase él prometido, si alguna vez se encontraba con Thénardier, no abordarle sino arrojándose á sus pies; ¡y le había hallado en efecto, pero para entregarle al verdugo! Su padre le decía: ¡Socorre, ampara á Thénardier! y él respondía á esta voz adorada y santa, ¡aplastando á Thénardier! dar por espectáculo á su padre, en la tumba, al hombre que le había arrancado de las garras de la muerte con peligro de su propia vida, ajusticiado en la plaza de Saint-Jacques por el hecho de su hijo, ¡de este Marius á quien él legara la memoria y la suerte de aquel hombre! ¡y qué irrisión, el haber llevado tanto tiempo sobre su pecho las últimas voluntades de su padre escritas de su mismo puño para hacer horriblemente todo lo contrario! ¡pero, por otra parte, presenciar aquella asechanza, aquella horrorosa é inícuca emboscada, y no impedir la perpetración del crimen! ¡cómo! condenaría él á la víctima y salvaría al asesino! ¡es que por ventura estaba él obligado á algún reconocimiento para con aquel miserable? Todas las ideas que Marius tenía en su mente hacia ya cuatro años se hallaban trastornadas y como atravesadas de parte á parte por este golpe inesperado. Estaba temblando. Todo allí dependía de él. Sin que ellos pudieran sospecharlo, tenía él en su mano aquellos seres que en su presencia se agitaban. Si disparaba el pistoletazo, el señor Leblanc estaba salvado y

Thénardier perdido; si no le disparaba, el señor Leblanc era sacrificado, ¿y quién sabe? Thénardier escapaba. ¡Precipitar al uno, ó dejar que sucumbiera el otro! remordimientos por una y otra parte. ¿Qué hacer, pues? ¿qué elegir? ¡faltar á la memoria más imperiosa, á tantos empeños, á tantos compromisos graves, profundos, adquiridos consigo mismo, al más santo de los deberes, al texto más venerado! ¡faltar al testamento de su padre, ó dejar que se consumara un crimen! parecía, por un lado, oír á « su Úrsula » suplicarle por su padre, y por otro, al coronel recomendándole á Thénardier. Hallábase fuera de juicio, loco en medio de tan terribles contradicciones. Sus rodillas desfallecían: y no tenía siquiera tiempo bastante para deliberar; tal era la furia con la cual se precipitaba la horrenda escena que tenía ante sus ojos. Era como un torbellino del cual creía él ser dueño, pero que le arrebataba. Hubo un momento en que estuvo á punto de caer desmayado.

Entre tanto Thénardier, — pues ya no le llamaremos de otro modo en lo sucesivo, — se paseaba á lo largo del cuarto, por delante de la mesa en una especie de delirio y de triunfo frenético.

Agarró con todo el puño la vela y la colocó sobre la chimenea, dando en esta un porrazo tan violento, que faltó muy poco para que la mecha se apagara, saltando el sebo y salpicando la pared.

En seguida se volvió hácia el señor Leblanc, con un gesto espantoso y repugnante, y le arrojó esta expectoración: — Perdido, arruinado, fastidiado, frito, refrito y cochifrito... ¡á la crapaudine!

Y volvió á emprender sus paseos, en plena explosión. — ¡Ah! al fin he vuelto á dar con usted, señor filántropo! ¡señor millonario de chaqueta raída! ¡señor regador de muñecas! ¡maricon! ¡viejo bragazas! ¡ah! con-

que no me conoce usted! ¡no, no es usted el que vino á Montfermeil, á mi posada, hace ocho años, en la noche de Navidad de 1823! ¡no es usted el que se llevó de mi casa á la hija de la Fantina! ¡la Calandria! ¡no es usted el que llevaba un carriek amarillo! ¡no! y un paquete, lleno de trapos, en la mano, como traje esta mañana á mi casa! ¡Dime, tú, esposa! ¡no es verdad que es una manía en este hombre la de llevar á las casas paquetes llenos de medias de lana! ¡anda! ¡viejo caritativo! ¿Es que es usted fabricante de gorros de dormir y de medias, señor millonario? ¡va usted repartiendo á los pobres el fondo de su tienda, santo varon! ¡qué farsante! ¡Ah! ¿conque no me conoce usted? ¡Pues bien! ¡yo sí que le cocozco á usted perfectamente! le conocí en seguida, en cuanto metió aquí el hocico. ¡Ah! va usted á ver el fin que no es todo color de rosa, esto de ir é introducirse así en las casas de las gentes, so pretexto de que son posadas, con ropas raidas y miserables, con trazas de verdadero mendigo, que daba ganas de darle un sueldo de limosna, engañar á las personas, echarla de generoso, quitarlas su gana-pan, y amenazar despues en los bosques; y que no se paga todo esto con traer despues á las gentes, cuando están ya arruinadas, una levita demasiado ancha y dos malos cobertores de hospital; ¡mal viejo, ladron de niñas!

Se detuvo, y pareció durante un momento como que hablaba consigo mismo. Diríase que su furor caía, como el Ródano, en algun agujero; despues, como si concluyera en alta voz las cosas que acababa de decirse en silencio, dió un fuerte puñetaszo sobre la mesa y gritó:

— ¡Con su aspecto de bonachon!

Y apostrofando al señor Leblanc:

— ¡Pardiez! usted se burló de mí en otra ocasion! ¡Usted es la causa de todas mis desgracias! Por mil quinientos francos se me llevó usted una chica que yo tenia, y que sin

la menor duda pertenecia á gentes ricas, una muchacha que me habia producido ya mucho dinero, y de la cual debia yo sacar con que vivir para toda mi vida! ¡Una criatura que me habria ella sola indemnizado de todo cuanto he perdido en aquella abominable posada donde se hacian continuos *jachipenes murnós*¹, y donde yo he comido y consumido como un majadero toda mi santa hacienda! ¡Oh! desearia que todo el vino que se ha bebido en mi casa sirviera de veneno á los que le han bebido! ¡En fin, no importa! ¡Dígame usted! ¡qué bien se reiria y se burlaria usted de mí cuando se me largó con la Calandria! ¡Llevaba usted su garrote en el bosque! Entónces era usted el más fuerte. Ahora viene el desquite para mí. ¡Hoy, tengo yo en mi mano todos los triunfos! ¡Está usted perdido, pobre hombre! ¡Ah, sí! Ahora me toca á mí reir y divertirme á mi vez. ¡De véras que río! ¡Cómo ha caido en el garlito! Le he dicho que yo era actor, que me llamaba Fabantou, que he trabajado en el teatro con la señorita Mars, ó señorita Muche, que mi casero queria ser pagado mañana, 4 de Febrero, y ni siquiera ha sido capaz de notar y de comprender que el trimestre de casa no concluye el 4 de Febrero, sino el 8 de Enero! ¡Animal de badulaque! ¡Y se viene con esos cuatro ruines felipes, Canalla! ¡Ni siquiera ha tenido aliento para llegar á los cien francos! ¡Y como le enganaba yo con mis simplezas y bobadas! Esto me divertia. Y decia entre mí: ¡Zopenco! anda, que ya te tengo agarrado. ¡Esta mañana te estoy lamiendo las patas, pero á la noche te he de roer el corazon!

Thénardier calló. Estaba sofocado y sin alientos. Su pecho diminuto y mezquino jadeaba resoplando como el fuelle de una fragua. Sus ojos mostraban esa feroz satisfaccion, esa innoble dicha de una criatura débil, cruel y cobarde, que al fin cree poder aterrar lo que ella ha te-

¹ Orgias costosísimas.

mido ántes é insultar lo que ántes ha adulado, el gozo de un enano que pusiera su tacon sobre la cabeza de Goliath, la alegría de un chacal que comienza á destrozar un toro enfermo, bastante muerto ya para no poderse defender, bastante vivo para sufrir aún.

El señor Leblanc no le interrumpió, pero le dijo cuando él se interrumpió:

— Yo no sé lo que usted quiere decir. Usted se equivoca. Yo soy un hombre muy pobre, bien lejos de ser un millonario. No le conozco á usted. Sin duda me toma usted por otra persona.

— ¡Ah! berreó Thénardier, ¡buen columpio! ¡grande equilibrista! ¡Ahora quiere usted chancearse así! ¡Está usted patullando, buen viejo! ¡Ah! conque no se acuerda usted! ¡No ve usted quién soy yo!

— Dispense usted, respondió el señor Leblanc con un acento de urbanidad y de finura que en semejantes circunstancias ofrecía algo de extraño y de vigoroso, ya veo que es usted un bandido.

¿Quién no lo ha notado alguna vez? Los antes odiosos tienen su susceptibilidad, los monstruosos suelen también ser quisquillosos. Al oír esta palabra, bandido, la tía Thénardier se lanzó precipitadamente fuera de la cama, y Thénardier cogió su silla como si fuera á hacerla pedazos entre sus manos. — No te muevas tú, gritó á su mujer, y encarándose con el señor Leblanc:

— ¡Bandido! ¡sí, dijo, bien sé yo que nos llamáis de esa manera, señores ricos! ¡Toma! ¡y es verdad, yo he hecho quiebra, vivo escondido, no tengo pan, no tengo un centavo, soy un bandido! ¡Tres días hace ya que no como, luego soy un bandido! ¡Ah! vosotros os calentáis los pies en ricos escarpines de Sakoski, tenéis levitas acolchadas como unos arzobispos, habitáis el cuarto principal en casas de portero, coméis ricas criadillas de tierra, manojos de espárragos que

os cuestan ocho pesos cada uno en el mes de Enero, guisantitos frescos, las primicias de todo, os refociláis, os embriagáis, y cuando queréis saber si hace frío, miráis en el periódico lo que marca el termómetro del ingeniero Chevalier; ¡pero nosotros! ¡Ah! ¡á nosotros nos sirven nuestros propios cuerpos de termómetros! No necesitamos ir al muelle, á la esquina de la torre del Reloj, á ver cuántos grados hay de frío; sentimos cuajarse la sangre en nuestras venas y llegarnos el hielo hasta el corazón, y decimos: ¡No hay Dios! Y venís á nuestras cavernas, sí, á nuestras cavernas, á llamarnos bandidos! ¡Pero ya os conocemos nosotros! ¡ya os devoraremos, pobres pigmeos! ¡Señor millonario! sepa usted esto: ¡Yo he sido un hombre que ha tenido su establecimiento, he tenido mi patente, he sido vecino, he sido elector, yo también soy *bourgeois*! ¡y tal vez usted no lo es!

Aquí Thénardier dió un paso hácia los hombres que estaban junto á la puerta, y añadió con cierto temblor:

— ¡Cuando pienso que tiene la audacia de venir á hablarme como á un zapatero de viejo!

Y dirigiéndose en seguida al señor Leblanc, con un recriminamiento de frenesí, le dijo:

— ¡Y sepa usted también esto, señor filántropo! Yo no soy un hombre oscuro! ¡Yo no soy un nombre que nadie sabe cómo se llama, y que va á las casas á llevarse las criaturas, á robar niñas! ¡Yo soy un antiguo soldado francés, y debería estar condecorado! ¡Yo me hallé en Waterloo! ¡y salvé la vida en medio de la batalla á un general llamado el conde de Pontmercy! Ese cuadro que está usted ahí viendo y que ha sido pintado por David en Bruqueselas, ¿sabe usted á quién representa? Me representa á mí. David ha querido inmortalizar este hecho de armas. Yo llevo á cuestas al general Pontmercy, y le saco á salvo de en medio de la metralla. ¡Esto es la historia! Y ni siquiera ha hecho nunca nada por mí, el tal general; no valía él ciertamente más

que los otros! ¡ todos sois lo mismo! ¡ Y sin embargo, no por eso dejé yo de salvarle la vida, con peligro de la mía; los bolsillos tengo llenos de certificados de todo eso! ¡ Yo soy un soldado de Waterloo, por vida de mil demonios! Y ahora que he tenido la bondad de decirle á usted todo esto, concluyamos; necesito dinero, necesito mucho dinero, necesito enormes sumas de dinero, ó le extermino á usted; ¡ por todos los truenos de Dios eterno!

Marius había recobrado algún imperio sobre sus angustias y continuaba escuchándolo todo. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Aquel hombre era, en efecto, el Thénardier del testamento de su padre. Marius se estremeció al oír aquel reproche de ingratitud dirigido á su padre, y que él se hallaba á punto de justificar de un modo tan fatal. Sus perplejidades redoblaron. Por lo demás, había en todas estas palabras de Thénardier, en el acento, en el gesto, en la mirada que hacia brotar llamas de cada palabra, había en aquella explosión de una naturaleza perversa mostrándolo todo, en aquella mezcla de farfarronada y de abyección, de orgullo y de mezquindad, de fatuidad y de rabia, en aquel caos de agravios reales y positivos y de sentimientos falsos, en aquel impudente descaro de un malvado que saborea el deleite de la violencia, en aquella cínica desnudez de un alma horrible, en aquella conflagración de todos los sufrimientos combinados con todos los odios, algo que era horrendo como la maldad y punzante como la verdad.

La obra maestra de pintura, el cuadro de David cuya compra había él propuesto al señor Leblanc, no era otra cosa, según lo ha adivinado ya el lector, que la muestra de su bodegón, pintada por él mismo, como fácilmente se recordará, y única reliquia que conservaba de su naufragio de Montfermeil.

Como él había dejado ya de interceptar el rayo visual de Marius, podía este ahora considerar aquel llamado cuadro, en cuyo embadurnado reconocía realmente una batalla, un fondo de humo, y un hombre llevando á cuestas á otro. Sin duda que este era el grupo de Thénardier y de Pontmercy, el sargento salvador y el coronel salvado. Marius se hallaba como embriagado por la presencia de aquel cuadro, el cual le representaba en cierto modo tan al vivo la memoria de su padre; ya aquella no era la muestra de la taberna de Montfermeil, era una resurrección; una tumba se entreabría allí, un fantasma se incorporaba, se levantaba. Marius oía su corazón latir en sus sienes, el cañón de Waterloo resonaba en sus oídos, el espectro ensangrentado de su padre, vagamente diseñado y coloreado en aquel paño siniestro, le causaba pavor, pareciéndole que aquella sombra informe le miraba fijamente.

Luégo que Thénardier hubo recobrado aliento, clavó en el señor Leblanc sus sangrientas pupilas, y le dijo con voz baja y breve:

— ¿Qué es lo que tú tienes que decir ahora, ántes que se te haga trizas?

El señor Leblanc guardó silencio. En medio de este silencio, una voz rasgada y bronca lanzó desde el corredor este lúgubre sarcasmo:

— ¡ Si hay que descopar, yo estoy pronto!

Era el hombre del hacha que se divertía y se hacía el gracioso.

Al mismo tiempo, una enorme caraza terrosa y feroz se dejó ver á la puerta con una risa horrible que mostraba no dientes de hombre sino colmillos de perro ó de jabalí.

Era el rostro del hombre que tenía en la mano el hacha ó destal.

¿ Por qué te has quitado la careta? le gritó Thénardier con furor.

— Para reír, contestó el hombre.

Hacia algunos instantes que el señor Leblanc parecía seguir y espiar todos los movimientos de Thénardier, quien, deslumbrado y cegado por su propia rabia, iba y venía por aquella guarida con la confianza que le inspiraban las circunstancias de tener la puerta guardada de retener como en prisión, él armado, á un hombre inerrante y de ser ellos nueve contra uno, suponiendo que la Thénardier no contara sino por un hombre. En su apóstrofe al del hacha, volvió él la espalda al señor Leblanc.

El señor Leblanc se aprovechó de este momento, apartó la silla con el pie, la mesa con el puño, y de un salto, con prodigiosa agilidad, ántes que Thénardier hubiera tenido tiempo de volverse, se hallaba ya en la ventana. Abrirla, escalar el apoyo, saltar sobre él, todo fué obra de un segundo. Ya se hallaba con la mitad del cuerpo fuera, cuando seis puños robustos le agarraron y le restituyeron enérgicamente en el desvan. Eran los tres « fumistas » que se lanzaron sobre él inmediatamente. Al mismo tiempo, la Thénardier le habia cogido por los cabellos.

Al oír el pataleo que allí se hizo, acudieron los otros bandidos del corredor. El viejo que estaba sentado sobre la cama y que parecia como embriagado, descendió del camastro, y llegó tambaleándose, llevándose en la mano un martillo de peon caminero.

Uno de los « fumistas » ó deshollinadores, cuyo rostro tiznado alumbraba apenas la vela, y en el cual, á pesar de su emburnado, reconoció Marius á Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, levantó sobre la cabeza del señor Leblanc una especie de maza doble, compuesta de dos bolas de plomo colocadas en las extremidades de una bara de hierro.

Marius no pudo ya resistir á este espectáculo. — ¡ Padre mio, dijo para sí, perdóname! — Y su dedo buscó el

gatillo de la pistola. Ya iba á disparar, cuando oyó la voz de Thénardier que gritaba :

— ¡ No hacerle daño !

La desesperada tentativa de la víctima, léjos de exasperar á Thénardier, le habia calmado. Habia en él dos hombres, el hombre feroz y el hombre sagaz. Hasta este momento, en la embriaguez del triunfo, ante la presa abatida y sin poderse mover, habia dominado el hombre feroz; mas cuando la víctima se agitó y pareció que queria luchar, el hombre sagaz y diestro empezó á prevalecer en él.

— ¡ No le hagáis daño ! volvió á decir, y sin que él lo supiera, consiguió ya un primer triunfo, deteniendo la pistola, pronta á disparar, paralizando á Marius para quien desapareció ya la urgencia, y quien, en vista de esta nueva fase que presentaba la escena, no vió inconveniente en esperar aún. ¿ Quién sabe si no surgiria algun incidente que le librase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Úrsula ó de perder al salvador del coronel ?

Una lucha hercúlea se habia empeñado. De una fuerte puñada en el torso, el señor Leblanc habia lanzado al viejo rodando por medio del desvan; de otros dos reveses, habia dado en tierra con otros dos acometedores, teniendo á cada uno de ellos bajo sus rodillas; los miserables acezaban con estertor bajo aquella presión, como bajo una rueda de molino; pero los otros cuatro habian echado mano al temible anciano, cogiéndole por ambos brazos y por la nuca, y le tenian postrado y agachado sobre los dos « fumistas » que él habia derribado en tierra. En esta situación, dominando á unos y dominado por otros, aplastando á los que estaban debajo y ahogándose bajo los que él tenia encima, sacudiendo en vano todos los esfuerzos que se aglomeraban sobre él, el señor Leblanc desaparecia bajo aquel horrible grupo de bandidos como el jabalí bajo un tropel de alanos y de sabuesos aullando.

Por fin lograron derribarle sobre la cama más próxima á la ventana, teniéndole allí sujeto. La Thénardier no le habia sollado aún los cabellos.

— Mira, tú, la dijo el marido, no te mezcles en esto. Vas á romper tu pañuelo.

La Thénardier obedeció, como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

— Vosotros, añadió Thénardier, registradle.

El señor Leblanc parecia haber renunciado ya á todo género de resistencia; y le registraron. Nada llevaba consigo sino una bolsa de cuero, la cual contenia seis francos, y su pañuelo.

Thénardier se guardó el pañuelo en su bolsillo.

— ¡Cómo! ¿no lleva cartera ninguna? preguntó.

— Ni siquiera reloj, contestó uno de los « fumistas. »

De todos modos, murmuró con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado que llevaba la grande llave en la mano, no cabe duda que es un viejo duro y temible.

Thénardier se dirigió al rincón de la puerta, y tomó allí un paquete de cuerdas que les arrojó, diciéndoles:

— Atadle á los pies de la cama; y reparando en el viejo que habia quedado tendido en el suelo, en medio de la pieza, de resultas de la puñada que le habia sacudido el señor Leblanc, y que no se movia, preguntó:

— ¿Es que está muerto Boulatruelle?

— No, respondió Bigrenaille, está borracho.

— Barredle hácia un rincón, dijo Thénardier.

Dos de los deshollinadores empujaron al beodo con los pies junto al montón de herraje.

— ¿Babet, por qué has traído tanta gente? dijo Thénardier en voz baja al hombre del garrote, era inútil.

— ¿Qué quieres? replicó el hombre del garrote, todos querian ser de la partida. Los tiempos están malos. No se hace negocio ninguno.

El camastro sobre el cual habian derribado al señor Leblanc era una especie de cama de hospital apoyada sobre cuatro toscos montantes ó pies de madera, apenas cortados á escuadra. El señor Leblanc se mostró pasivo, dejándolos hacer con él lo que quisieran. Los bandidos le amarraron sólidamente, bajándole los pies hasta el suelo, al montante de la cama que se hallaba más lejos de la ventana y más próximo á la chimenea.

Luégo que hubieron apretado bien el último nudo, Thénardier cogió una silla y fué á sentarse casi frente por frente del señor Leblanc. Thénardier parecia ahora ya otro hombre; en pocos instantes, su fisonomía habia pasado de la más desfrenada violencia á la más serena y astuta amabilidad. Á Marius costaba mucho trabajo el reconocer en aquella sonrisa, fina y complaciente, de hombre de oficina, ó más bien, de mostrador, la boca cuasi bestial que echaba espumarajos pocos momentos ántes; consideraba con estupor aquella metamorfosis fantástica é inquietante, y experimentaba lo que experimentaria un hombre que viese á un tigre convertido en abogado ó procurador.

— Señor mío, ... dijo Thénardier.

Y haciendo con un gesto que se apartaran los bandidos que aún tenían puestas las manos sobre el señor Leblanc:

— Alejense ustedes un poco, dijo, y déjenme á mí conversar con este caballero.

Todos se retiraron hácia la puerta, y él empezó á hablar al señor Leblanc de esta manera:

— Caballero, hizo usted mal en querer escaparse por la ventana. Habría podido romperse una pierna. Ahora, si usted lo permite, vamos á platicar tranquilamente. En primer lugar, es preciso que yo le comunique á usted una observacion que he hecho, y es que todavía no ha lanzado usted el menor grito.

Thénardier tenía razón, este detalle era exacto y positivo, bien que él se le hubiera escapado á Marius en suturación. El señor Leblanc había pronunciado apenas algunas palabrassolamente, sin levantar la voz, y aún en medio de su lucha junto á la ventana con los seis bandidos, había él guardado siempre el más profundo y más raro silencio. Thénardier prosiguió:

— ¡Pardiez! aunque usted hubiera gritado un poco de ¡ladrones! ¡ladrones! yo no lo hubiera hallado fuera de razón. ¡Asesinos! también es cosa que suele gritarse en ocasiones dadas, y por lo que hace á mí, no lo hubiera extrañado tampoco, ni tomado en mal sentido. Es muy natural que se arme un poco de ruido y alboroto cuando uno se halla así entre personas que no le inspiran suficiente confianza. Aún cuando usted lo hubiera hecho, nadie aquí se lo habría estorbado. Ni siquiera se le habría á usted puesto mordaza. Y yo le diré por qué. Es que este cuarto es muy sordo. Él no tiene de bueno nada más que esto, pero bajo este punto de vista es inmejorable. Esta habitación es un sótano, una cueva, una caverna. Aunque se disparara aquí una bomba, no haría ella para el cuerpo de guardia más cercano mayor ruido que el que hace al roncar un borracho. Aquí el cañon haría bum, y el trueno haría puf. Este es un alojamiento cómodo. Pero en fin, no ha gritado usted, tanto mejor, yo le felicito por haber obrado así, y voy á decirle lo que yo deduzco de esto: Querido señor mío, cuando se grita, ¿quién es quien viene? la policía. ¿Y después de la policía? la justicia. ¡Pues bien! usted no ha gritado; conque esto prueba que no tiene más prisa que nosotros de ver llegar á la justicia y á la policía. Es que sin duda, — y hace mucho tiempo que yo ya lo sospechaba, — tiene usted cierto interes en ocultar algo. Nosotros por nuestra parte tenemos el mismo interes. Por consiguiente, podemos entendernos muy bien.

Mientras que hablaba de esta suerte, parecia que Thénardier, con su pupila fija en el señor Leblanc, procuraba elevar las puntas aceradas y agudas que salian de sus ojos en el fondo de la conciencia de su prisionero. Por lo demas, su lenguaje, marcado con una especie de insolencia modesta y solapada, era reservado, casi escogido, y en aquel miserable que no era poco ántes sino un bandido como los otros, se reconocia bien ahora al « hombre que ha e tudiado para clérigo. »

El silencio que habia guardado el prisionero, aquella precaucion que iba hasta olvidar el cuidado de su propia vida, aquella resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza, que es el lanzar un grito, todo esto, preciso es decirlo, desde el momento en que se hizo la observacion, era asaz importuno para Marius, y le llenaba de pensa extrañeza.

La observacion, tan fundada, de Thénardier oscurecia aún para Marius las misteriosas densidades bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y extraña á la cual habia lanzado Courfeyrac el apodo del señor Leblanc. Pero quienquiera que él fuese, amarrado con cuerdas, rodeado de verdugos, medio sepultado, por decirlo así, en una fosa que se iba ahondando debajo de él un grado en cada instante, ante el furor como ante la amabilidad de Thénardier, aquel hombre permanecia siempre impassible; y Marius no podia ménos de admirar en tan criticos momentos aquel semblante tan melancólico y tan altivo á la vez.

Evidentemente aquella era una alma inaccesible al miedo, y que no sabia lo que es perder el tino, ni la paciencia y serenidad. Era uno de esos hombres que dominan el asombro de las situaciones desesperadas. Por más extrema que fuese ya la crisis, por más inevitable que pareciera la catástrofe, nada habia en él de la agonía del ahogado que debajo del agua abre ojos horribles.

Thénardier se levantó sin afectación, dirigióse á la chimenea, apartó el biombo, apoyándole en el camastro inmediato, y puso así al descubierto el hornillo lleno de brasas en el cual podía el prisionero ver perfectamente el escoplo hecho ascuas, de un rojo enalzado y moteado á trechos de estrellitas de escarlata.

En seguida volvió otra vez Thénardier á sentarse junto al señor Leblanc, y le dijo :

— Continúo, pues, lo que le estaba diciendo á usted. Podemos entendernos perfectamente. Arreglemos esto como buenos amigos. Yo he hecho mal en encolerizarme hace poco, no sé cómo se me fué la chabeta, he ido demasiado lejos, me he excedido, he dicho mil extravagancias. Por ejemplo, porque es usted millonario, le he dicho que le exigía dinero, mucho dinero, inmensas sumas de dinero. No. Esto no sería justo ni razonable. ¡Válgame D os! por más que usted sea muy rico, opulento, tiene también sus obligaciones, sus gastos; sus cargas, ¿quién no las tiene en este mundo? yo no quiero arruinarle á usted; no soy ningún codicioso, ni ningún avaro, sobre todo. No soy de esas gentes que, porque gozan de las ventajas de la posición, se aprovechan de ellas para ser ridículas. Vea usted, yo también pondré de mi parte y haré desde luego un sacrificio. Me contentaré con la miseria de doscientos mil francos.

El señor Leblanc no contestó ni una sola palabra. Thénardier prosiguió :

— Ya usted ve que no dejo de echar bastante agua en mi vino. Yo no conozco el estado de su fortuna de usted, pero sé muy bien que no suele reparar en el dinero, y un hombre benéfico como usted puede muy bien dar doscientos mil francos á un padre de familia que no es nada dichoso. — Ciertamente que usted también es razonable, y que no se ha figurado que yo me tomase todo este trabajo que hoy me he tomado, y que organizaría la partida

de esta noche, que es una obra maestra del arte, como estos mismos señores lo reconocen, para venir á parar, por remate de cuentas, en pedirle á usted con que beber un poco de vinotinto á quince sueldos el litro y comer una loncha de ternera en la fonda de Desnoyers. Esta obra que yo he elaborado vale bien sus doscientos mil francos. Una vez que esta hagatela haya salido de su bolsa de usted, yo le respondo de que todo habrá concluido, y que no tendrá que temer ni el más simple papirote. Usted me dirá : pero si yo no traigo conmigo doscientos mil francos. ¡Oh! yo no soy exagerado. No exijo eso. Sólo le pediré á usted una cosa : que tenga la bondad de escribir lo que voy á dictarle.

Aquí Thénardier se interrumpió, y después añadió, acentuando bien sus palabras y lanzando una maligna sonrisa hácia el lado del hornillo en ascuas :

— Le prevengo á usted que yo no admitiría la excusa de que no sepa escribir.

Un grande inquisidor habría podido envidiar aquella sonrisa.

Thénardier empujó la mesa hasta colocarla junto al señor Leblanc, y tomó el tintero, una pluma y un pliego de papel del cajón que procuró dejar entreabierto y dentro del cual brillaba la larga hoja del cuchillo.

En seguida puso el pliego de papel delante del señor Leblanc.

— Escriba usted, le dijo.

El prisionero habló al fin :

— ¿Cómo quiere usted que escriba, si estoy maniatado?

— ¡Es verdad, perdone usted! contestó Thénardier tiene usted mucha razón.

Y dirigiéndose á igrenaille :

— Desate usted el brazo derecho al señor, le dijo.

Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, ejecutó al

momento la órden de Thénardier. Cuando estuvo en libertad la mano derecha del prisionero, Thénardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó, diciéndole :

— No pierda usted de vista, señor mío, que está usted en nuestro poder, á nuestra discrecion, que ningun poder humano es capaz de sacarle de aquí y que verdaderamente sentiríamos en el alma vernos obligados á recurrir á los extremos más desagradables. Yo no sé cuál es su nombre de usted, mi coozco tampoco las señas de su casa ; pero le prevengo que permanecerá aquí atado hasta que la persona encargada de llevar la carta que usted va á escribir haya vuelto, dejando evacuada su comision. Ahora tenga usted la bondad de escribir.

— ¿ Que es lo que he de escribir ? preguntó el prisionero.

— Yo lo dictaré.

El señor Leblanc tomó la pluma.

Thénardier empezó á dictar :

— « Hija.... »

El prisionero dió un vuelco estremeciéndose, y clavó los ojos en Thénardier.

— Ponga usted « mi querida hija, » dijo Thénardier.

El señor Leblanc obedeciò, Thénardier continuò :

— Ven inmediatamente.... »

— Aquí se interrumpió :

— La tutea usted, ¿ no es verdad ?

— ¿ Á quién ? preguntó el señor Leblanc.

— ¡ Pardiez ! dijo Thénardier á la chica, á la Calandria.

El señor Leblanc respondió sin mostrar la menor emocion :

— No sé lo que usted quiere decir.

— Pues continúe usted, repuso Thénardier, y volvió él á proseguir dictando :

— « Ven inmediatamente. Tengo absoluta necesidad » de ti. La persona que te entregará esta carta está en-

» cargada de conducirte adónde yo estoy. Aquí te espero.

» Ven con confianza. »

El señor Leblanc habia escrito todo esto. Pero Thénardier repuso :

— ¡ Ah ! horre usted la última frase que dice : *Ven con confianza*; pues podria dar á entender y suponer que no se trata de un asunto muy sencillo, y que es posible la desconfianza.

El señor Leblanc borró aquellas tres palabras.

— Ahora, añadió Thénardier, firme usted. ¿ Cómo se llama usted ?

El prisionero dejó la pluma sobre la mesa y preguntó :

— ¿ Para quién es esta carta ?

— Demasiado sabe usted para quién es, contestó Thénardier, para la chica. Acabo de decirselo á usted.

Era evidente que Thénardier evitaba siempre el nombrar á la jóven á quien aludia ; llamándola « la Calandria, » ó « la chica, » pero sin pronunciar nunca su nombre. Precaucion de hombre hábil que sabe guardar su secreto en presencia de sus cómplices. Decir el nombre, habria sido tanto como entregarles todo « el negocio, » y hacer que supieran más de lo que necesitaban ellos saber.

Por último, le dijo :

— Firme usted. ¿ Cuál es su nombre ?

— Urbano Fabre, contestó el prisionero.

Thénardier, con el movimiento de un gato, se llevó la mano al bolsillo y saco de él el pañuelo cogido al señor Leblanc. Buscó la marca y la acercó á la vela.

— U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien, firme usted U. F.

El prisionero firmó.

— Como se necesitan ambas manos para doblar la carta, démela usted, yo la doblaré.

Hecho esto, Thénardier repuso :

— Ponga usted el sobre. *Á la señorita Fabre*, en su casa de usted. Yo sé que usted no vive muy léjos de aquí, en las cercanías de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, puesto que allí es adonde va á oír misa todos los días, pero ignoro en qué calle. Ya veo que usted comprende su situación. Como no ha mentido usted al decir su nombre, tampoco mentirá al decir las señas de su casa. Escríbalas usted mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo, después tomó la pluma y escribió :

— « *Á la señorita Fabre*, en casa del señor Urbano Fabre, calle de Saint-Dominique-d'Enfer, n.º 47. »

Thénardier tomó la carta con una especie de convulsión febril.

— ¡Esposa! gritó.

La Thénardier acudió el momento.

— Aquí tienes la carta. Ya sabes lo que has de hacer. Abajo hay un fiacre. Marcha corriendo y vuelve idem Y dirigiéndose al hombre del destrial :

— Oye, tú, le dijo, puesto que te has quitado la careta, acompaña al ama. Subirás en la trasera del fiacre. Sabes dónde has dejado el bisdoston?

— Sí, contestó el hombre.

Y colocando el destrial en un rincón, siguió á la Thénardier.

Cuando ya se iban, Thénardier pasó la cabeza por la puerta entreabierta y gritó en el corredor :

— ¡Sobre todo, no pierdas la carta! piensa bien que llevas en el bolsillo doscientos mil francos.

La voz ronca de la Thénardier contestó :

— Descuida. Me la he guardado en el pecho.

Apénas habían transcurrido algunos segundos, cuando se oyó el chasquido de un látigo que fué decreciendo y extinguiéndose rápidamente.

— ¡Bien! refunfuño Thénardier. Van bien de prisa.

Á ese paso, se hallará aquí el ama de vuelta dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla á la chimenea, y se sentó, cruzándose de brazos y aproximando sus botas lodosas al hornillo que ardía.

— Tengo los piés frios, dijo.

Ya no quedaban en el cuarto con Thénardier y el prisionero sino cinco bandidos. Estos hombres, al traves de las máscaras ó de la tizne que cubria sus rostros, haciendo de ellos, á eleccion del miedo, carboneros, negros ó demonios, tenían trazas de hallarse como embotados, entorpecidos, mohinos y taciturnos, notándose desde luego que estaban ejecutando un crimen como se ejecuta una faena, una tarea cualquiera, tranquilamente, sin piedad pero sin ira también, fastidiados y aburridos. Hallábanse todos agrupados, ó más bien, amontonados como brutos en un rincón, y guardaban el mayor silencio. Thénardier seguía calentándose los piés. El prisionero habia vuelto á caer en su postracion mostrándose taciturno. Una calma sombría habia sucedido á la infernal balahola que algunos momentos ántes llenaba el desvan.

La vela, en la cual se habia formado un enorme pábilo, apenas alumbraba aquella inmensa covacha, el brasero del hornillo se habia también amortiguado y oscurecido, y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo.

No se oía más ruido que el de la respiracion tranquila del viejo beodo que estaba durmiendo en el suelo.

Marius esperaba, en medio de una ansiedad que todo contribuía á acrecer por momentos. El enigma era entonces para él más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella « chica » á quien Thénardier habia llamado también la Calandria? ¿era por ventura su « Úrsula? » El prisionero no habia manifestado conmocion ninguna al oír esta palabra,

la Calandria, y habia respondido del modo más sosegado y tranquilo: No sé lo que usted quiere decir. Por otra parte, las dos letras U. F. se hallaban explicadas, querian decir Urbano Fabre y ¡Úrsula no se llamaba ya Úrsula! Esto era lo que Marius veía más en claro de todo cuanto pasaba en su presencia. Una especie de fascinación horrible le retenía como clavado en el puesto desde el cual observaba él y dominaba toda aquella escena. Allí estaba, casi incapaz de reflexión y de movimiento, abismado y anonadado por tan abominables cosas vistas de cerca. Estaba aguardando, en la expectativa de algún incidente, cualquiera que fuese, y sin poder reunir y combinar sus ideas, ignorando qué partido tomar.

— En todo caso, decía él para sí, si la « Calandria » es Ella, yo lo veré desde aquí, pues la Thénardier va á traerla. Entónces ya acabará todo esto; daré gustoso mi sangre y mi vida, si necesario fuese, pero la libentaré! Nada me defenderá.

En esto habia transcurrido ya cerca de media hora. Thénardier parecia como absorto por alguna meditacion tenebrosa; el prisionero no se movia. Sin embargo, Marius creía, hacia algunos minutos, oír de vez en cuando un pequeño ruido sordo hácia el lado donde se hallaba el prisionero.

De improviso Thénardier apostrofó á su cautivo en esta forma:

— Señor Fabre, oiga usted, más vale que lo sepa usted desde luego.

Estas pocas palabras parecian el exordio de alguna declaración. Marius aplicó atento el oído. Thénardier continuó:

— Mi esposa va á volver, no se impaciente usted. Mi opinion es que la Calandria es realmente su hija de usted, y me parece muy natural que usted la tenga á su lado. Sólo que, oiga usted bien lo que voy á decirle, con su carta de usted, mi mujer irá en busca de ella. Yo he dicho á mi mu-

jer que se vistiera decenemente, como usted ha visto, de modo que la señorita la siga sin dificultad. Ambas subirán en el coche, con mi camarada detrás. En cierta parte, allá fuera de las barreras, tenemos dispuesto un bisdoston, con dos buenos caballos enganchados. Allí será adonde conducirá á su hija de usted. Descenderá del fiacre. Mi camarada subirá con ella en el bisdoston, y mi esposa volverá aquí sola á decirnos: Ya está eso hecho. Por lo que hace á la niña de usted, no la harán daño ninguno; el bisdoston la llevará á un paraje donde estará tranquila y en seguridad; y en el momento en que usted me haya entregado esa friolera de los doscientos mil francos, se le devolverá á usted su hija. Si usted hace que me prendan, mi compañero dirá á la pulgarada¹ á la Calandria, y se acabó la función.

El prisionero no articuló ni una sola palabra. Despues de una ligera pausa, Thénardier prosiguió:

— Como usted lo ve, es cosa sencilla. No habrá mal ninguno si usted no quiere que lo haya. Yo le prevengo á usted para que sepa á qué atenerse. Le cuento á usted la cosa, tal cual ha de suceder.

Y se detuvo unos instantes, como esperando alguna respuesta; el prisionero no rompió el silencio, y Thénardier repuso:

Tan pronto como mi esposa vuelva aquí y me diga: La Calandria va de camino, le soltaremos á usted y quedará en libertad de irse á dormir á su casa. Ya ve usted que no tenemos malas intenciones.

Las más espantosas imágenes atravesaron ante el cerebro de Marius. ¡Cómo! ¿aquella jóven que era objeto de una villana asechanza, de un raptó infame, no la traerian ya á la covacha de Thénardier? ¿Uno de aquellos monstruos iba á llevársela á un lugar oscuro, apartado y siniestro?

¹ Dará de puñaladas.

¿adónde la conducirían?... ¡Y si fuera Ella! Y parecía indudable que no era otra que Ella. Marius sentía pararse los latidos de su corazón. ¿Qué hacer en un trance tan apurado? ¿disparar el pistoletazo? ¿entregar en manos de la justicia á todos aquellos miserables? Pero en este caso, el hombre horrible del destal quedaria fuera de todo alcance, con la joven, y Marius no olvidaba un instante estas horribles palabras de Thénardier cuya sangrienta significacion entreveía claramente: *Si usted hace que me prendan, mi compañero diñará la pulgarada á la Calandria.*

Ahora ya no era sólo por el testamento del coronel, sino también por su mismo amor, por el peligro de aquella á quien amaba, por lo que se sentía retenido.

Esta situación espantosa, que duraba ya hacia más de una hora, cambiaba de aspecto á cada instante. Marius tuvo la fuerza de pasar sucesivamente en revista todas las más punzantes y tristes conjeturas, buscando una esperanza y sin poder hallarla. El tumulto de sus pensamientos contrastaba singularmente con el fúnebre silencio de aquella guarida.

En medio de este silencio, oyóse el ruido de la puerta de la escalera que se abría, cerrándose en seguida.

El prisionero hizo un movimiento entre sus ligaduras.

— Aquí está ya el ama, dijo Thénardier.

Apénas acababa él de pronunciar estas palabras, cuando en efecto, la Thénardier se precipitó en el cuarto, colorada, sofocada y jadeante, con los ojos echando llamas y dando gritos al par que sacudiéndose fuertes golpes con sus manazas en ambas piernas á la vez:

— ¡Las señas eran falsas!

El bandido que habia ido á acompañarla apareció detrás de ella, y volvió á apoderarse de su maza-destal.

— ¿Las señas eran falsas? repitió Thénardier.

Y ella añadió:

— ¡Nadie! ¡En la calle de Saint-Dominique, número

diez y siete, no hay ningun señor que se llame Urbano Fabre! ¡No saben qué hombre es ese!

Calló unos instantes, sofocada, y despues continuó:

— ¡Señor Thénardier, ese viejo se ha burlado de ti completamente! ¡tú eres demasiado bueno, ya lo estás viendo! ¡yo, en tu lugar, le habria cortado en cuatro el tragadero, para comenzar! ¡y si él hubiera hecho el malo, le habria yo hecho á él cocer vivo! ¡ya le habria yo obligado muy bien á hablar, y á que dijera dónde está la hija, y también dónde tiene la hucha! ¡Hé ahí cómo yo habria hecho las cosas! ¡Bien dicen que los hombres son más tontos que las mujeres! ¡Nadie! ¡número diez y siete! ¡es una gran puerta cochera! ¡Á ningun señor Fabre conocen allí! calle de Saint-Dominique, y vaya usted echando los bofes, y de usted propina al cochero, y todo! ¡Hablé con el portero, y con la portera que es una mujer muy gorda y muy guapa, no conocen á tal gente!

Marius respiró. Ella, Úrsula ó la Calandria, aquella á quien no sabia él ya cómo llamar, se habia por fin salvado. Mientras que su mujer, exasperada al extremo, vociferaba de esta suerte, Thénardier se habia sentado sobre la mesa permaneciendo unos instantes sin pronunciar una palabra, haciendo oscilar su pierna derecha, que estaba colgando, y en actitud de considerar el horpillo con cierto ademán ó aspecto de un delirio salvaje.

Por fin se dirigió al prisionero, y con una inflexion de voz lenta y singularmente feroz, le dijo:

— ¿Conque señas falsas? ¿pero qué es lo que tú esperabas con eso?

— ¡Ganar tiempo! gritó el cautivo con voz terrible.

Y al mismo tiempo sacudió sus ligaduras; todas ellas estaban cortadas; no quedando ya el prisionero sujeto á la cama sino por una pierna.

Antes que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de

apercibirse de lo que estaba sucediendo y de lanzarse sobre él, se había él inclinado hacia la chimenea, llevando la mano á la estufa, y enderezándose despues repentinamente; ahora ya Thénardier, la Thénardier y los bandidos, sobrecogidos de espanto y replegados al fondo de la covacha, le miraban con estupor blandiendo y levantando sobre su cabeza el escoplo enrojecido del cual se desprendia un resplandor siniestro, casi libre y en una actitud formidable.

La informacion judicial, á la cual dió lugar posteriormente esta emboscada de la casucha florbeau, puso en claro haberse hallado en el desvan, cuando la policia procedió á reconocerle, una gruesa moneda de dos sueldos cortada y trabajada de un modo particular: esta moneda era una de esas maravillas de la industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas y para las tinieblas, maravillas que no son otra cosa que instrumentos de evasion. Estos horribles y delicados productos de un arte prodigioso son en la joyeria lo que las metáforas del *caló* son en la poesia. El presidio tiene sus Benvenuto Cellini, á la manera que la lengua tiene sus Villon. El desgraciado que aspira á recobrar la libertad, halla medio, á veces sin útiles de ningún género, con una mala navaja, con un cuchillo viejo, de serrar un sueldo en dos láminas delgadas, de ahuecar estas dos láminas sin tocar á los grabados monetarios y de practicar una vuelta de espiral en el canto de la moneda, de suerte que se puedan adherir las dos láminas entre si nuevamente. Esto se atornilla y se destornilla á voluntad; es una caja. En esta caja, se oculta un resorte de reloj de faltriquera, y este resorte de reloj, bien manejado, corta las manillas ó los grillos de calibre, y las barras de hierro. Se cree que aquel pobre presidiario no posee sino un sueldo, siendo así que dentro de aquel sueldo posee él la libertad. Una de estas monedas gruesas de cobre, elaborada de la manera que acabamos de decir, fué lo que, en

las ulteriores pesquisas de la policia, hallaron abierta y en dos mitades en el desvan, bajo el camastro que estaba cerca de la ventana. Tambien encontraron una sierra diminuta de acero azul, que podia ocultarse dentro de la moneda. Es probable que en el momento en que los bandidos registraron al prisionero, llevaba él consigo esta moneda de cobre, que logró ocultar en el puño, y que despues, teniendo la mano derecha libre, la destornilló y se sirvió de la sierrecita para cortar las cuerdas que le tenían sujeto, lo que explicaria el ruido ligero y los movimientos imperceptibles que Marius habia notado.

No habiendo podido bajarse, temiendo que le descubrieran practicando la maniobra, no habia cortado las ataduras de su pierna izquierda.

Los bandidos se habian repuesto de su primera sorpresa.

— No tengas cuidado, dijo Bigrenaille á Thénardier. Todavía está sujeto por una pierna, y no hay peligro de que se escape. Yo respondo. Esa pata le ha sido ligada por mí.

Á este tiempo el prisionero levantó la voz:

— Sois unos desgraciados, dijo, pero mi vida no vale la pena de que la defendiera tanto. En cuanto á imaginaros que me hariais hablar, que me hariais escribir lo que yo no quiero escribir, que me hariais decir lo que yo no quiero decir...

Levantó la manga de su brazo izquierdo y añadió:

— Mirad.

Al mismo tiempo extendió el brazo y se aplicó en él, sobre la carne desnuda, el escoplo hecho ascuas que tenía en la mano derecha por el mango de madera.

Oyóse el estremecimiento de la carne quemada, esparciéndose por el desvan el olor propio de las salas de tormento. Marius vaciló sobre sus talones, desatinado de horror; hasta los mismos bandidos temblaron; el rostro de aquel anciano singular se contrajo apénas, y mientras que el hierro ardiendo penetraba en la carne humeante,

impasible y casi augusto, fijaba en Thénardier su hermosa mirada sin rencor, donde el sufrimiento se desvanecía en una majestad serena.

En las naturalezas grandes y elevadas, las rebeliones de la carne y de los sentidos entregados al dolor físico hacen resaltar al alma y aparecer y ostentarse en la frente, á la manera que las rebeliones de la soldadesca obligan al capitán á ponerse en evidencia.

— Miserables, dijo, no tengáis más miedo de mí que tengo yo de vosotros.

Y arrancando el escoplo de la llaga, le arrojó por la ventana, que habia quedado abierta; el horrible instrumento hecho ascuas desapareció en la oscuridad de la noche, girando y dando vueltas, hasta que fué á caer á larga distancia apagándose en la nieve.

El prisionero repuso:

— Haced ahora de mí lo que queráis.

Ya estaba desarmado.

— ¡Echadle mano! dijo Thénardier.

Dos de los bandidos le pusieron las manos sobre los hombros, y el enmascarado que hacia voz de ventriloquo se colocó en frente de él, dispuesto á hundirle el cráneo de un porrazo, con su enorme llave, al menor movimiento que hiciera el cautivo.

Al mismo tiempo Marius oyó, debajo de él, junto al tabique, pero tan cerca que no podia ver á los que hablaban, este coloquio cambiado en voz baja:

— Ya no queda sino una cosa que hacer con él.

— ¡Díjarle mulé¹!

— Eso es.

Este consejo le tenian entre sí el marido y la mujer.

Thénardier se dirigió muy despacio hácia la mesa, abrió el cajón, y tomó el cuchillo.

¹ Matarle

Marius atormentaba el pomo de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Una hora hacia ya que oia él dos voces en su conciencia; la una le decia que respetara el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriera al prisionero. Estas dos voces continuaban sin interrupción su lucha tremenda, colocándole en una situación de verdadera agonía. Hasta este momento, habia él esperado vagamente hallar un medio de conciliar estos dos deberes, pero nada posible habia surgido aún. Sin embargo, el peligro hacia ya urgente en extremo una resolución; ya estaban rebasados los postreros límites de una espera razonable; á muy pocos pasos del prisionero, hallábase caviloso Thénardier con el cuchillo en la mano; preciso era pues adoptar sin demora un partido en tan apurado trance.

En el extravío de su mente, Marius paseaba sus ojos y hacia divagar sus miradas en derredor suyo, que es el último recurso maquinal de la desesperación.

De repente sintió un estremecimiento.

Á sus piés, sobre la mesa, un vivo rayo de luna llena alumbraba y parecia como señalarle un pedazo de papel. En este papel leyó la línea que en gruesos caracteres habia escrito aquella misma mañana la hija mayor de Thénardier, y que decia así:

— LAS ARPIAS ESTÁN AHÍ.

Una idea, una claridad atravesó entonces el espíritu de Marius; era el medio que él buscaba, la solución de aquel horrible problema que le atormentaba; salvar á la víctima sin dañar al asesino. Arrodillóse sobre su cómoda, extendió el brazo, cogió la hoja de papel, arrancó silenciosamente un pedazo de yeso del tabique, le envolvió en este papel y lo arrojó todo por la rendija en medio del desvan.

Ya era tiempo. Thénardier habia vencido sus últimos temores ó sus últimos escrúpulos y se dirigia hácia el prisionero.

— ¡ Algo ha caído al suelo ! exclamó la Thénardier.

— ¿ Qué es eso ? dijo el marido.

La mujer se había precipitado y había recogido ya el cascote envuelto en el papel, que entregó á su marido.

— ¿ Por dónde ha venido esto ? preguntó Thénardier.

— ¡ Pardiez ! dijo la mujer, ¿ por dónde quieres que haya entrado eso, sino por la ventana ?

— Yo lo he visto pasar, añadió Bigrenaille.

Thénardier desplegó rápidamente el papel y le acercó á la vela.

— Es la letra de Eponina. ¡ Diablos !

Hizo una seña á su mujer, la cual se aproximó á él viva mente, la mostró la línea escrita en aquel pedazo de papel, y después añadió con voz sorda :

— ¡ Corriendo ! ¡ la escala ! dejemos el tocino en la ratonera y á chapescar de aquí pronto.

— ¿ Sin cortar el cuello al hombre ? preguntó la Thénardier.

— No tenemos tiempo.

— ¿ Por dónde ? preguntó Bigrenaille.

— Por la ventana, respondió Thénardier. Puesto que Eponina ha echado la piedra por la ventana, es que la casa no está cercada por este lado.

La máscara con voz de ventrilocuo puso en el suelo su enorme llave, levantó ambos brazos por alto y abrió y cerró tres veces las manos rápidamente, sin decir una palabra. Esta fué como la señal de zafarrancho en una tripulación. Los bandidos que tenían sujeto al prisionero le soltaron; en un abrir y cerrar de ojos, la escala de cuerda fué desenrollada fuera de la ventana y fijada sólidamente al borde por los dos garfios de hierro.

El prisionero no prestaba ninguna atención á lo que pasaba en derredor suyo. Parecía como que estaba soñando ó rezando.

Tan pronto como la escala estuvo ya colocada exclamó Thénardier :

— ¡ Venga corriendo el ama ! ¡ ven tú, mujer !

Y se precipitó él hácia la ventana.

Pero en el momento en que iba ya á levantar las piernas, Bigrenaille le cogió rudamente por el cuello.

— ¡ Nada de eso ! le dijo, ¡ viejo farsante ! ¡ después de nosotros !

— ¡ Después de nosotros ! aullaron los bandidos

— Sois unos chiquillos, dijo Thénardier, estamos perdiendo el tiempo. Los chineles vienen ya pisándonos los talones...

— Pues bien, dijo uno de los bandidos, echemos suertes á quién pasará el primero.

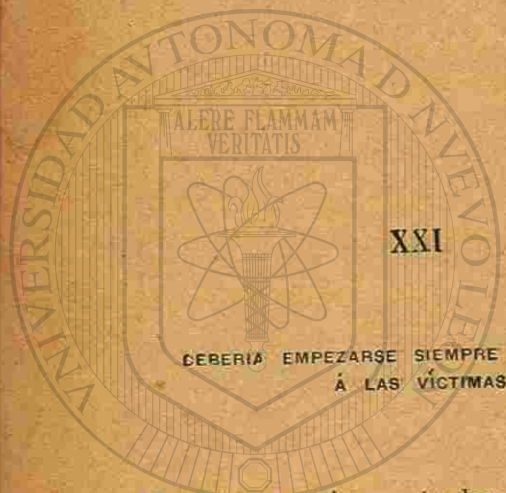
Thénardier exclamó :

— ¡ Estáis desvariando ! ¡ estáis locos ! ¡ Vaya una cuadrilla de papanátas ! perder así el tiempo, ¿ no es verdad ? tirar ahora á la suerte, ¿ no os parece ? ¡ echar pajas ! ¡ ó á cara y cruz ! ¡ escribir nuestros nombres ! ¡ echarlos en una gorra !...

— ¿ Queréis mi sombrero ? gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos miraron atrás. Era Javert.

Tenia el sombrero en la mano, y se lo alargaba sonriendo.



Al anochecer, varios agentes de policía se habían apostado, bajo la dirección de Javert, emboscándose él mismo también detrás de los árboles de la calle de la Barrera de Gobelins que da frente á la casucha Gorbeau, por el otro lado del boulevard. Había él comenzado por tender « su red », á fin de atrapar en ella á las dos muchachas encargadas de vigilar las cercanías de la casucha. Pero no había « embaulado » sino á Azelma. Por lo que hace á Eponina, no estaba en su puesto, había desaparecido, y no había podido echarla el guante. En seguida Javert se puso en acecho, aplicando bien el oído á la señal convenida. Las idas y venidas del fiacre le habían agitado mucho. Por último, llegó ya á impacientarse, y, *seguro de que allí había un nido*, persuadido de « su buena estrella »,

habiendo reconocido á varios de los bandidos que habían entrado, concluyó por decidirse á subir sin esperar á que sonara el pistoletazo.

El lector recordará que él tenía el llavín de Marius.

Y á fe que llegó á punto.

Los bandidos, azorados y despavoridos, se precipitaron sobre las armas que habían abandonado en todos los rincones en el momento de evadirse. En ménos de un segundo, aquellos siete hombres, espantosos al verlos, se agruparon en actitud de defensa, el uno con su destal, el otro con su llave, el otro con su garrote, los otros en fin con sus tijeras, compases, tenazas y martillos; Thénardier tenía empuñado su enorme cuchillon. La Thénardier echó mano también á un grande adoquín que se hallaba en un rincón de la ventana y servía de laburete á sus hijas.

Javert se puso el sombrero, y dió dos pasos en el interior de la pieza, con los brazos cruzados, el bastón bajo el sobaco, y la espada en la vaina.

— ¡Alto ahí! gritó. No pasarán ustedes por la ventana, sino que pasarán por la puerta. Es ménos expuesto. Ustedes son siete, y nosotros somos quince. No nos pongamos á luchar ni andemos á trompazos como unos gallegos. Tengamos juicio, señores.

Bigrenaille sacó una pistola que llevaba oculta bajo su blusa y la puso en manos de Thénardier diciéndole al oído:

— Es Javert. Yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

— ¡Pardiez! contestó Thénardier.

— Pues bien, tírale.

Thénardier tomó la pistola, y la asestó contra Javert. Javert, que se hallaba á tres pasos de distancia, le miró fijamente y se contentó con decirle:

— ¡Anda, no tires! tu pistola va á dar higa.

Thénardier apretó el gatillo, y en efecto, marró el tiro.

— ¿No te lo decia yo? le repuso Javert.

Bigrenaille depositó su maza á los piés de Javert, diciendo :

— ¡Tú eres el emperador de los diablos! me rindo.

— ¿Y vosotros? preguntó Javert á los demas bandidos.

Respondieron todos :

— Nosotros tambien.

Javert repuso con calma :

— Eso es, está bien, ya lo decia yo, que tendrian juicio.

— Yo no pido más que una cosa, dijo Bigrenaille, y es que no me priven de tabaco mientras que esté inco-
municado.

— Concedido, dijo Javert.

Y volviéndose y llamando detras de él :

— ¡Entrad ahora! dijo.

Una escuadra de agentes de policia, espada en mano, y de alguaciles, armados de mazas, de macanas y de gar-
rotes, se precipitó en la covacha al llamamiento de Ja-
vert. En seguida ataron á los bandidos bien agarrotados.
Aquel grupo de hombres, apenas alumbrados por una
vela de sebo, llenaba de sombra la guarida.

— ¡Las esposas á todos! gritó Javert.

— ¡Acercarse aqui un poco, si os atrevéis! berreó una voz que no era voz de hombre, pero de la cual nadie habria podido decir : Es una voz de mujer.

La Thénardier se habia atrincherado en uno de los rincones de la ventana, y ella era quien acababa de dar aquel berrido.

Los agentes de policia y los alguaciles retrocedieron.

Se habia ella quitado su manton pero quedándose con el gorro puesto; su marido, acurrucado detras de ella, desaparecia casi enteramente entre el pañolón que habia caido en el suelo, y ella procuraba cubrirle con su cuerpo, levantando el adoquin con ambas manos por encima de su ca-

beza, con el bamboleo de una gigante que va á lanzar una roca.

— ¡Cuidado conmigo! gritó aquella pantera.

Todos se replegaron hácia el corredor, haciéndose un gran vacío en medio del desvan.

La Thénardier dirigió una furiosa mirada á los bandidos que se habian dejado agarrotar, y murmuró con un acento gutural y ronco :

— ¡Cobardes!

Javert se sonrió y avanzó en el espacio vacío que la Thénardier cobijaba con sus dos ardientes pupilas.

— ¡No te acerques! vete de aquí, gritaba aquella furia, ¡ó te estrello!

— ¡Qué granadero! dijo Javert; abuela, tú tienes barba como un hombre, pero yo tengo garras como una mujer.

Y continuó avanzando.

La Thénardier, desgrenaada y terrible, apartó las piernas, se inclinó hácia atras, y lanzó desatinada el peñasco á la cabeza de Javert. Javert se agachó, el adoquin pasó por encima de él, sin tocarle, fué á dar contra la pared del fondo, en la cual hizo derribar una porcion de cascote, y vino, dando rebotes de esquina en esquina, por en medio de la covacha, afortunadamente casi vacía, á morir junto á los talones de Javert.

En este mismo instante llegaba Javert adonde estaba la pareja de los Thénardier. Una de sus manazas se apoyó en el hombro de la mujer y la otra en la cabeza del marido.

— ¡Las esposas! gritó.

Entraron varios hombres de la policia, y en algunos segundos fué ejecutada la órden de Javert.

La Thénardier, abatida y humillada, miraba sus manos agarrotadas y las de su marido, se dejó caer en tierra y exclamó llorando

— ¡Mis hijas!

— Están á la sombra, dijo Javert.

Entre tanto los agentes habian descubierto al borracho adormecido detras de la puerta y le sacudian. El borracho despertó diciendo entre dientes :

— ¿Ha concluido ya todo, Jondrette?

— Sí, contestó Javert.

Los seis bandidos amarrados se hallaban de pié; por lo demas, aún tenian todos ellos sus caras de espectros; tres tiznados y los otros tres enmascarados.

— Conservad vuestras caretas, dijo Javert.

Y pasándoles revista, con la mirada de un Federico II en la parada de Potsdam, dijo á los tres « fumistas » :

— Buenas noches, Bigrenaille. Buenas noches, Brujon. Buenas noches, Deux-Milliards.

Y en seguida, volviéndose hácia los tres enmascarados, dijo al hombre del destal :

— Buenas noches, Gueulemer.

Y al hombre del garrote :

— Buenas noches, Babet.

Y por último, al ventrílocuo :

— Salud, Claquesous.

En este momento, distinguió al prisionero de los bandidos, quien, desde que entraron los agentes de policia, no habia pronunciado ni una sola palabra, permaneciendo siempre con la cabeza baja.

— ¡Desatad al señor! dijo Javert, y que nadie salga!

Dicho esto, se sentó soberanamente junto á la mesa, donde habia quedado aún el tintero y la vela, sacó del bolsillo un pliego de papel sellado, y principió á extender el proceso verbal.

Luégo que hubo escrito las primeras líneas, que no son sino fórmulas, siempre las mismas, levantó los ojos y dijo

— Haced que se aproxime aquí ese caballero á quien estos hombres tenian atado.

Los agentes miraron en deredor.

— Y bien, preguntó Javert. ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Leblanc, el señor Urbano Fabre, el padre de Úrsula ó de la Calandria, habia desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba. Luégo que se vió desatado y libre, mientras que Javert extendía el acta, se habia aprovechado de la confusion, del tumulto, de la obstruccion y embarazo de tanta gente, de la oscuridad, y de algun instante en que nadie fijaba su atencion en él, para arrojarle por la ventana.

Un agente se dirigió al punto hácia aquella, desde la cual miró afuera, pero sin que pudiera divisar á nadie.

La escala de cuerda estaba moviéndose aún.

— ¡Diablos! dijo Javert entre dientes, ese debia ser el mejor!

un rugido de voz zumbona y chocarrera, que podremos expresar bastante bien por medio de mayúsculas : un enorme, ENORME perro !

La vieja se enderezó furiosa.

— Diantre de bicho ! gruñó la mujer. Si no hubiera yo estado agachá, de seguro que te habria sacudido una buena pata !

El muchacho se hallaba ya á distancia.

— ¡ Tus ! tus ! dijo el chico. Con todo, quizas yo no me he equivocado.

La vieja, sofocada de indignacion, se incorporó enteramente, y el resplandor rojizo del farol alumbró de lleno su rostro livido, poblado todo él de ángulos y de arrugas, con las llamadas patas de ganso que parten de los ojos llegándole hasta las extremidades laterales de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra, no dejando ver sino su cabeza. Diríase que era la máscara de la Decrepitud truncada por un resplandor en el fondo de la noche. El muchacho se puso á considerarla.

— Señora, dijo, usted no tiene el género de belleza que á mí me conyendria.

Y prosiguió su camino, volviendo á entonar su canto :

El rey Compedesabot
Se iba de caza,
Á la caza de cuervos, etc.

Al concluir estos tres versos, se interrumpió. Había llegado frente al número 50-52, y hallando cerrada la puerta, empezó á llamar dando en ella fuertes patadas, patadas retumbantes y heroicas, las cuales revelaban más bien que los piés de niño que él tenia, los zapatos de hombre que llevaba puestos.

Entre tanto, aquella misma vieja á quien habia encon-



El día siguiente al en que tuvieron lugar estos sucesos en la casa del boulevard del Hospital, un muchacho, que parecia venir del lado del puente de Austerlitz, subia por la avenida lateral de la derecha, en la direccion de la barrera de Fontainebleau. Era ya noche oscura. Aquel muchacho estaba pálido, delgado, vestido de andrajos, con un pantalon de lienzo en el mes de Febrero, é iba cantando á gritos.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, estaba una vieja encorvada revolviendo y escarvando un monton de basura á la luz del farol ; el chico tropezó en ella al pasar, y retrocedió exclamando :

— ¡ Toma ! y yo que habia tomado esto por un enorme, un enorme perro !

Y pronunció esta palabra enorme la segunda vez, con

trado en la esquina de la calle del Petit-Banquier acudia detras de él dando gritos descompasados y prodigando desmesurados gestos.

— ¡Qué es eso! ¡qué viene á ser eso! ¡Ave María purísima! ¡hunden la puerta! ¡derriban la casa!

Y las patadas continuaban cada vez más fuertes.

La vieja se desgañitaba.

— ¡Es que ahora se componen de esa manera los edificios!

De improviso se detuvo. Había reconocido al *gamin*.

— ¡Cómo! es ese demonio!

— Toma, es la vieja de aquí, dijo el chico. Buenas noches, tío Bugonorom. Vengo á ver á mis antepasados.

La vieja contestó, con un gesto, ó con un puchero de circunstancias, admirable improvisacion del odio sacando partido de la caducidad y de la fealdad, que desgraciadamente se perdió en la oscuridad de la noche:

— No hay nadie, *chirton sin lacha*¹.

— ¡Vaya! repuso el chico, pues ¿dónde está mi padre?

— En la Force².

— ¡Toma! ¿pues y mi madre?

— En San Lázaro³.

— Y bien, ¿y mis hermanas?

— En las Madelonettes⁴.

El muchacho se rascó detras de la oreja, miró á la señá Burgon, y dijo:

— ¡Ah!

En seguida giró media vuelta sobre sus talones, y un momento despues, la vieja, que se habia quedado á la

¹ Hablador sin vergüenza.

² Cárcel de hombres.

³ Cárcel de mujeres.

⁴ Ídem.

puerta de la caza, le oyó cantar con su voz clara y joven, penetrando entre los álamos negros que zumbaban á impulsos del cierzo de invierno:

El rey Compedesaxt
Se iba de caza,
Á la caza de cuervos,
Sobre zancos monta^{1c}.
Al pasar debajo,
Se le pagaba dos sueldos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO

TERCERA PARTE

MARIUS

LIBRO PRIMERO. -- PARÍS ESTUDIADO EN SU ÁTOMO.

I. <i>Parvulus</i>	3
II. Algunas de sus senas particulares.	5
III. Es agradable.	8
IV. Puede ser útil	10
V. Sus fronteras.	12
VI. Un poco de historia.	16
VII. El gamin tendría su puesto en las clasincaciones de la India.	19
VIII. Donde se leerá una agudeza del último rey.	22
IX. El alma vieja de las Galias.	25
X. <i>Ecce Paris, Ecce Homo</i>	27
XI. Ridiculizar, reinar.	32
XII. El porvenir latente en el pueblo.	35
XIII. El niño Gavroche.	37

LIBRO SEGUNDO. — EL GRAN BOURGEOIS.

I. Noventa años y treinta y dos dientes.	41
II. Tal amo, tal morada.	44
III. Luc-Espirit.	46
IV. Aspirante centenario.	48
V. Basque y Nicolette.	50
VI. Donde se entreve á la Magnon y á sus niños.	53
VII. Regla : no recibir á nadie sino por la noche.	56
VIII. Dos que no hacen pareja.	58

LIBRO TERCERO. — EL ABUELO Y EL NIETO.

I. Un antiguo salon.	63
II. Uno de los espectros rojos de aquel tiempo.	69
III. <i>R. quiescant.</i>	78
IV. Fin del brigand.	89
V. Utilidad de ir á misa para hacerse revolucionario.	94
VI. Lo que es haber encontrado á un pertiguero.	97
VII. Algun faldon.	107
VIII. Mármol contra granito.	115

LIBRO CUARTO. — LOS AMIGOS DEL AUC.

I. Un grupo que por poco se hace histórico.	123
II. Oracion fúnebre por Bossuet.	142
III. Las extrañezas de Marius.	148
IV. La sala interior del café Musain.	152
V. Ensáchase el horizonte.	163
VI. <i>Res Angusta.</i>	169

LIBRO QUINTO. — EXCELENCIA DE LA DESDICHA.

I. Marius indigente.	175
II. Marius pobre.	179

III. Marius hecho hombre.	184
IV. El señor Mabeuf.	194
V. Pobreza buena vecina de miseria.	198
VI. El sustituto.	207

LIBRO SEXTO. — LA CONJUNCION DE DOS ESTRELLAS.

I. El apodo : modo de formar nombres de familia.	209
II. <i>Lux facta est.</i>	214
III. Efecto de primavera.	218
IV. Principio de una grande enfermedad.	220
V. Caen varios rayos sobre la señá Bougon.	224
VI. Cayó prisionero.	227
VII. Aventuras de la letra U entregada á las conjeturas.	231
VIII. Hasta los inválidos pueden ser dichosos.	234
IX. Ecúpat.	237

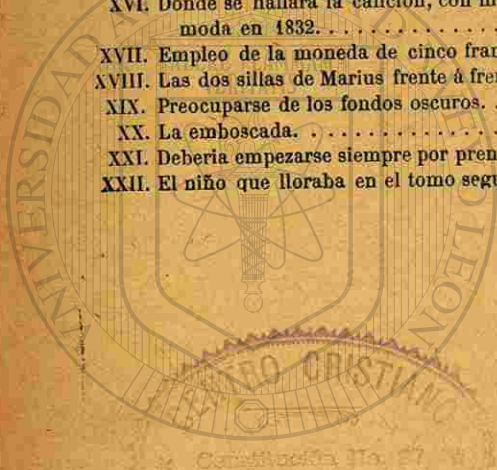
LIBRO SÉPTIMO. — PATRON-MINETTE.

I. Las minas y los mineros.	241
II. La bondonada.	245
III. Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse.	248
IV. Composicion de la cuadrilla.	252

LIBRO OCTAVO. — EL POBRE MALVADO.

I. Buscando á una jóven con gorro, Marius encuentra un hombre con gorra.	257
II. Hallazgo.	261
III. <i>Quadrifrons.</i>	264
IV. Una rosa en la miseria.	271
V. El júdas de la Providencia.	282
VI. El hombre fiero en su cueva.	286
VII. Estrategia y táctica.	293
VIII. Rayo de luz en el tabuco.	299
IX. Jondrette casi llorando.	303
X. Tarifa de los coches de alquiler.	309

XI. La miseria ofreciendo sus servicios al dolor.	314
XII. Empleo de la moneda de cinco francos del señor Leblanc.	319
XIII. <i>Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare</i> <i>Pater noster.</i>	327
XIV. En que un agente de policia da dos puñadas á un abogado.	322
XV. Jondrette hace su compra.	338
XVI. Donde se hallará la cancion, con música inglesa, á la moda en 1832.	342
XVII. Empleo de la moneda de cinco francos de Marius.	348
XVIII. Las dos sillas de Marius frente á frente.	354
XIX. Preocuparse de los fondos oscuros.	358
XX. La emboscada.	364
XXI. Deberia empezarse siempre por prender á las victimas.	398
XXII. El niño que lloraba en el tomo segundo.	404



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GARNIER
HERMANOS
—
PARIS